

“LOS MAPAS DEL TIEMPO”

IVAN D. IGOR S.

© Iván Dragomir Igor Santos / LOS MAPAS DEL TIEMPO/2023.

ISBN: 9798375674292 / “LA LUZ EN LLAMAS”

ÍNDICE.

-Prefacio: Monasterio *Pershersk Lavra* de Kiev. -Páginas 1 a 8.

I PARTE.

-*Oazy Harbour*. -Páginas 11 a 42.

-*Los Azules*. -Páginas 43 a 47.

-*El Olimpo*. -Páginas 49 a 71.

-*Der Neu Mann*, -Páginas 73 a 88.

-*Peckett Harbour*. -Páginas 89 a 94.

-*Los Wehrwolfs de Magallanes*. -Páginas 95 a 119.

II PARTE. -Puerto Montt. Páginas 123 a 158.

III PARTE.

-Rumbo a *Jáutok*. -Páginas 161 a 171.

-*Jetarkétqal*. -Páginas 173 a 195.

- *K'eltéja-jetowána-ase*. -Páginas 197 a 216.

-*Celàqta-at àlas àse*. -Páginas 217 a 230.

-El *Laberinto* de *Tajowàkstai*. -Páginas 231 a 253.

-Los secretos de la *Okhrana Drakona* -Páginas 255 a 282.

La historia de Iván Upyr. -Páginas 283 a 327.

Este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares, objetos, trama y acontecimientos son fruto de la fantasía del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares, es total y absolutamente fortuito.

PREFACIO.

MONASTERIO DE *PERSHERSK LAVRA*.

KIEV. INVIERNO DEL AÑO 1078.

Fray Kresimyr de Nóvgorod, entornó sus pupilas azuladas hacia el angosto ventanuco vidriado. Nevaba. Y el intenso frío que mortificaban sus viejos huesos, reclamaban el calor de los braseros de la amplia escribanía, donde los monjes amanuenses reproducían con esmero añosos manuscritos, deteriorados por el moho, el olvido y el hambre de las ratas.

- Probablemente no podremos salvarlos a todos -. Masculló apenado, alisándose la blanca barba, tan larga como los ralos mechones en su cabeza.

Luego, echó una ojeada triste al mesón contiguo, en el que yacían montones de vetustos códices y ajados legajos de pergamino, irremediablemente corroídos por un ocaso equiparable a su propia vejez, que lo amenazaba con dejar inconcluso el rescate de aquella biblioteca, que fuera el tesoro máspreciado del otrora monarca Yaroslav *El Sabio*.

- Que dios todopoderoso me de fuerzas para terminar esta tarea -. Imploró murmurante. Consciente de que había vivido mucho, tal vez demasiado.

Entonces, aguijoneado por la inexorable fugacidad del tiempo, se apartó de los pequeños vidrios empañados, para ir a supervisar el progreso de

los hermanos copistas, que transcribían en sus puestos los originales asignados, según la erudición y habilidad con la pluma de cada cual.

Y, como era habitual, fue el joven Néstor quien retuvo mayormente su atención, pues por ser el más diestro e instruido de sus discípulos, era el encargado de copiar el testamento de la fallecida reyna Anna que, antaño fuera consorte de Yaroslav y precursora del cristianismo en Kiev.

- Quizás, algún día me suceda al mando del *scriptorium* -. Rumió, al comprobar satisfecho los avances de su favorito que, siguió reconcentrado en su trabajo cuando se alejó a paso cansino, para continuar con la inspección del resto de los tableros, hasta que unos momentos después Néstor lo reclamó discretamente, para informarle de un mensaje en la contratapa del testamento real.

- Está escrito en *futhark*, maestro -. Le cuchicheó el muchacho, con quien compartía el conocimiento del arcaico alfabeto rúnico, por ser ambos oriundos de la antigua colonia nórdica de Nóvgorod.

- ¿No estaréis desvariando? -. Le replicó desconfiado fray Kresimyr.

- ¡No, paternidad! ¡Vedlo vos mismo! -. Insistió, cediéndole su taburete, para que pudiese leer las runas grabadas en el cuero de la contracubierta.

“Los navíos de El Viajero están varados detrás del tiempo, esperando zarpar desde las entrañas de la tierra hacia los océanos del cielo”. ↯

- ¡Es un acertijo! -. Constató conmovido el fraile. - Firmado por el mismísimo Yaroslav, con la runa *Jera*: ↯, la inicial de su nombre -.

- Maestro. ¿No estaréis equivocado? Esa runa cayó en desuso hace más de doscientos años. Aparte de que, Yaroslav comienza con Y griega y no con la Jota de *Jera* -. Le corrigió en sordina, Néstor.

- Estáis en un error, mozalbeta -. Le refutó su superior. Y bajando la

voz, le reveló que el nombre de nacimiento de Yaroslav fue Jarizleifr, cuya letra inicial en *futhark* fue la runa *Jera*.

- ¿Pero paternidad...no era aquel un nombre usado por los idólatras *varengiars*¹? -. Le cuestionó escéptico a su tutor.

- Estáis en lo cierto, hermano Néstor. Conque, sabréis que los padres del rey Yaroslav, -Vladimir *El Iluminador* y su madre la noble Ronghild-, pertenecieron al linaje de los guerreros-navegantes *Varegos*, que fueron fieles a los dioses del *Walhalla* la primera parte de sus vidas, al igual que todos los señores del *Kievan Rus*² y de Nóvgorod -.

- ¿Pero, no entiendo...? ¿Por qué razón *El Sabio* firmaría su mensaje con un monograma pagano? -.

- Creo que ya lo habéis intuido -. Le asomó perspicaz el anciano a su perplejo asistente, previo a confesarle que el pretérito gran príncipe de Kiev, jamás dejó de adorar furtivamente a Odín y a los otros dioses del norte.

- ¡Eso quiere decir que su conversión no fue sincera! -. Chilló Néstor, santiguándose. - ¡El rey Yaroslav fue un apóstata! -.

Siendo acallado en el acto por fray Kresimir que, se puso de pie y arrebuajándose con su negra capa, lo conminó a seguirlo portando las últimas voluntades de la reyna.

- ¿Adónde os dirigís, paternidad? -. Inquirió a sus espaldas, provocando las miradas impertinentes de los demás monjes.

- ¡A la rectoría, a ver al archimandrita Nikon! ¡Y, ahora apurad el paso, Néstor! -. Le urgió, instándolo al emparejarse en la puerta.

- ¿Para qué, maestro?, ¿Nos acecha algún peligro? -. Arguyó el joven, saliendo del *scriptorium* a la zaga de su mentor que, se encaminó por el

¹ **Varengiars o Varegos:** Vikingos provenientes de la actual Suecia.

² **Kievan rus:** Reino fundador del Estado Ruso, que tuvo su época de oro durante los reinados de Vladimir *el Grande* (980-1015) y su hijo Yaroslav I *el Sabio* (1019-1054).

pasillo ignorándolo por un buen trecho, hasta que se detuvo para celebrar su descubrimiento.

- ¡La habéis hallado, hermano! ¡Hallasteis la pista de *El Viajero*! -.

- ¿Quién es ese *Viajero*, maestro? -. Rezongó desconcertado.

- ¡Ingvar Eymundrsson de Uppsala!, -*El Viajero*-, ¡O -*El que ha ido más allá*! ¿Quién más iba a ser, Néstor? ...Seguramente escuchasteis de sus hazañas desde que erais un niño -.

- Todo el mundo ha escuchado las sagas de Ingvar, paternidad. ¿Pero, qué tiene que ver con el mensaje que hallé? -.

- ¡Porque, ese mensaje nos llevará a *Las Cartas de Ingvar*! -. Trascendió fray Kresimyr, carraspeando para recitarle emocionado: "*Los navíos de El Viajero están varados detrás del tiempo...*"-.

- ¿De qué cartas habláis, paternidad? No entiendo lo que decís...-.

- Hablo de los correos perdidos de Ingvar a su tío el rey Yaroslav -. Le aclaró el octogenario sacerdote. - Las cartas en que su sobrino de Uppsala, le narraba las peripecias de su expedición al mar Caspio, para supuestamente reabrir las rutas comerciales con oriente -.

- ¿Por qué decís que, supuestamente, maestro? ¿Acaso, no era ese el propósito de aquella travesía? -.

- En principio, sí. Pero, esa es la mitad de la verdad -. Deslizó quedamente fray Kresimyr.

Y, por unos segundos, sondeó el temple del mozo mesándose las barbas, antes de indicarle que se arrinconaran a un costado, hacia la ventana orientada al río Dniéper congelado, a cuyo alero le advirtió que le contaría algo que debía callar para siempre:

- *El Viajero* o *El que ha ido más allá*, tuvo una misión encubierta...-. Le adelantó. - Y, en la desembocadura del Volga, fondeó a su flota para dirigirse a las ruinas de Itil, la extinta capital de Jazaria, en cuyas

inmediaciones asoló la guarida de unos poderosos hechiceros, para usurparles los mapas que custodiaban desde épocas inmemoriales -.

- ¿...Ingvar lo logró, maestro? -. Soltó Néstor, impresionado.

- ¡Así fue, gracias al sacrificio de algunos de sus mejores hombres! Pero, no me interrumpáis jovenzuelo que la historia sigue -.

-...Cómo os decía...Ingvar continuó su viaje, arribando a la exótica ciudad de Bagdad en el año 1042, desde donde presintiendo su muerte profetizada en Itil, envió aquellos misteriosos mapas a su tío Yaroslav, junto con sus postreras cartas en manos de un guerrero llamado Thorir -.

- ¿Y vos, habéis visto esos planos alguna vez? -. Lo atosigó Néstor ansiosamente.

- Nunca -. Reconoció apesadumbrado, revolviéndose las blanquecinas crenchas de su cabeza con una mano. - Y, tampoco *Las Cartas de Ingvar*. Ya que, *El Sabio* murió sin develar su existencia, ni menos el escondite en que los protegió de la devota reyna Anna, que había tomado los hábitos religiosos sin su venia -.

- ¡Ahhh! Ya comprendo... ¿Y, vos pensáis que el mensaje del testamento os llevará a los manuscritos de Ingvar...y a esos mapas? -. Abrevió Néstor.

- Eso espero -. Asintió su preceptor radiante. - Y así, podremos saber por qué Yaroslav murió atormentado por espantosas visiones -.

- ¿Cómo es que sabéis eso? -. Receló su aprendiz. - ¿Si habéis dicho que el rey murió llevándose su secreto a la tumba? -.

- Porque, cuando el rey agonizaba consumido por las fiebres, su confesor fue testigo de su clamor delirante, llamando a Thorir para que les devolviese a los brujos jázaros *Los mapas del tiempo* -.

- ... ¿*Los mapas del tiempo*, maestro? -. Preguntó extrañado.

- Así los nombraba el rey Yaroslav en su lecho de muerte, Néstor -.

- ¿Entonces, fuisteis vos quien le dio la extremaunción? -.

Y fray Kresimyr se lo negó, señalándole que el confesor había sido el archimandrita Nikon, al que irían a mostrarle lo que habían descubierto.

- ¡Ahora Néstor, vamos de una vez! ¡Seguidme! -.

Reanudando su recorrido por el intrincado laberinto de túneles, catacumbas y galerías subterráneas que, atravesaban la colina en la que se erigía el monasterio, para llegar a la iluminada nave principal de la rectoría que, cruzaron admirando el trasluz de sus preciosos vitrales, antecediendo la arcada de un corredor adornado de coloridos mosaicos que, los condujo al imponente portón del despacho patriarcal, custodiado por un corpulento monje que les demandó el motivo de su presencia.

- Hermano, decidle a su santidad que, hemos encontrado la ruta de *El Viajero* -. Le contestó enigmáticamente fray Kresimyr al centinela, más soldado que piadoso hombre de dios.

- ¡Aguardad! -. Gruñó, consciente del alto rango del viejo monje.

Quien, lo azuzó a golpear la aldaba de la puerta que, a continuación, el guardián abrió para cerrarla enseguida tras entrar a la cámara, cuya silenciosa quietud fue repentinamente alterada por el revuelo de voces, el rechinar de muebles desplazándose y el resonar de pasos agitados que, precedieron la evacuación de varios prominentes clérigos al pasillo, despachados por el mismo vigilante que los apuró a ingresar a la estancia.

- ¿Es verdad lo que anunciasteis, hermano Kresimyr? -. Lo interpeló el rector de monasterio apenas quedaron a solas.

Y sin esperar la respuesta, los invitó a acercarse a su mesa y ellos acataron, yendo al encuentro del patrono de Pershersk Lavra que, enaltecía su ancianidad con una alba melena y una larga barba, que

enmarcaba su rostro irradiado por un par de ojos tan azules, como los que lucía el longevo jefe de la escribanía.

- Es curioso el parecido -. Especuló Néstor, que nunca había estado tan cerca del venerable Nikon, que los apremió a ocupar un par de sillas todavía tibias, para interrogar sin preámbulos a fray Kresimyr.

- ¿Por fin hallasteis lo que tanto hemos buscado, hermano? -.

- Con la gracia del altísimo, creo que tenemos la pista que nos guiará a *Las Cartas de Ingvar*, y en consecuencia a *Los mapas del tiempo*, ilustrísima paternidad -.

- ¡Mostradle, Néstor! -. Le ordenó. Para que, le exhibiera el mensaje póstumo del rey Yaroslav al maravillado rector, que luego lo sorprendió al comenzar a leer las runas en voz alta: “*Los navíos de El Viajero están varados detrás del tiempo, esperando zarpar desde las entrañas de la tierra hacia los océanos del cielo*”.>

- ¡Es verdad! ... ¡Esto lo escribió Jarizleifr! -. Tartamudeó el patriarca, resaltando la runa *Jera* al final del enunciado.

- ¡Es un mandato que nos envía de ultratumba! -. Reafirmó el maestro copista.

- ¡Quién iba a pensar, que el rastro de *Las Cartas* se encontraría en el propio testamento de la reyna! -. Sonrió, solazándose el decano.

- Así es serenísima santidad -. Aplaudió gozoso fray Kresimyr. - Una última jugarreta de *El Sabio* para engañar a la piadosa reyna, sus hijos y a nuestros implacables enemigos -.

- Pero, ¿quiénes son aquellos enemigos, santísima paternidad? -. Se atrevió a interferir Néstor en ese instante.

- Los mercenarios de Roma, por supuesto -. Le espetó el patriarca, clavándole sus pupilas encendidas al prevenirle que, los esbirros del vaticano no descansarían hasta apoderarse de *Las Cartas de Ingvar* y

los mapas de los hechiceros de Itil.

- Así tengan que sacrificar vidas inocentes como la vuestra, hermano Néstor -.

PRIMERA PARTE

ESTANCIA OAZY HARBOUR
MAGALLANES, SUR AUSTRAL DE CHILE.
MEDIADOS DE NOVIEMBRE DE 1915.

- ¡Mieeerda! -. Escupió Iván, con su primera palabrota aprendida en castellano.

E, irguiéndose sobre los estribos, atisbó a su gorra arrebatada por la ventolera, remolineando por los aires hasta unas lejanas matas de coirón.

- ¡Aaaaahhh, crío!, ¡Venga, que se nos escapan las ovejas! -. Lo apuró en ese instante *El Vasco*, apuntando al piño que corría a los pajonales.

- ¿Y sombrero? -. Le replicó el muchacho a su nuevo jefe.

- ¡Que ya irás a por él, chaval! ¡Que los *bichos* se van a la laguna! -.

Y Mikel Soria-Galvarro espoleó a su caballo seguido por Iván, en una rauda cabalgata hacia las lagunillas al sur del potrero, desde donde arrearon al pequeño rebaño de regreso a los corralones, para encarrilarlos por el empalizado al galpón de esquila.

- ¡Ahora vamos a por esa *bellaca*! -. Le avisó *El Vasco*.

Devolviéndose en persecución de la oveja prófuga que, Iván capturó a lazo para agruparla con las demás cabezas descaminadas que, iban arreando los otros campañistas de la sección central de *Oazy Harbour* que, para ese entonces era la mayor estancia de la *Sociedad Ganadera de Magallanes*, con ciento ochenta y cinco mil hectáreas de campos divididos en tres fincas: “Punta Delgada”, “Pecket Harbour” y la misma

“Gringos duros”³, en cuyos galpones trabajaban decenas de velloneros, agarradores, esquiladores, breteros y empacadores que, ese día y como todas las jornadas de la temporada de esquila, concluyeron la faena al descender el prolongado crepúsculo austral, para irse a lavar antes de hacer fila en las puertas del comedor, donde *misiá* Margarita les serviría el *rancho* equivalente a la cena.

- ¿Y quién es este crio, Mikel? -. Preguntó la mujerona, cuando les llegó su turno de pasarle sus bandejas de latón.

- Es el novato que me encajaron después del almuerzo, doña -. Respondió entornando los ojos al techo. - Parece que es ruso y que se llama Iván Kramarenko -.

- ¿Cómo que parece? -. Le objetó al ovejero. - ¿Es que no sabes a quien te encargan? -.

- ¡Es lo que pudimos entenderle, válgame dios! -. Se defendió *El Vasco*, temiendo que su porción disminuyera si no satisfacía la curiosidad de la *misiá*. - Que ya te digo que, este zagal casi no habla cristiano y sus papeles están escritos con letras que ni el demonio entendería -.

- ¡Mmmm! -. Refunfuñó la veterana cocinera, mientras aquilataba al recién llegado que calificó de buen mozo. - ¡Cierto niñas! -.

Y las cuatro ayudantes que la secundaban, rieron coincidiendo con *misiá* Margarita que, bajó la voz para advertirle a *El Vasco* que cuidara al jovencito, puesto que su cabellera castaña clara, sus facciones angulosas, nariz recta y los ojos azul-grisáceos, podían tentar a algún perverso mezclado en la babilónica ralea de estancieros, entre los que predominaban los chilotes, los gauchos pampeanos y los oriundos de las colonias británicas de ultramar, como los *kelpers* de las islas Malvinas o

³ Nombre con que popularmente se le conocía a *Oazy Harbour* en esa época, en honor a la obstinación y tenacidad de los ingleses que laboraban allí en un comienzo.

malvineros, amén de una parvada de inmigrantes extranjeros enganchados temporalmente.

- ¿No será muy joven para estar aquí? -. Repuso desconfiada. - ¿Sabrás cuántos años tiene, por lo menos? -.

- En la administración dijeron que dieciséis -.

- Oye *Vasco*, ¿Y qué habrá llevado a *míster* Grant a contratar a este mocoso? -. Arguyó, refiriéndose al administrador inglés.

- Porque según el contador, este mozuelo es un excelente jinete y sabe adiestrar potros -.

- ¡Mmmm...! ¿Así que lo llevarás contigo al próximo arreo? -.

-Eso es doña. Que, me avisaron que iremos a *Los Azules* a por un piño...-.

Pero, no pudo seguir hablando, abrumado por las rechiflas de los hambrientos peones de la hilera que, fueron acallados por la robusta mujer con una ojeada fiera, entretanto le daba la bienvenida a Iván con una abundante ración que, este agradeció feliz a *mamochka* Margarita con un *bol'shoye spasibo*, ya que salvo un pan con charqui que le dieron a mediodía, no había comido nada desde que arribara a *Oazy* esa mañana.

- Cuida al chiquillo, *Vasco* -. Le encomendó a su vez la patrona al rebosarle la bandeja. - Que hay gente mala en tu covacha -.

Un consejo que Mikel acogió con un guiño, conque ya le había prevenido a su bisoño subalterno que, su cuadrilla compartía aposentos con un agrio croata llamado Dusko Kovacic que, era mejor evitar desde que se le achacara el asesinato de un caporal de *Peckett*, durante una pelea ocurrida dos meses atrás en Punta Arenas, donde *-El Carne amarga* como le decían-, pagó su crimen con una corta reclusión en la comisaría, a pesar de los numerosos peones que testificaron en su

contra. Por lo que, *míster* Grant se quedó sin argumentos para despedir a Kovacic, que de todas formas sufrió el soterrado castigo del mandamás de la estancia que, lo separó de sus compatriotas al reasignarlo al barracón de *El Vasco*, que capitaneaba una partida de arrieros compuesta por los pelirrojos escoceses Frank y Joseph Mac-Cullen, dos chilotes de la isla grande apellidados Barrientos y Oyarzún, más el menudo *rioplatense* Anselmo Domínguez alias *El Mocho*, con quien fueron a sentarse a una apartada mesa lateral que, su grupo prefería para alejarse de las rencillas y maledicencias que, habitualmente surgían entre los ariscos trabajadores ganaderos. Quienes comían hermanados por oficio o nacionalidad, como sucedía con el mismo Dusko y otros croatas que, se aislaban en un mesón al otro extremo del comedor, con un puñado de austrohúngaros, un alemán y dos italianos, reproduciendo la coalición de países de la *Triple Alianza* que, se batían en el frente occidental contra los británicos y franceses, cuyos representantes en la estancia se situaban exactamente al otro lado, obedeciendo la forzada segregación decretada por la compañía que, Iván espío desde su puesto entremedio de sus compañeros que, engullían sus raciones conversando distraídamente, sin percatarse de su turbación por la réplica local del conflicto mundial.

- ¡Guerra aquí, *golova!* -. Le cuchicheó de repente a Mikel, llamándolo jefe en ruso.

Y *El Vasco*, que mordisqueaba un pedazo de carnero, paró de masticar y sobrepuso su índice en los labios.

- ¡*Da!* -. Asintió Iván mirando alrededor. Y, seguidamente disimuló su yerro imitando el cabalgar un caballo. - ¿Cuándo...yo...? -.

Recibiendo una respuesta con señas que, interpretó en que aproximadamente en una semana, irían a un puesto en la pampa para

arrear un rebaño hacia *Oazy Harbour*.

- ¿Dusko ir? -. Exclamó preocupado. Y *El Mocho* al escucharlo, bromeó diciéndole que sí para amedrentarlo.

- Yo Ruski...Dusko guerra -. Tartamudeó nerviosamente.

Pasando a explicar con monosílabos y ademanes que, los croatas eran parte del ejército austrohúngaro y, por lo tanto, adversarios de Rusia en la gran guerra, sin que sus colegas se apiadaran de su contrariedad, a excepción del pelirrojo *Joe Mac-Cullen* que, intentó apaciguar su inquietud aclarándole en inglés que, *El carne amarga* no los acompañaría al arreo, porque no sabía montar y era parte de la plantilla de empacadores, que justamente se hallaban en el apogeo de sus labores.

- Dusko *and the other croats are wool packers....*-. Le precisó, pasando a informarle que, se demorarían poco más de un día en alcanzar *Los Azules* que, era una sección lindante con el partido de San Gregorio, al este.

- Y ahí veremos si eres tan buen jinete -. Lo desafió *El Mocho* insidiosamente. - Porque si no, te enrolarán con los empacadores -.

Intimidando a Iván con aquella bellaquería que, Mikel desmintió prestamente reseñándole que, al volver retomarían el acorralamiento de lanares, o, lo que fuera que los mandasen allí o en otro predio.

- Así que, *Ivancete*. Tendrás tiempo para aprender algo de cristiano y habituarte a las costumbres de “Gringos duros” -.

- ¡*Da golova!* -. Afirmó subiendo y bajando la cabeza, al intuir el sentido de las sugerencias.

Animándose a finiquitar su ración que, devoró ávidamente atendiendo las conversaciones vecinas que, intentó comprender infructuosamente como ocurrió más tarde en la barraca, tomando su primer mate en torno

a la estufa del dormitorio, adonde su cuadrilla se reunía cada anochecer para compartir anécdotas, sazonadas con los chismes del peonaje estanciero y las noticias de la conflagración que sacudía al planeta que, Iván amplificaría con las novedades del frente oriental que, fue describiendo dificultosamente en un paupérrimo inglés que, los primos escoceses le iban corrigiendo al traducir que, ese año y tras varias derrotas los alemanes y austrohúngaros se reorganizaron, saltando a la ofensiva con la recaptura de la capital polaca y el cruce del río Dniéster, donde fueron detenidos por los contrataques de los ejércitos zaristas que, constituyeron una línea de defensa que posteriormente colapsaría, obligando a los rusos a retirarse unos ciento sesenta kilómetros, a la espera refuerzos suficientes para la próxima campaña de primavera.

- ¿Y qué pasó después, *pibe?*, Que esos reportes no llegan aquí -. Lo conminó *El Mocho*, quejándose del monopolio periodístico inglés.

Entonces, Iván les comunicó que, al embarcarse en Rostov, supo que el alto mando ruso reagrupaba sus fuerzas de línea, reclutaba milicias a leva y que, convocó a la totalidad de la *voiskas*⁴ del río Don que, sumaban millón y medio de cosacos dispersos en otros frentes.

-¡¡Fuiiiiiiiii!! -. Silbó *El Vasco*, impresionado por el número de los célebres centauros de las estepas.

Y, le alargó el mate a su protegido que, alentado por el interés que suscitaba su informativo noticioso, se extendió contando diversas postales de la guerra al sur de Rusia y el Cáucaso, hasta que la noche cerrada y el cansancio los fue doblegando, por lo que se fueron a dormir antes que Kovacic volviera de la barraca de sus paisanos, en la que solía quedarse jugando a las cartas por horas.

⁴*Voiska*: Agrupación de regimientos cosacos de una región determinada, que se unía al ejército cosaco de la región comandado por un líder supremo llamado *atamán*.

- Vete a tu cama Iván -. Le aconsejó el capataz, viendo que solo él se quedaba junto al fuego. - ¡Que mañana tenemos mucho que hacer! -.

Activando la reacción del mozuelo que, con un *buena nochi* se incorporó del taburete y enfiló por el corto pasillo que, separaba las dos ringleras de cuatro catres por lado que, con sus correspondientes roperos amoblaban el dormitorio.

- ¡Sacáte las botas *pescadoras*, por lo menos, *che!* -. Se mofó Anselmo en el camastro contiguo, al notar que se tendía sobre el jergón vestido.

E Iván sonrió, al entender que se refería a su particular calzado que, a diferencia del que usaban los ovejeros, era de caña alta con borde rebasando las rodillas, a la usanza de los hombres de Krasnoy, su terruño natal en la comarca de Tsaritsyn⁵ en la cuenca del Volga, donde su stirpe llevaba siglos asentada en una vasta heredad, distante a once kilómetros del pueblo, en la que sembraban trigo, cebada, remolacha, repollos y criaban los caballos que aprendió a querer de pequeño, en una época, en que ni siquiera podría haber imaginado que, iba a vivir con un nombre falso en un país extraño, acatando las urgentes órdenes de sus mayores. Los que, de un día para otro, lo enviaron al puerto de Rostov del Don, provisto de una maleta nueva y escoltado por cuatro jinetes que, se aseguraron de que embarcara sano y salvo a Sudamérica, rumbo al estrecho de Magallanes en la remota República de Chile, cuya existencia conocía desde su temprana niñez, gracias a los relatos de su padre, Iván *Bolshoi*, *-El Grande-*, quien a veces, en las blancas noches de invierno, encandilaba a sus hijos con las aventuras de su hermano, - el tío *Misha-*, que emergía de unas ajadas cartas convertido en un héroe extraviado, en la inmensidad del recóndito territorio de la Patagonia.

- Y, ahora yo estoy aquí -. Masculló descalzándose.

⁵ Tsaritsyn- Stalingrado-Volgograd: Nota histórica N.º 1.

Y, se estiró encima de las frazadas de lana cruda, apoyando la cabeza en su cazadora enrollada, para echarse a añorar el hogar perdido en la vorágine de los eventos que, finalmente lo catapultaron a miles kilómetros de distancia de su familia, y de su mentor el Pope Semyon Vasilievich Kramarenko, que desde su más tierna infancia lo instruyera en el conocimiento y, evidentemente, en la verdadera fe de la santa iglesia ortodoxa que, el anciano enaltecía despotricando contra el Papa romano y el Vaticano que, con tanta frecuencia trataba de *puta de Babilonia*, corte de fariseos o sumideros de los mercenarios de la fe. En una retahíla de imprecaciones, juramentos y maldiciones que, irremediablemente terminaban con el sacerdote convulsionado, con su alba y larga barba y cabellera revueltas, farfullando que lucharía hasta el último latido de su corazón, para impedir que una misteriosa cofradía de fanáticos dominaran el mundo, entremezclando en su delirio extrañas palabras, como por ejemplo: *Drakkars*, Bagdad e Ingvar que, tan solo hacía unos meses pudo relacionar con su propia vida que, comenzó a resumir a ojos cerrados oyendo al viento rugir afuera.

Retrotrayéndose a sus primeros años, jugando con sus hermanos menores dentro de su casa en la temporada fría, o, correteando en la campiña circundante en los tórridos veranos, en los que se bañaban desnudos en un estanque cercano, siempre que, no tuviesen que ir a recolectar setas para los cerdos, entre otras labores que le fueron eximidas al cumplir ocho años, para someterse al entrenamiento ecuestre y la doma de potros, en una disciplina diaria a cargo de su abuelo Iván *El Sonriente* que, era apodado así por la cicatriz que le cruzaba el rostro, desde la comisura izquierda del labio al lóbulo de la oreja. Un recuerdo de la guerra contra los turcos de 1877, en la que luchó en su juventud unido a la milicia comarcal que, cada cierto

tiempo era congregada para defender la frontera sur, o servir en alguna de las guerras del zar, ya sea contra los pueblos del Cáucaso o del imperio Otomano, por lo que también fue entrenado en las maniobras elementales del *Systema*⁶, así como en el uso de distintas armas blancas que, ya sabía manejar básicamente a los once años, cuando además de sus responsabilidades en la pesebrera de los caballos, le endilgaron las tareas de boyero de un desvencijado carromato. Para que, transportara las cosechas a los silos del vetusto granero que, en su amplio sótano escondía un alambique de bronce y cobre que, transmutaba los dorados granos de los cereales en el vodka que, los insaciables krasnoyanos consumían con ardorosa devoción, al igual que los parroquianos de una cantina de Tsaritsyn, cuyo dueño iba a comprar a la misma granja el licor casero, animales de engorda y la mayor parte de la producción agrícola, para evitar que sus familiares acudieran a la capital regional, por razones tan desconocidas como las que, le prohibían asomarse a la destilería subterránea.

Con todo, entrando a su preadolescencia, muy a su pesar, debió privarse de sus labores en la caballeriza y su adiestramiento en la doma, pues sus padres resolvieron que era hora de que ampliara su educación, bajo la tutela del temido y respetado Pope Semyon, quien lo admitió de acólito para instruirlo en los preceptos religiosos, la historia, geometría, gramática y la literatura, basándose en las enseñanzas previas de su madre que, ya le había enseñado a leer, escribir, sacar cuentas y a rezar. Por lo que, le fue fácil adaptarse a su nueva condición de pupilo, complaciendo a su maestro con sus progresos, y ciertamente a sus progenitores y al abuelo que, para su duodécimo cumpleaños le regalara un potro azabache, con el que reemplazó a su anterior yegua de paso

⁶**Systema:** Antiguo arte marcial creado por los guerreros rusos en el siglo X.

para cabalgar al pueblo, mejorando significativamente la puntualidad exigida por el Pope, para la celebración de los ritos, el aseo del santuario o la mantención de las velas de los altares. En una rutina que se repetía tres veces por semana, tras lo cual recibía sus lecciones, generalmente en el despacho adyacente al templo que, si bien era pequeño, resultaba muy acogedor y albergaba una modesta biblioteca, dotada de textos bíblicos y relaciones de las sagradas escrituras, aparte de diversas obras literarias nacionales, clásicos de la antigüedad, tomos de historia de Rusia y del mundo que, devoró leyéndolos u hojeándolos cada vez que podía. Demostrando una especial predilección por una gorda enciclopedia, guarnecida con láminas con ilustraciones y un epítome de mapas plegados, entre los que destacaba un planisferio de la colosal cartografía americana, en el que reconoció por primera vez el territorio de Chile, tan largo y delgado como una espada y, que, a partir de un archipiélago llamado Chiloé, iba desgarrándose en fiordos e islas hacia el paralelo de Magallanes, adonde se vio forzado a exiliarse siguiendo la huella del tío *Misha*, quien eludía a sus enemigos encubierto con una identidad postiza.

Así, los recuerdos fueron agolpándose en su mente... Y, abstrayéndose del frío que, se colaba por las junturas del ventanuco próximo a su cabecera, recapituló su rápido avance como discípulo del Pope, que concluyó dos años más tarde con su ingreso a la escuela municipal, pese a la vehemente negativa de Iván *El Sonriente* que, quiso suplir su carencia educativa empleando a un tutor, para contraponerse a la propuesta de su padre que, planeaba inscribirlo a la prestigiosa academia militar de Novocherkask⁷, obviando los peligros que conllevaría enviarlo tan lejos y sin la protección necesaria. Como les

⁷ Capital de los Cosacos del Don.

hizo ver el viejo sacerdote, que zanjó el asunto determinando que, por un periodo asistiría a la preparatoria de Krasnoy, dirigida por la severa e inflexible maestra Olga que, gozaba de una espantable fama por su destreza con la fusta, con la que imponía la disciplina escolar, castigaba los atrasos o corregía los errores académicos de sus alumnos que, sufrían en carne propia el popular adagio, de que: “La letra con sangre entra”.

Así que, al enterarse por el Pope que, sería estudiante de la despiadada Olga Dimitieva, se conformó sabiendo que su voluntad no sería tomada en cuenta, sin embargo, no pudo soslayar aquella nueva prueba del ascendiente del párroco sobre su familia, que iba mucho más allá de la guía espiritual o de la responsabilidad de su instrucción, puesto que a veces acudía a su granja para encerrarse en el granero con su padre, el abuelo, varios arrendatarios de la heredad y algunos forasteros que, no conseguía reconocer por la rendijas de la pared trasera del silo, por donde husmeaba esos extraños conciliábulo tutelados por el religioso. Al que, continuó asistiendo en la iglesia cotidianamente, para después de terminar con sus obligaciones parroquiales, preparar el examen de admisión a la escuela que, llegado el momento lo catapultó al quinto grado de primaria que, cursó tan brillantemente que se hizo merecedor del favor de la maestra que, a los pocos meses lo nombró tutor de los más pequeños, conllevando el pase de ingreso a la biblioteca del establecimiento, permanentemente vedado para todo el resto del alumnado, con el pretexto de proteger el archivo del colegio y los anaqueles repletos de títulos de literatura tradicional y popular, manuales de química, ciencias naturales y diversas materias que, incluían para su sorpresa unos breviarios luteranos y otras obras en alemán. Cuya presencia no se justificaba en una población sin germano-

parlantes, al revés de lo que acontecía más al norte, en la zona administrativa de Saratov y Samara, colonizada por los *Wolgadeutsche* o alemanes del Volga que, dominaban una inmensa área territorial colmada de granjas, sementeras, molinos, aldeas y pueblos, habitados por cerca de cuatrocientos mil descendientes de los primeros inmigrantes teutones que, conservaban con extrema rigurosidad el idioma alemán, sus costumbres y el cúmulo de tradiciones heredadas de sus ancestros, asentados en esa región de Rusia desde las últimas décadas del siglo XVIII, por invitación de su coterránea la zarina Catalina *La Grande*.

Y, no obstante, la intriga que le causaran aquellos evangelios protestantes, prefirió no tocar el tema con su jefa para evitar restricciones, y seguir leyendo lo que quisiera cada tarde, aprovechando que su padre había reestructurado su horario, para que asistiera a la escuela y se dedicara a sus estudios, con la condición de que visitara al Pope Semyon una vez por semana, pues también había sido relevado de sus funciones en el templo, al que empezó a concurrir sagradamente los viernes al ocaso, a lomos de su flamante corcel *Rasputnik* -El Libertino- que, dejaba ramoneando al alero del despacho parroquial. Mientras él disfrutaba del té y las galletas de cebada, con que su anfitrión lo lisonjeaba escuchando sus peripecias escolares que, culminaron ese primer año con un honroso licenciamiento que, lo promovió al nimbo de la inexistente educación secundaria que, la maestra Olga salvó designándolo preceptor del nivel inicial, a cambio de una escueta paga que aceptó gustosamente, ampliando su cronograma para dar clases en la mañana y limpiar las dos únicas aulas tras el almuerzo. Quedándose en la biblioteca en las tardes, planificando las lecciones y revisando los dictados de sus alumnos, pero principalmente leyendo ensimismado

cualquier libro que lo teletransportase más allá de los límites de Krasnoy que, pronto situó en las antípodas de la civilización; estático. Asemejándose a un pecio encallado en la insondable estepa. Tan apartado del mundo que, hasta la esquiva ciudad de Tsaritsyn le parecía inaccesible, por la taimada renuencia de su padre y abuelo de visitar el pueblo.

Por lo que, fue predecible el tajante rechazo que, recibió en las postrimerías del verano de 1915, al solicitar que lo matriculasen en el instituto de la capital provincial, para cursar una formación técnica en régimen de internado, ya que era imposible acceder al conocimiento en aquellos campos semi salvajes, como lo enfatizó descarnadamente su madre apoyándolo, en la feroz discusión en la que se trabó con su marido y su suegro, a quienes acusó de retrógrados con alucinaciones medievales que, excluían a su prole de los adelantos de la vida moderna. - Ustedes viven aferrados al pasado -. Les recriminó. Previamente a jurarles que, su primogénito seguiría estudiando y aprendería un oficio, - O, dejaba de llamarse Oxana Ivlegoduyka -, aseveró empeñando su palabra que, inexorablemente comenzó a cumplir a inicios de marzo, con una atípica oferta de trabajo en *La pura verdad* que, era el semanario en que ejercería de aprendiz por un año, en tanto lo postulaban a la academia Novocherkask que, fue lo que en definitiva acordaron sus padres al hacer las paces, gracias a la oportuna intermediación del Pope Semyon que, fuera quien le agenció el puesto en el pasquín de su amigo Vladimir Oleguin. Un personaje tan popular como su periodicucho, en el que publicaba con total descaro noticias copiadas de rotativos de Tsaritsyn o de Moscú que, solamente eran el relleno para su más sonado éxito: las sabrosas “Noticias sociales” que, recopilaban una selección de chismes de los vecinos de Krasnoy, que,

cada lunes se apiñaban sin pudor en las puertas de la imprenta, esperando a que saliera a la venta la tirada semanal que, una pequeña multitud se disputaba a brazo partido con empujones e insultos, para alcanzar uno de los cien ejemplares del número que, delataba en sus páginas centrales el paradero de los desaparecidos de fin de semana. Ya sea en un bar de mala muerte, en un catre de burdel o en la morada de alguna amante, adonde partían las esposas de los beodos escoltadas por un tropel desvergonzado que, en medio de risas y pullas apostaban sobre la reacción del descarriado, cuando fuera escarnecido públicamente por su iracunda mujer que, lo arrastraría de vuelta al hogar por las callejas del pueblo, exponiéndolo al linchamiento moral de la virulenta chusma, entre la cual habían muchos que otrora sufrieran ese paseo de la infamia.

Pero, aquellas cacerías de borrachos adúlteros, no era lo único que exaltaba la morbosidad de los krasnoyanos, pues ocasionalmente, “Las noticias sociales” también divulgaban escabrosas infidelidades femeninas, o, notas acerca de hijos notablemente distintos a sus *padres de bautismo*, como los designaba mordazmente el editor del periodiquete, al anunciar la ceremonia del primer sacramento del bebé en cuestión, en la bullada sección de “*Bodas, bautizos y funerales*” que, igualmente, difundía avisos de fulminantes matrimonios, cuyos contrayentes se enteraban por la prensa de su inminente enlace, conjuntamente con las felicitaciones por el embarazo de la feliz novia.

Por todo esto, a Iván, le fue irresistible incorporarse en *La pura verdad*, máxime al serle asignada la corrección de pruebas, desde la que pudo escrudiñar el misterioso origen de las “Noticias sociales” que, curiosamente contaba con la indulgente tolerancia del Pope Semyon que, por lo demás, se dejaba caer en la imprenta todos los martes y

jueves, justo después del rutinario horario de las confesiones, para encerrarse con el señor Oleguin en su despacho, a confabular lo que supuso, era la elección de las infidencias a publicar el siguiente lunes que, convertirían al poblado en un estafalario circo de locos, donde cada cual humillaba sin misericordia al caído en desgracia, a sabiendas de que no habría piedad al llegarle su turno, en un círculo vicioso que fue intensificándose al pasar los meses, hasta que un aciago día viernes el ciclo dorado de *La pura verdad* se extinguió en la tragedia...

...Fue *Marusha*, la chica de la limpieza, quien temprano en la mañana descubrió el cadáver de su patrono, cuyo deceso corrió a informar a la policía que, inicialmente pusieron en duda la muerte del señor Oleguin que, yacía en su oficina con un balazo en el entrecejo y, otro cruzándole el cráneo de sien a sien, trazando una suerte de macabra cruz imaginaria que, segara la vida de aquel genio del reportaje social, pionero del hipnotismo de masas e indudable precursor del periodismo de farándula.

Y como era de esperar, la fúnebre nueva se diseminó como un reguero a los cuatro vientos, sacudiendo telúricamente a los krasnoyanos que, abandonaron sus tareas cotidianas para volcarse al sitio del suceso, donde se congregaron a la espera del arribo del alcalde Pelushin que, al presentarse con los tres únicos policías de la localidad, debieron abrirse paso a empujones para ingresar a las dependencias del *diarucho*, para constatar el alevoso asesinato de maese Vladimir. E iniciar las pesquisas que, tuvieron que interrumpir para salir a contener a la muchedumbre que, devastada por la catástrofe clamaba por venganza, lloriqueaba maldiciones y rugidos de indignación que, solamente se aplacaron con la providencial aparición del Pope que, irrumpió en el tumulto llamando al sosiego y a la purga de sus desmanes con rezos, entretanto iba con el edil a ver el cuerpo de su amigo que, todavía se hallaba exánime en la silla del escritorio, apoyado contra el respaldo con la cabeza hacia atrás, como si lo hubiesen retenido por la espalda al descerrajarle el primer tiro.

- ¡Al parecer maese Oleguin presentó resistencia, paternidad! -. Observó Pelushin ingresando al despacho del occiso editor.

- De eso no me cabe duda, Konstantin -. Convino el sacerdote, señalando el desparramo de objetos destrozados y muebles removidos,

evidenciando la lucha que allí hubo.

- ...Y por la posición del cuerpo, venerable padre. Da la impresión de que interrogaron a la víctima antes de matarlo -. Prosiguió, conjeturando que el móvil del crimen fue por información y no por dinero.

Mas, el Pope ya no le prestaba atención, y en silencio contemplaba absorto los restos de su inseparable compinche.

- ¿Qué podría saber para que lo mataran así? -. Balbuceó conmovido el regidor, apuntando la testa ensangrentada del difunto que, Iván miraba horrorizado desde la puerta con Aleksey, el joven aprendiz de tipógrafo, que lo fuera a buscar a matabalbo para informarle de la calamidad.

- ¡Acércate *Aliosha!* -. Le ordenó Pelushin al otro muchacho, llamándolo por su diminutivo. - Y dime, si te acuerdas de alguien en Krasnoy que, haya amenazado a tu patrón en el último tiempo -.

Pero, el Pope terció asegurándole que, Vladimir Petróvich Oleguin era querido y respetado por sus vecinos. - Por lo tanto, los criminales tienen que ser forasteros -.

- Su eminencia -. Lo atajó el jefe comunal. - Todos sabemos la discordia que engendraban las “Noticias sociales” entre nuestros paisanos. Y tal vez, el asesino supo que *La Pura Verdad* iba a publicar algo que lo arruinaría, y atacó a maese Oleguin para impedirlo -.

- ¡Nadie aquí sería capaz de esta atrocidad, Konstantin! -. Lo refutó irritado el hombre de dios.

Lo que, impuso a Pelushin reconocer lo insólito del asesinato, empero recordarle lo rencorosos que eran sus conciudadanos, a quienes ambos debían apaciguar cada vez que había una reyerta, para impedir que se transformara en un baño de sangre.

- ¿Estás seguro de que el criminal podría ser de Krasnoy, *Kostya*? -. Lo emplazó coloquialmente.

- ¡No enteramente, santidad! Y, por eso, todos somos sospechosos hasta capturar a los culpables...inclusive usted -.

- ¡Cómo te atreves, *bocafloja*! -. Escupió indignado el viejo párroco. Increpando al insolente que, se defendió apelando al reporte nocturno del alguacil que, registraba un altercado a gritos entre el Pope y Oleguin.

- ¿Por qué razón discutieron, eminencia? -. Le espetó Pelushin, recuperando el aplomo que lo caracterizaba.

Y sin demora, el Pope reconoció el entrevero imputado, sin ahondar en su causa. - Son asuntos privados -. Se dispensó.

- ¿Habrán discutido acerca de las “Noticias sociales”? -. Presionó la autoridad edilicia.

- ¿Qué quieres decir con eso, Konstantin? -.

- Es que, últimamente las malas lenguas han echado a correr la patraña de que, las “Noticias sociales” son idénticas a las confesiones de sus feligreses, paternidad -.

Insinuando a continuación que, quizás, el motivo de su choque con el finado fue que, no quiso seguir quebrantando el secreto de confesión.

- ¿Y quién podría creer eso? -. Lo compelió con evidente disgusto el Pope, adelantándose hacia el alcalde que retrocedió un par de pasos.

- Todos, venerable padre -. Musitó en un hilo de voz.

- ¿Y qué más “dicen”? -. Lo apremió arrinconándolo.

- ¡Es que, perdóneme, padrecito! -. Farfulló el angustiado Pelushin.

-...Sucede que, el reporte policial de anoche afirma que, usted le vociferaba a maese Vladimir que se fuera del pueblo o moriría -.

Dejando perplejo al sacerdote que, se giró instintivamente para salir del

despacho, avisándoles que irían a consolar a su grey que, en el exterior reclamaba la finiquitación de las pericias, para trasladar al yerto señor Oleguin a la iglesia, donde posteriormente su cuerpo fue preparado por el longevo clérigo, a quien Iván asistiría susurrando trasnochados salmos que, rememoró tiritando por un penetrante escalofrío que, neutralizó arropándose con una frazada bajo la cual cerró los ojos. Para revivir los postreros hechos al homicidio que, sobrevinieron como un torbellino desde la mañana del sábado, tras reunirse con Aleksey y *Marusha* en *La Pura Verdad*, para editar una publicación en honor a maese Oleguin, cuya muerte sería el titular y la principal noticia de su propio periódico que, en esa ocasión contendría tres páginas adicionales, saturadas de condolencias, pésames y otras muestras de dolor impreso que, harían de aquel número en un éxito de ventas sin parangón.

Con todo, habría que admitir que, las circunstancias contribuyeron favorablemente a este triunfo editorial, ya que tuvieron acceso directo al informe forense, asimismo a la escena de la espeluznante ejecución que, como fuera perpetrada en víspera de un fin de semana, les proporcionó la posibilidad de trabajar el sábado y domingo, para alcanzar a imprimir los quinientos ejemplares que, el lunes a las diez en punto presentaron a su turbulento público que, desde el amanecer se había aglomerado frente a la imprenta. Para adquirir aquel póstumo homenaje a su ex empleador, litografiado en la portada bajo los rimbombantes titulares que, acusaban las extrañas incidencias de su magnicidio, detalladas acuciosamente en las páginas iniciales que, antecedían al reportaje del multitudinario responso funerario, durante el cual los asistentes esperaban algún pronunciamiento del Pope que, ratificase la versión de su violenta ruptura con Vladimir Oleguin que, según los malhablados

terminó siendo su condena de muerte.

- ¿Por qué, a quién más que a un prelado, se le hubiese ocurrido atravesarle la mollera con dos tiros en cruz? -. Habían diseminado bocas procaces.

Entre otros lenguaraces infundios que, Iván soslayó al redactar la crónica del réquiem que, se iniciara con la aparición del sacerdote en la nave de la iglesia, ataviado de cofia, negra túnica y los ornamentos de su rango, asistido por un par de acólitos batiendo los incensarios humeantes, con que sahumaron el féretro como primer acto del rito que, el anciano entronizara completamente abstraído de los cientos de fieles que, fantaseaban con escuchar su incriminación del pérfido delito que, para su frustración no confesara ni en el *trisagio*, ni en la lectura de los versículos, ni en las alabanzas y menos al entonar los cantos del *kontakion*. Por lo que, el maremágnum krasnoyano, aguardó expectante la prédica del sermón que, nuevamente los decepcionara, al versar exclusivamente sobre el poder redentor del perdón, omitiendo olímpicamente toda mención del castigo divino al asesino que, tampoco tuvo eco en las oraciones finales de las exequias, con que el Pope despidiera a su alterado rebaño que, hacía rato se revolvía murmurando irrespetuosas críticas que, los pueblerinos multiplicaron al vaciarse a la explanada. Adonde los más levantiscos replicaron su descontento, ya sea en solitario o en variopintos grupos que, argüían a viva voz descabelladas teorías conspirativas que, demostraban por enésima vez su terrible deterioro cerebral, derivado del cotidiano y excesivo consumo del vodka que, ya corría a destajo en memoria de la sucumbida estrella periodística, en una caótica espiral de alcohol y despecho que, se expandió sin control hasta bien entrado el crepúsculo que, con sus destellos rojizos pareció incendiar los ánimos de aquellos

desenfrenados que, comenzaron a bramar por justicia para el señor Oleguin, en un progresivo y enajenado clamor colectivo que, en su apogeo alentó al populacho a secuestrar el ataúd, con el objeto de continuar las honras fúnebres en la imprenta, libando y cantando la noche entera en un remedo de culto pagano.

No obstante, quienes pretendieron irrumpir en la iglesia, se encontraron con sus gruesos portales trancados que, resolvieron embestir a punta de furibundos enviones que, les costaron tres hombros dislocados antes de esgrimir una viga, con la que se aprestaban a cargar al más medieval de los estilos, cuando una voz se sobrepuso al griterío de la embriagada plebe, para advertirles que uno de los pesados portones se movía, abriendo el quicio por el que surgió la augusta estampa del Pope Semyon, tan parecida a los coléricos profetas del antiguo testamento.

- ¿Qué es lo que queréis? -. Vociferó, abarcándolos a todos con el gris metálico de sus ojos.

Entonces, los asaltantes soltaron el ariete y recularon hacia el amedrentado gentío que, retrocedía empujándose entre sí pisoteando a los que tropezaban gimiendo, mientras la mayoría enmudecida se alejaba del sacerdote que, con los ojos centelleantes se les iba aproximando paso a paso, recriminándoles por el escándalo que lo sustrajera de sus plegarias. - ¿Alguien quiere decirme algo? -. Los intimó otra vez.

Y, puesto que, no se oyera más que, el rumor de la brisa que revolvía su larguísima cabellera blanca, despachó a la turba que se apuró por evacuar la plaza, con la ilusa esperanza de que su pastor no retuviera sus rostros ni nombres, para librarse del implacable desquite de aquel santo varón que, por obra de la confesión contaba con la pecaminosa bitácora de cada uno, especialmente de los carcamales que quisieron

asaltar el templo que, fueron los primeros en escabullirse por las callejones aledaños, como lo registrara él mismo para su reportaje.

Pues, haciendo gala de un notable olfato reportero, esperó a que los sucesos se desencadenaran afuera de la iglesia, arriba de una banqueta desde la que atestiguó los inusuales incidentes que, recopiló en su libreta para convertirlos en el material noticioso que, fue impreso en la página anterior al artículo del funeral que, se iniciara el domingo a mediodía con el *trisagio* que, bendijo el traslado del cajón a la carroza fúnebre que, se puso en movimiento encabezando la procesión al cementerio. Liderada por el Pope portando un gran crucifijo ortodoxo, flanqueado por dos pares de monaguillos oscilando los incensarios que, con sus aromáticas humaredas nublaban al alcalde que venía detrás, alzando el estandarte azul, oro y grana de Krasnoy, seguido por los emblemas del imperio enarbolados por los policías que, antecedían a una larguísima columna de adolorida humanidad que, remataba con una ruidosa orquesta de músicos aficionados que, iban interpretando disonantes ritmos carnalescos que, una cáfila de borrachines rezagados bailaba convulsivamente, remojando en licor su pena por la partida del señor Oleguin. Cuyo sepelio se consagró, como el más llorado de los adioses jamás visto por aquellos lares, porque además de la cuantiosa convocatoria y las tradicionales muestras de pesadumbre, se añadieron inusitadas expresiones de mortificación que, en varios hitos del trayecto al camposanto rayó en la histeria, con gritos afiebrados, desgarradores ayes e insolentes disparos percutados por algunos dolientes, clamando vivas para el muerto con los ojos arrasados en lágrimas, en un paroxismo que incluyó incontables desmayos y avalanchas grupales sobre féretro, para cubrirlo de flores, cintas de colores y coronas de papel. En una frenética secuencia que, los más

perspicaces, atribuyeron a un ardid de los arrepentidos detractores del Pope, para conseguir su perdón o a lo menos mitigar su celebérrima ira, por haber osado imputarle la mortalidad de su mejor amigo que, a las 12 y 47 minutos de aquel seis de abril de 1915 descendió a la tierra, paralelamente al ascenso de su alma al cenit infinito, para desdicha de ángeles, arcángeles, serafines y querubines que, desde ese día temerían ser blanco de la edición celestial de maese Vladimir; frase culmine que, epilogó la última tirada de *La pura verdad*.

...Y ahí fue que recordó, que, dos días después, el miércoles a la hora de costumbre, montó su potro y cabalgó a la imprenta, para reencontrarse con *Alyosha* y *Marusha* a limpiar las prensas, engrasarlas y evaluar la continuidad del pasquín a petición de sus fervientes lectores que, al agotar el medio millar de ejemplares del número extraordinario, habían logrado un récord de lectura *per cápita* a nivel nacional, considerando que casi la totalidad de los mil ochocientos veintitrés adultos censados de la comarca, eran analfabetos, no entendían lo que leían o, simplemente no creían que leer les fuera útil.

Mas, al llegar a la sede del periódico, Aleksey le entregó un recado del Pope que, venía lacrado con el sello de San Jorge; aquel con el peculiar cuño del santo montando un dragón que, desde hacía mucho su familia utilizaba con el párroco, para comunicarse en ocasiones de una ameritada gravedad que, de inmediato lo llevaran a recluirse en la intimidad del baño, para romper el lacre y abrir la escueta esquila que, emanaba el cítrico aroma de la escritura invisible.

“Querido Iván, ven a conversar conmigo a la iglesia sobre tus estudios”. P. Semyon. Decía la anodina frase que, ocultaba la urgente convocatoria que revelara a contraluz: *“Ven la sacristía a la hora de vísperas, pues nuestras vidas están en peligro”*. Lo intimaba el

intrigante mensaje.

Cuyas implicancias intentó desentrañar toda la mañana, aislándose en la limpieza de las planchas de impresión, sin lograr explicarse la causa que hacía peligrar su existencia que, decidió buscar en el despacho del señor Oleguin, adonde entraría cuando sus compañeros salieran a almorzar, para forzar sin testigos las tres gavetas del escritorio que, inexplicablemente permanecían cerradas con llave y, por lo tanto, incólumes a las indagatorias de la policía.

Así que, alrededor de la una de la tarde, una vez que quedara solo, ingresó a la oficina premunido de un cincel de linotipo y un martillo, con los que destrabó la cerradura de la cajonera del escritorio, para seguidamente vaciar el contenido del primer cajón sobre el mesón, para proceder a examinar un sinfín de facturas, cuentas y otros papeles relacionados con el negocio tipográfico que, no le aportaron ningún indicio a su investigación que, luego prorrogara revisando el contenido del segundo compartimento que, albergaba diversos documentos personales de su extinto patrono. Como un añoso álbum que, compilaba una veintena de daguerrotipos de su mocedad, entre los cuales hubo dos que le llamaron poderosamente la atención: uno, en que maese Vladimir vestía uniforme de oficial de caballería, y otro de civil en un boulevard de una ciudad extranjera, posando del brazo con la joven señora Oleguina que, con tanta melancolía la recordaba su viudo estando bebido.

- Al parecer los Oleguin estuvieron en Berlín -. Dedujo, aguzando la vista. Para deletrear una germánica frase al pie de la imagen que, situaba a la flamante pareja en la capital de Alemania, cuyo idioma también se reproduciría en unos oficios y otros legajos que, consecutivamente hallara en el tercer cajón debajo de un revólver, al

que precisamente le faltaban dos balas en el tambor que, en conjunto con los vestigios de pólvora quemada en el cañón, le hicieron suponer el hallazgo del arma homicida que, los asesinos repusieran en su sitio antes de acerrojar el escritorio, con las llaves que se llevaran para acaso volver otra noche, por aquello que les negara el dueño del semanario.

Este trascendental descubrimiento, unido al hecho de que no habían trazas de violencia en la puerta, lo persuadieron de que los agresores eran conocidos de la víctima, que debió invitarlos a su despacho como ocurría periódicamente con el Pope Semyon que, fuera el último en verlo vivo en su habitual cita de los jueves que, terminara con la crispada discusión reportada por la policía que, diera pábulo a la siniestra teoría que incriminaba al sacerdote que, lamentablemente iba adquiriendo crecientes atisbos de veracidad que, rumiara amargamente el resto de aquella jornada que, culminara a las seis de una tarde teñida de colores cálidos. Cuando, dejara a *Aliosha* y *Marusha* cerrando la imprenta, para ir al potrero alledaño a montar a *Libertino* que, lo condujo a paso cansino hasta la sacristía de la iglesia, frente a la cual descabalgó sin soltar las riendas de su caballo que, relinchó excitado al percibir el ruido de fuertes pisadas que, se fueron acercando rápidamente por el linde trasero del templo, por el que apareciera el Pope dándole la bienvenida.

- ¡*Vania*⁸, pequeño rapaz! ¿Qué nuevas hay para Dios? -. Exclamó contento, reviviendo el saludo que instituyeran en su etapa de ayudante.

- ¡Trabajando para nuestro señor Jesucristo y la santa fe ortodoxa, Pope Semyon! -. Le correspondió con una sonrisa estrangulada.

- ¿Y San Jorge dónde está? -. Continuó el Pope.

- ¡Acá, en mi corazón! -. Le contestó otra vez.

⁸ Diminutivo ruso de Iván.

Llevándose la mano derecha al pecho al unísono con el anciano que, inmediatamente lo instó a seguirlo a su gabinete, con la excusa de beber un exquisito té de oriente que, debió esperar sentado en una silla de la pequeña sala, en tanto el clérigo manipulaba el *samovar* preparando la infusión, sin cesar de inquirir por sus planes en *La Pura Verdad* que, fuera respondiendo evasivamente a su antaño mentor que, a la postre se le acercara llevando las tazas para ambos que, posara sobre una mesita para enseguida mirarlo directamente a los ojos, preguntándole a quemarropa si creía que él mató a Vladimir Oleguin.

- ¡No!, no lo creo Pope -. Retrucó azorado. - ¿Por qué lo iba a matar, si ustedes eran amigos y cómplices en “Las Notici...”? -.

Y se mordió la lengua, consciente del yerro que lo dejara en evidencia ante el párroco que, le extendiera su taza atenzándolo con sus pupilas metálicas.

- ¡Lo que ibas a decir es cierto, *Vania!* -. Le concedió, sentándose delante suyo. -...Con *Volodia*⁹ éramos socios en la redención de las almas de Krasnoy -. Acabó por decirle, asumiendo veladamente el pecado original de “Las noticias sociales”.

- ¿Entonces, ese fue el motivo por el discutieron el jueves en la tarde, paternidad? -. Esbozó, temiendo desatar una de sus clásicas pataletas.

- No podrías estar más equivocado, querido *Vania* -. Le respondió apocadamente.

Y, arreglándose el hábito, le confió que ese altercado con el finado periodista, fue debido a su obstinada negativa de irse del pueblo, ya que antiguos enemigos lo habían localizado y podían matarlo.

- ¿Antiguos...enemigos? -. Repitió dudoso, observando al Pope asentir varias veces, previo a señalarle que sus perseguidores los acechaban

⁹ Diminutivo ruso de Vladimir.

desde que eran jóvenes.

- ¿Ustedes fueron amigos de juventud? -. Inquirió desconcertado.

- Sí, *Vania* -. Admitiendo que, con el señor Oleguin se conocieron adolescentes en la academia de caballería imperial.

- ¿Cómo? ¿Fue soldado antes de ser religioso, paternidad? - Acusó pasmado. - ¡Es que no lo puedo creer! -.

- Esa es la verdad. Y al egresar con *Volodia*, fuimos asignados al mismo regimiento -.

- ¿Y qué edad tenían ahí? -.

- Solo unos años más que tú hoy, *Vaniushka* -. Suspiró el Pope, enjugándose las lágrimas que pugnaban por rebasar sus arrugados párpados. - ¡Discúlpame por verme así, hijo! -.

E, intentado recomponerse le relató que, al incorporarse a la oficialidad de su unidad, se inauguró para ellos una inolvidable etapa de vida social que, hicieron valer en cada día de franco o en los permisos que conseguían, para presentarse en los paseos y cafés de Moscú a conquistar chicas, confiados de la apostura que les conferían sus elegantes uniformes de alféreces, con los que causaban estragos entre las féminas que asistían a las recepciones y fiestas, en las que hacían gala de sus dotes de bailarines.

- ¡Y déjame decirte que tuvimos bastante éxito, muchacho! -. Se jactó, con una sonrisa leve que desarrugó por un tris su semblante que, se volvió contraer con las agrias remembranzas de la guerra en el Cáucaso.

- Nos acuartelaron para marchar al sur, a Chechenia y Daguestán, donde por más de un año combatimos a los pueblos sublevados, hasta que estalló la guerra contra los Otomanos que, promovió que nuestro fogueado regimiento fuese trasladado primero a Crimea, para con posterioridad invadir las costas de Bulgaria, en cuyo territorio libramos

batalla tras batalla por otros dos años, logrando la victoria final que nos permitió regresar en marzo de 1878, para alegría de nuestras familias en contraste al desconsuelo de los padres, viudas y huérfanos que, en vano esperaron por las decenas de camaradas caídos. Eso sin contar, el calvario de los que retornaron heridos de gravedad o mutilados, o, los enloquecidos por el horror de lo que vimos e hicimos, ya sea luchando en las montañas caucásicas o en la Europa otomana que, nos fue deshumanizando en una escalada de crueldad reflejada en las masacres que perpetramos, los incendios de las aldeas y poblados que quemamos y el constante ajusticiamiento de los prisioneros, cuyos dantescos recuerdos ansié diluir en un vértigo de festejos, mujeres y alcohol que, en vez de mitigar la honda insatisfacción y la culpa que sentía, me hundieron en una depresión que me tuvo al borde del suicidio. Hasta que un buen día, hallé en nuestro señor la paz que tanto anhelaba, así que renuncié al ejército e ignorando la disconformidad de mi familia, viajé a Nóvgorod para ingresar al seminario de Yúriev, adonde me refugié en la oración y la contemplación por un extenso periodo, antes de reestablecer comunicación por correo con Vladimir que, había prolongado exitosamente su carrera militar en Moscú, mientras yo cursaba mi preparación religiosa en el monasterio, en el que en 1884 fui ungido sacerdote y adjunto del patriarca, a quien serví de secretario y guardaespaldas por un lustro.

En el intertanto, *Volodia* fue ascendido a mayor y en virtud a su esmerada educación, su ilustre árbol genealógico y las influencias de su padre, fue nombrado edecán del príncipe que representaba al imperio en Berlín, donde mi querido amigo fue un asiduo concurrente de las recepciones diplomáticas, *kermesses* y otras reuniones sociales que, le posibilitaron cortejar a una aristocrática y bella dama: Ingrid, con la que

contrajo matrimonio tras un noviazgo de un año, iniciando lo que llamara la época más dichosa de su vida que, planificaba eternizar con los hijos que concebiría con su amada -.

- Pero, todo eso cambió en 1888 -. Señaló acremente el Pope que, con voz cascada le afirmara que, para Vladimir Oleguin fue un duro golpe recibir la notificación de su ascenso que, lo asignaba al estado mayor del distrito militar de Kazán, obligándolo retornar intempestivamente a Rusia con su mujer que, como él se resistió a separarse de su parentela y amistades berlinesas, con las que compartían una intensa agenda de eventos benéficos, conciertos y otras actividades culturales que, a *Volodia* lo compenetraron de tal forma con la alta sociedad alemana que, incluso llegó a ser miembro de la hermética “*Sociedad literaria Parsifal*”. A la que pudo ingresar apadrinado por su poderoso suegro, - Siegfried von Hagenmüller-, un noble de rancio abolengo que, impuso su candidatura en esa asociación arguyendo que, la línea paterna de su yerno estaba enraizada en la primordial dinastía de Riúrik¹⁰, por lo que reunía las exigentes credenciales étnicas que, finalmente le franquearon las puertas de esa particular cofradía que, resultara ser una secta germanófila obsesionada con el romanticismo nacionalista, la superioridad de la sangre nórdica y la afición por las ciencias ocultas y la filosofía mágica.

Así las cosas, un año más tarde, cuando Vladimir ya llevaba varios meses en su nueva destinación, empezó a escribirme a Nóvgorod con inusitada frecuencia, expresándome el malestar por su involuntaria repatriación que, en un principio contestaba a través de largas cartas sin percatarme que, sus epístolas intercalaban extraños párrafos en clave que, más adelante pude descifrar enterándome de su terrible odisea,

¹⁰ **Riúrik o Rúrik:** Nota histórica N ° 2.

causada por la constante presión de los jefes de *Parsifal*, para que obtuviese importante información estratégica que, emplearían para proyectar la invasión de la cuenca del Volga que, los fanáticos pangermanistas ambicionaban anexar a su territorio, unificando a los *Wolgadeutsche* con su patria ancestral...-.

- ¿Pope, está diciendo que el señor Oleguin era un traidor? -. Lo interrumpió, estremecido por aquella funesta probabilidad que, le fuera desmentida con dureza por el anciano.

- ¡Al contrario, *Vania!* Ya que, se desbarató el ataque alemán gracias a *Volodia* que, pagó su lealtad a Rusia con la pérdida de su esposa -.

- ¿La mataron? -.

- La envenenaron, muchacho -. Le especificó, levantándose a encender una lámpara, para contrarrestar la lánguida luz del ocaso. - Y ahora, los asesinos de los Oleguin intentarían matarnos a nosotros, si es que...-.

- ¿Quiénes? -. Lo interceptó destempladamente.

- ¡La *Germanenorden*¹¹, *Vania!* Una sociedad heredera de *Parsifal* -.

- ¿Pero, porque querían matarnos? -. Le insistió asustado al Pope que, lo silenció con severidad al acercársele, para revelar en sordina la existencia de un antiquísimo secreto que, únicamente conocían algunas personas aparte del difunto Oleguin.

- ¡Aaaahh! Entonces, ¿eso significa que, los asesinos de maese Vladimir creen que nos transmitió ese secreto? -.

- Lamento informarte que es mucho peor que eso, *Vaniushka* -. Deploró el Pope, inclinándose hacia él para vaciarle directamente al oído, una increíble historia en la que su familia era la protagonista, y, por cierto, depositaria del milenario enigma perseguido por la

¹¹ ***Germanenorden***: Fue una sociedad secreta fundada en Alemania en 1912, que llegó a contar con más de 1500 miembros, cuyo símbolo era una esvástica y se caracterizaba por la práctica de varios ritos esotéricos neo-paganos

Germanenorden.

-...Pope Semyon -. Balbuceó impactado. - ¿Esto fue lo que motivó la emigración del tío *Misha* a Sudamérica? -.

Y el religioso se lo confirmó con un ademán, separándose un poco para advertirle que ya era tarde y debía irse a casa. - ¡Ya vete, jovenzuelo que, tu madre estará preocupada! -. Lo urgió remeciéndolo, pues seguía paralizado en la silla asimilando la nueva realidad que lo superaba.

- ¿Y si me secuestran en el camino? -. Gimoteó al espabilar.

- ¡No se atreverán todavía! -. Lo trató de tranquilizar. - Los alemanes esperarán que todo vuelva a la calma para reaparecer -.

- ¿Y qué haremos cuándo vengan por nosotros? -.

- Eso ya lo veremos. Pero, por el momento, no vuelvas al pueblo si no es acompañado por tus mayores. ¡Está claro! -.

- Es que eso implicaría abandonar mi empleo con la maestra Olga...-. Discutió. Empero el Pope lo acalló con otra aturdidora confidencia.

- ¡Y ahora júrame lo que te pido, *Vania*! ¡Jura por San Jorge que no volverás a la escuela! -. Le exigió sacudiéndole los hombros. Y él juró, espantado, llevándose la mano derecha al corazón.

NOTAS HISTÓRICAS.

Nota histórica N°1: La actual **Volgogrado** fue fundada en 1589 con el nombre de Tsaritsyn que fue tomado del río Tsaritsa (del tártaro *Sary Su*, Agua Amarilla). La fortaleza fue establecida con el fin de defender el inestable frente sur del imperio ruso, convirtiéndose con el tiempo en un importante centro de tránsito y de comercio. Fue capturada por los Cosacos en dos oportunidades, la primera en 1670 bajo la sublevación encabezada por Stenka Razin, y en 1774 por Yemelián Pugachov. A finales del siglo XIX era uno de los más importantes puertos fluviales del Volga. Ya en el siglo XX, con el nombre de Stalingrado, a sus alrededores y dentro de la ciudad misma, se libró la más sangrienta batalla de la segunda guerra mundial.

Nota histórica N°2: *Riúrik o Rúrik.* "El famoso líder" (h. 830-h. 879), fue un jefe de los vikingos Varegos que ganó el control del Ladoga en 862 y construyó el asentamiento de holmgard (Rúrikovo Gorodische) cerca de Nóvgorod, fundando la dinastía *Rúrika* o *Ruirikida* que gobernó la Rus de Kiev y luego Rusia hasta el siglo XVI, que fue cuando comenzó a gobernar la dinastía Romanov.

PUESTO OVEJERO LOS AZULES.
MAGALLANES, SUR AUSTRAL DE CHILE.
FINALES DE NOVIEMBRE DE 1915.

Llevaban tres días agrupando a las majadas de ovejas que, a la distancia asemejaban un movedizo océano blancuzco que, ora se desplazaba en el horizonte pastando o saciándose del agua de una laguna, ora cambiando de rumbo correteados por una decena de perros pastores que, a veces, se lanzaban por la pampa en persecución de las cabezas descarriadas, secundando a los jinetes que competían con el ruso en aquellas galopadas, en las que hizo gala de su destreza ecuestre con osadas piruetas que, eran seguidas a lo lejos por su cuadrilla y los puesteros de *Los Azules* que, apostaron a los suyos los pesos fuertes que perdieron. Juntamente con varias botellas de licor que, al anochecer amenizaron un regado asado al palo, pletórico de brindis en honor a la pericia del extranjero que, por medio de los escoceses correspondió elogios a los gauchos patagónicos, añadiendo trazas de la crianza y doma de los potros del Don que, cautivaron a los ovejeros del aislado puesto, tanto o más que, las anécdotas de su particular arribo a la estancia, con que se entretuvieron hasta que el firmamento se desvaneció en la horizontal oscuridad nocturna que, a medianoche los impeliera a ultimar el aguardiente, guardar las sobras y apagar el fuego. Pues, los arrieros de *Oazy Harbour* tenían que partir al alba, guiando a cuatro mil lanares a los galpones centrales de esquila, adonde llegarían a tiempo para recibir el pago del salario mensual, así como del consiguiente fin de semana libre en Punta Arenas que, Iván ansiaba para indagar por el paradero de su tío, pese a sus dificultades idiomáticas y el desconocimiento de la

ciudad que, pensaba salvar con la inestimable ayuda de Mikel, con quien se quedó cebando mate en el barracón del puesto, esperando a que los demás se durmieran para confiarle su búsqueda.

- ¿*Golova*, yo pregunto? -. Articuló trabajosamente, cuando por fin estuvo seguro de que nadie los escuchaba.

- ¡Mmmm! -. Ronroneó *El Vasco*, sin desviar la vista de las brasas de la estufa a la que se arribaban.

- ¿Tu busca *dyadya*¹² *Misha*? -. Balbuceó tímidamente.

- ¡No entiendo nada, *Ivancete*! ¿Qué es eso de *diada* que dices? -.

Compeliendo a que Iván desembuchara una suerte de relato, acerca del extravío del hermano de su padre en la capital magallánica.

- ¡Ahhh! ¡Que ya caigo! Que, dices que tu tío estuvo por estos andurriales hace muchos años -.

-*Da, golova*-. Refrendó en su lengua materna, satisfecho de haberse dado a entender. - ¡Tu ayuda busca! -.

- Que sí. Y preguntaremos por tu pariente a todo el mundo...-.

- *Niet, golova* -. Desaprobó, tapándose la boca con la mano.

- ¿Por qué tanto misterio, chaval? -. Le reprochó confundido.

- Yo peligro -. Le develó susurrante, causando la huraña extrañeza del capataz que, consiguió atenuar al reseñarle como pudo una sinopsis de su anterior vida, pasando por su desempeño en la escuela, hasta la infausta muerte del propietario de *La Pura Verdad*.

- ¿Y quién mató a ese tal Oleguin, muchacho? -.

- Pope dice alemanes Volga -. Declaró, tanteando a su interlocutor.

- ¿*Alemaniarra* en Rusia, dices? -. Inquirió *El Vasco* incrédulo.

No obstante, tuvo que aceptar la masiva presencia germana en la cuenca del Volga, una vez que su ayudante le describiera la saga de aquella

¹² Tío en ruso.

prolífica colonia que, durante más de dos siglos se multiplicó en el territorio que llamaban *Bergseite* y *Wisenseite*¹³.

- ¡Pero, a estas alturas esos alemanes son rusos, *Ivancete!* -.

- Nunca *golova* -. Discrepó en el acto, haciéndole ver con varios baches lingüísticos que, desde que arribaron los primeros *Wolgadeutschen* al Volga, se aislaron de otras comunidades locales para mantener sus costumbres, raza, idioma y cultura, acorde al trato que pactaron con Catalina *La Grande*, quien además los eximió de servir en el ejército y pagar impuestos.

- ¡Ya, ya! Y esas ventajas a vosotros les dio ojeriza, ¿no? -. Chasqueó socarrón, rellenando con agua hervida la calabaza de mate. - Mira que la envidia no trae nada bueno, ¡eh! -.

- *Niet*. Eso pasado, *bask*¹⁴-.

Y, a duras penas le expuso que, aquellos privilegios les fueron revocados en 1871, suscitándose la indignación y el desencanto de los alemanes del Volga que, comenzaron a emigrar por miles hacia América o a su madre patria, empero la mayoría se quedó esperando vanamente a que sus condiciones mejorasen, o, al menos que no empeoraran como desgraciadamente ocurrió, engendrando la aspiración de algunos *Wolgadeutsche* por la independencia, si no la anexión de la inmensa zona que habitaban al imperio del Kayser, para lo cual se organizaron en bandas armadas de *Wehrwolfs* o *Lobos de defensa o guerra*.

- Pope dice ellos matar señor Oleguin -. Remató Iván con lentitud.

- ¡A ver, a ver...! -. Lo paró *El Vasco*. - Que, hasta ahora, lo que

¹³ El territorio colonizado por los Alemanes del Volga, se dividía en dos grandes áreas, separadas por el grueso curso del río: *Bergseite*: el lado montañoso y; *Wisenseite*: el lado llano: en los cuales llegaron a fundar mas de 563 aldeas entre 1838 y 1880.

¹⁴ Vasco en ruso.

entiendo es que ese Pope o cura, o lo que sea, te dijo que a tu patrón lo mataron unos alemanes que viven en el Volga...- ¿Pero, por qué? -

- Secreto ganar guerra, *golova*. Así Volga ser Alemania -. Contestó, resintiendo la mueca suspicaz del campañista.

- ¿Y cuál sería aquel secreto mortal? Que, ya dilo de una vez -.

- Pope no decir -. Reconoció, bajando la cabeza.

- ¡Pufff! ¡Hay que ver lo cojonudo que es el cura ese! -. Lo fustigó, conteniéndose para escuchar de Iván que, el Pope y él empezaron a ser hostigados por los sicarios de maese Oleguin.

- ¿Que los los *alemanotes* creen que vosotros sabéis del secreto? -.

- ¡Da! -. Consintió Iván.

- ¿Pero tú no sabes nada? -.

- ¡Da, *golova*! -.

- ¿Y huiste de Rusia para que no te mataran igual que al mentado Oleguin? -. Continuó, recibiendo por respuesta el mismo monosílabo.

- ¿Y crees que esos asesinos vendrán a por ti aquí, en Magallanes, en este páramo alejado de la mano de dios? -. Le espetó desdeñoso.

- Da -. Ratificó nuevamente. Aseverándole que, las ramificaciones de los *Wehrwolfs* o *Lobos* estaban en todas partes.

Y como Mikel no diera crédito a sus temores, se vio obligado a demostrarle la peligrosidad de sus cazadores, revelándole la identidad del homicida de maese Oleguin.

- ¡¡Nooooo!!! ¡La maestra Olga! -. Expulsó *El Vasco* atragantado por el asombro. - ¡No puede ser...! -.

- ¡Maestra *Wehrwolf*! -.

- ¿Y cómo supiste eso, por el santísimo? -.

- Pope Semyon decir -. Le respondió escuetamente.

- ¿Pero, la maestra Olga no que era rusa? -.

- ¡Niet! -. Y acto seguido, le informó que, en realidad la maestra se llamaba Olga Schmidt, quien cambiara su apellido de soltera al de Dimitieva al casarse con un ruso de Saratov; una pequeña ciudad rodeada por los asentamientos *Wolgadeutsches*.

- ¡Es increíble! -. Aceptó resoplando Mikel.

- ¡Golova no decir nadie! -. Insistió Iván. - *Wehrwolfs* poder estar en Punta Arenas -.

- ¡Descuida, chavalillo! Que ya veremos como encontrar a tu tío sin que arriesgues el pellejo -.

- ¿Tú, secretos, *golova*? ¿Tener familia? -. Quiso saber, abusando de la naciente confianza que germinaba entre ellos.

- Esposa y cuatro hijos allá en mi tierra -. Masculló, con la mirada perdida en las ascuas que aun ardían.

- ¿Cuatro hijos, *golova*? -. Repitió, captando que muy pocos sabían de su familia en Euskadi.

- Así es mozuelo y en cada franco voy al correo, recojo las cartas de mi mujer y mis hijos y, a la vez les envió las mías -.

- ¿Cuánto no ver? -. Enlazó, estrujando la ocasión.

- Ya son tres años y el corazón me quema con su recuerdo. Por eso te digo que, si quieres te ayudo a escribirle a tus padres, para que tengan una poca de paz al saber de ti -.

- Yo querer-. Aprobó de vuelta, deduciendo que se ofrecía de intermediario, ya que él no podía enviar cartas a su nombre.

Y con el tema zanjado, *El Vasco* le recomendó que se fuera a acostar.

- ¡Hala! ¡Que mañana la jornada será ardua! -. Y sin más, se levantó mugiendo un gran bostezo.

PUNTA ARENAS, MAGALLANES.

ÛLTIMOS DIAS DE NOVIEMBRE DE 1915.

Unos días después, pasadas las cinco de la tarde del viernes de paga, Mikel, Iván, los escoceses y *El Mocho*, se aparearon sobrecorriendo de la carreta que los transportó a Punta arenas, despidiéndose a grandes voces de Oyarzún y Barrientos, mientras ellos se alejaban por la calle Errázuriz arriba, apurándose por llegar a las puertas del más afamado de los prostíbulos de Magallanes, regentado por María Cecilia Bentancourt - la mítica *Minerva* -, quien hacía descollar su lupanar con un dicharachero ramillete de putas bailarinas que, cada fin de semana presentaban osados cuadros de can-can y otras escenificaciones picarescas. Con los que, atraían a decenas de ávidos parroquianos que, todos los fines de semana se apostaban a las afueras del lenocinio, para alcanzar un cupo en ese simulacro austral del edén, en cuyo frontis aterrazado divisaron la voluptuosa silueta de la patrona del burdel que, como un mascarón de proa se erguía apoyada en el barandal, supervisando la apertura de su negocio con dos colosos barbados que, al percatarse de la aparición de la cuadrilla de *Oazy Harbour*, se les anticiparon bajando la breve escalera hacia la calle, donde los saludaron amistosamente bajo la atenta mirada de su jefa: una trigueña singularmente bella en sus cuarenta, enfundada en un largo vestido de satín azulado, con una fina estola de piel colgando del cuello que, dejaba deliberadamente al descubierto un pronunciado escote, colmado por un par de blancas y descomunales tetas que, fueron admiradas hipnóticamente por los cinco ovejeros, hasta que su dueña sonriendo les dio la bienvenida, autorizándolos a remontar las cuatro gradas de la

escala que, el quinteto escaló apresuradamente para quedar frente a la diva.

- Y este chiquillo, ¿quién es? -. Demandó *Minerva*, con esa voz rasposa y profunda, tan característica de las fumadoras empedernidas.

- Iván Ivanovich Kramarenko -. Se presentó él mismo al adivinar la pregunta, pero no pudo entender la siguiente.

- ¿No hablas castellano? -. Coligió la regenta, entonces.

- Poco. Yo ruso -.

- ¿Ruso? -. Exclamó sorprendida. - ¿Y cuántos años tienes, criatura? -.

- Los suficientes para domar potros en la estancia, doña -. Saltó *El Mocho* interrumpiéndola.

- ¡Será lo que tú dices, mequetrefe! Pero, para montar a mis yeguas tienes que ser mayor de edad -. Le retrucó burlona.

- Por su estatura, creemos que Iván tendrá unos veinte años, mi *divina cabrona* -. Le mintió zalamero *El Vasco*.

- ¡Muchos eslavos son altos desde muy jóvenes, *Mikelito*! -. Le rebatió, subrayando la talla de sus guardias serbios. - ¡Mira nada más a Ivo y a Boromir! -.

- La verdad es que no sabemos más del muchacho, ya que casi no habla cristiano -.

- ¿Imagino que en su pasaporte estará registrada la edad? -. Replicó instantáneamente *Minerva*, pidiendo ver aquel documento que para su frustración Iván no portaba.

- ¡Díganme en que barco llegó, por lo menos! -. Inquirió impaciente.

-En “El Federal” desde Buenos Aires -. La satisfizo *El Vasco* solo para conformarla.

- ¡Bueno, está bien, que pase el ruso! -. Cedió al fin la *madama*. - Pero, dejemos claro que ya cumplió la mayoría de edad -.

E invitándolos a seguirla, los precedió por el porche para cruzar el umbral de la casona, a la que los cinco estancieros se internaron detrás de su anfitriona que, avanzaba cimbreando sus caderas por un decorado zaguán, hasta desembocar a un amplio salón iluminado por tragaluces, por donde deambulaban los fantasmales perfiles de algunos garzones, cuyas blancas chaquetas resplandecían fugazmente al ir encendiendo los candeleros, dispuestos para iluminar cada una de la veintena de mesas que, se orientaban en semicírculo al entarimado del fondo que, se iba poblando con los músicos que amenizarían la juerga.

- ¡Esta es una de las mejores ubicaciones! -. Les avisó de pronto, apuntando a una mesa en primera fila apegada al muro. - Siéntense que ya vienen a atenderlos -. Les dijo, haciéndole señas a las meretrices asomadas por el abalconado del segundo piso.

- ¿Y ustedes que esperan? ¡Arrégdense y bajen ahora mismo! -. Las emplazó imperativamente.

Entretanto, *Joe y Frankie* les mostraban turros de billetes, incitándolas a desvestir sus encantos para Iván que, miraba embobado a las mujerzuelas.

- ¡Qué *parecès* perro nuevo, *pibe*! -. Se burló *El Mocho*, zamarreándolo para que ocupara su silla.

- ¿Ellas venir? -. Barbulló sonrojado.

- ¡Si las convidas a un trago!... Que nada es gratis en la vida -. Le previno *Minerva*, dándose media vuelta para despedirse de Mikel con un guiño.

Pues, se acercaba un flaco y arrugado mesero apodado *El Lagartija seca* que, tras saludarlos con una exagerada reverencia, esperó a que todos se sentaran para ofrecerles whisky, *ginger ale*, ginebra *Bols*; cerveza blanca y negra; sidra y champaña; ron, anís, ajeno, jerez,

aguardiente, chicha y vino Panquehue o Subercaseaux.

- ¿Qué les traigo a los caballeros? -. Los desafió, esgrimiendo una libretita y un lápiz para anotar el pedido que, fue confirmando en voz alta: una botella de whisky para los escoceses, vino tinto para Mikel y aguardiente para Anselmo que, aceleró el encargo con una generosa propina que, el parco hombrecillo agradeció al irse por las botellas que, en un santiamén les trajo descorchadas en una bandeja, con los pequeños vasos que *Joe* fue llenando sin demora, para poner fin a la sequía alcohólica mensual, impuesta a rajatabla por la administración de la estancia, so pena de perder el trabajo y quedar a la deriva en la estepa.

- ¿Y vos no tomás? -. Le reclamó *El Mocho* a Iván que, no había bebido ni una gota del aguardiente que le sirvieron.

Uniéndose los escoceses al reproche, con ácidas críticas en inglés y palmetazos en la mesa que, compelieron al novato a tragarse unos buches de licor que, su garganta quemada rechazó con sonoras nauseas que, lo tuvieron a punto de vomitar entre epilépticas arcadas que, superó resoplando como un fuelle hasta que pudo asir el vasito, para zamparse el resto azuzado por sus compinches.

- ¡Ché! ¡Y por la cara que pusiste pensé que *estirabas la pata!* -. Embromó el *Mocho*, dando cuenta de su rostro convulsionado y con los ojos llorosos.

- ¡*Idí v zhópu!* -. Maldijo, mandándolo a la mierda. - Yo no beber -.

- ¡Entonces lo peor ya pasó, *Ivancete!* -. Lo consoló socarronamente Mikel. - Que, los sabios dicen que solo el primer trago es malo, porque los que siguen pasan suavecito y sin dolor -.

Lo que fue corroborado por *Joe* y *Frankie* que, recargaron los vasos proponiendo un nuevo brindis, por la iniciación alcohólica de su

inexperto camarada que, los secundó atento a la conversación que entablaron sus compañeros, siempre reticentes a desahogar sus pesares, o, a contar pasajes de sus peculiares y solitarias biografías que, por el milagroso efecto de la divagación etílica fueron compartiendo, en una variopinta recopilación de relatos personales que, alcanzó a comprender parcialmente gracias a sus progresos con el castellano, y, a la jerigonza poliglota que normalmente usaban para comunicarse en “Gringos duros”. De manera tal que, fue enterándose de las desdichas de los campañaístas que, restañaban sus pesares con la perspectiva de un futuro prodigioso que, invariablemente incluía el boleto de regreso a sus respectivas patrias, adonde soñaban volver enriquecidos para reencontrarse con sus mujeres, hijos o con sus ancianos padres que, los recibirían bendiciéndolos orgullosamente como esperaba que le sucediera, si es que algún día retornaba a Krasnoy para reunirse con su familia que, invocó brindando por el triunfo de las tropas del zar que, sabía era requisito indispensable para su anhelada repatriación.

Por lo que, con vivas a Rusia y a la *Triple Entente*¹⁵, siguió remojando su fe en la victoria junto a los escoceses que, fueron colmando los cubiletes de vidrio en un extravío espirituoso que, rayando las ocho se trizaría con el estridente ensayo de la banda que, se aprestaban a inaugurar el esperado vodevil de esa jornada, para satisfacción de los que esa hora atestaban el salón, merodeando por los pasillos, bebiendo en la barra o atiborrando las mesas en grupos que bebían carcajeando. Ajenos a los preparativos de los miembros de la orquesta que, siguieron afinando sus instrumentos en el proscenio, irradiados por la débil iluminación eléctrica instalada recientemente, cuya órbita no alcanzaba

¹⁵ *Triple Entente*: Fue una alianza entre diversos países en el año 1907 y enmarcada en el conflicto de la I Guerra Mundial. Integró a Francia, Gran Bretaña y Rusia, a los que progresivamente se unieron otras naciones a lo largo del conflicto.

a sacar de las sombras al pianista que, comenzó a tocar las primeras notas de una alegre mazurca que, el rudo auditorio acompañó rítmicamente golpeando con las manos, y también con los pies que, retumbaron en el suelo al compás de la pieza musical que, al terminar fue aplaudida a rabiar por una caterva estrepitosa que, vociferaba ansiosamente por la función de esa noche. El más famoso de los espectáculos de Magallanes y Tierra del Fuego que, acostumbraba a ser presentado por la mismísima *Minerva* que, de repente subió al escenario acallando a la áspera concurrencia que, admiró boquiabierto su escote libre de pieles que, dejaba a la vista el ceñido corpiño de su vestido que, apenas sostenían las enormes colinas de sus pechos que, de improviso meneó alevosamente de un lado a otro, provocando una ovación desenfrenada que hizo temblar las paredes. E hizo caer las botellas y vasos, en una ensordecedora barahúnda que, obligó a la patrona a esperar que los ímpetus de su clientela se aplacasen, para que la oyeran agradeciéndoles su asistencia que, retribuiría con el estreno de un inédito cuadro revisteril que, se aprestaba a anunciar cuando un viejo nutriero prorrumpió, gritando: ¡Yo por esas tetas viviría de nuevo, mamita!, desatando con esta pachotada un estruendo de risas y aclamaciones que, en un segundo se trocaron por las rechiflas y abucheos reprobatorios que, condenaban sentidamente la expulsión del gracioso cazador que, los serbios arrastraban a la salida para lanzarlo a la calle. En un ejemplificador escarmiento que, *Minerva* aprobó con una dulce sonrisa que, antecedió al silencio en el que reverberó el eco de su voz pastosa, proclamando el debut de “El Convento de las hermanitas del placer” que, representarían sus *ahijadas* favoritas para todos los presentes que, salieron de su mutismo para granjearle otro tremendo aplauso que, la acompañó hasta su sitial en el rellano de una escalera

secundaria, desde donde ya entronizada como una deidad patagónica, ordenó con un gesto reemplazar las anémicas luminarias del salón, por el haz cruzado de dos focos apuntando al director de la banda. Quien, dio inicio a la opereta dirigiendo una vibrante polka que, al ir acelerando sus acordes fue excitando a los más achispados que, se pusieron a bailar solos o abrazados entre sí, a falta de las desaparecidas hembras de la casa que, se pusieron a exigir con un resonante griterío hasta que, para su perplejidad la música se detuvo súbitamente, cuando una mujer con negros hábitos emergió de entretelones, para situarse justamente en el centro del tablado, adonde los reflectores la enfocaron con sus manos plegadas, rezando con tal recogimiento que, incluso, unos pocos despistados se persignaron arrepintiéndose de sus pecados. Pensando que, era una verdadera monja de claustro que, oraba por la salvación de sus almas descarriadas, como parte de una excepcional misión apostólica que, prontamente fue engrosada por una docena de jóvenes *novicias*, ataviadas de castas túnicas, velo y cofia de alas largas que, oscilaron en sus cabezas al avanzar en dos filas de a seis, con las palmas unidas, cantando en voz baja un desabrido himno en latín que, silenciaron al formarse en hilera a espaldas de la monja mayor que, culminaba su letanía rogando por la redención de los pasmados concurrentes. Quienes, en ese preciso instante, creyeron percibir la melodía de un órgano de iglesia que, en realidad interpretaba el acordeonista prosiguiendo con el número que, las doce *hermanitas* dinamizaron alineándose con la *superiora*, para entonar juntas un piadoso cántico monástico que, paulatinamente fue aumentando la velocidad de su cadencia que, la comparsa de *monjitas* acompañó con libidinosos movimientos que, fueron incrementándose hasta degenerar en un frenético zarandeo pélvico, instigado por la enloquecida *madre*

abadesa que, para espanto de muchos rayaba en la posesión demoniaca. Ya que, cabrioleaba riéndose con los párpados entrecerrados, apretujándose la túnica a su cuerpo embrujado, guiando las contorsiones serpenteantes de sus díscolas subalternas que, se retorcían al son de la armonía profana del acordeón que, repentinamente ensambló una palpitante entrada de piano y batería que, en conjunto evocaron las reminiscencias sónicas de un ritual idólatra que, despertaría el subconsciente pagano de la mayoría de los asistentes que, empezaron a sacudirse al ritmo de aquella sinfonía blasfema que, electrizó inclusive a los más remilgados creyentes que, fueron justamente los elegidos por las *novicias* para subir a la tarima. Adonde los acarrearón abrazándolos, sin escatimar caricias ni cadentes besuqueos que, hicieron explotar la envidia del público en general, así como de sus correspondientes amigotes de farra que, ventilaron su despecho con soeces epítetos y groseras cuchufletas que, provocó la intervención de la *hermana superiora* con una orden en latín que, enmudeció a la orquesta y a las desvergonzadas *monjitas* que, no habían parado de cantar ni siquiera al capturar a sus parejas que, mantenían estrechados con obscenos roces y arrumacos que, cesaron al oír la segunda instrucción de su jefa sobre la algazara.

Entonces, las núbiles religiosas se adelantaron a sus voluntarios, para luego repetir un salmo reculando hacia ellos, campaneándoles las corvas que restregaron contra sus ingles, en un erótico vaivén enardecido con simulados gemidos de placer que, terminaron por enloquecer a uno de los afortunados galancetes que, abandonando todo pudor aprisionó a su *novicia* por detrás, para agarrarle las tetas punteándola febrilmente, en tanto le arremangaba el hábito para penetrarla allí mismo. Alentado por una barra de sátiros desbocados

que, en primera fila se reían a carcajadas de la *hermanita* que, a punta de combo y codazo pudo zafarse del pervertido que, los guardias desalojaron al exterior sin contemplaciones, para que un buscador de oro lo sustituyera en el acto, tras garantizar su buen comportamiento con unas pepitas doradas que, Boromir aceptó antes de que trepara a la plataforma, para emparejarse con la meretriz injuriada que lo acogió obsequiosamente, sabiendo que tendría parte del soborno al final del sainete que, se reinició con una sicalíptica composición musical que, impelió a las siervas de dios a inclinarse a rezar arrodilladas. Encarando las entrepiernas de sus duplas que, con las órbitas desencajadas las vieron aproximarse a sus miembros, despejando sensualmente los velos de sus tocas, parodiando sonoros pucheros y jugosos lametones que, les hicieron suponer el milagro de una felación masiva que, en vano esperaron con los ojos entornados al techo, ya que las *hermanitas del diablo* se irguieron de improviso, dándose vuelta para desabrocharse la cerviz de la sotana que, abrieron para lucir la excitante corsetería cubriendo sus pechos que, desnudaron batiéndolos hacia la enfervorizada asistencia que, se abarrotó al borde del escenario rivalizando por tocarlas, inútilmente. Porque las chuscas viraron en redondo, para ofrendarles sus dones a los doce bienaventurados que, ni cortos ni perezosos atraparon a sus pertinentes ninfas que, se dejaron sobar, pellizcar, besar, masticar y chupetear, totalmente entregadas a la alienación afrodisiaca que, bruscamente se detuvo por mandato de la *monja superiora* que, instó a sus discípulas a respetar el guion de la sacrílega liturgia, a pesar de las exasperadas protestas de sus engolosinados faunos que, ofrecieron pagar lo que fuera por continuar con la escena, amenazando con ultrajar a quien se les pusiera por delante, incluyendo a las viejas de la cocina o a la misma priora. Quien

lejos de amilanarse, aguijoneó a sus *novicias* a seguir con el impúdico show, respaldada por una nutrida manada de lujuriosos crápulas que, se disputaban cada centímetro libre para ver como las semidesnudas y baboseadas sores, les hurgaban a sus compañeros debajo de los pantalones, para blandir su virilidad endurecida canturreando un alegre estribillo que, decía: “*tengo un gozo en el alma...*” que fueron coreando cada vez más rápido, simultáneamente a la intensificación de la oscilación masturbatoria, hasta que todos sus galanes eyacularon, absolutamente enajenados por el placer que, los blindó de cualquier atisbo de vergüenza o culpa. Ante la mirada atónita de una infinidad de ovejeros, mineros, tahúres, cazadores, contrabandistas y navegantes que, al despabilar reclamaron su turno de la santa *macaca* gratuita, sin atender al reinicio del espectáculo dirigido por la *monja* que, entonó un “*In nomine patris, et filis, et spiritu sancti*” que, fue coronando con un sonoro ¡*Ameeeén!* canturreado por las traviesas barraganas que, con maléficas sonrisas terminaron de quitarse sus monacales atuendos, para exponer sus encantos realzados con portaligas, *brassiéres* caídos y corsés de encaje que, la arrebatada turbamulta celebró agitando fajos de billetes, vales canjeables y bolsitas de oro en polvo. Para tentar a las depravadas *novicias* que, como ángeles caídos se rindieron al dinero fácil, saboteando la obra para transar sus camas mercenarias, en gritadas componendas por toda la noche, por horas, medias horas u otras transacciones más fugaces que, implicaban toda índole de lúbricas aberraciones, en un esperpéntico mercadeo que la regenta cortó de cuajo, al ordenarle a los músicos tocar una sensual sonata que, con su obertura de trompeta y piano morigeró el cambalache carnal, reestableciendo cierta cordura en las reverendas cabareteras que, volvieron a enyuntarse con sus voluntarios que seguían entarimados.

Anhelando una orgía romana con las diabólicas *hermanitas* que, principiaron un *estriptís* girando a su alrededor, recorriendo la lencería que glorificaba sus cuerpos, abatiendo a la vez las alas de sus cofias en un erotizante mariposeo que, hizo rugir el antro por el despelote total, o mejor aún, la consagración pornográfica de las desnudistas, copulando en vivo y en directo con aquellos que reanudaron la puja de sus favores, en un vertiginoso remate vaginal, oral u otros orificios que, nuevamente la banda truncó ejecutando el trepidante *can-can*, con que solían poner fin a las bizarras funciones de *El Olimpo*.

Frustrando así, las aviesas intenciones de una degenerada vanguardia de psicópatas que, tuvieron que agacharse para evitar las patadas voladoras del *battement*, con que las bataclanas alejaron a sus acechadores, al irse extendiendo por el escenario ahorquilladas del brazo, en un cíclico ir y venir de atrás para adelante que, las expuso a la incontenible lascivia de los voluntarios que, en una de las reculadas se lanzaron al ataque, capturándolas para lengüetearlas y manosearlas descontroladamente, forcejeando por tumbarlas o arrastrarlas a las dependencias traseras, con el indudable objetivo de violarlas a mansalva. Lo que, encendió las alarmas de quienes habían pagado por las cautivas que, temiendo perder lo invertido rebasaron a los guardias, encaramándose al proscenio para rescatar a sus *monjitas* que, luchaban contra los depredadores sexuales que les mordisqueaban las nalgas, los muslos y los pezones, en el seguro preámbulo de un salvaje ultraje grupal que, fue impedido por la acometida de sus clientes salvadores, en alianza con Ivo, Boromir y otros dos serbios que, liberaron a garrotazos a la maltrecha congregación de putas coristas que, rápidamente se recompusieron para concluir el acto artístico. Al compás del vigoroso *can-can* con que arremetió la orquesta que, bailaron replicando los

veloces pasos del *rond de jambe*, para seguir con el clásico molinete del *port d'armes que*, escenificaron intercalándose con unos cuantos marineros *franchutes* que, con el beneplácito de *Minerva* se unieron a la secuencia de *battement que*, finalizó con una grandiosa aclamación para las odaliscas de la fe, adornada de alabanzas para la matrona del *Olimpo* que, también fue ovacionada por la cuadrilla de *Oazy Harbour* que, se habían empinado en sus sillas para aplaudir a las *hermanitas* que, se iban despidiendo con agradecidas reverencias, sacudiéndole sus pechos sudorosos a los que les juraban amor eterno. Hasta desaparecer tras bambalinas en pos de los músicos, imponiendo el entreacto del herético burlesque que, conllevó la plena restauración de la iluminación del local, para que los mozos atendieran a la sedienta muchedumbre que, sorpresivamente reventó en estridentes risotadas y chirigotas, apuntando a la estructura superior de uno de los reflectores, desde cuyas alturas un ebrio *Mocho* exigía el regreso de las *vedettes*, zarandeándose ahorcado en la barra transversal del poste que, crujió amenazadoramente cuando se descolgó para utilizarla de trapecio, aferrándose al travesaño para columpiar en el vacío sus flacas piernas que, los guardias agarraron para extirparlo a golpes del puntal, desde el que cayó quedando seminconsciente a los pies de los serbios que, lo alzaron en vilo para surcar la turba en dirección a la mesa de sus amigos que, acogieron agradecidos al desvanecido aprendiz de acróbata.

- Decidle a la patrona que me aseguraré de que sea indemnizada -. Le dijo Mikel a Ivo, con un tono condescendiente que el coloso desdeñó.

- Eso lo arreglas con ella. Pero, la próxima vez apalearemos a Anselmo en el callejón -. Le advirtió a su vez Boromir con dureza, censurando al argentino desmayado en una silla.

- Lo sé y os lo agradezco de nuevo *Boro* -. Le reiteró *El Vasco*

abochornado, pasándole un par de billetes enrollados, por las molestias.

- ¿Algo más? -. Accedió el esclavo guardándose los pesos.

- Que le digáis a vuestra jefa que, en seguida iré a pagarle el estropicio causado. Y que, para pasar las rabias, la invito a la mejor champaña que venda esta casa -.

Entonces, ambos guardaespaldas parpadearon un guiño cómplice y se fueron, dejando al *Vasco* contemplando embelesado a su *divina cabrona* que, a lo lejos en medio del humo de los cigarrillos y de las lámparas de aceite, deslumbraba en su atalaya supervisando el tráfigo del salón que, manejaba por intermedio de los garzones y otros empleados de confianza que, subían y bajaban de su estrado portando las instrucciones que, se iban cumpliendo eficazmente para satisfacer a su arisca clientela que, comenzaba a impacientarse por la carencia de compañía femenina que, todavía no volvía de la trastienda del lupanar.

- ¡Un *salud* por *Minerva*! -. Propuso Mikel, vaciando su vaso.

Siendo imitado por Iván y los escoceses que, con ese brindis extinguieron los conchos, haciendo imperioso ubicar la famélica silueta del mesero que, se había esfumado en el movedizo hormiguero humano que, se agitó palpitante con la música de un moderno gramófono que, desde un rincón chirrió una variedad de temas populares, para culminar con la famosa "Polka de los perros" preludiando la vuelta de la banda que, coincidió con la providencial reaparición del *Lagartija seca* que, anotó su pedido de dos botellas de ron que, pagaron sin chistar pese a su exorbitante precio. Distráidos por el regreso de las succulentas *hermanitas del placer* que, se diseminaron contoneándose por entremedio de las mesas, para sentarse en las piernas de quienes ya habían pagado por ellas, en tanto que otras busconas de sayos religiosos, se paseaban sonrientes ofertando su amor a la carta, como el

dúo de *monjitas* chocarreras que se allegaron a *Joe* y *Frankie*, atraídas por sus generosas promesas financieras y el ron que les prodigaron a destajo, antes de irse a bailar al ruedo abierto al pie del entablado, justo cuando el director orquestal detenía la ranchera que interpretaban, para anunciar el ingreso de una constelación de estrellas prostibularias. Entre las que, figuraban las más afamadas golfas de Punta arenas, partiendo por “La quieromá”, “La vaquita echá”, “Lola la insaciable”, “La chipote” o “Lady pounds” que, fueron disputadas fieramente por los faltos de pareja, al reiniciarse la pegajosa métrica del corrido mexicano que, muchos parroquianos siguieron con las palmas y con chillones aullidos de mariachi que, Iván festejaba saboreando el licor que le sirviera *El Vasco*, al dejarlo solo para ir a negociar los daños de *El Mocho* con *Minerva* que, desde su púlpito procuraba solucionar la problemática de la creciente demanda mujeril. Enviando al salón un tercer contingente de damiselas que, en contraste a la putesca ropa interior de las *hermanitas*, o los traslucidos y descotados vestidos de las otras zorras que rotaban en la pista, se disfrazaban con las rancias prendas de las beatas de iglesia que, incluían los pañuelos de misa cubriéndoles el pelo *enmoñado*, y negros velos ocultando sus maquillados rostros que, fueron descubriendo coquetamente al pasar por las mesas, entreabriendo ladinamente sus recatadas vestimentas que, disimulaban excitantes encajes, corpiños y finas pantimedias de seda, en una perversa mixtura que fustigó a los contertulios a competir por las crisantas. Cruzando gritados ofertones en pesos chilenos, libras esterlinas y vales garrapateados en servilletas, o en cualquier clase de papel a mano que, valiera para asegurar las mieles de las devotas barraganas que, los más pudientes se llevaban a la improvisada discoteca, donde llenaban los vacíos dejados por las ardorosas parejas

que, partían a encamarse a las piezas vacantes del segundo piso, en la medida que iban siendo desocupadas por los efimeros amantes que, bajaban por la escalera para reintegrarse a la bacanal de la planta baja, revolucionada por una galopante adaptación del *Tritsch-Tratsch*. Cuya versión los Mac-Cullen bailoteaban zamarreando a sus pobres *monjitas* que, alzaron de las cinturas en el clímax de la polka, para refregarles sus pecosas narices en los senos, indiferentes al enfurecido rechazo del doblete de furcias que, patearon insultándolos hasta que los escoceses las soltaron, para ahora remedar una coreografía del *Mississippi Rag*, compartiendo la botella de ron que portaban consigo que, finiquitaron al tenor de aquel desenfrenado *Ragtime*. Ejecutado magistralmente por el pianista que, remató con un extenso *stride piano* que rayó en lo sublime, con la percusión de las notas más altas en dueto con los bronceíneos sonos de una trompeta que, antecedió a los redobles de un solo de batería que, Iván reproducía golpeteando la mesa con los dedos, transido por una epifanía musical que imprevistamente se trizó, con el susurro de una voz angelical en su oído que, lo incitaba a que abriera los ojos como lo hizo de inmediato. Para encontrarse con unas grandes pupilas verde-mar que, lo miraban fijamente aquilatando su confusa reacción, nublada por el alcohol y la sorpresa de verse acompañado, por una joven y hermosa *beata* sentada a su lado, sonriéndole con sus brillosos labios color rubí que, resaltaban a través del encaje del velo que, levantó para decirle que se llamaba Alicia.

- ¿Y tú quién eres? -. Le preguntó, quitándose completamente el tul para revelarle un rostro blanco, ovalado y dividido simétricamente por una larga nariz respingada.

-Iván Ivanovich Kramarenko -. Respondió torpemente.

- ¿Extranjero, por lo que se ve? -. Discurrió mimosa. Y tras beber de su

vaso, le consultó si hablaba castellano.

- Yo aprendiendo. Llevar un mes *Oazy Harbour* -. Contestó, sin desviar la vista de los bordes rojos del corpiño que, sobresalían de su pacato escote.

- ¿Tú... trabajar aquí? -.

- ¡Pues claro! -. Afirmó divertida, acercándosele.

- ¿Ser chilena? -. La tanteó curioso, ya que había percibido un acento especial que, ella achacó a su procedencia de Valdivia.

- ¿Y tú de dónde eres, forastero? ¿Por qué no naciste en “¿Gringos duros”, cierto? -. Lo emplazó con sorna la muy pizpereta que, se autoinvitó un trago escuchando la sinopsis que Iván acostumbraba a contar, acerca de su largo viaje desde Rostov del Don, escapando del reclutamiento forzoso para la guerra.

-... ¿Y dices que ibas a Valparaíso? -. Lo interrumpió Alicia en la mitad del relato. - ¿Pero que, en Buenos aires te equivocaste de vapor y terminante aquí? -. Exclamó, impresionada por el infortunado yerro.

- ¡Mala suerte, *Alisiya!* -. Se excusó.

Dando por terminado su resumen biográfico, con la propuesta de un brindis por Rusia que, su buenamoza acompañante aceptó de buena gana, secando sus vasos que Iván rellenó prestamente para animar la conversación que, los abstraigo de una pléyade de estrambóticos personajes, garzones y pelanduscas errantes que, pululaban a su alrededor sin molestarlos, a excepción de los ocasionales tropiezos de algún ebrio perdido, o, del infaltable *cargoso* que Alicia repelía despectivamente, como ocurrió con un corpulento inglés que trató de *Caballo blanco*, al echarlo para reanudar su incipiente idilio. Ignorando la inerte presencia de *El Mochó* que, seguía dormitando desparramado en su silla, insensible a los bulliciosos *hits* de la orquesta que, eran

zapateados en la pista por una montonera de *monjas*, *beatas* y otras putas del elenco estable con sus clientes que, agotaban sus energías en estrafalarios cuadros coreográficos que, los escoceses zangoloteaban con un infatigable frenesí que, terminó por aburrir a su par de *hermanitas chocarreras* que, se negaron a seguir bailando para subir a consumir la *partusa* que, los *gringos* borrachos habían prometido pagar a precio de oro.

- *Joe* y *Frankie* no baila -. Le comentó Iván a Alicia, al reparar que discutían con las empelotadas religiosas que, a esa hora ya se habían despojado de todos sus hábitos monásticos, salvo por las tocas aladas encasquetadas en sus cabezas que, *Joe* se tentó a arrebatarse a su *monjita* de un manotazo, para calársela toreando a la furiosa agraviada, en un peligroso juego que inevitablemente copió *Frankie*, con un artero zarpazo a la cofia de su *novicia* que, atenta y con mejores reflejos lo esquivó con una ágil cachaña.

- ¡Damn nun, they are the devil's shit! -. Vociferó el escocés obnubilado por la embriaguez. - ¡Fucking catholics! -.

En un desvarío que, se amplificó contra la religión católica y sus fieles, al perseguir a la escurridiza sor que, se burlaba eludiendo sus pesados embates, en un corre que te pilló que *Joe* concluyó con su captura, para que su primo se apoderara de la apetecida prenda que, se colocó para jugar ondeando los blancos velos, antes de langüetear los pechos desnudos de la rehén que, se resistía berreando un infinito repertorio de garabatos que, no hicieron mella en los dos energúmenos pelirrojos que, también soportaban los furiosos ataques de la otra *hermana* que, consiguió zafar a su colega con un puntete en los fondillos de *Frankie*. Quien se giró adolorido, escarneciendo a las rameras en su jerigonza de español, inglés y gaélico que, consecutivamente aplicó para maldecir el

prostíbulo y luego la ciudad, en una soez retahíla que continuó con blasfemias anticatólicas que, llegaron al paroxismo con la abominación de la santísima virgen del Carmen, que, fue la gota que colmó el vaso para la *madre superiora* que, hasta ese momento se mantenía al margen de la trifulca, sosteniendo de la chaqueta a un trampero emborrachado.

- ¡¡*Gringos* herejes!! -. Los increpó rabiosa. - ¡¡No me vengan a insultar a la virgencita que, aquí se las van a ver conmigo *gringos* maricones!! -. Entonces la banda dejó de tocar y el tiempo se detuvo petrificando a los más cercanos que, se quedaron mirando a esas cuatro almas extraviadas que, se medían retándose en una silenciosa pugna que, fue rota por *Joe* imprecaando a la *abadesa* en el más castizo de los castellanos.

- ¡Y desde cuando tan piadosa *maraca* de mierda! -.

Y esa fue la señal del holocausto que, principió con la colérica *prelada* soltando al cazador que, se derrumbó en el piso mientras ella se arrojaba encima de *Joe* que, se defendió a bofetones de los arañazos y dentelladas de la arpía que, logró desencajarse con un diestro gancho izquierdo que, proyectó a la *monja* en parábola perfecta sobre una mesa que, se rompió botando los vasos y botellas de unos dragadores que, se levantaron iracundos para vengarse de los escoceses que, se pusieron en guardia con las ridículas cofias puestas, hermanados a otros trabajadores de *Oazy Harbour* que, se unieron a la batahola que se propagó por todo el burdel. Con una antología de duelos singulares y choques grupales que, protagonizaron nativos contra inmigrantes, o mineros versus estancieros o marinos, amén de un piquete de *monjitas* y putas veteranas que, a puñete limpio socorrían a sus regalones desfallecidos que, remolcaban atrás de la barra o del escenario, adonde los músicos blandían sus instrumentos y atriles, para contrarrestar el asedio de algunos desquiciados que, les impedían retirarse al resguardo

de la cocina.

En el intertanto, Iván y Alicia se habían incorporado para apartarse de la gresca, que fue cuando se dieron cuenta de la desaparición de *El Mocho*, al que divisaron peleando junto a la partida de “Gringos duros” que, iba acumulando rivales fuera de combate a sus pies, como la mismísima *superiora* que yacía arriba de su cazador, entremezclados con varios cuerpos aplastados por unos cazafortunas que, embestían a los ovejeros en una anárquica debacle que, espoleó al ruso a ir en auxilio de su cuadrilla. Pero, la guapa *beatita* lo sujetó resuelta, señalándole al enorme inglés que repudiara anteriormente que, avanzaba hacia ellos con la cara inflamada de licor e ira, derribando a todo aquel que se cruzara en su camino, hasta que Iván saltó a interceptarlo con una maniobra de *Systema* que, el británico amortiguó encajándole un puñetazo en el pecho que, lo dejó sin aire y a merced de la daga de *Caballo blanco* que, lo habría apuñalado sin misericordia si no fuera porque Alicia le atizó un trancazo que, lo hizo soltar el arma que estérilmente tanteó en el suelo. Entretanto ella retraía al aporreado ruso, previendo la segura revancha del súbdito de su majestad que, al recobrase los fulminó con sus pupilas biliosas que, centellearon malignamente al erguirse con una silla que, asió del respaldo para descargarla sobre Iván que, con un salto evadió el golpe que se estrelló en una mesa, reventando las botellas y vasos que volaron hechos añicos, salpicándolos con una lluvia de partículas vidriosas que, instintivamente los llevó a replegarse cubriéndose las caras. Otorgándoles otro milimétrico paréntesis que, pareció renovar el odio parido de su atacante que, se abalanzó para asestarle un segundo silletazo que, partió la mesa que volcaron para escudarse de aquel Goliat magallánico que, con furibundos patadones destrozaba los restos del armazón astillado

que, Iván desesperadamente oponía para protegerse del anglosajón que, había dejado escapar a su compañera para concentrarse en su aniquilación.

Entonces, temió sucumbir y vislumbró su entierro en una fosa común, sin los ritos ortodoxos y con una falsa identidad que, les impediría a sus padres enterarse de su muerte, estrangulado y hecho trizas por aquel monstruo que, inesperadamente se desmoronó inconsciente con la testuz partida, por obra del certero botellazo que le pegó de Alicia, que se encumbró triunfante sobre el corpachón exangüe, como si fuese la encarnación de una diosa de la antigüedad que, soslayó la anonadada gratitud de Iván para advertirle que, *Caballo blanco* se recuperaría y que debían esconderse, para evadir la venganza del tristemente célebre *cazador de indios* Duncan Mac-Donald, que era unos de los más crueles *Borders Keepers*¹⁶ de las estancias del *rey de la Patagonia*, -el asturiano José Menéndez- quien, contrataba a pistoleros y mercenarios de las peores layas, para que matasen a los indígenas que deambulaban por la pampa fría.

- ¡Ven conmigo! -. Lo urgió, extendiéndole su mano enguantada.

Y corrieron sorteando a los camorberos, hasta llegar al desocupado estrado de la patrona que, atrás de los cortinajes de la tabiquería posterior, ocultaba el postigo de una angosta escalera que, los condujo a un cuarto de servicio repleto de útiles de aseo y canastos con sábanas, adonde recuperaron el aliento antes de abrir la puerta que, salía al ala norteña del abalconado de la planta alta que, atravesaron agazapados para alcanzar una bifurcación, por la que doblaron a la izquierda para ganar un rellano que, sostenía una escalerilla que treparon exactamente cuándo oyeron que, la policía allanaba el salón desalojando a los

¹⁶ *Borders Keepers*: Nota histórica N. °3.

revoltosos.

- ¡No llegaran aquí! -. Le aseguró Alicia, desplegando la trampilla por la que se introdujo.

Apremiando a Iván a seguirla, escalando los peldaños que le quedaban, para reunirse en el amplio desván de la casona que, contaba con una serie de pequeñas habitaciones que, eran asignadas a quienes ejercían de acompañantes, o, que eran utilizadas de alojamiento temporal para visitas, artistas o músicos, si es que no encontraban hospedaje en la ciudad, como le explicaba su heroína arrimándose a una de las puertas que, abrió con una llave que volvió a trabar ya dentro de su dormitorio. En donde le propuso celebrar la fuga con una botella de anís, con la que brindaron sentados en la cama, iluminados por el albor lechoso del amanecer que, iba traspasando lánguidamente el tragaluz del techo, irradiando el perfil níveo de la bella cortesana, cuyos cabellos claros le rozaron las mejillas al abordar sus labios, entreabriéndole la boca en el ensayo del primer beso...

...Y, no supo si se encontraba desnudo, al penetrarla con mecánico ardor, agitado por el fuelle de sus jadeos, sintiendo que el planeta se alejaba y acercaba en cada vaivén que, aceleró vertiginosamente al presentir el éxtasis que, lo hizo explotar estremeciéndose en las honduras de aquella desconocida.

NOTA HISTÓRICA.

-Nota histórica N. °3: Los *Borders Keepers*, era el nombre de las guardias privadas de los grandes estancieros que, degeneraron en partidas de caza de los *Selknam* en Tierra del Fuego y otras zonas de la Patagonia Magallánica.

La lista de estos asesinos a sueldo es larga, y, en su inmensa mayoría eran inmigrantes provenientes del imperio británico de la época, como el mismo Duncan McDonald, escocés, que: “*era más cruel que Hyslop*”, lo definió en 1936 Herbert Childs en su libro “El Jimmy, Bandido de la Patagonia”: “*De sus comienzos en la Tierra del Fuego de 1892 recordaba James Radbourne también fueron años brutales y había una ruda compañía para un joven de dieciocho años. [...] Jimmy conoció al notorio Sam Hyslop y al muy cruel McDonald, famosos cazadores de indios [...] Sam Hyslop era de origen inglés y vino de las islas Malvinas a Tierra del Fuego. Era notorio como un buen gaucho en el estilo de las Malvinas, muy experto con el lazo y un buen jinete [...] Hyslop buscaba oro por su cuenta y amansaba caballos y cazaba indios para el administrador [Montgomery Wales, de The Tierra del Fuego Sheep Farming Company]*”.

“*Frecuentemente dirigía una cuadrilla de casos duros enviada por la estancia tras los indios. Por ‘casos duros’ se refiere a hombres rudos. Como sus incursiones se producían usualmente en noches cercanas al primer cuarto de luna, estas cuadrillas llegaban siempre a la estancia en esas fechas. Les daban víveres suficientes para quince días y esperaban que matasen tantos indios como pudieran, trayendo a la vuelta los arcos y flechas de los muertos [...] Estos arcos y flechas así capturados eran vendidos como recuerdos en los barcos que pasaban por el Estrecho [...] Jimmy, a veces, era mandado con una partida de cazadores*”.

“*Esas cuadrillas estaban compuestas por esos brutales blancos (mayormente ingleses, decía, para su vergüenza) algunos de quienes practicaban crueldades casi inimaginables con los nativos [...] McDonald en esas incursiones, siempre montaba un caballo blanco y los indios lo temían como ‘el hombre en el caballo blanco’. Le tenían más temor que a cualquier de los otros ya que era el más cruel del lote. No gastaba balas en los viejos ni en las mujeres que eran dejadas atrás sin defensa por los otros indios, pero saltaba de su caballo y acuchillaba a todos los que podía atrapar, viejos o jóvenes, hombres o mujeres, excepto cuando encontraba alguna joven squaw [mujer indígena] que quisiera para sí, la poseía y después la degollaba, a*

menos que quisiera dejarla por un par de días en el campamento, pero cuando se cansaba de ella también le cortaba el cuello. Ningún indio, sin consideración de edad o sexo, escapaba vivo si estaban los jefes [...]”.

-Los autores intelectuales de este exterminio, fueron primordialmente los terratenientes ganaderos José Menéndez, Montgomery Wales, Mauricio Braun, Rodolfo Stubenrauch (quién llegó a ser alcalde de Punta Arenas) y Peter H. Mac Clelland (presidente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego).

“DER NEU MANN”.

PUNTA ARENAS, SUR AUSTRAL DE CHILE.

ÚLTIMO SÁBADO DE NOVIEMBRE DE 1915.

Al mediodía siguiente y tal como lo habían acordado, el quinteto de *Oazy Harbour* se encontró en la plaza de armas que, a esa hora de aquel radiante sábado de primavera, era profusamente transitada por un sinfín de gentes que, se apartaban del bochinchero grupo de campañistas que, al costado del quiosco central se saludaban a grandes voces, burlándose de los chichones y cardenales que, *El Mocho*, *Joe* y *Frankie* exhibían cual medallas de guerra, jactándose de ser los protagonistas de las épicas habladurías que corrían por la ciudad, ventilando las incidencias de la monumental riña en *El Olimpo* que, los *puntarenenses* más exagerados calificaron de vergonzosa catástrofe. Principalmente, por el gran número de heridos y de arrestados que, la policía capturó entre los rezagados o los ebrios perdidos que, con las primeras luces fueron acarreados en procesión a la comisaría que, Mikel avistó por una ventanilla de la alcoba de *Minerva*, cuando ella tuvo que bajar a imponer orden en el salón, reagrupar a su personal y ponderar las cuantiosas pérdidas que, padeció su establecimiento esa madrugada apocalíptica que, pasaría a la historia local por la escandalosa *varieté* de falsas monjas, y, por cierto, por los cataclísmicos disturbios iniciados por los escoceses. Quienes, no escatimaron detalles de su increíble huida del lupanar, en medio de la confusión del allanamiento policíaco que, sortearon escapando por el pasillo trasero a la cocina, por donde salieron al patio a través de una escotilla que, por una buena suma les franqueó el *Lagartija seca* que, se quedó con otro mozo conteniendo a

las fuerzas de la ley, mientras ellos ganaban el desolado callejón de servicio, por cuya pendiente los Mac-Cullen se volcaron corriendo, aleteando con los vuelos de las maltrechas cofias que, no se quitaron hasta llegar a las inmediaciones del hotel “La Unión” que, era el alojamiento habitual del personal de “Gringos duros”. En atención a los descuentos a los trabajadores de la compañía que, iban o venían de la ciudad a los puestos de la estepa, ya sea durante las “bajadas” de fin de mes, para trámites particulares y encargos de la administración o, cuando se requería albergue para los recién enganchados en los muelles, antes de enviarlos a las estancias como le ocurriera al mismo Iván que, permanecía callado y con una sonrisa a flor de labios que, no pasó desapercibida para el cazarro Anselmo.

- ¿Adónde echaste los huesos anoche, *pebete?*, ¡*Mirá* que al hotel no llegaste! -.

-...Estar con *Cariño malo* -. Deslizó Frank maliciosamente.

- ¿Alicia...ser *Cariño malo?*-. Pronunció Iván con evidente incomodidad.

- ¡Yes! and you drank the whole bottle with her! -. Lo acusó *Joe*, que sin tardanza puso al corriente a sus colegas del flirteo del novato con la preciada mesalina.

- ¿Es cierto eso, *errusiera*¹⁷? -. Lo interpeló *El Vasco* gratamente sorprendido, remeciéndolo para que hablara.

- ¡*Da!* -. Reconoció cohibido.

- ¿Y qué fue con la *bacana?* ¡*Contá* de una vez! -. Lo atosigó *El Mocho*. Contagiándole su morboso interés a los escoceses que, comenzaron a exigirle pormenores de su encuentro la más codiciada manceba de Magallanes que, su jefe tachó de invicta en las lides del amor con

¹⁷ Ruso en euskera.

arancel, pues nadie había logrado comprar sus placeres alguna vez.

- ¿Y qué hiciste con la moza? -. Insistió *El Vasco* encarando a su discípulo que, confesó haberse escondido en la habitación de Alicia.

-Pero ¿qué pasó con la *Cariño malo*? ¿Qué si follaste con ella o no, por las chavetas de mi madre? -. Lo acorraló exasperado.

- *Da* -. Admitió, siendo aclamando ruidosamente por sus compañeros que, lo felicitaban con exaltados parabienes que, sobresaltaron a los transeúntes que caminaban cerca.

- Que, mejor nos vamos a almorzar -. Aconsejó *El Vasco*, haciéndolos callar. - Y evitamos que la policía nos detenga por desorden público -.

- ¿Adónde *golova*? -. Inquirió Iván.

Al “*Der Neu Mann*” le contestó, empujándolo para avanzar juntos hacia la calle 21 de Mayo, procurando separarse de los otros tres ovejeros que, más atrás iban especulando sus peripecias sexuales con Alicia, en un depravado compendio de fantasías que decidió ignorar, para concentrarse en satisfacer las preguntas de Mikel sobre su fuga, con especial énfasis en la escalera oculta detrás del estrado de *Minerva* que, para el capataz fue la prueba irrefutable de su halo de contrabandista que, sospechaba desde que supo de la existencia de un hermético sótano, al que nadie podía acceder excepto Ivo, Boromir y algunos desconocidos personajes que, esporádicamente se encerraban allí con la regenta en extensas tratativas nocturnas que, a veces coincidían con la carga o descarga de misteriosos bultos que, suponía eran almacenados en aquel subterráneo.

- ¿Nunca entrar, *golova*? -.

- ¡Hay cosas que es mejor no saber, *Ivancete!* -. Exhaló su jefe resignado, al llegar al borde sureste de la plaza.

Donde se detuvieron para reagruparse con los demás, para cruzar la

calle Pedro Montt que, descendieron rumbo al enrielado muelle *Loreto* que, era la terminal de embarque del pequeño ferrocarril carbonífero, frente a la cual se erigían varios boliches mirando a la costanera, por la que caminaron hasta llegar a la puerta del “Der Neu Mann” que, destacaba de las otras chatas edificaciones colindantes, por su impecable fachada pintada de color azul prusia. En la que, resaltaba una marquesina con un letrero de latón, con el nombre del bar rotulado en desgastadas letras góticas, con un *willkommen* infrascrito justo sobre el dintel de la mampara que, transpusieron para ingresar a la semivacía y oscura taberna, poblada por solamente dos parroquianos que, conversaban sus tragos en el mesón con un rubicundo gordo de mediana edad que, al verlos entrar fue a darles una exultante bienvenida.

- ¡Dios los cría y el diablo los junta, *ya!* -. Se les acercó exclamando el risueño alemán. - ¡Adelante, *meine freunde!* -.

- Aquí estamos, *alemanote* del demonio -. Lo saludó alegremente Mikel.

- Y, con un amigo nuevo que trabaja con nosotros -.

- ¡Ahh! ¡*Ich heisse* Friedrich Poltz -. Se presentó el tabernero dándole la mano a Iván. - ¡Tú puedes llamarme *Fritz!* -.

Y como él no decía nada al estrecharle su diestra, le demandó su nombre: - ¿*Und wie ist dein name?* ¿Cómo te llamas, *mein freund?* -.

- Iván Ivanovich Kramarenko -. Se identificó al entenderlo.

- ¡Aaaah, *Iwan!* -. Asimiló y pasó a la siguiente pregunta.

- ¿*Aber wo kommst du, ein freund von mir?* ¿De dónde vienes, amigo? -.

- Rusky -. Musitó desconfiado, admitiendo proceder de Rostov, fiel al guion aprendido.

- ¡Ah! ¡Ya entiendo! ¿*You eat?*, ¿Quieres comer?, ¿*Du möchtest essen?* -. Le sugirió, haciendo la mímica de llevarse algo a la boca.

- ¡*Da!* -. Aceptó hambriento. - ¡Gracias! -.
 - ¡*Nichts zu danke!* -. Le opuso amablemente, invitando a los cinco campañistas a pasar a una mesa próxima, a la vez que, gritaba para atrás llamando a una tal María.
 - ¡*Und was willst du trinken?* -. Les ofreció cuando se sentaron, respondiéndose a sí mismo: -¡¡Ah!! ¡Yo sé, litros y litros de cerveza, ya! -- ¡Yes!, *and please, very cold* -. Subrayó *Frankie*, rehuyendo mirarlo.
 - ¡*Große* borrachera anoche? -. Sondeó irónicamente, escrutando los rostros machacados de los escoceses.
 - ¡De las mejores! -. Le certificó *El Mocho*. - Aunque también tuvimos algunos problemillas -.
 - ¡*Ya, ya!* ¿Tal vez alguna discusión religiosa, *mein freund?* -. Replicó mordazmente el germano, que por supuesto estaba al tanto de todo.
 - Me temo mi buen *Fritz*, que no pudimos llegar a acuerdo en materias teológicas -. Le aclaró muy circunspecto Frank, mostrándole el ojo que se le estaba poniendo morado.
- Gatillando una explosión de carcajadas y pullas que, hicieron llorar de la risa al obeso alemán que, al recomponerse bufando y con los ojos lagrimeando todavía, les tomó el pedido a los chistosos estancieros que, luego le trasmitió a la mujer que vino desde la cocina que, impresionó a Iván con su porte triste y su moreno color de piel que, comparó con las trazas de los indígenas fueguinos que, tantas veces describió el tío *Misha* en su correspondencia de antaño.
- ¡María! ¡Trae el mejor pescado con papas cocidas! -. La instruyó, al tenerla lo suficientemente cerca. - ¡Ahh!, ¡Y un azafate con carne a la cacerola con cebollas!, *Danke* -.
 - *Bolshoye spasibo* -. Agradeció él. Analizando la sumisa actitud de la

aborigen que, esquivó su curiosidad inclinando la cabeza coronada de pelo hirsuto que, se derramaba en una cascada de crenchas azabaches por la nuca, cubriéndole los hombros y el envés de su ajado vestido gris, cuyo deshilachado ruedo recortado dejaba a la vista unos recios muslos, apuntalados por fuertes pantorrillas sostenidas por sus pies descalzos que, al irse fue levantando grácilmente como si fuera un gamo.

- *Fritz*... ¿Quién ser mujer? -. Se atrevió a preguntarle, vislumbrado a María desvaneciéndose por el fondo de la cantina.

- Ella es *eine indigene* Selknam -. Le informó Poltz con indiferencia.

- ¡Selknam! -. Murmuró, haciendo memoria, si ese era el pueblo exterminado por los blancos que, su tío acusara en una de sus cartas.

- ¿... *slavery*, *míster* Poltz? -. Lo importunó entonces en inglés, sabiendo que podía estar equivocado.

- ¡*Nein!* -. Negó vehementemente. - ¡María aquí libre y le pago con alojamiento y comida! -.

Ante lo cual, Iván se disculpó avergonzado por su desatino. Pero, aun así, quiso saber porque ella no se iba si gozaba de libertad.

- No *familie*, *Iwan*. No tiene adónde ir -. Le esclareció, yendo por las cervezas que los escoceses le urgían que trajera.

- María es una *squaw*¹⁸ que, ya estaba aquí cuando *Fritz* le compró este boliche a un chileno que, la había aceptado en canje por las deudas de unos *cazadores de indios* -. Le precisó Anselmo con aire taciturno.

- ¿Ella, esclava... chileno? -. Reiteró turbado.

- ¡Que no, muchacho! -. Lo paró Mikel fastidiado. - Por suerte, el anterior dueño y su esposa eran cristianos piadosos que, cuidaron de María que había sido muy maltratada y violada reiteradamente por los cazadores -.

¹⁸ Mujeres jóvenes Selknam.

- ¿Y Poltz...? -. Masculló, insinuando la posibilidad del concubinato forzado.

- ¡Nooo! Imposible. Desechó de golpe *El Vasco*. - El *alemanote* jamás se cruzaría con una india -. Remachó burlesco.

Satirizando con unas supuestas leyes de raza que, propugnaba sin tapujos el germánico cantinero que, ya volvía con varias botellas de “La Patagona” que, fue destapando una a una con grandes aspavientos, para pasárselas a sus sedientos comensales que, se saciaron con la cerveza fría aguantando el interrogatorio del teutón que, les iba sonsacando detalles de los eventos en *El Olimpo*, hasta que clavó sus brillantes pupilas azules en Iván, preguntándole por su debut con las *ahijadas* de *Minerva*.

Pero, el aludido arrobado por el pudor, no fue capaz de responderle al gordo Poltz que, sin embargo, fue recompensado por las impertinentes lenguas de los Mac-Cullen que, lo ilustraron con pelos y señales del contubernio entre el ruso y la *Cariño malo*.

- ¡Y amaneció con la *papirusa*¹⁹ en su mismísima pieza! -. Completó *El Mocho* con un dejo de admiración.

- ¿Y qué pasó, *Iwan*? ¿Acaso, *mein junger freund* “vio la luz” con ella? ¡Jua!, ¡jua!, ¡jua! -.

- ¡Que el zagal este dice que sí! -. Se apresuró en ratificar *El Vasco*, recalcándole su cara iluminada.

- *Also, the boy smells like a woman* -. Agregó *Joe*, olisqueando el fuerte aroma a perfume femenino que, despedían las ropas y el pelo del joven domador de potros.

- ¡Bueno, salud por *Iwan*! -. Los alentó el dueño de casa. ¡*Prosit!* -.

¹⁹ Mujer bonita en el lunfardo rioplatense. y viene del polaco papierosa, que significa “cigarrillo”.

- ¡*Salud* por el desflore del chiquillo! -. Lo secundó Mikel, palmoteándole el hombro al galán para que brindara con ellos.

- ¡*Vamos boy!* -. Lo azuzó, *Frankie* sonriéndole con su ojo en tinta.

En tanto su primo, le acercaba una botella de “Patagona” que, Iván se zampó celebrando su desvirgue con aquella doncella inalcanzable que, no le cobró ni un peso como les relató a sus compañeros de parranda que, ante tamaña conquista lo ensalzaron a niveles semidivinos que, lo hicieron merecedor de otra cerveza gratis y una tercera ronda que les obsequió *Fritz*, con una generosa ración de pan amasado y *pebre* que, los curtidos ovejeros devoraron embromando al iniciado que, no probó bocado y se mantuvo quieto, con la mirada entornada a ninguna parte.

- ¡*Hey boy!* ¿*Are you loved?* -. Se rio *Joe*, silbándole para que despertara de su ensoñación.

- Que se enamoró el crío...-. Sentenció *El Vasco* con una ademan fatalista que, constriñó espontáneamente al ver que María se aproximaba con su almuerzo.

- ¡Tengo un hambre, que mataría por un pedacito de carne! -. Largó *El Mocho*, tasando con ojos voraces las piernas semidesnudas de la cocinera.

A quien colmó de piropos al llegar a ellos, con un azafate rebosante de pescado frito, papas y cebollas que, Anselmo asaltó agarrando una *presa* con la mano que, comenzó a roer haciendo caso omiso a los insultos de los pelirrojos que, lo condenaban por no esperar a que *Poltz* volviera con los cubiertos y platos que, enseguida les trajera para servirles unas pantagruélicas porciones que, sus comensales retribuyeron con algunas anécdotas del trasnoche que, el patrón de la taberna aclamaba gozoso. Especialmente con las barrabasadas del angurriente trasandino que, por esos extraños azahares de la actividad

cerebral, no recordaba nada de su patético *show* de acrobacia que, los Mac-Cullen le reconstruyeron riéndose a mandíbula batiente, destacando el operativo de los serbios para extraerlo del poste que, con su repaso suscitó la milagrosa sinapsis neuronal de *El Mocho* que, les juró haber avistado al *Carne amarga* desde la altura, mezclado en la multitud que se arremolinaba en el salón.

- ¿Dusko en *El Olimpo*? -. Farfulló receloso *El Vasco*. - ¿Estás seguro *Mochuelo* que no fue una alucinación? -.

- ¡Yes! ¡*I also saw it when we were dancing!* ...Estaba en un rincón mirándonos -. Abonó *Joe*, volviéndose hacia Frankie para hablarle algo en gaélico escocés, - su inextricable dialecto natal -, conque a veces garantizaban el hermetismo de sus conversaciones.

- ¡*Tha e fior!*²⁰-. Concordaron los Mac-Cullen, al terminar su efímero dialogo para contarles que, antes de la pelea el croata compartía con *Caballo blanco* y otros *Borders keepers* en una postergada mesa.

- ¿Mac-Donald con Dusko? -. Objetó Mikel con desconfianza, mordisqueando un trozo de pescado.

- ¡*Yeah!* -. Reafirmó Frank, atestiguando que Dusko siempre estuvo pendiente de Iván, a quien felicitó por la paliza propinada a su infausto compatriota.

- ¡*Congratulations boy!* - Se adhirió *Joe*, levantando una botella para brindar por él y su *Atenea*.

- ¿De qué diantres habláis? -. Se entrometió su caporal estupefacto.

- ¿Que, no diréis que *Ivancete* se fue de *hostias* con *Caballo blanco*? -.

- ¡*That's what he did!* -. Le aseveraron los primos, participándole la

²⁰ ¡**Es verdad!**, en gaélico escocés, una antigua lengua celta que muchos ovejeros escoceses aun hablaban a principios del siglo XX en la región de Magallanes, como lo rememora el escocés William Blain en sus “Memorias y diario de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego” (1878-1898).

valiente actuación de la *Cariño Malo*.

- Y lo tumbó de un botellazo la *bacana* -. La enalteció *El Mocho*, echando un trago en señal de respeto.

- ¡Que vendrá a por ti, muchacho! -. Le auguró inquieto *El Vasco*.

Y, en el intertanto que *Fritz* iba a la barra, le recomendó a Iván tener mucho cuidado, ya que Duncan Mac-Donald era un *malvinero*²¹ líder de los *Borders keepers* que, aún perseguían a los sobrevivientes *Aonikenk*²² en el continente, después de exterminar a los *Selknam* en *Tierra del fuego* por cazar al “guanaco blanco”, como los indígenas *Fueguinos* llamaron a las ovejas que, batieron en reemplazo de sus presas diezmadas por los ganaderos que, se habían apropiado a sangre y fuego de sus territorios ancestrales, condenándolos al hambre, a la muerte o a la relegación en las misiones Salesianas de isla Dawson.

- ¿Por qué llamar *Caballo blanco, golova*? -. Preguntó cariacontecido.

- Así le apodaron sus víctimas, por la montura con que los perseguía para degollarlos -. Le dijo, agregando que Mac-Donald siguió el credo de su predecesor: *Chancho colorado*. - Otro escocés de apellido Mac-Lennan -.

Reseñándole que, Alexander Mac-Lennan, que otrora administrara la estancia San Gregorio y otras de los Menéndez, era el responsable de la muerte de que más de cuatrocientos *Selknam* que, masacrara en cacerías al mando de los esbirros que, recibían una libra esterlina por cada cabeza, las orejas o los testículos de los hombres, o por los senos de las mujeres que asesinaban impunemente, bajo el amparo judicial y político de los grandes hacendados, cuyas posesiones eran verdaderos feudos dotados de milicias privadas. Compuestas en su mayoría por forajidos

²¹ Oriundo de las islas Malvinas, colonia de la corona británica en el Atlántico sur.

²² *Aonikenk*: Fueron la rama más austral del grupo lingüístico y cultural Tehuelche.

de origen británico, irlandés, neozelandés, o, escoceses de la calaña de *Chanco colorado* que, se había retirado en 1907 a una finca de *Río grande* en Argentina, adonde vivía la vejez indiferente a su tétrica fama, revestida por el sobrenombre que aludía a su tez enrojecida por la ingesta de alcohol que, resaltaba sus pequeños ojos azul verdosos que, de acuerdo al chismorreo de sus exempleados, brillaban malignamente cuando evocaba la matanza de más de trescientos *Selknam* en la playa de Santo Domingo²³.

- ¡Fiiiiiiiiiu! -. Soltó Anselmo rebalsado de indignación, una vez que, concluyó la siniestra necrología de Mac-Lennan.

- ¡Saber mucho de *cazadores de indios, baskisch!* -. Acotó interesadísimo Poltz que, había escuchado todo desde el mesón.

- En *El Olimpo* se cuentan muchas historias -. Le respondió concisamente, dejando en ascuas al alemán que, se les allegó preguntando si *Caballo blanco* y Kovacic eran amigos.

- Dusko solo junta con croatas, *Fritz* -. Lo puso al corriente *Joe*.

- Nadie sabe si amigos fuera *Oazy Harbour* -.

- Quizás esos dos *malandras* fueron *Borders keepers* en otra estancia -. Infirió *El Mocho*, apostando a que el *Carne amarga* fue *cazador de indios* de los Menéndez.

Una acusación que tentó al cantinero a interferir, pero se contuvo excusándose con ir a buscar la segunda fuente a la cocina.

-*Ich komme, meine freunde*-.

- ¡Al fin nos deja solos el gordo *manteca!* -. Bromeó el argentino, viéndolo alejarse a las postrimerías de su negocio.

Causando una andanada de jocosos comentarios, burlándose de la insaciable curiosidad de Poltz que, ya había despertado las suspicacias

²³ **Matanza de la playa de Santo Domingo:** Nota histórica N.º 4.

de Iván que, disimuló su preocupación repartiendo las papas supervivientes en el azafate que, consumieron en alegre camaradería repasando el jaleo en el prostíbulo que, irremediabilmente acicateó a los Mac-Cullen a insistir con su majadera obsesión, por conocer las minucias de la encamada con la *Cariño malo* que, sin duda sería el comidillo de todo el peonaje de “Gringos duros”, como le advirtieron los escoceses para socavar su renuencia.

- Mejor contar a nosotros aquí -. Porfió *Frankie*. - Allá no *secret* de mujeres, *russian* -.

- No decir nada -. Lo confrontó mosqueado. - Yo no quiere sepan en *Oazy Harbour* -.

- ¡*That's impossible boy!* Mucho gente verte con ella en *Olimpo* -. Le rebatió *Joe*, contrastándolo con la realidad.

- Hasta *míster* Grant se enterará de lo que pasó contigo y la *hembra* -. Remató *El Mocho* dándole un codazo.

- ¡Y, por dios que sabrá de los trastazos con *Caballo blanco!* -. Profetizó *El Vasco*. - Que, serás una leyenda viva en la estancia, *carajete* -.

- *Especially for knocking out* a Mac-Donald -. Sobrepuso *Frankie*, previniéndole que ya no podría vagar solo por la ciudad. - ¡Duncan buscarte, *boy!* -.

Un riesgo fatídico que, el cuarteto de veteranos ovejeros se juramentó a neutralizar entrechocando sus botellines que, fueron vaciando mientras intercambiaban tenebrosas impresiones del prontuario de *Caballo blanco*, hasta que María reapareció con otro azafate de carne a la cacerola que, disfrutaron a la par de las rebosantes frascas de vino tinto que, Poltz les llevó antes de ir a atender a otros parroquianos que, iban entrando para almorzar o beber algo en la barra, donde el germano se

multiplicaba para atender a su variopinta clientela portuaria. Despreocupándose de los estancieros que, amenizaban el festín con chascarros y fábulas de remolienda que, posteriormente dieron lugar a una dicharachera sobremesa que, expiró a eso de las cuatro de la tarde con el pago de la cuenta, para retirarse del “Der Neu Mann” con el venia de *Fritz* que, los despidió en la puerta prometiéndoles cerveza gratis al otro día, a sabiendas de que *Joe*, *Frankie* y *El Mocho* se amanecerían jaraneando en cualquier tugurio que los recibiera, ya que por ningún motivo podían volver a *El Olimpo* que, seguramente se hallaba custodiado por agentes de la policía que, los sindicaba como los principales responsables del *armagedón* de la víspera. Al revés de lo que ocurría con Mikel que, al poco andar por el malecón torció en la calle Errázuriz, para ir a gozar de la hospitalidad de su *divina cabrona*, en tanto los escoceses con *El Mocho* seguían de largo a un *puticlub* de la calle Paraguaya, adonde Iván no quiso acompañarlos a pesar de la machacona insistencia de sus amigos que, lo vieron enfilarse hacia “La Unión” por la transitada calle Roca, atisbando paranoicamente para todos lados, temiendo que apareciera *Caballo blanco* para atacarlo. Hasta que llegó a la plaza de armas “Benjamín Muñoz Gamero” que, aquella tarde se hallaba pletórica de paseantes, niños jugando, vendedores ambulantes, empleados, marineros y turistas que, iban y venían por las curvilíneas calzadas peatonales que, se circunscribían al cuadrilátero perfecto de la explanada, delimitada por las calles Arauco, Pedro Montt, Magallanes y Carlos Bories, por las que circulaban un variado muestrario de carruajes de caballos, compitiendo con los flamantes *Studebakers* y *Fords* que, avanzaban tocando sus cláxones para que los peatones se apartaran.

- Mac-Donald no se atreverá a matarme aquí-. Razonó tranquilizándose.

Antes de cruzar en dirección a un escaño libre que, había visto enfrente de la portentosa sucursal del banco Anglo-Sudamericano, donde se arrellenó admirando las suntuosas mansiones en torno a la plaza que, en conjunto con las sedes de clubes y otras instituciones financieras, le otorgaban al casco central un aire de cosmopolita opulencia que, lo distrajo de su lánguida nostalgia por Alicia que, pasado un rato intentó eclipsar vitrineando los escaparates del comercio que, florecían en las inmediaciones de los palacetes de los terratenientes y dueños de las navieras, los bancos y el ganado, como los Braun, los Nogueira, los Menéndez, el inglés Peter McClelland. Y otras decenas de acaudalados inmigrantes que, ciertamente eran los clientes predilectos de la Casa Inglesa de *L. L. Jacobs, Thiessen y Cía, Stubenrauch & Co.*, la tienda de *Braun y Blanchard*, la Casa *Gilli* y demás establecimientos mercantiles de ostentosos aparadores que, ya lo habían encandilado con sus lujos hace un mes, durante los días de espera para el traslado a la estancia, junto con otros enganchados con los que compartió alojamiento en la “La Unión”, en uno de los cuartos de camarotes situados en el patio trasero, a un costado de la bodega en la que obligatoriamente debían depositar su equipaje. Puesto que, estaba prohibido que, los futuros peones guardaran sus pertenencias en el dormitorio común, para evitar el contrabando, las apuestas y el robo, como le explicó en esa ocasión el viejo recepcionista Akim Grushov que, al enterarse de que compartían la nacionalidad, le ofreció consignar su maleta en un cajón con llave, aparte de proporcionarle varios consejos en su idioma que, hicieron más seguro su recorrido inaugural por el centro de Punta arenas que, abarcó por expresa recomendación de Akim la visita al *Sporman Bar*, en el que trabajaba de garzón uno de sus escasos paisanos en la ciudad. Un tal Arkady Ajmátov, con quien hiciera tan buenas migas que, se tentó en ir

a verlo para contarle sus insólitas aventuras, pero el reflujó de la traspochada lo forzó a aplazar aquel reencuentro, encaminándose al hotel rumiando la vorágine de sucesos que, en una sola noche le agregaron varios años a su vida que, había renacido en los brazos de aquella hermosa chilena que, seguía abrasándole las entrañas, licuando su sangre, apremiándolo a fantasearla con tal irresistible ardor que, aceleró cuanto pudo el tranco por la calle Lautaro, para llegar al hospedaje y pedir su llave en el mesón, correspondiente a un apartado cuchitril del ático al que subió raudo, para recostarse en un camastro a rememorar el sexo viscoso de Alicia, su aroma suave y su piel cálida, hasta que una húmeda polución se derramó por sus dedos, anhelando la cuenca de la mujer que pronto estaría maquillándose, para coquetear con los sórdidos habitués de *El Olimpo* que, imaginó acosándola y pujando por toquetearla... tornándose su efímera felicidad en una angustiada incertidumbre que, le ensombreció el corazón exhausto por la maldición del primer amor.

NOTA HISTÓRICA.

-Nota histórica N.º4: La matanza de la playa de Santo Domingo, es tal vez, la mayor de las atrocidades cometidas por el Alexander Mac-Lennan y sus mercenarios que, tras hostigar por largo tiempo a una tribu Selknam, los invitaron a un banquete para sellar un acuerdo de paz, durante el cual *Chanco Colorado* les brindó grandes cantidades de vino, hasta que al comprobar que la mayoría de los *fueguinos* se habían embriagado, en especial los hombres, Mac-Lennan se aleja del lugar y ordena a sus ayudantes, apostados en las colinas, abrir fuego contra los indefensos indígenas.

PECKETT HARBOUR

MAGALLANES, SUR AUSTRAL DE CHILE

FINES DE FEBRERO DE 1916.

La temporada de esquila estaba en su apogeo e inmensos rebaños de ovejas vagaban por los pastizales de la sección, paseando sus cuerpos trasquilados por el amplio horizonte, mientras su lana era seleccionada, limpiada y prensada en cuadrículadas pacas que, se acopiaban en las bodegas antes de cargarlas en los carromatos que, trasladaban los fardos de *oro blanco* rumbo al puerto, adonde serían estibados en los buques de cabotaje que voltearían al Atlántico sur, curso a Europa, si es que no ascendían por el Pacífico para atravesar las esclusas del canal de Panamá, inaugurado en 1914 para competir con el estrecho de Magallanes. Cuyas hoscas aguas, seguían siendo la ruta preferida de los capitanes de viejo cuño, para alcanzar los muelles ingleses o de la costa normanda, donde descargaban la materia prima de los uniformes que, vestían a decenas de millones de soldados de la *Triple Entente* que, además eran los consumidores de casi toda la producción de carne de *Oazy Harbour*, así como la de sus estancias satélites de *Punta Delgada* y *Peckett Harbour* que, desde principios de Enero fuera el destino de los cinco ovejeros, para arrear las manadas de ovinos y vacunos de esa hacienda, enclavada a una cincuentena de kilómetros de Punta arenas. En la mitad del istmo de la península de Brunswick que, era dominada por las instalaciones centrales de la compañía, cruzada diagonalmente por el *camino de arreo* que, diariamente era cabalgado por la cuadrilla de *El Vasco*, llevando los piños a los galpones o a pastar a los potreros, hasta que la temporada fue declinando con el verano que, con su fin

anunció el despido de los trabajadores temporales que, se tendrían que marchar tras el pago de sus jornales que, el contable solía realizar con guardias armados con sendas carabinas, por si arremetían bandidos a caballo o el peonaje se soliviantaba, inconforme por el menguado saldo de su salario. O, por la inminente orfandad de la cesantía que, para Iván también significaba separarse de Mikel que, hasta ese momento había sido incapaz de aportar noticias de su tío, empero que la escurridiza *Minerva* le habría dicho que, mucho tiempo atrás hubo un ruso con su apellido, quien habría merodeado unos meses por la ciudad, para más tarde desvanecerse tal cual otros buscavidas que, se dispersaban por ambas bandas de la frontera o, en los infinitos archipiélagos australes.

Así que, apremiado por la proximidad de su desahucio, un crepúsculo después de cenar atajó a su jefe afuera del comedor, para pedirle que volviera a preguntarle a su amante por su pariente, o que perseverara con los impenetrables Boromir e Ivo, a quienes *El Vasco* ya había interrogado sin conseguir ningún dato que los ayudara.

- ¡*Minerva* saber de tío *Misha, golova!* -. Acusó. - Ella calla serbios -.

- ¡A que sí, por los clavos de cristo! -.

- ¿Tu pregunta otra vez? -. Le imploró, caminando a su lado hacia la casa de los esquiladores.

- ¡Descuida, *Ivancete!* ¡Que te juro por mi madre que, si no es ella, serán ese par de balcánicos los que abrirán la tarasca! -.

Y acercándose al muro cortavientos, le indicó que se apegaran a las tapias de madera, para hablar con la certeza de que nadie los escucharía.

- ¡No sé por qué, mi *divina cabrona* no suelta lo que sabe de tu tío! -. Se quejó agarrándose la boina. - ¡Y por dios que, no te quita el ojo cada vez que paramos en *El Olimpo*, chaval! -.

Haciéndole patente que, en varias ocasiones sorprendió a la regenta

escrutándolo con una expresión tan adusta que, más de una vez temió su expulsión de la casa de juerga.

- ¡Aaah!...*Minerva* quiere yo pague por *Alisiya* -. Le retrucó Iván, jactándose de yacer gratis con una de sus *ahijadas* predilectas.

- ¡Que no es eso, caradura! -. Descartó *El Vasco* riéndose. - Que, *Mariceci* te ve como si fueras una aparición o un fantasma, de esos que atormentan a los cristianos en sueños... -.

- ...Y, *golova*, ¿saber por qué mira así? -.

- ¡Que no crío! ¿Qué cómo lo voy a saber? Por lo que, primeramente, vas a sincerar que *ostias* hacía tu familiar por estos pagos. ¡Qué por aquí nadie viene de vacaciones! -.

- ¡*Halaaa!*...¿Que estoy esperando que sueltes la lengua! -. Lo exhortó impaciente al ver que se mantenía enmudecido.

Pues Iván, sopesaba como salir de aquel entresijo sin defraudar a Mikel, quien además de haber enviado a su nombre una carta para sus padres, era la única esperanza de obtener algún indicio de su tío con la dueña del prostíbulo que, visitarían juntos por última vez en la próxima “bajada”, al volver del arreo en el sector de *Los Pozos Abajo* que, era un recóndito puesto colindante con laguna Otway, en cuyo trayecto se comprometió aquella tarde a completar su historia que, en parte le había adelantado allá en *Los Azules*.

Pero, pese a su intención, solo pudo cumplir su promesa a cuentagotas, en las pocas oportunidades que tuvieron para montar aparejados, por la senda que los encauzó a la remota finca de pastoreo, en donde se reunieron con los *puesteros* y sus inseparables perros, para apiñar a los infinitos rebaños que erraban por el paraje estepario, reconduciéndolos a los potreros allende a las casas de *Los Pozos* que, habitaban los *baqueanos* locales con sus respectivas familias, para hacer más

llevadero el aislamiento en que vivían que, esporádicamente era interrumpido por algún viajero camino a *Río Verde*. O, por las tropillas de provisiones enviadas por el administrador, como la recua que les encargaron llevarles cargada de nafta, harina, sal, azúcar yerba y otros abastos, entre los que *El Vasco* contrabandeaó varios botellones de aguardiente que, fue el contento de los agradecidos gauchos del puesto que, cada atardecer cebaban el licor con mate o se lo bebían al seco al alero del fogón que, encendían en un cobertizo trasero para compartir con los campañaístas, comentando las incidencias de “Gringos duros”, o de otras haciendas en las que hubiesen trabajado. Avanzando con la hora a recuerdos menos pastoriles, acerca de sus travesuras por los garitos y antros de Punta arenas, en una pecaminosa retrospectiva que inevitablemente culminaba con los “sucesos” de *El Olimpo* que, habían corrido de boca en boca por todos los asentamientos de la pampa, con una serie de exageradas versiones de aquella jornada legendaria, cuya verdad *El Mocho* les fuera relatando a los *puesteros* en amenos capítulos, partiendo por la bullada presentación de “El convento de las hermanitas del placer” que, fuera censurada perpetuamente por expresa petición de la iglesia. Tanto por patrocinar la herejía como por los libertinos excesos del vodevil que, desencadenaran la descomunal pelea de esa madrugada que, se reprodujera los siguientes fines de semana en diversos pugilatos que, fueron multiplicándose hasta llegar al ocaso del 31 de Diciembre, cuando la calle Errázuriz se convirtió en un auténtico campo de batalla, con el enfrentamiento de hordas de estancieros y mineros que, la policía dispersó a palos con ayuda de los guardias del burdel, en donde se preparaba un soberbio festejo para recibir el año nuevo que, Iván disfrutó sin reparos con Alicia y sus cuatro amigos. Sabiendo que, *Minerva* había vetado de por vida a Mac-Donald que,

contrarrestó la drástica medida poniéndole precio a su cabeza que, para ese entonces gozaba de una notable fama por todo Magallanes, no solo por derrotar al más cruel de los *Borders Keepers*, sino también por conquistar a la inaccesible *Cariño malo*, como le corroboró Anselmo al envidioso gauchaje de *Los Pozos* que, no le creyeron que el ruso se *encatraba* gratis con la favorita de la doña que, hacía la vista gorda cuando la parejita se encerraba en su altillo, o, se arrancaban a una piezucha del “*Unión*” que el buen Akim le reservaba a su coterráneo, para que no anduvieran de un lado para otro. Arriesgándose a una encerrona de los *cazadores de indios*, que lo entregarían a su jefe para que lo acribillara a escopetazos, si es que no lo estrangulaba con las cuerdas de su mismo violín, como bromeaban los escoceses apuntando al estuche de su instrumento que, siempre llevaba consigo para prodigarles sus crepusculares serenatas, siguiendo la costumbre iniciada en “*Oazy*” y continuada en “*Peckett Harbour*”, adonde regresarían en unos días para separarse definitivamente, ya que los Mac-Cullen serían enviados a *Cabo negro*, para hacerse cargo de ese puesto en reemplazo de Oyarzún y Barrientos que, con otros chilotes volverían a su isla llevándose a *El Mocho* que, por todos los medios intentó persuadir a Mikel de emigrar el norte. Sin conseguir que se pronunciara sobre su futuro que, sorpresivamente develara durante el asado de despedida de *Los Pozos Abajo*, al anunciar el retorno a su añorada Euskadi, para reencontrarse con su esposa e hijos que, lo reclamaban tenazmente en las cartas que enarboló a la luz del fuego que, irradiaba el ruedo de rostros desconcertados que lo escucharon decir que, tras el pago se iría a Punta arenas a buscar pasaje a Santander, *Bilbo* o *Donostia*²⁴, acicateado por la atemorizante corazonada de quedar atrapado

²⁴ Bilbao y San Sebastián en el país vasco.

eternamente a la soledad, el viento y el silencio de aquella región olvidada.

- ¡Salud! -. Brindó al acabar su breve réquiem. Invitando a los presentes a secar sus tachos que, luego se humedecieron con una segunda ronda que, con su ardiente efluvio consiguió levantar el ánimo de aquellos hombres duros que, al amanecer emprenderían el arreo de miles de motudos lanares por la trilla secundaria que, cruzaba los potreros de *El Carancho Playa*, *Carancho Arriba* y el de *La tropilla* que, delimitaba al sur con unas lagunillas y ojos de agua que, dividían el horizonte pampeano del sector central de “Peckett”, en cuyos corralones encerrarían a la inmensa manada, antes que cayera el sol de su última jornada de trabajo juntos.

LOS WEHRWOLFS DE MAGALLANES.

PUNTA ARENAS, SUR AUSTRAL DE CHILE

ÚLTIMO FIN DE SEMANA DE FEBRERO DE 1916.

El sábado 26 de Febrero muy temprano, *El Vasco*, *El Mocho* e Iván, tras una sentida despedida con los escoceses, cargaron sus caballos y galoparon al portezuelo de la estancia, para enrumbar hacia el menguado cauce de río *Pescado* que, vadearon sin problemas para seguir al sur por los pajonales, hasta llegar a la ruta que conducía a la *metrópolis australis* que, recorrieron con relajo para entrar a la ciudad por *tres puentes* que, atravesaron lentamente para entroncar con el nacimiento de la avenida Manuel Bulnes que, comenzaba a desperezarse con el trajín de la carretas y de las caballerizas aledañas al club hípico. En una de las cuales dejaron a sus monturas encargadas, para dirigirse andando al centro cívico con sus bártulos a cuestras, ya que antes de ir al hotel pasarían por la oficina de correos, para que *El Vasco* pudiera retirar su correspondencia acumulada que, esta vez incluyó una carta totalmente rotulada en cirílico que, el funcionario postal le entregó expresándole su curiosidad, por las estampillas, matasellos y el peculiar lacre del sobre que, apartó de las otras tres epístolas de su familia en el mismo mesón, previamente a dar media vuelta y abrirse paso entre el público que, a esa hora empezaba a atiborrar el vestíbulo de la entrada. Adonde lo habían quedado esperando *El Mocho* con el muchacho que, lo atisbaba con los labios contraídos por un rictus nervioso que, se distendió al ver que Mikel se acercaba guiñándole un ojo, palpándose el bolsillo que guardaba la ansiada misiva de sus padres que, como acordaran solo abriría en el

baño del “Der Neu Mann”, al que dirigieron para tomar desayuno bajando por calle Pedro Montt, desde cuya esquina con Arturo Prat avistaron a Poltz que, barría las afueras de su boliche mirando para todos lados, hasta que al divisarlos los saludó sonriéndoles a lo lejos.

- ¡Parece que supo que veníamos el alemán, *viste!* ¡ja, ja, ja! -. Rechifló Anselmo apuntándolo.

- ¡Que, nada es casualidad *Mochuelo!* -. Coincidió suspicaz *El Vasco*. Y echándose su valija al hombro, señaló el repliegue del gordo al interior de su local, donde los acogió efusivamente al pie de la barra, comentándoles las últimas vicisitudes de la gran guerra que, ratificó mostrándoles unos ajados periódicos alemanes que, se había agenciado para contrarrestar la parcialidad del *The Magellan Times*²⁵, u otros rotativos de la plaza como *El Comercio y Chile Austral*, demasiado dependientes del avisaje de los británicos o de sus aliados.

- ¡Lo siento, Iwan! ¡*Aber*, malas noticias para Russland! -. Afirmó, mirándolo con cierta suficiencia. - ¡Tu país perderá la guerra! -.

- ¿Por qué decir, *Fritz?* - Lo cuestionó, agarrotando el asa de su maleta. Entonces el tabernero, le extendió un doblado ejemplar del *Zeitung* de Dresden que, en su portada retrataba la marcha triunfal de la infantería alemana en la ciudad de Lodz, en el occidente de lo que fueran los dominios del imperio ruso que, desde hace un tiempo tambaleaba por una implosión de conflictos que, venían reseñados en los recuadros inferiores del diario, con ilustraciones del amotinamiento de la marinería roja y, las huelgas en contra del reclutamiento forzoso y el hambre.

- *Zeitung* ser viejo, Iwan. *Aber* bolcheviques alientan protestas...-.

²⁵ *The Magellan Times*: Periódico semanal impreso en inglés desde 1914 a 1936, por y para la colonia británica y sus descendientes en la región de Magallanes.

E iba a seguir, pero *El Vasco* lo obstaculizó pidiéndole desayunar.

- ¡Y por favor, *Fritz*, no *mortifiques* más al pobre *pibe* con la guerra! -.

Intervino también el argentino, mofándose de su cara de aflicción que, lo obligaría a cambiar el café por licor para ahogar las penas.

- ¡Ya, ya! Iré a cocina por sus desayunos -. Condescendió *Poltz*, alejándose lo suficiente como para reprender al chico sin que lo oyera.

- ¿Y qué *querés rusito* cara de culo?, ¿Que el gordo *manteca* te diga que van perdiendo?, ¡Si es alemán, *viste!* -. Le refregó *El Mocho*, adelantándoseles para elegir el mejor puesto en la mesa que ocuparían.

- ¡Que por tanta prisa dios te castigará con una silla coja! -. Le deseó bromeando su exjefe, que aprovechó ese instante para pasarle a Iván su carta.

- Gracias, *golova* -. Articuló conmocionado, escondiendo el correo en un bolsillo de su chamarra.

- Que, atrás está el baño -. Le retrucó *Mikel*, señalándole la trastienda.

- *Spasibo* -. Volvió a agradecer.

Y llevando su maleta y el estuche del violín, enfiló al patio donde se arrinconaba el cuartucho del retrete que, cerró con pestillo luego de encender una gruesa vela, para aclarar la sordidez del peor lugar de la taberna que, con todo, le dispensó la intimidad que requería para abrir el grueso sobre, lacrado con la efigie de San Jorge montando un dragón, en vez de la icónica imagen atacándolo lanza en ristre.

- El sello de mi familia -. Comprobó contento.

Con anterioridad a percatarse que, el borde inferior del troquel estaba suelto, posiblemente hendido por un objeto filoso que, fue manejado diestramente para no quebrar el cuño de cera que, desprendió cuidadosamente para extraer la página inicial de la carta que, para su sorpresa tenía diversas palabras circuladas con tinta azul que, al

organizarlas en una sola frase en cirílico, se convirtieron en un fatídico mensaje: “*Nunca saldrás de esta ciudad*” que, repitió murmurando para asimilar la amenaza que, delataba la presencia de la *Germanenorden* en Punta Arenas.

- ¡Me han descubierto! -. Gruñó, maldiciendo su suerte.

Y, haciendo un esfuerzo por calmarse, se dispuso a leer la caligrafía sobria de su padre que, lo reconfortaba con un cariñoso saludo a la distancia, unido al de su madre, el abuelo y a sus hermanos menores, cuyas novedades eran detalladas por su progenitor con esmero, en un extenso relato que olisqueaba a limón, evidenciando la escritura invisible subyacente en la hoja que, desplegó a contraluz para develar los párrafos ocultos que, para su asombro estaban cifrados en el *Código de Nóvgorod* que, era un antiquísimo alfabeto criptográfico de origen medieval que, intercalaba caracteres cirílicos con las olvidadas runas nórdicas que, empezó a descifrar trabajosamente para enterarse que, el Pope había partido a engrosar las huestes celestiales de San Jorge.

“...querido Vania, debes saber que Semyón Vasilevich Kramarenko, cayó luchando contra los adversarios de la verdadera fe...”

Desenmarañando a continuación, las líneas contraseñadas que revivieron su asesinato, perpetrado por una banda de *Wehrwolfs* del Volga que, irrumpieran en la iglesia a la hora de su clausura, para demandarle al sacerdote una hermética revelación que, les negara plantándoles una encarnizada resistencia, valiéndose del revólver y la daga que portaba bajo sus hábitos, desde que mataran a su entrañable amigo Vladimir Oleguin, a quien vengó con su propio sacrificio que, cobró la vida de dos de los asaltantes y un mal herido que, los *Wolgadeutsche* arrastraron en la precipitada fuga que emprendieron. Para eludir a los furibundos krasnoyanos que, acudieron en tropel a

defender el templo y a su venerable guardián que, poco después hallaron exánime a los pies del altar, con varias heridas agujereándole la sotana ensangrentada, además de las perforaciones cruzadas en su frente y la sien, con que fuera rematado cobardemente al viejo párroco que, hasta su muerte acaudillara los resabios de una milenaria cofradía, llamada *Drakonya Okhrana* o *Guardia del Dragón*, cuyos miembros fueron convocados en el acto por su familia, para aprovisionarse en las caballerizas de su heredad de monturas, armas, pólvora y municiones que, requerirían para la incursión de castigo que iniciaron al rayar el alba.

... *“Y al mando de tu abuelo, con las primeras luces de la aurora rompimos marcha al norte, siguiendo el rastro de los Wehrwolfs por una jornada entera, hasta que al ponerse el sol topamos con el curso del Jeruslan, en donde intercambiamos nuestras exhaustas caballerías por las de refresco, con las que vadeamos el río para cabalgar toda la noche hacia Neukolonie que, es el primer pueblo al sur del territorio del Wiesenseite...”*.

Cerca del cual, en las tierras de un *Wolgadeutsche* apellidado Wesner, la escuadra comandada por *El Sonriente* acorraló a los fugitivos que, agotados por la persecución se atrincheraron en un bosque, enzarzándose con ellos en un feroz tiroteo que, acabó con el desbande de los *Wehrwolfs* supervivientes que, escaparon por el camino a *Seelmann* abandonando a sus heridos que, fueron hechos prisioneros para ser colgados de los árboles que, se adornaron de los frutos macabros de los cuerpos mecidos por el viento.

- *“...Volviendo riendas a Jeruslan, para nuevamente cambiar cabalgaduras, por las que habíamos dejado a buen recaudo de un partidario que, luego nos guio a un amarradero para embarcarnos en*

una barcaza, en la que navegamos Volga abajo hasta arribar a un retirado muelle de Tsaritsyn, en el que pasamos la noche para marchar de amanecida a Krasnoy, adonde llegamos al tercer día de velorio del Pope, tutelado por su santidad el Patriarca Gennady y los monjes que, encabezaron el multitudinario cortejo fúnebre al cementerio...” -.

A reglón seguido, Iván *Bolshoi* le relataba que el periodo que devino, se caracterizó por el escarmiento a los homicidas del Pope, a quien le ofrendaron *post mortem* la cabeza de Olga Schmidt que, al ser identificada como la *hembra alfa* de los *Lobos* infiltrados en la comarca, fue ahorcada en un poste erigido en la explanada de la iglesia, en el que fijaron un cartel en ruso y alemán acusándola de espía, asesina de Maese Oleguin y artífice del artero ataque al clérigo del pueblo.

Por lo que, los despojos amoratados de su antigua maestra, quedaron pendiendo del patíbulo para festín de los cuervos y otras aves carroñeras, hasta que pasadas unas semanas sus huesos fueron descolgados, para que los jinetes de la milicia se congregaran en el plano, respondiendo a la convocatoria del *atamán* de su *voiska* que, les ordenara reunirse con su regimiento en la capital provincial, desde donde toda la hueste se movilizaría al oeste, a Ucrania, para sumarse a una ofensiva contra los austrohúngaros que, con su caballería ligera habían horadado las posiciones rusas, cruzando a la franja oriental del río Dniéper que, tendrían que defender para reestablecer las líneas zaristas.

“...En consecuencia, partiremos a la guerra con tu abuelo y la mayoría de la Okhrana, quedando nuestro Jutor²⁶ a cargo de tu madre y unos cuantos inquilinos de confianza...”

²⁶ **Jutor:** Asentamiento cosaco constituido generalmente por familias de la misma sangre.

Finalmente, su padre lo bendijo, prohibiéndole escribir otra vez, puesto que prontamente un compatriota lo contactaría, en el mismo hotel en que se hospedaba en Punta arenas, revelándole así que el recepcionista de “*La Unión*” era el enlace que, le entregaría las instrucciones para llegar a la guarida de su tío.

- Ya no dependeré de lo que *El Vasco* le sonsaque a *Minerva* -. Expelió aliviado. Y estiró la muñeca para ver que, en su reloj las manecillas rozaban las 10 am.

- ¡Tengo que volver! -. Exclamó, plegando las hojas con el sobre, para introducirlo en un bolsillo de su chaqueta, antes de recoger su equipaje y apagar la vela que, dejó encima de un cajón afuera del lúgubre sucucho, del que se alejó cruzando el pequeño patio en pos del comedor.

- ¡Si ya creíamos que te habíamos perdido, *pibe!* -. Lo vapuleó *El Mocho* al verlo reaparecer al fondo.

E Iván sonrió, y disculpándose por la tardanza se sentó a desayunar, devorando una *marraqueta* con unos fríos huevos revueltos, en tanto bebía a sorbos el café tibio que sus compañeros se repetían, intercambiando pareceres acerca de las navieras del puerto, adonde Mikel iría a comprar su boleto al salir de la taberna, para presentarse ante *Minerva* con los hechos consumados, aunque eso le costara el repudio de la bella regenta que, incluso podría negarle alojar con ella en *El Olimpo*.

- ¡Vas a terminar durmiendo con *Caballo Blanco*...ja ja ja! -. Se burló el trasandino, aludiendo al veto que sufriera el brutal *cazador de indios*. Cuya sola mención, agrió el semblante de Iván que, tendría que irse con cuidado por un par de horas, porque entretanto su ex capataz iba a buscar pasaje, Anselmo acudiría a una barbería de la calle Arauco,

quedando de reencontrarse a mediodía en la plaza Prat, enfrente del muelle de pasajeros a dos cuadras del “Der Neu Mann” que, quince minutos más tarde abandonaron escoltados por su propietario que, en la calle se despidió apresuradamente de sus amigos que, echaron a andar sin darse cuenta de que era retenido por el cantinero.

- ¿Mikhail Kramarenko es tu *familie*, Iwan? -. Le preguntó a quemarropa, alargando su aprisionante estrechón de manos.

Y él, automáticamente retrocedió apartándose del alemán que, lo soltó escrutando su perplejidad.

- ¡Ya, ya, *mein freund!* -. Largó risueño. ¡No mires, así! -. Quiso tranquilizarlo, observando de reojo que los otros dos ovejeros iban cruzando a la costanera.

- ¿Por qué preguntar, *Fritz?* -.

- ¡Casualidad que dos *russen* Kramarenko llegar a este extremo del mundo, *ya!* -. Ironizó y siempre sonriendo cínicamente, le contó que uno de sus paisanos comerciante de pieles, hace varios años conoció a un Mikhail Kramarenko que, se evaporó sin que nadie lo volviese a ver nunca más.

- ¡Igual que Iwan iba a *El Olimpo!* ¿Es de *familie*, *ya?* -.

- Yo irme -. Fue lo único que atinó a decir.

Y aferrando su maleta y el estuche del violín, se lanzó a correr hacia el malecón, donde *El Mocho* se había detenido extrañado por su demora.

- ¿El *manteca* ese, te sigue jodiendo con lo de la guerra? -. Lo interpeló al aproximársele.

- ¡Por qué decir, *Mochenko?* -.

- ¡Por la cara de “niño muerto” que *traés!* -. Bromeó, acomodándose la correa de su bolso.

- Ya le diremos al gordo que te deje en paz -. Terció *El Vasco*, un poco

más allá.

Instándolos a avanzar a la confluencia de Arturo Prat con calle Roca, en cuyo cruce Iván les avisó que se iría a “La Unión”, para donde se encarriló en solitario por el barrio comercial que, sorteó rápidamente con la esperanza de entrevistarse con Akim que, para su frustración no se había presentado esa mañana en el hotel, como le informó su reemplazo en el mesón de la recepción, al pasarle la llave número seis del anexo trasero, al que se dirigió por un oscuro pasillo lateral que, desembocaba a un patio de luz encajonado por varios cuartuchos enumerados. Entre los cuales identificó el suyo que, abrió de par en par para ventilar el hedor a moho y orín que, parecía impregnar el piso del cuchitril y los dos camastros que, por suerte contaban con ropa de cama limpia que, palpó antes de tumbarse en uno de los lechos, para pensar que haría si no aparecía el viejo Grushov, a quien no podría salir a buscar sin exponerse a un atraco de Mac-Donald, o peor aún, a una celada de los agentes de la *Germanenorden* que, indudablemente lo estarían acechando a las afueras del hotel, coartando peligrosamente sus movimientos por la ciudad, máxime si quería embarcarse el domingo con Alicia.

- Ahora, ¿cómo despistaremos a los *Wehrwolfs* para abordar el vapor? -. Se mortificó, levantándose para distraerse ordenando sus pertenencias que, fue sacando de su valija para superponerlas en la cama, para enseguida estirarlas o sacudirlas en un auténtico ritual que, fue interrumpido por la irrupción de *El Mocho* que, entró a la pieza ufanándose de su impecable afeitado y corte de pelo que, le había devuelto cierta civilización a su desaliñado aspecto.

- ¡Y bueno, que ya van a ser las doce, *sorete!* -. Lo despabiló, recordándole su cita con *El Vasco*.

Por lo que, Iván se lavó en una palangana con agua, para cambiarse los aperos campestres por ropa citadina que, contrastaron con su acostumbrada boina y sus altas botas que, retumbaron en el piso de madera del vestíbulo, cuando salieron en directriz del muelle de pasajeros, adonde vanamente esperaron a Mikel por media hora.

- *Golova*, tener estar con *Minerva*, *Mochenko* -. Supuso, proponiéndole aguantar media hora más que, trascurrió sin ninguna novedad.

Así es que, se fueron a almorzar al *Sportman bar* por insistencia del ruso que, necesitaba contactar a Arkady Ajmàtov para preguntarle por Grushov, cuya ausencia le informó posteriormente al larguirucho garzón que, expresó de inmediato una profunda preocupación por su amigo, ya que desde que lo conocía nunca había fallado a su trabajo.

- Llamaré por teléfono a su hija Irina -. Le susurró al tomar su pedido.

- ¿Los Grushov tienen teléfono? -. Curioseó Iván sorprendido, ya que solo los más pudientes poseían ese artilugio tecnológico, demasiado caro para la mayoría de la población de la ciudad.

- Ellos, no. Pero, Irina es telefonista en la centralita del *Kosmos*²⁷ -. Lo satisfizo el mozo que, se fue para regresar a los diez minutos con los entrantes y la desconcertante noticia que, le transmitió al oído en su idioma.

- Irina me dijo que, su papá salió de su casa al hotel a las siete de la mañana -.

- ¿Entonces, ella no tiene idea dónde está su padre? -. Inquirió titubeante.

²⁷ **El hotel Kosmos:** fue fundado por Hilbrand Johannes Groenewold, un antiguo capitán mercante de la Compañía Naviera Alemana “Kosmos”, de la que tomó nombre el establecimiento, y que fue abierto al público el 1 de abril de 1894 y funcionó hasta el año 1950. En la actualidad, en ese edificio ubicado en la esquina de las calles Errázuriz y Lautaro Navarro, funciona el departamento de Extranjería y Policía Internacional, de la Policía de Investigaciones de Chile.

Recibiendo una afligida negativa de Ajmàtov que, volvió a sus labores dejándolo sumido en una angustiada entelequia que, vinculaba la desaparición del recepcionista, la deserción de Mikel y su propia amenaza de muerte, a una premeditada secuencia que evitó comentarle a *El Mocho* que, de todas maneras, estaba concentrado en saborear la sopa de mariscos que, anticipó el plato de fondo que engulleron sin demora, para pasar al postre y pedir la cuenta, para volver raudamente a “La Unión”. Adonde partió seguido de mala gana por Anselmo que, creyendo que estaban buscando el rastro de *El Vasco*, no entendía porque en vez de ir rumbo al puerto retornaban al hotel, donde por desgracia la recepción seguía a cargo del sustituto que, le confirmó que nadie sabía nada del viejo Akim que, Iván decidió esperar echado en el catre de su pieza, soportando los hipidos y pedos de su compañero que, seesteaba ignorando totalmente el intríngulis que lo afectaba. Ya que, la falta de Grushov implicaba perder la única oportunidad de reunirse con su tío que, habitaba un remoto refugio en un archipiélago patagónico que, sería su nuevo hogar si obedecía literalmente las órdenes del Pope que, obviamente se contraponían a su planificado viaje a Valparaíso con Alicia, que, hasta ese momento desconocía su real identidad, su pasado y el auténtico motivo de su arribo a Magallanes que, se debería explicarle a grandes rasgos para justificar su permanencia en Punta arenas.

- Por lo menos tendré que contarle que tengo un pariente perdido acá -.

Rumió, encogiéndose en el jergón, imaginando la cólera de su amada que, tanto se había esforzado en conseguir los pasajes que, logró comprar a espaldas de *Minerva* a través de un músico que, por una buena comisión se prestó para el trámite que, después de varias intentonas fallidas en distintas navieras, concluyó exitosamente su

cometido en una armadora española que, le vendió dos cupos anónimos en uno de sus transportes que, zarpaban domingo por medio al norte por la ruta del Pacífico.

Y, arropándose con una manta, exhaló los temores que atormentaban su mente que, pese a su resistencia fue cayendo en un somnífero letargo que, lo mantuvo inconsciente hasta eso de la cinco de la tarde que, era la hora acordada para alistarse para ir a *El Olimpo* con *El Mocho* que, le cedió el primer turno en el baño común del patio que, atravesó en paño menores para encerrarse en la oscura dependencia que, albergaba una oxidada tina de hierro repleta de agua fría, en la que se sumergió tiritando tras jabonarse con un trapo que, también ocupó de posapies al salirse de la bañera, para secarse con una áspera toalla y calarse los calzones limpios. Para terminar, afeitándose frente a un deslucido espejo que, reflejaba sus facciones cada día más angulosas y parecidas a las de su padre, el abuelo, y tal vez, a los rasgos de una miríada de ancestros que, conociera en la infancia gracias a las innumerables narraciones paternas que, honraban con predilección a un legendario antepasado llamado Iván *Upyr* que, cerca de ciento setenta años atrás envió desde Polonia su botín de guerra, compuesto de monedas de oro y plata, joyas y abalorios. Así como un antiguo violín que, pasó de generación en generación hasta que, *El Sonriente* se lo obsequiara en la vigilia previa a su éxodo, simbolizando la misión de preservar el legado de su linaje, tan amenazado en la actualidad por la creciente hostilidad de la *Germanenorden*, cuyos secuaces del Volga no trepidarían en aniquilar a los suyos, para apoderarse del secreto que resguardaran por siglos en el seno de *La Guardia de Dragón*.

- ¡Para salvar a mi familia tengo que dar con Akim! -. Remachó, consciente de que sin él sería imposible ubicar a su tío que, llevaba años

en la clandestinidad preparando un asentamiento para su clan.

Por lo que, decidió postergar su visita a *El Olimpo*, adonde *El Mocho* se fue solo en busca de *El Vasco*, mientras se plantaba en el vestíbulo aguardando a Grushov que, tampoco apareció al cambio de turno de las siete de la tarde, para decepción del administrador que lo acompañó a la puerta, cuando zanjó que lo mejor sería irse al burdel.

- ¿Qué le diré a *Alisiya*? -. Repensó, al ganar la calle.

Pues, tendría que excusar convincentemente su retraso, bastante poco oportuno considerando su inminente fuga de la casa de citas que, desde la esquina con calle Carlos Borjes, se divisaba asediada por un alud de alborotados beodos que, pugnaban por un hueco en intermitente fila de entrada que, era inspeccionada severamente por los guardias serbios que, al verlo venir lo llamaron con agitados aspavientos, para que se presentara urgentemente en el despacho de su patrona.

- ¿Tu ver Alicia? -. Alcanzó a decirle a Boromir que, se desentendió apurándolo a subir a la plataforma, para escoltarlo a las puertas que les abrió otro empleado que, controlaba el acceso al zaguán atiborrado de borrachines y casquivanas que, entorpecieron su avance hacia el atestado salón, donde una desbaratada meretriz detuvo al vigilante, para que la rescatara de la disputa de dos *loberos* que, la habían apostado sin pagarle por sus favores que, *Boro* se vio obligado a cobrar con una breve intervención que, le dio a Iván la ocasión de girarse a buscar a su prometida que, fue cuando oyó un agudo silbido de ovejero que, resonó por encima del bullicio de la ruda concurrencia, por la que se abrió paso *El Mocho* atolondradamente.

- ¿*Sabès* algo *El Vasco*, *pibe*? - Voceó a unos metros, todavía.

- ¿*Niet Olimpo*? -. Le contrapreguntó sobresaltado.

- ¡Que no llegó aquí, el carajo! -. Vació en un hálito llegando a él.

Y, un silencio cruel los punzó con una trágica corazonada.

- ¿Buscar *Vasco* en bares cerca? -. Le formuló al reaccionar.

- ¡Y claro, *ché!* Incluido el “Der neu mann”, pero *El manteca* tenía cerrado -.

- ¡Mucho temprano! -. Masculló Iván para sí, ensamblando las piezas del rompecabezas invisible que le agrisó el alma.

- ¡*Mochenko!* ¡*Golova* peligro! - Vociferó espantado.

Y burlando al serbio se precipitó al exterior, apartando a los parroquianos que se le cruzaban, sin atender a las maldiciones que Boromir profería, recriminándole su escapada con el argentino a la zaga que, simuló estar a punto de vomitar para alcanzar el porche, sin llamar la atención de los dos enormes porteros, demasiado ocupados visando el ingreso de la desordenada clientela que, les valió de cortina humana para bajar a la calle Errázuriz, por cuya pendiente se volcaron aceleradamente al barrio porteño. Para rastrear a *El Vasco* en los muelles semivacíos que, vanamente barrieron a la luz del ocaso veraniego, para luego persistir buscando en las cantinas cercanas que, recorrieron una por una hasta toparse con la plaza Bascuñán, desde la cual regresaron al casco central por la avenida Colón que, batieron preguntando por su amigo a quien se les atravesara, antes de torcer al sur por la calle Magallanes que, se prolongaba más allá de la plaza Muñoz Gamero con el nombre de 21 de Mayo. Trazando una línea recta hacia la avenida Independencia, en donde cerraron el cuadrilátero de la pesquisa para desviarse al oriente, en un periplo que finalizaron en el mirador del cerro *De la cruz* que, acunó su desesperanza difuminada en los resplandores crepusculares que, paulatinamente fueron desvaneciéndose en las sombras del anochecer que, entintaron las techumbres de las casas agazapadas en la ladera que, a la postre

descendieron por una zigzagueante calzada peatonal que, en su base empalmaba con el arranque de la calle Errázuriz que, cuatro cuadras más abajo convergía con la avenida Libertad, desde cuya encrucijada avistaron las luces rubias y rojizas del lupanar que, titilaban en la marquesina atrayendo a las luciérnagas de la bohemia magallánica.

- ¡*Golova* no volver! -. Espiró en un quejido. Apuntando a la silueta perfecta de *Minerva* apoyada en el barandal de la entrada.

- ¡Si nos está esperando, *viste!* -. Admitió Anselmo frunciendo el ceño. Instándolo a salvar la avenida que, rebasaron con la vista puesta en *El Olimpo*.

- ¡*Mochenko*, pasar algo malo a *Vasco!* - Gimoteó, aquilatando la actitud de la mujer que, a unos quince metros de distancia advirtieron erguida al vacío, indiferente al ajetreo en torno a ella.

- ¡Que parece una parca, la doña! -. Fue lo único que atinó decir, aludiendo al chal negro que arropaba la tragedia que, les comunicó apenas se le reunieron en un apartado ángulo de la terraza.

- ¡Mataron a Mikel! -. Musitó, con el maquillaje surcado por las grietas de las lágrimas. - ¡Vino la policía a decírmelo hace una hora! -.

- ¡Por la *puta madre* que, no puede ser! - Berreó *El Mocho* estremecido. E Iván, lanzó un juramento agachando la cabeza, incapaz de soportar la mirada de protesta y dolor de *Minerva* que, pasado unos segundos les contó con la voz quebrada que, *El Vasco* fue hallado en la playa que unía el muelle Loreto con el de carga, estribado a una roca como si hubiese estado contemplando la puesta de sol que, al apagar sus fuegos en las aguas del estrecho, encabritó el oleaje de la pleamar que empapó su cadáver que, unos pescadores descubrieron junto con todas sus pertenencias.

- ¡Entren conmigo! - Les ordenó, dando por terminado el funesto

prefacio.

Y los dos acongojados campañaístas, la siguieron a la abertura del pórtico que, se ensanchó para que ingresaran custodiados por Ivo y un irritado Boromir que, avanzando por el corredor reprendió acremente a Iván, negándole cualquier información acerca de Alicia que, tampoco fue visible al atravesar el abarrotado salón, ni al pasar por el costado del escenario yendo a la trastienda, donde embocaron a un pasillo intercalado de tres portezuelas, frente a una de las cuales *Minerva* repentinamente se detuvo, para extraer una llave de su pronunciado escote que, embutió en la cerradura para entrar a su despacho. Tanteando la pared para activar un interruptor que, encendió un candelero de bombillas eléctricas que, desde el techo iluminó el rectángulo del suntuoso gabinete que, contaba con tres de sus murallas revestidas de estanterías empotradas, repletas de lujosas colecciones de libros y volúmenes, alternados con gavetas y cajones de exquisita marquetería tallada, contrastando con una cuarta pared provista de dos ventanales cerrados, entre los cuales colgaba el óleo de una elegante pareja, justo encima de un fino escritorio de persiana que, hacía juego con una céntrica mesita y su trío de sitaliales que, su anfitriona les indicó que ocuparan al invitarlos pasar. Mientras ella se quedaba en el umbral, instruyendo a los serbios en un extendido conciliábulo, del que Iván se aprovechó para husmear la pintura que, retrataba al dispar matrimonio de una adolescente muy parecida a la Betancourt, con un treintón de pelo largo y frondosos bigotes que, sostenía la mano de su núbil esposa dentro de la suya, a espaldas de un paisaje protagonizado por un ancho río, similar al gran Volga, orillado por una apacible playa boscosa que, precedía a un blanquísimo monasterio amurallado guarnecido de torres, coronadas con cúpulas acbolladas de color azul, verde o plata.

- ¡Esto es en Rusia! -. Dedujo, buscando en el lienzo algún indicio de su suposición que, halló delineado en cirílico en la arista inferior de la obra.

- Monasterio de Yurièv, 1896 -. Logró deletrear, en el preciso instante en que, la señora de la casa lo conminaba a volver a su puesto, tras cerrar con llave la puerta por dentro.

Retornando a su poltrona, atisbando unas delgadas hiladas de bronce en el *parquet* que, refulgían reflejando la luz artificial y del fuego de la estufa, cuyo calor se fue expandiendo lánguidamente por la recámara, haciendo necesario que ambos se quitaran las chaquetas, como se los recomendó *Minerva* al desprenderse de su chal que, dejó sobre un sillón al dirigirse a un bar esquinero que, abrió para sacar tres vasitos de cristal y una botella de anís que, trasladó a la mesita para servir los cortos de licor, con que brindaron por el alma perdida de *El Vasco*.

- ¡Me *servís* otro, doña! -. Le pidió *El Mocho* al acabar su trago.

- ¿Otro más argentino angurriento? -. Le reprochó con una leve sonrisa. Y suspirando, sirvió otra ronda, para seguir con una tercera tanda que, bebieron en silencio hasta que, Iván se atrevió a escarbar en las circunstancias de la muerte de su amigo.

- ¡Lo mataron igual que a los tuyos: dos disparos entrecruzados en la cabeza! -. Le arrojó *Minerva*.

- ¿*Golova* contar eso? -. Le replicó farfullando descolocado.

- ¡Sé eso y mucho más, mocoso! -. Lo acalló, omitiendo la fuente de lo que sabía.

- Yo decirle a *Vasco* no contar a nadie, porque mucho peligro -. Reiteró, dando por hecho que fue él quien le divulgó su situación.

- ¿Y tú cuenta alguien? -. La interrogó de imprevisto.

- Una vez...le dije a Alicia que eras perseguido -. Le confesó,

asegurándole que lo hizo para ver como reaccionaba.

- ¿Y *Alisiya* que decir? -.

- ...Creyó que hablaba de los *Borders Keepers*. Pero, los dos sabemos que no fueron ellos los que asesinaron a *Mikelito* -. Le aseveró, mirándolo fijamente.

Mas, Iván esquivó la insinuación de la *madama*, preguntándole por el paradero de su novia.

- Alicia salió a las cinco en punto avisando que se encontraría contigo -.

- ¿Cómo? ¡Si *Alisiya* tenía esperarme aquí! -. Le refutó nerviosamente, antes de levantarse para ir a buscarla a su hotel.

- ¡No irás a ninguna parte, chiquillo! -. Lo retuvo *Minerva* que, lo mandó a sentarse para contarle que, al parecer su enamorada se había ido para siempre.

- ¿Qué decir? -. Balbució con la cara trastocada por el impacto.

- ¡Se fue, Iván! ¡Engañándonos a todos! -. Agregando que Ivo, le reportó la semana anterior que, su favorita se estaba llevando de a poco sus efectos personales.

- ¡Pero, la dejamos pensando que preparaba su viaje de mañana a Valparaíso, pendejo desagradecido! -. Le enrostró sorpresivamente, haciendo patente que no existían secretos para ella en *El Olimpo*.

- ¿Cómo saber...? -. Moduló con dificultad, al sobreponerse a la confusión de verse descubierto.

- El agente que les vendió los boletos es un habitué de esta casa -. Le contestó muy fatua, dándole a entender que, desde el principio supo que se fugaría con su *ahijada*.

- ¿Qué te íbas a largar con la *papirusa, pebete*? -. Lo asedió a su vez *El Mocho*, pasmado por su descaro. - ¡Que *sos* un mentiroso *cararota*! -.

- ¡Ya déjalo, hombre! -. Intercedió la mandamás del prostíbulo que, sin

miramiento alguno, comenzó a esbozar el posible nexo entre la desaparición de su pupila y el ajusticiamiento de Mikel.

- Asesinos *Vasco* captura *Alisiya* -. Porfió, negándose a que fuese cómplice del crimen que los enlutaba.

- Alicia es descendiente de alemanes por madre y padre... ¿Por qué no habría de colaborar con quienes te persiguen, mi niño? -. Le contrapuso implacable.

- ¿Què *decís* doña? -. Interfirió *El Mocho*. - ¿Que, por culpa de esa *trola* lo mataron a *El Vasco*? -.

- ¡No lo sabemos todavía, *metiche!* - Lo reconvino. - ¡Así que muérdete la lengua y sírvenos otro trago, será mejor! -.

A lo que Anselmo accedió malhumorado, escanciando los tres vasitos que secaron de golpe, ameritando la repetición que María Cecilia depuso murmurando el nombre de Branimir Jélic.

- ¿Quién ese? -. Inquirió el ruso. - ¿Amigo Dusko? -.

- Es un croata que se reúne aquí con varios truhanes y ese Kovacic de *Oazy Harbour* que, sospecho podría estar involucrado en todo lo que ha sucedido hoy -.

- ¿Quién estaría involucrado...Jélic o *El Carne amarga*? -. Tanteó *El Mocho*.

- Ambos -. Aclaró la bella alcahueta, poniéndolos al corriente de que Jélic, era el líder local de los croatas y eslovenos partidarios de la *Triple Alianza*, cuyos reyes y emperadores en Europa, no ocultaban su deseo por dominar el estratégico estrecho de Magallanes.

- Yo no entiende -. Alegó Iván. - *Alisiya* no conocer croatas -.

- Lamento decirte que sí -. Lo contrarió *Minerva*. - Al menos a Jèlic -.

- ¿Cómo? -. Exhaló, temiendo otro desengaño.

- ¡Pues resulta que *La Cariño malo* y Jèlic, se encontraban

periódicamente en el comedor del *Kosmos*! -.

Confidenciándole a continuación que, envió a vigilarla cada vez que acudió a ese hotel que, era conocido por ser el centro neurálgico de los alemanes y sus aliados en Magallanes.

- ¡Que todo encaja, doña! -. Prorrumpió *El Mocho* golpeando la mesa con el puño. – Que, *El Carne amarga* y la *Papirusa* son soplones de Jélic que, a su vez le ventea lo que averigua a sus jefes del *Kosmos* -.

- Eso es lo que yo creo, ahora -. Aprobó la reina de la noche que, prosiguió conjeturando que, eventualmente Alicia sedujo a Iván para conseguir alguna valiosa información que, como no obtuvo le significó ser utilizada de señuelo para raptarlo.

- Pero, algo salió mal y se vengaron con Mikel y tal vez con el pobre Akim -. Coligió y suspirando se bebió el corto de anís.

- ¿Finaron a *El Vasco* porque no atraparon a este *rusito*? -. Especuló *El Mocho* estupefacto. - ¿Y a *pito* de qué fue eso? ¿Y a qué vienen esos balazos en cruz, doña? ¡Que, no entiendo un carajo! -.

- ¡Eso es lo que nos explicará Iván en este preciso momento! -. Le exigió *Minerva*, sacándolo de su ensimismamiento.

- ¿Qué querer saber? -. Se allanó, consciente de que no tenía margen para negarse.

- ¡Absolutamente todo! -. Lo emplazó la matrona impacientándose. -Y, puesto que, ya sabemos cómo y quienes ejecutaron a mi *Mikelito*, sencillamente resta que nos cuenten el por qué -.

- Bueno...en sur de Rusia vivir alemanes mucho tiempo...-. Principió, duplicando el relato que le contara a *El Vasco* meses atrás que, enfatizaba la disputa con las bandas de *Wehrwolfs* del Volga que, espiaban y ejecutaban acciones de sabotaje en favor de su madre patria, dirigidos por una entidad llamada *Germanenorden*.

- ¿Y quienes son esos *Verguolfs* que *decís*? -. Lo interrumpió Anselmo, sirviendo otra vuelta de anisado.
- Ser *Lobos de guerra* en alemán, *Mochenko* -. Le respondió, informándole que, los *Lobos* habían sido los verdugos de maese Oleguin que, fuera el dueño del periódico en el que trabajó hasta que, huyó a Sudamérica para evitar su propia muerte.
- ¿Y, por qué esos *malandras* matarían a tu patrón? -.
- *Wehrwolfs* busca secreto ganar guerra -. Le expresó abatido. - Y, por eso perseguirme tras matar a señor Oleguin y a Pope Semyon...-.
- ¿Qué fue lo último que dijiste? -. Irrumpió *Minerva* destempladamente.
- *Wehrwolfs* también matan Pope en diciembre -. Le dijo, notando la perturbación que le causó el deceso del sacerdote.
- ¿Cómo te enteraste de eso si ya estabas aquí? -. Siguió inclemente.
- Carta mi padre decir -. Le volvió a responder, intrigado por su brusca transformación.
- ¿Tu papá te escribió a “Gringos duros? -. Lo cuestionó, tratando infructuosamente serenarse.
- ¡*Niet!* *Bask* envía mi correo que *papa* contesta -. Puntualizó, solicitándole a *El Mocho* que lo ayudara a explicar que, había logrado recibir correspondencia de su familia esa misma mañana.
- ¡Esa pudo ser la sentencia de muerte de Mikel! -. Relacionó horrorizada, emplazando a Iván a mostrar la referida carta que, él extrajo de su chaquetón colgado del espaldar. - Estar en cirílico -. Le previno.
- ¡Eso espero! -. Convino sarcástica, recibiendo el sobre que, se puso a examinar con particular interés en el sello del santo dragoneante.
- ¿Pareciera que la cera fue desprendida con un cuchillo, o algo así ...y

vuelta a pegar? -. Divagó *Minerva* escrutando los bordes del lacre.

- *Wehrwolfs* abre...oficina postal dio rota y con amenaza muerte -. Le reveló, pidiéndole la primera hoja de la misiva que, contenía las palabras circuladas que leyó en voz alta.

-Así que, “Nunca saldrás de esta ciudad” -. Parafraseó la Betancourt quedamente, antes de requerir que tradujera la manoseada epístola, cuyas cuatro carillas Iván releyó mecánicamente, para rematar con los saludos y la firma de Iván *Bolshoi*.

- ¿Nada más? -. Rezongó el argentino, quejándose de la bucólica descripción de la vida campesina de su familia. - ¿Y la parte donde matan al cura, ese? ¿Y qué fue de los *Verguolfs*? ...que, la carta no dice ni una mierda-.

- ¡Parece que nuestro amiguito nos leyó otra carta! -. Deslizó mordaz María Cecilia.

- ¡Hay mensaje secreto! -. Reconoció, incorporándose para ponerse a contraluz del candelabro eléctrico, bajo el cual descifró algunas secciones del texto invisible.

-...Eso decir padre -. Les manifestó al concluir su transcripción.

- ¡Si este crío es una caja de sorpresas, doña! -

- ¡Más de lo que crees, *mochito*! -. Le correspondió con ironía. Bebiéndose unos sorbos de licor, mientras Iván retornaba a su puesto donde soportó su interrogatorio acerca de los integrantes de su familia que, acabó preguntándole a boca de jarro y en un pasable ruso, si *El Sonriente* fue quien le enseñó el *Código de Nóvgorod*.

- ¿O, fue el Pope Semyon, *Vania*? -.

Y él atónito, se rio convulsivamente apoyándose en el respaldo, como si necesitara sentir que algo sólido y firme lo sustentaba, en el intertanto procuraba procesar la extraordinaria revelación que, implicaba que ella

supiera su real identidad y por ende su misión.

- Mi padre fue de quien aprendí -. Consiguió articular al recuperarse de la impresión. - El abuelo no se inmiscuyó mucho en eso -.

Y *Minerva*, sopesando tranquilamente sus palabras encendió un cigarrillo, previo a inquirirle por su iniciación en la *Drakonya Okhrana*.

- ¡*Eto ne kasayetsya neznakomtsa!* -. Se negó, sosteniendo que no hablaría de aquello con una desconocida extranjera.

- Soy mucho más que una entrometida Iván Ivanovich Dragomir -. Lo refrenó resueltamente en su lengua que, siguió utilizando para indagar por lo que buscaban los alemanes.

-Yo nunca saber...Pero, tener otra carta de... Pope Semyon -. Fue soltando en castellano, para involucrar a *El Mocho* que, superando su aturdimiento le preguntó si el Pope revelaba lo que querían los *malevos*.

- ¡*Niet Mochenko!* -. Anticipándole que, más bien era una narración parecida a una leyenda que, quizás les entregara alguna pista de lo que ambicionaban los *Wehrwolfs*.

- Léela inmediatamente -. Lo incitó la *madame* ansiosa, expeliendo una voluta de humo de cigarrillo.

- ¡*Da!* -. Asintió, hurgando el bolsillo superior izquierdo de su abrigo.

Del que, sacó un conjunto de pequeñas hojas apretadas entre dos estampas de San Jorge que, desplegó como si fuera un acordeón de papel, para leerles las recomendaciones del sacerdote que, ciertamente era una fachada para encubrir los invisibles caracteres en clave que, se dispuso a descifrar a contraluz de la luminaria. - ¡Ahora venir verdad! -. Les alertó, comenzando a traducir el soterrado párrafo inaugural:

- “*Mi buen Vania: Si es que estás leyendo este mensaje, es que recuerdas como descifrar el código que hemos utilizado por siglos,*

para resguardar el enigma que protegemos desde hace más de ochocientos años, consagrados como Drakony de la “La guardia del Dragón”, a la que han pertenecido todos los varones de tu familia, para preservar el legado de vuestro remoto antepasado Ingvar Eymundrsson de Uppsala. Llamado “El señor de los Barcos-Dragón” por los paganos sarracenos, y “El que ha ido más allá” o “El Viajero” por su gente, –los hombres del norte-, en honor a sus incursiones a los confines del mundo y más allá. Pues Ingvar, traspasó las fronteras de la realidad, a través de un poderoso y arcano conocimiento, cuyo hallazgo describió en las cartas que le envió a su señor el rey Yaroslav de Kiev, durante la etapa final de su viaje al lejano oriente...”

Ahí, la gesta se dilató por la travesía al mar Caspio de la flota de Ingvar; torciendo al presente en sus frases finales:

“...Por eso, es de vital importancia evitar que la Germanenorden se apodere de “Las cartas de Ingvar” que, albergan secretos que podrían cambiar el curso de la guerra y el destino de la humanidad...”

Y saltándose episodios completos, finalmente transliteró las instrucciones con que el Pope se despedía, encomendándole ser paciente en la espera del contacto que lo reuniría con su tío Mikhail Ivanovich Dragomir.

- ¡Aquí terminar! -. Les avisó, plegando las estampas.

- ¿Qué no *sos* Kramarenko, *canejo*? -. Bufó entre dientes *El Mocho* que, parecía más interesado en la falsedad de su apellido que, en la increíble historia que acababa de escuchar.

- ¡*Niet!* Yo, Iván Ivanovich Dragomir -. Le esclareció yendo hacia la mesa. - Cambia nombre no maten alemanes -. Reconociéndole que, en su pasaporte figuraba el apellido del Pope.

- ...Entonces los *Wehrwolfs* están buscando esas *Cartas de Ingvar*... sin

embargo, tú no sabes dónde están -. Lo sondeó *Minerva* embelesada.

- ¡*Niet!* -. Aseverándole que, recién se enteró de su existencia navegando por el mar negro, al transcribir lo que les había leído.

- Eso quiere decir que, los alemanes mataron a Mikel, para que te asustaras y huyeras con tu tío -. Teorizó pensativa la dueña del *El Olimpo* que, ahondó su hipótesis afirmando que los *Lobos* sospechaban que su pariente escondía los pergaminos de Ingvar.

- ¡*Wehrwolfs* ir por tío *Misha!* ¡Él mucho peligro! -. Clamó alarmado, manifestando su urgencia por dar con Akim.

Pero *Minerva* lo contuvo, transparentándole en ruso que no era Grushov, sino ella la encargada de reunirlo con su *dyadya*.

SEGUNDA PARTE

PUERTO MONTT, SUR DE CHILE.

MEDIADOS DE AGOSTO DE 1940.

- ¡Ya van a ser las cuatro! -. Le advirtió su esposa en voz baja. Y, atisbando por la ventana la oscuridad de la madrugada, le preguntó.

- ¿Cuánto será esta vez, Iván? -

- Tres semanas, mi amor. Y si ir bien, tener dinero para *Las Fiestas Patrias* -. Le respondió, sentado en una silla de huesos de ballena, fumando su pipa. Y lanzando una bocanada de humo, continuó. - Les compraremos ropa a niños y pintaremos casa, ¿Qué decir? -.

- ¡Habla más bajo que los niños están durmiendo! -. Lo regañó en sordina y le dijo. - Me conformo con que regreses; esta no es temporada y lo sabes -.

- ¡Lo sé!, ¡lo sé, mujer! -. Le replicó poniéndose de pie. - Pero, capitán dice que avistaron mucha ballena sur de Guaitecas y, que, no poder perder oportunidad de ser ricos-. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! -. Se rio, pues esa era la eterna cantinela de Vladislav Kusanovic para enganchar a la tripulación del *Dalmacia* en sus quimeras.

- No le creo nada a *Vladi*, Iván. Porque, la última vez estuviste fuera un mes y no pescaron ni un cachalote -. Le reprochó, volteándose a recoger algunos trastos que estaban en la mesa.

- Isabel, *Vladi* buen tipo y conozco mucho tiempo. Y él salvó...-.

- ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! -. Lo interrumpió. -Ya sé. Que, de joven, te sacó de Punta Arenas junto a ese argentino amigo tuyo -.

- Esa verdad, *Chabela*. Y después de tantos años, porque *Vladito* mentir. Si él pierde plata si va mal -.

- ¡Eso lo veremos a la vuelta! -. Concluyó escéptica. - ¡Ya! Ahí está tu

bolso con las mudas y ropa de abrigo -.

- ¿Y violín pusiste? -.

- ¡Que no, no y no! -. Protestó su cónyuge. - ¡Qué no lo llevarás! ¿No se supone qué vuelves en tres semanas? -.

- ¡Ajá! - ¿Así que castigado? -. Se burló, intentando atraparla para darle un beso.

- ¡Oye, déjame! ¡Y anda a despedirte de los niños, será mejor! -. Lo rechazó de nuevo, liberándose de un abrazo más que fraternal.

Entonces, se dirigió al pequeño salón y enfrentó la escalera de madera que, subió sigilosamente para llegar al rellano del segundo piso que, precedía el pasillo por el que avanzó en puntillas, para cruzar el umbral del primer dormitorio donde dormían sus pequeñas hijas Tatiana e Irina, a las que arropó y besó con delicadeza en sus cabezas, antes de retirarse a la habitación de su trío de varones que, contempló largamente ensoñando su propia infancia con sus hermanos, en un paralelo atemporal del que prestamente se escurrió, para inclinarse en la penumbra sobre el lecho de su primogénito que, lo sorprendió esperándolo despierto.

- ¿Ya te vas a la mar, papá? -. Oyó que le preguntaba en un hilo de voz.

- *Da* -. Musitó turbado, creyendo que le recriminaba su partida.

- ¿Y cuándo me llevarás contigo? -. Le susurró, enrostrándole que ya había cumplido los quince años.

- Hablaré con capitán y a regreso convencemos a tu mamá -. Convino sonriendo, sabiendo de antemano que su esposa se lo negaría a ultranza.

- Dale saludos al tío *Vladi* y al tío Bernardo -.

- Sí, *Juanito*. ¿Algo más? -.

-...Quiero seguir aprendiendo esa escritura antigua cuando vuelvas -.

- ¡Sí claro! Por mientras, toma llave despacho para adelantes tu solo -.

- ¡La mamá no me va a dejar! -. Alegó. - ¡Tú sabes que no le gusta! -.
- ¡Tu poder! -. Lo instigó. Y le cuchicheó varias recomendaciones que, finalizaron con el dicho que siempre tenía a flor de labios: “*La oscuridad de los secretos se revelan a la luz de la verdad*”. - ¿De acuerdo? -.
- ¡De acuerdo, papá! -. Aceptó siguiéndole el juego, porque realmente no comprendía el sentido de aquel refrán.
- ¡Bueno, me voy! -. Se despidió abrazándolo.

Y, tras besar a sus hijos menores Oleg y Mazor, bajó a la cocina para abrigarse y, luego de besar a su esposa cargó al hombro su bolso, para salir a la lobreguez humedecida de la calle Chorrillos que, descendió silbando una vieja tonada rusa para conjurar la noche, apenas contrarrestada por las débiles luminarias de los postes que, con sus mortecinas luces recortaban a lo lejos su hogar, cuya silueta sobresalía por el altillo con mirador, desde el cual se podía otear los confines de la bahía, el seno de Reloncaví y hasta divisar la costa de Chiloé, en aquellos días en que el sol desenredaba la madeja gris del cielo.

- Seguramente *Juanito* saldrá al balcón en mi ausencia -. Divagó, imaginándolo volcado al mar aguardando su retorno, para continuar con las lecciones que le impartía a espaldas de su madre.

Y, por un instante sintió un quebranto de culpa y pena que, superó prometiéndose solucionar las diferencias con Isabel, acerca de la educación de los niños, especialmente con respecto del mayor. - ¿Tal vez ella tiene razón? -. Rumió. Admitiendo que, tras casi veinticinco años sin noticias de su familia en Krasnoy, no tenía sentido su empeño de legar en su primer vástago, los arcaicos conocimientos de los que era depositario. - Pensó -, salpicando sus recuerdos con el relente del alba, al atravesar el barrio puerto hacia los malecones que, se fue orillando

hasta un muelle resguardado por un recio *guachimán*²⁸.

- ¿Cómo te va ruso del demonio? -. Le salió al paso el rondín, saludándolo animosamente.

- ¡Acá otra vez, *Carltoncho*! -. Le devolvió, estrechándole la mano.

Y le ofreció un cigarrillo, para afrontar la espera de otros tripulantes del ballenero, conversando de la nueva guerra que sacudía al orbe.

- ¡Allá viene alguien! -. Le advirtió el centinela unos minutos más tarde, por una sombra que se aproximaba pesadamente.

- Si parecer buey viejo, es cuñado -. Confirmó alzando la voz, para que lo escuchase el robusto hermano de su esposa.

- ¡De aquí te oigo, *gringo* renegado! -. Se defendió el aludido acercándose.

- *Beño*, ¿Cómo estar en isla grande? -. Chasqueó, remedando la entonación característica de los chilotes.

Y, Bernardo Andrade sonriendo, a unos metros, lo imitó emulando su acento duro. - Yo estar bien -. Suscitando las carcajadas del *guachimán* que, ya conocía las chanzas del par de marinos al encontrarse.

Entonces *Beño*, encendiendo el pitillo que le dio su cuñado, comentó ya en serio la situación de su familia en Ancud y de sus siembras.

- La Carmen, me mandó el recado que, vamos a pérdida con las papas y los repollos por tanta lluvia -. Se amargó. – Pero, ella insistió tanto con lo de tener otro abasto -.

- Me acuerdo decirte que con tu *plata* no alcanza -. Se mofó Iván, dándole una chupada al pucho antes de referirse a su propio calvario.

- *Chabela* no para reñirme y decir yo no navegar. Y peor todo, amenazar niega derechos marido. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! -. Se rio

²⁸ *Guachimán*: guardián, vigilante. Proveniente de la corrupción del inglés watchman.

estridentemente, bromeando con que así no podría tener más hijos.

- No estaría malo pues, si ya tienes cinco críos también. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! -.

Le retrucó socarronamente el chilote.

- Tú tampoco hacer mal *Beño*, que tener cuatro niños, sin contar otros por ahí -.

- ¿Cuáles otros, cuñadito? Que a mí nadie me ha reclamado nada -.

- ¿Y dónde alojar anoche acá Puerto Montt, *Beño*? ¿Porque mi casa no fuiste?, Por eso no alcanza plata a Carmen... ¡Difícil mantener dos familias! -.

- ¡Criatura maligna! -. Farfulló el chilote atorándose con el humo. Y, resoplando le encaró el hijo que tenía en la recóndita rada de Puerto Edén. - Algo de lo que mi hermanita aún no se entera -.

- Sabes que no comprender -. Se justificó torciendo el gesto. - Isabel mucho celosa...-.

Pero, Bernardo no lo dejó seguir, trayendo a la memoria su período en aquella caleta perdida de Isla Wellington, conviviendo con una indígena que concibió a su primer hijo que, con su mención percutó un peculiar debate sobre su progenie, hasta que el *guachimán* les avisó que venía una lancha a buscarlos, conteniendo la discusión para que abordaran el transporte, junto con otros dos marineros rezagados que, como ellos tomaron los remos para avanzar más rápido al *Dalmacia*. A cuyo francobordo treparon para presentarse en el castillo de proa, a ponerse a las órdenes del piloto Estanislao Kirk que, les dio la bienvenida a los cuatro asignándoles sus puestos, para ejecutar las maniobras de zarpe bajo un fulminante aguacero que, erizó la marea y barrió el puente con gruesas rachas que, ralentizaron la propulsión de los motores hacia aguas profundas, donde el maquinista Ismael Suárez aumentó la velocidad para salir de la bahía en dirección al sur. Con el objetivo de

perfilar la costa continental a pesar de la lluvia, como lo determinó el capitán al rebasar el seno de Reloncaví, tras lo cual cedió el timón a su segundo para bajar a desayunar con los cuñados que, siguiendo la costumbre lo esperaban en una de las mesillas empotradas de la cocina, adonde se dirigió para recibir su ración en una bandeja de latón que, trató de equilibrar para no derramar el café encima de los panes con queso que, igual se mojaron por culpa de un vaivén traicionero que, maldijo furibundo para acallar las burlas de la marinería. Entretanto se acomodaba frente a Iván y *Beño*, para zamparse con ellos sus respectivos desayunos, intercalando comentarios acerca de la batalla de Inglaterra que, desgarraba los cielos británicos asolados por la aviación de la Alemania nazi, cuyas tropas se imponían en todos los frentes de Europa occidental, confiados en el pacto de no agresión con la Unión Soviética que, tanto agriaba a Iván y particularmente al veterano capitán Kusanovic. Quien, cada año se veía más viejo y ajado, quizás, por la sal y el viento del mar o, acaso por el mal que le consumía las entrañas que, sin embargo, no disminuyó ni un ápice su irascible carácter que, estallaba al menor atisbo de desobediencia, desorden o cuando se le discutía alguna decisión, como por ejemplo la de navegar en invierno al sur del archipiélago de Chonos que, era cuestionada soterradamente por sus antiguos amigos que, aguardaron la repetición de café para sondear a su jefe.

- Oye *Vladi*, ¿Por qué se te ocurrió salir a la mar antes de temporada? -.

Le preguntó en definitiva *Beño*.

- Un conocido que me encontré en una cantina de Angelmó, me dio el dato de grandes agrupaciones de ballenas en Chonos -. Les notificó escuetamente sorbeteando su café.

- ¿Y quién era ese “conocido”, *Vladi*? -. Inquirió Iván con una abierta

aprensión que, Kusanovic acusó respondiéndole irritado que, la primicia provenía del capitán Kassler, patrón del mercante *Gross Deutschland*.

- Ese Kassler es alemán, parece -. Apostilló Bernardo secamente.

- ¡Es chileno, hombre! Hijo de inmigrantes alemanes de Valdivia -. Reconoció su comandante.

- ¡Uuuuf! ¡Eso mucho mal, *Vladi!* -. Saltó Iván crispado. - Esa ciudad infestada nazis que, desfilar uniformados con banderas *Reich*²⁹ por plaza -.

- ¡Sí! ¡Pero, a Sigmund Kassler no tienen nada que ver con eso...lo conozco hace muchos años! -. Intentó corregir. - Y, es un curtido navegante de la singladura de Puerto Montt a Punta arenas...-.

Siendo interrumpido por un juramento en ruso, con que Iván comenzó a enrostrarle el asesinato de su tío, perpetrado el año anterior por una secta de germanófilos nacionalistas.

- Tu no fiar ningún alemán! ¡Menos muerto tío *Misha!* -.

- ¡Nos debiste haber avisado antes, *Vladi!* -. Le refregó *Beño*.

- ¡Es cierto y les pido disculpas! -. Lamentó, mirándolos a los ojos sucesivamente. - Pero, pensé que, como llevábamos tantos meses sin trabajo, a todos les vendría bien el dinero que podamos ganar -. Recalcando que, desde la ruptura con *Minerva* no contaban con ayuda financiera de ninguna especie. - ¡Estamos solos, muchachos! -.

Y sin más, cambió el tema porque llegaban otros tripulantes al comedor, volviendo a los duelos aéreos sobre el Canal de la Mancha que, al pasar atrajeron al maquinista Ismael Suárez que, pidió permiso para acompañarlos e intercambiar novedades, anticipándoles al sentarse que tenía información de primera fuente que, obtenía por un primo técnico en telecomunicaciones de la armada, a cargo de los sistemas de radio de

²⁹ **Organización y presencia del nazismo en el sur de Chile:** Nota histórica N° 5.

la capitania del puerto que, interceptaba las transmisiones que emitían los buques en tránsito, ya sea comerciales o de guerra con bandera de los países beligerantes. Por lo que, se había enterado entre otras cosas de que, naves alemanas recalaban clandestinamente en costas chilenas, para recibir información táctica, insumos, repuestos, agua dulce y alimentos frescos, prodigados por la colonia germánica del sur y su prolífica descendencia, radicada desde el golfo de Arauco a Chiloé esencialmente.

- ¿Y, esto está en conocimiento de las autoridades, Ismael? -. Lo refrenó Kusanovic bruscamente.

- ¡Por supuesto, capitán! -. Y dirigiéndose a los tres, les preguntó si ignoraban de la libertad con que actuaba la *Kriegsmarine* germana en aguas nacionales.

- ¡Claro que lo sabíamos! ¡Pero, nunca pensamos que llegara a tanto! -. Señaló Bernardo, refiriéndose a los encuentros furtivos detectados en las inmediaciones de Calbuco.

- ¿Por qué flota del *Reich* poder hacer esto? -. Intervino Iván, evitando que se desviarán de la cuestión principal.

- No lo sé, colega-. Admitió el maquinista. -Y, da para sospechar que, dentro del gobierno y en las fuerzas armadas, hay muchos partidarios de Hitler haciendo la vista gorda a las incursiones de los alemanes que, hasta han desembarcado en varias caletas de Aysén.

- ¿Cómo es que nadie hace algo? -. Protestó Beño indignado.

- Y eso no es lo peor -. Siguió Suárez que, susurrando les confidenció que, su pariente captaba regularmente transmisiones en alemán que, provenían de la pequeña isla Ipún³⁰ en el archipiélago de Los Chonos.

³⁰ **Isla Ipún:** Hipótesis de base de reabastecimiento de submarinos alemanes durante la segunda guerra mundial. Nota histórica N° 6.

- Pero, además, el radar refleja señales fijas y otras que se alejan o acercan a ese punto...Por eso, mi primo cree que, en esa isla hay un recaladero de submarinos alemanes o algo así -.

Y valiéndose del impacto que petrificó a su pequeño auditorio, resaltó inquieto que precisamente iban hacia allá. - ¿No es cierto, capitán? -.

...Horas después, a media tarde, con el cielo ya despejado de borrasca, Iván salió al puente para fumar e intentar disipar su desazón, por la probable amenaza de naves enemigas al sur de Las Guaitecas que, el patrón del *Dalmacia* había desdeñado tachándola de falso rumor.

- Una mierda! -. Profirió, con una seguidilla de blasfemias rusas.

Y equilibrándose al bamboleo de cubierta, se fue a refugiarse a un rincón abrigado para prender su *cachimba*, tan parecida a la pipa de su padre, la del abuelo y la del *dyadya Misha*, cuya remembranza lo ensimismó contemplando el mar.

- Había tenido suerte -. Se dijo, como lo hacía siempre que, repasaba el reencuentro con su tío en 1916.

El que, se hizo realidad gracias a *Minerva* que, una noche consiguió sacarlo de *El Olimpo* con *El Mocho*, para embarcarlos furtivamente en la pretérita motonave de Kusanovic que, sin tardanza zarpó con proa al cabo Froward, en busca de la salida al Pacífico del estrecho de Magallanes que, más allá de la Isla Desolación los condujo al canal Smyth, a partir de donde solo navegaron algunas horas al día, pasando la mayor parte del tiempo fondeados en inhóspitas radas, para esquivar algún avistamiento que revelara su derrotero al norte que, en una semana o acaso más, los llevó a surcar las aguas del canal Wide. Por el que, bordearon el extremo sur de la inmensa isla Wellington, para seguir por el *Paso del Indio* hasta caleta Edén que, entrevió por primera vez una mañana de cielo turbio que, le dificultó distinguir la solitaria silueta de un hombre en la playa que, soportaba la cisca nubosa con un ancho sombrero y una gruesa capa que, a la distancia parecía hecha de cuero al igual que sus demás ropajes, las botas altas y la funda de lo que asemejaba un fusil en bandolera.

- ¿Quién ser él? -. Le demandó a Kusanovic en ese lejano entonces.

Y Vladislav muy campante, le ratificó que era el mismísimo Mikhail Dragomir, que los saludaba acercándose a un rústico atracadero, hacia el que se inclinó aguzando la vista, para reconocerlo a pesar de su curiosa indumentaria, su luenga barba y las mechas que afloraban del sombrero alón. - ¡Parece un náufrago! -. Murmuró, observando embelesado al *dyadya Misha* que, al desembarcar lo fundió en un prolongado abrazo.

- ¡Ya eres un hombrecito, *Vania!* -. Aprobó, radiante, zarandeándolo por los hombros.

Antes de separarse para saludar a Kusanovic que, ya había saltado al amarradero humedecido por la llovizna, para estrecharle la diestra afectuosamente en el intertanto que, acordaban cerrar sus negocios al día siguiente, para que el recién llegado fuera a conocer a su familia isleña que, los aguardaban en una casa emplazada en un paraje distante, al que se dirigieron una vez que *El Mocho* le entregó su equipaje que, posteriormente acomodara en un bote encallado en las cercanías que, botaron a las mansas aguas de la ensenada de *Jetàrkte*, para cruzar la bahía habitada por un trío de grandes islotes.

- Los *kawésqares* de aquí los llaman *Aksaweslaókar*, *Sarktéxar* y *Jetáp-jewajóxar*³¹ -. Los fue nombrando su tío sin dejar de remar, ni de advertirle que protegiera su maleta del agua que salpicaba por las bordas.

Hasta que, recalaron en la orilla este de punta *Oldfield*, adonde atoraron la barca a unas rocas que recubrieron de ramas, para mimetizarla con la tupida vegetación del contorno que, se desprendía de los peñascos en una avalancha de selva que, a la postre salvaron trepando por el costado de una caída de agua, para ganar el perfil superior del escarpado

³¹ Islas Morton, Dulce y Carlos en la bahía de Puerto Edén.

rocalloso, revestido por abundantes matorrales y arbustos floridos que, fueron traspasando por una huella rumbo a una ceja de espesura que, resultó eran, las copas de un bosque de *ñirres* enraizados en una hondonada. A la que bajaron, para introducirse por la penumbrosa arboleda hendida por un arroyuelo que, vadearon por una tosca pasarela de troncos caídos que, al otro lado convergía con una empinada gradería de tablonés que, comunicaba la hoya con una planicie amueblada de peñones que, eran el sostén de varias edificaciones de rollizos de madera, como una bodega, un granero y un corral, circundando la amplia casa principal adosada a un risco que, también apuntalaba una robusta chimenea de piedra coronando la techumbre.

- ¡Bienvenido a *Edéngrado, Vania!* -. Le anunció su tío, adelantándose a contener a unos perros que se abalanzaban ladrándole, justo cuando un silbido proveniente de la casa detuvo la carrera de la jauría.

- Es Xoshem³²-. Le avisó, animándolo a ir hacia su esposa *Aónikenk*, una vez que la perrada reculó al fondo de la ranchería.

- ¿Cómo? ... Si, Kusanovic dijo que era Tehuelche -. Le arguyó en ruso. Pero, su tío le advirtió que, no pronunciara esa palabra delante de su mujer que, los esperaba serenamente bajo el cobertizo de entrada, vestida con una holgada saya de telas de colores, con el pecho adornado de collares y abalorios tintineantes que, armonizaban con las diminutas campanillas que pendían de sus cabellos trenzados, enmarcando un rostro cobrizo de prominentes pómulos y rasgos perfilados, iluminados por unos refulgentes ojos negros como carbunclos.

- ¡Bienvenido, *imāj*³³! -. Lo saludó su espigada tía al llegar a ella.

- *Spasibo, tetya Xoshem* -. Le agradeció, dejando su valija y el estuche

³² *Viento divino* en el dialecto más austral de la lengua Aónikenk.

³³ Sobrino en lengua Aónikenk.

del violín en el tablado.

- Ellos son tus primos -. Le indicó al instante, por un par de críos que se agarraban de sus faldas.

Presentándole al mayor llamado Vassily que, con unos seis años replicaba las pupilas azul-agricado de los Dragomir, asimismo el pequeño Boris de pelo más oscuro que, se equiparaba a su hermano en las ropas de paño y pieles, con las melenas adornadas con cuentas de colores, emulando a su madre que le tradujo lo que los niños cuchicheaban.

- ¡Dicen que eres igual a tu padre! -. Le compartió sonriendo. Ya que, había quedado pasmado con la comparación con Iván *Bolshoi* que, se suponía era desconocido para sus ariscos primitos.

- No te confundas, Iván -. Lo calmó Xoshem.

Para enseguida explicarle que, sus *talenke*³⁴ conocían la fisonomía de su papá por unos retratos familiares que, su marido conservaba colgados en una pared del caserón, adonde entraron en cuanto se despojaron de sus botas y chaquetas húmedas que, su tía colgó de unas perchas del cobertizo antes de despedirse.

- ¿Y ellos, *dyadya*? ¿Por qué no se quedan con nosotros? -. Se preocupó, al verlos irse por una senda lateral.

- Irán a una caleta cercana y regresaran al atardecer -. Le expresó contento.

Invitándolo a aproximarse al fogón de la chimenea, a cuyo alero recibió un chaleco de lana cruda y un viejo calzado que, se colocó tiritando para ir a la mesa servida, donde su anfitrión le extendió un vaso de licor opaco, para brindar por su arribo sano y salvo, siguiendo con otro en honor a la madre Rusia y un tercero por la *Drakonya Okhrana* que,

³⁴ Niño o niña en lengua Aónikenk.

preludiaron el festín de carne de caza, mariscos y papas cocidas que, engulló oyendo a su tío repasar las escaramuzas con los *Wehrwolfs* que, gatillaron su exilio tras un gran enfrentamiento en Tsaritsyn. Durante la estiba de un cargamento de avena y trigo que, habían trasladado en varios carromatos a una bodega del puerto, donde fueron rodeados por una docena de *Lobos* armados que, los conminaron a entregar *Las Cartas de Ingyar* a cambio de sus vidas, así como la de los dos *Drakony* que los acompañaban, que, se apostaron con ellos detrás de los ventanucos delanteros, para rechazar la ominosa propuesta con una andanada de disparos que, los atacantes respondieron acribillando a mansalva la fachada del depósito, impidiendo que su propietario huyera con sus aterrorizados ayudantes. Ante lo cual, el abuelo los obligó a unírseles para repeler a los germanos que, se iban acercando apegados a los muros exteriores o, reptando por debajo de las carretas entremedio de un cruento tiroteo que, desde las esquinas presenciaba una imprudente multitud que, no quería perderse los pormenores de la encarnizada balacera que, ya había cobrado un *Lobo* muerto y otro malherido, versus dos asediados inutilizados por los embravecidos *Wolgadeutsches* que, descerrajaban sin cesar sus armas contra el portálón, los postigos y los sacos arrumbados en que se parapetaban, contestando el fuego con sus pistolas y carabinas. Hasta que, las balas les comenzaron a escasear, envalentonando a los alemanes a ensayar un asalto que, por orden de Iván *El Sonriente* esperaron emboscados, reservando los últimos proyectiles para la avanzadilla de *Lobos* que, derribaron el portón y se precipitaron al interior disparando a diestra y siniestra, sin percatarse al principio que nadie les hacía frente.

- ¡Los engañamos, *Vania!* -. Exclamó su tío exultante. - Les hicimos creer que, nos habíamos fugado por una portezuela que dejamos

entreabierta -.

Solazándose con la evocación de la encerrona, con que sorprendieron a los *Wehrwolfs* al surgir de sus escondites, para descargarles una salva con sus últimas municiones que, abatió a la mitad de los asaltantes mientras se abalanzaban sobre los ilesos, empuñando sus *nagaikas*³⁵ y sus largos puñales curvos, para trenzarse en una bestial lucha cuerpo a cuerpo que, terminó con la muerte del caudillo germano y la retirada de los sobrevivientes que se escabulleron con sus heridos por las ramblas alledañas, para eludir al numeroso contingente de policía que sobrevino.

- Así que, debimos escapar de Tsaritsyn -. Prosiguió el tío *Misha*, agitado por las reminiscencias de su otrora vida.

Previo a confesarle que, fue él quien le asestó la puñalada mortal a Wolfgang Heller, un importante jerarca de los alemanes de la montañosa *Bergsiete*, cuya caída se traduciría en duras represalias a corto plazo, no obstante que, el mayor de los problemas era la irrefutable evidencia de que, sus enemigos sabían que ellos eran los custodios de *Las Cartas de Ingvar* que, aquella misma tarde fueron evacuadas apenas llegaron a Krasnoy, enviando un parte al norteño monasterio de Yúriev, en tanto, cabalgaba al sur con una escolta a Rostov, portando la otra sección de los valiosos manuscritos que, sacó de Rusia a bordo de un carbonero griego.

- ¿Tienes aquí esas cartas, *dyadya*? -. Discurrió expectante.

Y, su tío negándole que estuviesen a su alcance, se desentendió rememorando a su antigua novia que, fue a ver antes de partir para despedirse, mintiéndole con una inesperada leva del ejército en Siberia.

- Le prometí a *Annezka* que volvería -. Exhaló conmovido. - Y, ya son

³⁵ **Nagaika:** Larga fusta característica de los jinetes cosacos, que usan tanto para acicatear a las cabalgaduras como para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo y funciones de policía civil hasta la actualidad.

diez años los que llevo aquí, *Vania* -. Gruñó, apostando a que su Anna se habría casado y tendría sus propios hijos.

- ¡Oye! ¡No vayas a creer que no quiero a Xoshem! -. Le aseveró turbado. Retractándose de su lapsus melancólico que, intentó disipar relatándole su periplo para distraer a los *Wehrwolfs* que, comenzó en Odessa transbordando a un navío de pasajeros británico que, navegó por el mar Negro y atravesó el estrecho del Bósforo, para adentrarse en el mediterráneo curso al puerto de Marsella, en cuyos arrabales esperó dos meses por la primavera, para cruzar los deshielados Pirineos por una huella de pastores, hasta llegar a la villa catalana de Queralbs en Ripollès que, fue su primera parada camino a la ciudad condal de Barcelona, donde embarcaría en el vapor que lo trajo a Punta Arenas.

- Y, aquí fui recibido por el *Drakon* -Pyotr Ilich Kozlov- y su esposa chilena, María Cecilia Kozlova; de soltera Betancourt: la dueña de *El Olimpo*...como ya lo sabes, *Vaniushka* -.

Ratificándole la importancia de la viuda Kozlova que, en honor a su cónyuge asesinado en 1910, asumió transitoriamente el rol de lugarteniente de *La Guardia* en Magallanes.

- ¿Y por qué ella, *dyadya*? ¿Sí es una extranjera? -.

- Pero, ¿quién mejor que *Minerva* para reemplazar a su esposo? -. Le refrendó su tío, argumentándole que ella conocía al dedillo todos los entresijos de su logística y comunicaciones.

- ¿Y esto en Rusia fue aprobado? -.

- Informalmente sí, con la condición de que la secundaran Ivo y Boromir que, son *Drakony* juramentados -.

- ¿Cómo, si ellos tampoco son rusos? -. Le discutió.

Poniéndose en antecedentes de que, la *Okhrana* contaba con miembros de todo el universo eslavo-ortodoxo, como era el caso del ucraniano

Ajmátov, o del propio Vladislav Kusanovic que, era serbocroata al igual que los guardias de *El Olimpo*.

- Así, querido sobrino, te podrás dar cuenta de que, somos varios los que salvaguardamos el legado de Ingvar en este confin -.

- ¡Del cual una parte escondes aquí! ¿No es así, *dyadya*? -. Porfió, para que le revelase los manuscritos.

- Desafortunadamente, no te puedo dar ninguna información de los pergaminos que traje de Rusia -. Se rehusó escanciando otra ronda.

- ¿Y, por qué no? -. Lo afrontó molesto.

- Simplemente porque, no es el momento. Pero, considerando todo lo que has vivido, creo que mereces saber que la segunda parte de las cartas de *El Viajero*.... están ...en tu maleta. -.

Una declaración que, obviamente lo dejó estupefacto, ya que, había sido el involuntario portador de la segunda sección de manuscritos, en conjunto con un hatajo de valiosos documentos que, fueron disimulados en un compartimiento secreto de su valija que, su tío le mandó traer para sobreponerla en la mesa, donde la vació de ropa, artículos de aseo y otros enseres.

- ¡Sujétala firme, *Vania*! -. Le solicitó imperiosamente, para separar con un cuchillo los bordes del forro del fondo que, enrolló para dejar a la vista una plancha de cuero que, era la cubierta de dos envejecidos tabloides enfundados.

- ¡Estos son *Los anales de La guardia*! -. Musitó el tío *Misha*, con los ojos brillando de emoción. - ¡La historia de nuestro clan desde el siglo XI! -.

Mas él, con sus diecisiete años en esa época, no tenía idea de lo que entrañaban el dúo de cartapacios que, fueron despojados de sus fundas para ensamblarlos en un único compendio que, su tío le pidió que

tradujera para que se enterara por sí mismo, del contenido de aquella bitácora escrita en un arcaico cirílico que, desde el año 1096 registraba los desvelos y sacrificios de sus ancestros, para proteger las revelaciones de las enigmáticas *Cartas de Ingvar* que, en parte se hallaban ocultas en la tapa de su maleta que, a continuación, desmontaron para sacar a la luz otra carpeta de ribetes cosidos.

- ¡Frente a tus ojos tienes las cartas de Ingvar Eymundrsson a su rey! -. Pregonó jubilosamente el hermano de su padre, colocando cuidadosamente la curtida cobertura sobre la mesa, para cortar sus costuras y separar los pliegues superiores que, al abrirse liberaron una decena de aplanadas fundillas de cuero que, recubrían diez extendidas cartas de “*El que ha viajado más allá*”.

- ¿Las podrás traducir, *Vania*? -.

- No lo sé...hace muchos años que no leo runas -. Se disculpó de antemano, impacientando a su tío que, lo azuzó a leer lo mejor que pudiese la primera de las antiquísimas epístolas que, desenfundó con suma delicadeza para no dañar la carilla de piel de vejiga que, aunque agrietada y carcomida en los márgenes, conservaba plenamente legibles los caracteres del *futhark* que, pervivían incisos allí donde la tinta se había descolorido.

- Las runas fueron repujadas a propósito en la vitela -. Constató, fascinado.

Elogiando la acertada previsión de *El Viajero* que, veló por que su mensaje transpusiera su era y alcanzase el futuro, pese al inevitable desteñido de los signos rúnicos que, empezó a traducir lenta y engorrosamente, para recrear retazos de una milenaria incursión al mar Caspio que, su tío escuchó poseído por un silencioso éxtasis que, lo mantuvo abstraído en una dimensión paralela hasta que, al terminar la

saga recuperó el habla para felicitarlo, prometiéndole que pronto sumarían las cartas que trajo con las suyas, para completar la crónica de aquella fabulosa expedición que, se apoderó de unos sobrehumanos mapas en la antigua Jazaria, décadas después de la destrucción de ese reino por las tropas del *Kievan Rus*, al mando del gran príncipe pagano Sviatoslav I “El Bravo”; quien infructuosamente tratara de hacerse con aquellos planos que, diez siglos más adelante fueron ocultos con las *Cartas de Ingvar* en la Patagonia.

...Y, esquivando una racha de viento y agua de mar, se estremeció al recordar que, al querer saber el contenido de *Los mapas del tiempo*, le fue advertido con acre solemnidad que, primero debía preparar su mente y espíritu, pues de lo contrario podría perderse en un nimbo infernal.

- Y tuvo razón *dyadya Misha* -. Tuvo que admitir, al brotar de su memoria las imágenes de los atlas jázaros que, le fueron revelados al año siguiente con el compromiso de que, nunca y por ningún motivo, le contara a alguien lo que había visto.

- ¡Y cumplí! -. Se reconfortó, seguro que por ello seguía vivo, sin poner en riesgo a su mujer e hijos que, ignoraban totalmente su paso por *Edéngrado* y la existencia de ese tío que, resucitó una vez más en su corazón, recapitulando la sorpresa que le dio al concluir el banquete de recibimiento.

-...Así pues, querido sobrino-. Le puso en claro, en ese entonces. -...La vida acá no es tan mala, y, descontado a la familia, una de las pocas cosas que extraño, es el vodka destilado en el sótano del granero... ¡Adonde jamás vez te dejaron entrar! ¡Jua! ¡jua! ¡jua! -. Carcajeó, gozando de su desconcierto.

- Pero ¿cómo...? -. Resopló, al recobrase de la impresión de que, supiese de su máxima frustración doméstica, sin embargo, vivir en un inabordable paraje a 18.000 kilómetros de Krasnoy.

Y, así se enteró que, su tío mantenía una esporádica correspondencia con su padre, el abuelo y el Pope, a través de una larga cadena postal que, más tarde también utilizó para comunicarse con su familia, entregándole sus cartas a Kusanovic cada vez que arribaba en la flamante *Dalmacia II* que, si bien, tenía mayor envergadura que la añosa motonave anterior, igualmente se veía privada de navegar con las durezas del clima que, retrasaban el abastecimiento de provisiones,

kerosene y el correo. Gracias al cual, tardíamente se imponían de las novedades de Rusia, tanto por las narraciones de su progenitor, como por las dobladas hojas de periódicos que adjuntaba, para ilustrarles los graves acontecimientos que sacudían a su patria, con la abdicación del zar Nicolás II en 1917 que, los dejó desmoralizados por sus consecuencias políticas que, eclosionaron con los bolcheviques dominando la asamblea de diputados y la sucesiva *Revolución de Octubre* que, al triunfar les dio a los comunistas el poder sobre las grandes urbes y del Estado Ruso que, significó a posteriori la paz que tanto clamaba el pueblo. Con la firma del armisticio que, implicó renunciar a Finlandia, Polonia, Estonia, Livonia, Kurlandia, Lituania, Ucrania y Besarabia a partir del tratado de Brest-Litovsk de 1918 que, cedió estos países y territorios a los Imperios Centrales; incrementándose la rapiña con la anexión de Ardahan, Kars y Batumi al imperio Otomano, en desmedro de la Rusia Imperial que, con su ocaso abrumó devastadoramente al tío *Misha* que, un semestre más tarde colapsó con las noticias de la guerra civil entre el ejército rojo y los zaristas que, durante la conflagración se disputaron encarnizadamente Tsaritsyn. Librando cruentas batallas por la posesión de la ciudad que, sufrió sucesivos cercos, ofensivas, retiradas y contrataques de ambos bandos que, se disputaban a sangre y fuego la estratégica red de carreteras, líneas férreas y vías fluviales de la capital del Volga, tal como les fue describiendo su madre en sus cartas, cuando Iván *Bolshoi* y su suegro partieron a unirse a la caballería de Krasnoy, para ir a engrosar las fuerzas del *atamán* Krasnov³⁶, comandante supremo de los

³⁶ **Pyotr Nikoláyevich Krasnov:** Fue uno de los líderes cosacos del Don que, durante la segunda guerra mundial colaboró con los nazis, por lo que fue condenado a morir en la horca por traición a la patria, al igual que su hijo Semyon Krasnov, cuyo hijo a su vez,

cosacos del Don que, en el otoño de 1918 rompieron las defensas de los bolcheviques que, se retiraron a la ribera oeste del río. Donde, se parapetaron para resistir a cualquier precio, por orden del presidente del comité militar comunista, el camarada Iósif *Stalin*, a la espera del auxilio de la "División de Acero" del Cáucaso que, el 25 de Octubre atacó a las fuerzas *Blancas* por la retaguardia, recuperando la urbe regional para los soviéticos que, se atrincheraron para repeler los venideros asaltos zaristas que, en Junio de 1919 lograron reconquistar transitoriamente los restos de Tsaritsyn que, los soldados rojos de *Stalin* y Voroshilov tomaron definitivamente en Enero de 1920, empujando a los vencidos a la península de Crimea. Salvo a la mayoría de las huestes del Volga que, con la certeza de su causa perdida y el inexorable fin de la guerra, optaron por retornar a su terruño rehusándose a la desmovilización, como la milicia de Krasnoy que se mantuvo en armas para defender la comarca de merodeadores, desertores, algunos resabios del ejército anarquista de Majnó o, las partidas de requisita de alimentos del *soviet* de Tsaritsyn, contra los cuales cayó combatiendo el abuelo en el invierno de 1922, cuya muerte les fue comunicada por su padre con varios meses de desfase, a través de una última carta antes de marchar a contener el avance enemigo, sin indicar a quienes se refería.

- Y ya nunca supe nada de mis padres ni hermanos -. Suspiró.

Haciendo eco que, para ese tiempo, llevaba casi siete años en la Patagonia y, tenía una vida precaria pero feliz con la prima de Xoshem, Soorken: sol en *Aónikenk*, que le dio su amor y un hijo, que, lo impulsó a construir una cabaña contigua a la casa principal, donde vivieron tranquilamente los tres hasta que, a mediados de la primavera de 1925

es el ex brigadier del ejército chileno **Mikhail Krasnov Marchenko**, que purga más de 800 años de presidio por sus crímenes cometidos en la dictadura de Pinochet.

arribó Kusanovic, trayéndoles las provisiones y un sobre sellado con la efigie de San Jorge que, su tío leyó de inmediato reproduciéndole la inusitada convocatoria de *Minerva*, para acudir en diciembre a Punta Arenas para investirlo ritualmente en *Drakon*, empero no contar con la aprobación de los jerarcas de *La guardia* en ultramar.

- Es lo que le dije, *Misha*-. Se defendió Kusanovic al ser confrontado.

-Pero, ella me sacó en cara que, llevábamos tres años sin noticias de Yuriév, ni de tu hermano -. Agregando, además que, la iniciación congregaría a los *Drakony* dispersos en Magallanes, propiciando la coyuntura para decidir el liderazgo de la cofradía, por el ciclo que durase la incomunicación con la metrópolis.

- Lástima que las cosas salieran mal en ese cónclave -. Deploró ensimismado y apagó su pipa, torciéndose al rojizo cenit para añorar a su familia, como siempre lo hacía a la hora del crepúsculo.

- ¡Tal vez, todavía podría reencontrarse con ellos! Fantaseó. - ¿Qué dirían al conocer a sus hijos? -, ensoñó, contemplando el mar que, iba absorbiendo los postreros arreboles transitando a la penumbra que, fue oscureciendo su mirada al imaginar el presunto destino de los suyos: pues su padre tuvo que haber perecido en batalla, en tanto que su madre y sus hermanos, si por ventura sobrevivieron, estarían confinados en un *gulag*³⁷ siberiano o, vivirían el exilio en algún rincón del planeta.

- Si es que, no fueron ejecutados -. Gimió, espantando a manotazos la terrible visión de los fusilamientos masivos que, quiso conjurar rezándole a su estampa de San Jorge que, extrajo del bolsillo superior izquierdo de su chaquetón, para volcarse al noreste persignándose a la usanza ortodoxa, hacia un país que solo existía en su imaginación.

³⁷ **Gulag:** Campos de concentración, trabajos forzados y muerte en la era de la unión soviética.

...Al completar una semana navegando, habían barrido el Golfo de Corcovado y rebasado las islas Guaitecas, sin avistar una sola ballena. Nada. Ni siquiera una marsopa para estrenar los arpones de proa, soliviantando el hastío de los navegantes del *Dalmacia* que, a regañadientes acataron la obstinada decisión del capitán, de continuar al archipiélago de Chonos por tres días, como condición previa a girar el timón curso a Puerto Montt, adonde el patrón del ballenero calculaba arribar con la reserva de combustible que, sería suficiente de no haber inconvenientes en el trayecto de vuelta.

Pero, pasado dos jornadas, unos renegridos nubarrones fueron acumulándose al oeste, anunciándoles la tormenta que crispó el mal humor de Kusanovic que, en la víspera de virar al norte se sentó a cenar con los cuñados, acompañados esta vez por el trinchador Epifanio Morales que, se mostró bastante afligido por los pronósticos meteorológicos que, el capitán les fue compartiendo para justificar el reciente desvío al oriente, hacia la desmembrada costa del archipiélago, en busca de alguna rada para capear el temporal.

- ¡Ojalá que alcancemos, capitancito, por la cresta! -. Imploró Morales, contándoles que su mujer estaba por dar a luz a su segundo hijo que, fue por lo que se embarcó en una estación del año, en que es mucho mejor, esperar la primavera en la pobreza segura del hogar.

- No te preocupes *Moralito* que, el piloto nos llevará a buen puerto -. Lo intentó tranquilizar Bernardo. - ¿Cuándo nos ha fallado? -.

- ¡Ya pasar por esto, Morales! -. Lo animó, Iván. - Siempre salir bien, con capitán *Vladi* -.

Pero, fue inútil, porque Epifanio persistió, enumerando las desventajas de navegar en invierno en aguas bravas, con el cielo doblemente oscuro de la turbia noche y azotados por el poderoso ventarrón del poniente.

- Juro que, si diosito me concede volver vivo -. Se comprometió, besando una cruz que le colgaba del pecho. - Nunca más salgo a la mar y me empleo en tierra en lo que sea -.

- ¡No es para tanto, *Moralito!* -. Lo intentó contener el chilote, viendo que se ponía de pie para retirarse.

- ¡Perdónenme!, ¡Pero, no puedo comer! -. Se excusó cariacontecido.

- Vaya no más Morales. Y descanse-. Lo autorizó Kusanovic adusto.

- ¿Hablamos de otra cosa? -. Expelió *Beño*, una vez que, el trinchador se alejó para devolverle su bandeja al cocinero.

-... Y, ¿cómo van las cosas por casa? -. Le preguntó su jefe a Iván, tratando de disipar el pesimismo de Epifanio.

- Bien *Vladi* -. Le contestó. Y, sorbiendo la taza de café con aguardiente, le siguió el juego comentando las últimas reprimendas de Isabel.

- ¿Y qué hay de tus retoños? -. Continuó, al parar de reírse de las desgracias maritales de su amigo ruso.

- Mucho grandes los cinco, *Vladi* - Añadiendo que, el mayor había cumplido quince años. - Y estar pidiendo embarque para *Dalmacia* -.

- Sería bueno que mi sobrino nos acompañara para la próxima, capitán - . Acotó *Beño*.

- ¡Entonces brindemos por el buen tiempo! Para que volvamos sin novedad -. Propuso el comandante, llamando a Lorenzo para que les llevara una botella de licor.

- ¡Eso! ¡Y hagamos un *salud*, para no acabar en el fondo del mar! -. Ensalzó Bernardo sarcásticamente, mirando a Iván servir los cubiletes de latón que, también les llevara el maestro de cocina.

- ¡Prefiero que brindemos por el futuro! -. Reformuló Kusanovic, haciéndoles presente que habían prevalecido a peores situaciones e,

incluso a un tornado cerca de Melinka.

- ¡Salud por eso! -. Convino *Beño* retractándose.

Y se zamparon los tragos. Repitiendo el convite por la prole de Iván. -

¡Y ahora por los hijos del *Bagual*³⁸! -.

Sorprendiendo al aludido, con el apodo que antaño le pusiera el tío *Misha*, por su admiración por esos caballos salvajes que, a veces oteaban en sus excursiones por la inmensidad de la isla Wellington.

- Ya nadie acordar sobrenombre, cuñado -. Lo detuvo, para que no siguiera escarbando en su pasada vida en Puerto Edén.

Porque, podía reabrir las heridas del traumático final de ese periodo que, concluyera drásticamente tras el cónclave de la *Okhrana* que, resolvió su traslado permanente al continente separándolo de Soorken, su hijo Yeike de tres años y el resto de sus familiares, con quienes se le prohibió comunicarse para no delatar su paradero, pues *Minerva* los precavió de la reorganización de sus enemigos que, en 1919 habían fundado una nueva sociedad llamada *Thule*³⁹ que, sin tardanza desplegó sus tentáculos para encontrarlos, desde un asentamiento maderero en la desembocadura del Baker que, administraba el ex dueño del “Der neu mann”: Fritz Poltz.

- Él y sus secuaces mataron a *El Vasco* y al pobre Akim -. Revivió indignado.

Contagiando a sus amigos con sus deseos de venganza que, después se fueron matizando con los recuerdos de su peregrinaje marítimo por Aysén, a bordo del navío de Kusanovic que se convirtió en carnada, para que los alemanes del Baker se alejaran de *Edéngrado*, siguiendo el falso rastro que iban dejando en cada amarradero al norte, para despistar

³⁸ *Bagual*: Potros y caballos salvajes que habitan en la Patagonia continental y en algunos casos en la insular.

³⁹ *Thule*: Nota histórica N°7.

a sus perseguidores que afortunadamente creyeron que, se dirigían a Puerto Montt cuando en realidad navegaron a Quellón en Chiloé. Donde se reencontraron con *El Mocho* que, hace cinco años vivía a las afueras de esa localidad, en una casa a orillas de la desembocadura del río grande que, les sirvió de refugio durante la espera del contacto radiofónico que, al cabo de unos días les transmitió el éxito de la operación distractora que, si bien, logró desorientar a los germanos comandados por Poltz, no consiguió burlar a una misteriosa embarcación de mediano calado que, seguía su estela desde el desagüe del río Palena.

Por lo que, desde Punta arenas les ordenaron navegar a Valparaíso, para distanciarse definitivamente de sus cazadores que, no se atrevieron a emprender aquella náutica de cientos de millas marinas que, solamente fue posible con varias escalas de reaprovisionamiento, para cargar alimentos, agua dulce y el combustible que, les permitió arribar mediando el otoño a *La joya del Pacífico*, adonde la *Okhrana* le comunicó al capitán dirigirse a Quintay, para tomar el mando de un viejo *catcher* ballenero que, acondicionaron todo el invierno para regresar a Puerto Montt en Septiembre. Remolcando la veterana motonave de Kusanovic que, el año siguiente fue vendida a un armador de Ancud, en cuyos muelles Bernardo le presentó a su hermana Isabel que, con su invocación les impuso los recuerdos de aquel singular noviazgo, en un jocosos anecdotario avivado con aguardiente que, al acabarse marcó la hora para irse a sus literas, ya que justamente a ellos les tocaba el turno de madrugada que, por lo difíciles que eran las condiciones climáticas, ameritaría contar con todas sus fuerzas y concentración, para salir airosos del vendaval que se avecinaba.

Con todo, no pudo conciliar el sueño, desbordado por las remembranzas

de *Edéngrado* que, lo retrotrajeron a su marasmo árboles y de lluvia perenne que, cuando recrudecía los confinaba a un aislado encierro que, solo era roto para salir a alimentar a los animales, o a trabajar en el granero con su tío que, aprovechaba estas oportunidades para planificar excursiones tierra adentro que, concretaban en temporada estival para cazar venados, aves y guanacos que, en aquellas tardes de acampada asaban en un espetón, libando y cantando rancias canciones de amor o, trasnochados himnos del imperio ruso que, a fin de cuentas, eran casi lo mismo en la metafísica de la ebriedad.

Aunque también, la montería era una excusa, para escabullirse en bote a un secreto lavadero de oro que, ayudó a explotar duplicando el tributo a la *Okhrana* y sus respectivos ingresos que, fueron ahorrando para adquirir una embarcación moderna, *-La Zarina-* provista de una radio y un potente motor diésel que, les facilitó enormemente el acceso al *æjâmas* de *Tajowèkstai* que, era el punto de entrada al escondido lecho aurífero que, yacía en un meandro encajonado por barrancos rocosos que, camuflaban el portal a un ruinoso laberinto de galerías semi subterráneas. A las que, se adentró por primera vez guiado por su tío, hasta alcanzar las honduras de un hipogeo de criptas que, albergaba el escondite de *Las Cartas de Ingvar* y de unos inconcebibles mapas que, graficaban una tierra antediluviana y un cielo proscrito al ser humano, cuyas escalofriantes imágenes se guardó obstinadamente, al igual que, el contenido de los manuscritos de *El Viajero* y de otros arcaicos documentos que, por orden de *Okhrana* transcribió antes de separarse de su familia patagónica, dejando a Soorken y a Yeike para siempre.

- Algo que tengo que reparar -. Se prometió. Pero, ¿cómo se lo diría a su esposa? -. Decidiendo que, de todas formas, buscaría sostener una conversación privada con su hijo Iván, para develarle las incógnitas de

su azarosa biografía y su herencia, así como la existencia de su hermanastro que, resolvió visitar el próximo verano para invitarlo a conocer su hogar, para instruirlo con su vástago mayor en la lectura del *futhark*, el cirílico y el cifrado del *Código de Nóvgorod*, previniendo que su eventual ausencia en el mañana, constituyera un obstáculo insalvable para traducir los textos de Ingvar y, las claves con que veló los archivos que guardaba en su despacho.

- Es urgente que les traspase todo lo que sé -. Zanjó, abominando la irrupción de *Thule* con el apogeo del *Tercer Reich*.

Y sin encontrar sosiego, se resignó al insomnio hasta que, pasada la medianoche, se levantó alarmado por las violentas sacudidas del casco, la barahúnda de gritos y las órdenes desaforadas de Kusanovic, azuzándolos a ocupar sus puestos para encarar la tormenta que, los embestía con endemoniadas ráfagas lluviosas que, elevaba al rabioso oleaje a la magnitud de murallas oceánicas, contra las que se estrellaban de proa para no volcarse. A costa del anegamiento del puente, arrasado por colosales masas de agua que, se vaciaban torrentosamente al vientre de la nave, derribando en su paso a la desorientada marinería que, paulatinamente se fue resignando al preámbulo del naufragio, al constatar que el *Dalmacia* no podía oponerse al aguacero huracanado que, blindaba el horizonte obstruyendo las maniobras del piloto que, alrededor de las dos de la madrugada les avisó por el intercomunicador que, con las primeras luces del alba, se redirigirían a los canales que bordeaban la vasta isla James.

Lo que, apremió a Kusanovic a convocar a la tripulación a la cabina, suscitando la inmediata reacción de Iván, Bernardo y sus compañeros que, atropelladamente subieron al centro de mando por una escalera interna que, conducía a la escotilla del compartimento ocupado por el

joven radiofonista, Estanislao Kirk y el patrón del ballenero que, esperó a que la dotación completa estuviera presente, para confirmarles su deriva sin noción de los puntos cardinales que, ensayaban adivinar al resplandor de los relámpagos, amén, de los sondeos del radar que *Peyuco* operaba, simultáneamente a la radio que no captaba ninguna señal, aparte de unas incomprensibles transmisiones de onda corta en alemán que, emitía una veloz nave que descendía en tangente a la península de Taitao.

- ¿Les pediste auxilio *Peyuquito*? -. Lo Interpeló Epifanio jadeando.

- Sí. Y les di nuestra ubicación -. Reportó el muchacho. - Pero, ahí se cortó la transmisión -.

- ¡Supliquemos que hayan recibido el mensaje! -. Rogó el trinchador.

- ¿De dónde venir señal, *Peyuco*? -. Indagó Iván receloso.

Y el radiofonista sacó una libretita y leyó que, las frecuencias surgían al sur de la isla Ipún.

- Coordenadas de referencia 44°37' Sur y 74°46' Oeste -. Le informó.

Entonces, Kusanovic que, desconocía el origen de la onda radiofónica, se agarró la cabeza musitando una maldición que, Iván duplicó coincidiendo con el funesto presagio reflejado en el visor, en el que titilaba una lucecita desplazándose directamente hacia su *cácher*.

- ¿Cómo vamos a salir de esta, capitán? -. Chapuceó Morales, anticipándose al clamor de los mortificados tripulantes.

- ¡Escuchen todos! -. Voceó su superior con el rostro rígido, para decirles con amargura que, como sólo les quedaba confiar en que las aguas se calmaran, los liberaba de sus tareas para que fueran a la cocina a proveerse de aguardiente.

Y sin más, despidió a los angustiados marinos que, fueron saliendo de la cabina a excepción de los cuñados que, se quedaron a reemplazar al

piloto Kirk y a *Peyuco* que, su comandante prácticamente expulsó para quedarse a solas con ellos, corroborando la probable amenaza de un *U-Boot*⁴⁰, en consideración a la rectitud de la trayectoria trazada en la pantalla del radar, a una velocidad que, únicamente era factible para un submarino en las profundidades del mar.

- ¡Parece que la tormenta se va corriendo al continente! -. Discernió *Beño*, oteando por una claraboya al este.

Pero, Kusanovic no le prestó atención, pugnando por recuperar el gobierno del *Dalmacia*, con un golpe de timón a estribor y el aumento de la velocidad que, para su desconcierto permaneció inmutable a media marcha, por lo que despachó al chilote a la sala de máquinas, para que inspeccionara el estado de los motores, mientras tanto él le exponía a Iván su plan para eludir a los alemanes.

- ¡Vamos a girar al sur, apegándonos a la costa occidental del archipiélago hasta bahía Darwin! -. Le explicó Kusanovic. - ¡Allí nos esconderemos y si tenemos vía libre, en unos días podremos llegar al canal Moraleda y reabastecernos en Puerto Aysén! -.

- ¡*U-Boot* ya pasar isla Rowlett, *Vladi*! -. Le advirtió escéptico, mostrándole la lucecita verde que centelleaba intermitentemente en el radar. - ¡Venir a nosotros! -.

- ¡Si la mar cede, llegamos *Vania*! -. Resumió secamente el timonel.

Afirmándole que, al despuntar la aurora, tendrían la visibilidad necesaria para introducirse en el angosto canal que separaba las islas Dring e Inquilac que, con su fosa escarpada e irregular obstaculizaría al sumergible que, aparecía en el visor resplandeciendo en las proximidades de la isla Kent.

⁴⁰ *U-Boot*: Abreviatura del alemán *Unterseeboot*, «nave submarina», en plural *U-Boote*, es la denominación dada a los sumergibles y submarinos alemanes desde la Primera Guerra Mundial.

- ¡Recién media hora pasamos ahí! -. Exclamó. - ¡Ir diez nudos! -. Silbó impresionado, precisamente cuando su cuñado entraba a informar que, las máquinas estaban a punto de estallar, por el esfuerzo a contracorriente y el desgaste de una pieza del rotor.

- ¡Estamos perdidos! -. Tronó Kusanovic imprecando a su mala suerte.

- ¡Ahora que estábamos por llegar a la boca del canal! -.

- No poder ser...-. Farfulló Iván aferrado al mesón del radar, observando perplejo el chispeo radial del submarino. - No poder estar tan cerca...-.

Espabilando a los gritos de Bernardo que, lo urgía a bajar a la cocina por orden del capitán que, prometió alcanzarlos apenas lo reemplazara el piloto.

- ¿Ser verdad, *Vladi*? -. Lo encaró dudando.

Y el viejo lobo de mar asintió, apurándolos para que le avisaran ellos mismos a Kirk, como lo hicieron en unos minutos al ingresar al comedor, saturado de la zozobra de la decena de hombres que, bebían por doquier intercambiando ilusas esperanzas de salvación, al ignorar la ensañada persecución del *U-Boot* que, prefirieron callar para no desconsolar más a sus azorados compañeros que, les ofrecieron la ración de licor que aceptaron agradecidos, para brindar por su amistad, las aventuras de su juventud y por la buena fortuna que los abrazara por tanto tiempo.

- ¿Oye Iván? ¿Y qué fue de ese *santito* que siempre traías? -. Le preguntó Bernardo acercándosele. - ¿Puede que sea bueno encomendarse, ¿no? -.

- Tener aquí, junto al corazón -. Le respondió, sacando del bolsillo interno de su chaquetón, la imagen que sostuvo en la mano libre.

- ¿Es la que te entregaron en Rusia? -. Inquirió su cuñado, tratando

abstraerse de la conmoción que lo poseía.

Entonces, él le confesó que era una copia que, alguna vez reprodujera con otros manuscritos que, ocultó en la vieja maleta que le regaló a su hijo mayor para su cumpleaños.

Luego, oyeron un estrépito bajo la línea de flotación, en la popa, cerca de las hélices. Y supieron que iban a morir.

NOTAS HISTÓRICAS.

- **Nota histórica N.º 5: Nazis en Chile:** La primera organización Nacional Socialista del partido Nazi alemán -NSDAP-, fue fundada en Abril de 1931 en Osorno bajo la dirección de Hugo Koller, quien preparó el camino para la creación oficial de la *Landesgruppe-Chile* por orden de Berlín, que se materializó el año 1932 con la creación de 4 grupos locales -*Ortsgruppen*- en Santiago, Valparaíso, Concepción y Osorno, además de 6 puntos de apoyo -*Stützpunkte*-, en Valdivia, Puerto Montt, Puerto Varas, Talca, Temuco y Traiguén, dirigidos por Wilhelm Köhn, quien fue miembro de las SS desde 1936 con el grado de *Brigadeführer*; Y por, Richard Wilhelm Zeissig, que más tarde sería comandante de batallón en la segunda guerra mundial, donde encontraría la muerte en 1942 a causa de las heridas que sufrió durante el asedio a Moscú.

En la *Landesgruppe-Chile*, militaban alemanes nacidos tanto en su país de origen como chilenos de sangre absolutamente germana, y contaba con una organización similar al del Partido Nazi existente en Alemania (*Führerprinzip*, estructura jerárquica militarizada, simbología, etc.), llegando a tener unos 1.500 miembros hacia 1945, con notable influencia en las fuerzas armadas chilenas, cuerpo diplomático y en las ciudades, pueblos y campos del sur de Chile, donde se izaba la bandera del *Reich* en las escuelas y colegios alemanes, que a mediados de los años treinta eran 52 con más de 5.000 alumnos -financiadas en parte por organizaciones locales pro nazis y directamente por Berlín-.

En este ámbito, llama poderosamente la atención, que Chile fue el único país latinoamericano en donde surgió, incluso antes del ascenso al poder del nazismo en Alemania en enero de 1933, una asociación con una fuerte huella nazi, la Juventud Chileno-Alemana (*Deutscher Jugendbund für Chile* – DJC), que desfilaban al son de los tambores por las calles principales de varias ciudades sureñas, con uniformes similares a los de la Juventud Hitleriana alemana, tal como lo hacían los adultos, que también implementaron pequeños aeródromos secretos, desembarcaderos clandestinos en la costa y hasta campos de entrenamiento para milicias armadas, que según la denuncia ante el congreso en 1937 del diputado socialista Julio Barrenechea Pino, tenían por objetivo perpetrar un golpe en favor de la Alemania Nazi con “más o menos” con 9600 hombres en Valdivia, 9200 en Osorno, 2400 en La Unión, y otros grupos numerosos de alemanes y sus descendientes chilenos en Traiguén, Puerto Varas, Talca, Puerto Montt y Temuco.

Por otra parte, en el sector religioso el nazismo tuvo su influencia, dado que la iglesia protestante alemana en Chile se adhirió enteramente al nazismo (siete de los ocho pastores fueron miembros del NSDAP). Antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el balance en Chile en relación con la penetración ideológica y el alineamiento político de las organizaciones existentes era para la estructura local del NSDAP y para los jefes del *Auslandsorganisation* (AO) en Berlín más que positivo y, sin duda más rico que el que presentaban Argentina y Brasil, los otros países por los cuales se interesó el nazismo.

Paralelamente, y durante todo el transcurso de la segunda guerra mundial, diversas células de espías y saboteadores alemanes operaron en Chile, provocando que a fines de 1942 la Policía de Investigaciones de Chile (actual PDI) creara la “Sección Confidencial Internacional” (SCI), conocida informalmente como el *Departamento 50*, o *D50*, que tuvo como principal misión la de desarticular a los grupos de nazis alemanes y nacidos chilenos, que actuaron a lo largo de todo el territorio nacional con alrededor de 150 agentes.

- Nota histórica N.º 6: Aeródromos secretos y desembarcaderos clandestinos Nazis en la costa sur de Chile: El filósofo e historiador Víctor Farías, de la Universidad de Berlín y la Universidad Andrés Bello, en la página N° 364 de su enciclopédica obra “Los Nazis en Chile”, indica que el Sr. Kurt Singer declaró ante la Dirección General de Investigaciones -actual PDI- que conoció pequeñas bases aéreas en playa Curiñanco en Valdivia, Punta Capitanes en Los Muermos; Bahía San Pedro en Riachuelo; Faro sur en península Coronado en Chiloé; Playa Maullin entre la Punta Godoy y Quomuir -región de Los Lagos- Y además, añade, que en estos lugares: “...*Se han notado movimientos sospechosos de barcos, todo lo cual parece indicar que existe un vasto programa de expansión nazi en las costas y el extremo sur de este continente*”. Una afirmación que, se complementa en la página N° 366, donde expone la instalación de pequeñas bases en la costa, con bodegas de cierta capacidad en Punta Capitanes, península al suroeste de Quemir, en la bahía de Maullin, en Punta Huechucucuy al noroeste de Ancud y en la isla Sierra del archipiélago de Las Guaitecas, al suroeste de la isla Guafo.

Asimismo, en la edición del 26 de agosto de 2015 del diario *El Ranco* de la región de Los Lagos, en el reportaje titulado “Prófugo nazi y mano derecha del fñhrer que vivió en La Unión”, se asegura que Carlos Follert Fleidl, uno de los fundadores de la empresa lechera CALO, ex alcalde de Osorno y diputado, no solo fue socio del jerarca nazi Martin Bormann, que vivió en La Unión hasta 1960 con el nombre falso de

Juan Keller, sino que también Follert tuvo: “...la misión de recibir submarinos alemanes, que llegarían a Bahía Mansa, Pucatrihue, durante los '40, junto a jóvenes germanos asociados a las familias Schilling y Aabel. La idea era ayudar con pertrechos y comida a los tripulantes de los submarinos”.

- **Nota histórica N.º 7: Thule:** Fue una sociedad ocultista, racista y promotora de la teoría intraterrestre, surgida en agosto de 1918 de la *Germanenorden*. Su símbolo era la esvástica detrás de una espada desnuda vertical, su saludo "Sieg und Heil".
- Fue precursora espiritual y política de los nazis.

TERCERA PARTE

QUELLÓN

ISLA GRANDE DEL ARCHIPIELAGO DE CHILOÉ.

FINALES DE DICIEMBRE DE 1941.

Fue más de un año planeando este viaje a escondidas de mi familia, para fugarme a Calbuco y embarcar en la barcaza que me llevó a Quellón, adonde fui bienvenido en el hogar de don *Chemo*, con quien ahondé largamente las circunstancias del naufragio del *Dalmacia III* que, mi madre había intuido a las tres semanas después del zarpe, asomándose continuamente por la ventana a la bahía, presagiando la tragedia que finalmente se materializó a mediados de Septiembre, con la visita de un sargento de marina de apellido Mellado que, vino a notificarnos el extravío del ballenero en una tormenta en el archipiélago de Chonos.

- Iniciaremos la búsqueda próximamente -. Nos participó al despedirse, suponiendo el irreversible desastre del hundimiento que, desmoronó la frágil cordura de mi mamá que, desde ese día se transfiguró en un alma en pena que, deambulaba por la casa con la mirada perdida, delirando con que su esposo se había fugado al “Edén”, o algo así, para emborracharse con su tío forajido y retozar con indias patagonas, en erráticos soliloquios que delataban la existencia de un pariente que, vivía en un lugar que mi progenitora se negó revelarme.

Por lo que, el sábado siguiente en la mañana, aprovechando que mi familia iba al mercado, me colé al despacho para buscar pistas de aquel ignoto “tío”, hurgando en el armario donde mi papá atesoraba sus bienes más preciados, como la maleta que trajo a Chile, varios libros impresos en cirílico, instrumentos de navegación, atados de cartas y esquelas, además de un sartal de mapas en la división superior de la

estantería que, alcancé encaramado en una silla para trasladarlos al escritorio, sobre el cual desempolvé y extendí los lienzos uno por uno, escudriñando la localización de ese sitio de nombre paradisiaco. Pero, tan esquivo que, tuve que revisar cinco rollos antes de encontrarlo, en un plano cosido entremedio de dos cartas náuticas que, señalaba en ruso un remotísimo paraje denominado *Edéngrado* que, era el eje del cual nacían ocho líneas punteadas que, se desperdigaban por toda la exorbitante superficie de la isla Wellington, para terminar en algún lugar recalcado con símbolos rúnicos, bajo los que se inscribían escuetas reseñas en cirílico, refiriéndose a cotos de caza, pesca y un amarradero en el vértice de dos penínsulas que, en su correspondiente glosa encubría un mensaje para mí.

- ¡Sí! No lo podía creer, allí estaba la letra dura y marcada de mi padre, diciéndome: Хуанито, едет в Иден порт и оттуда к прошлому -.

- “Juanito, viaja a Puerto Edén y desde allí al pasado” -.

Quedé perplejo... - ¿Cómo supo que husmearía sus cosas? - Pero, lo más inquietante era su mandato: - ¿Por qué debía ir a Puerto Edén? ¿Qué quería decir con eso de viajar al pasado? -.

Mas, al oír los gritos de mis hermanos en la calle, ordené todo apresuradamente y cerré la puerta del gabinete, para irme corriendo a mi habitación a tranquilizarme un poco y, superar la impresión del hallazgo del insólito recado que, me ordenaba ir a una apartada isla por una incomprensible razón que, intenté resolver cada vez que pude escabullirme al despacho, para examinar las decenas de legajos amarillentos que, encontré en unos cajones junto a unas bitácoras, otros mapas doblados y unos cuantos libros rayados al reborde que, me impusieron de la presencia de *Thule* y su antecesora la *Germanenorden*. Cuyos datos fui apuntando en un cuaderno empastado que, dividí en

secciones conforme al origen geográfico de lo que iba recabando, de tal manera que, la información emanada en Rusia la registraba en una separata, replicando esta subdivisión con los antecedentes procedentes de otros países, o de diferentes ciudades del sur de Chile, como asimismo anotaba las novedades diarias en un orden cronológico que, ya contaba con tres páginas completas cuando consigné la segunda visita del sargento Mellado que, el 22 de Octubre de 1941 llegó a comunicarnos el infausto reporte del capitán mercante Sigmund Kassler. Quien, a primera hora, se había apersonado en la capitanía del puerto con unos trozos de aparejos que, había encontrado flotando en las aguas de la bahía Darwin, en la misma área donde se emitieron las últimas transmisiones del ballenero que, la armada rastreó en un estéril operativo posterior que, concluyó sin hallar sobrevivientes y dio paso a una citación del jefe de la zona naval, a la que concurrimos con mi madre para recibir la notificación que, oficializaba el siniestro del *catcher* del tío *Vladi*. Y, por lo tanto, se declaraba a su tripulación presuntamente fallecida, en un acto burocrático consumado con la entrega de un certificado timbrado que, administrativamente me convirtió en huérfano y a mi mamá en una viuda que, lloró la pérdida de su marido y su hermano con un atormentando luto que, cada tarde terminaba con mis hermanos yendo a un mirador cercano, para rezar volcada al mar por la salvación eterna de mi padre. Cuya póstuma voluntad acaté, restándome de aquellas novenas con cualquier pretexto, para proseguir con mis indagaciones en el estudio que, me permitieran desentrañar el críptico mensaje de mi papá que, claramente concibió para que yo lo hallase *post-mortem*, ya que fui el único al que instruyó en la escritura cirílica, los rudimentos del *futhark* y del *Código de Nóvgorod* que, uno de esos días agradecí profundamente haber

aprendido, al descubrir un doble forro en la contratapa de la maleta que, escondía un lío de papeles olorosos a limón. Entre los que, destacaba por su rareza, un delgado fajo de acordeonadas hojas, apretujadas por unas descoloridas estampas de San Jorge que, al separarlas desplegaron un abanico de recomendaciones, bendiciones y consejos de un tal Pope Semyon Kramarenko que, luego dejé a un lado para leer una carta enviada desde Rusia, por nada menos que Iván Ivanovich Dragomir, apodado *Bolshoi: El grande*; mi legendario abuelo que, en 1916 le transmitía a su hijo mayor el devenir de su granja. Sin arrojar señas de la inescrutable parentela chilena que, tampoco hallé en todas sus otras alimonadas misivas, ni en las escritas por mi abuela Oxana Ivlegoduyka que, a continuación acopié amontonándolas en un solo lote, para reponerlas en su escondrijo con los *santitos* del Pope que, al cogerlo por el anverso se desdobló propagando el vaho cítrico que, inhalé cerrando los ojos por unos segundos que, iluminaron mi mente al recordar, que: “*La oscuridad de los secretos se revelan a la luz de la verdad*”-.

- ¡Ya lo tenía! ¡El aroma a limón era vestigio de la escritura invisible! -. Aquella con la que nos entreteníamos en mi infancia, revelando a contraluz los imperceptibles textos en ruso o, que, muchas veces enmascaraban las transposiciones del *Código de Nóvgorod* que, intercalaba los caracteres rúnicos con el cirílico conforme a las reglas del *Jötunvillur*⁴¹ que, era un arcaico juego que reconstruí en mi memoria, para descifrar los soterrados mensajes del sacerdote y de mi abuelo, en un proceso que me tomó semanas para resolver los anagramas que, invertían la última letra del nombre de la runa que de verdad se quería escribir, como por ejemplo: la T de Tyr, en clave se

⁴¹ *Jötunvillur*: El misterioso código que data de los siglos 12 o 13 de Escandinavia que, recién fue descifrado el año 2014 por K Jonas Nordby de la Universidad de Oslo.

transcribía con la letra final, o sea la **r**.

Por ende, la decodificación fue muy engorrosa, pero fui recompensado al descifrar la epístola del Pope que, explicaba con largueza el propósito de la *Drakonya Okhrana -La Guardia del Dragón-*, que era una cofradía fundada en Rusia a finales del siglo XI, con la misión de proteger los antiquísimos manuscritos de un remoto antepasado, coincidiendo con el contenido invisible de las cartas de mi abuelo que, también añadió pasajes de la vida cotidiana del matrimonio Dragomir-Ivlegoduyka que, sobrellevaban las turbulencias del siglo en ausencia de su vástago mayor y su hermano Mikhail. A quien, habían enviado a Magallanes en 1907, portando los milenarios escritos de mi ancestro Ingvar *El Viajero*, para salvaguardarlos de las interminables catástrofes europeas, y especialmente de las poderosas órdenes germánicas que, a través del tiempo habían perseguido a mi pretérita familia que, se fue extinguiendo hasta quedar reducida al núcleo de Krasnoy, nosotros los Dragomir de Puerto Montt y los tres hijos del tío Mikhail que, habitaban un aislado asentamiento en las inmediaciones de bahía Edén que, para mí era imposible de localizar sin la ayuda de alguien que lo hubiese conocido. Por lo que, tomé la decisión de escribirles a unos antiguos amigos de mi padre: una tal María Cecilia Betancourt de Punta Arenas y un Anselmo Domínguez de Quellón, cuyas identidades había encontrado en una ajada libreta que, por cierto incluía las direcciones a las que expedí mis cartas, para reportarles el trágico naufragio del *Dalmacia III*, como una forma de iniciar el contacto que no tuvo eco en la señora, al revés de lo que ocurrió con don *Chemo* que, me respondió siguiendo mis indicaciones. Escribiéndome sin remitente a la oficina postal de Puerto Montt, a la que iba personalmente a retirar sus sucesivos correos, para evitar la vigilancia materna y la presumible

intercepción de *Thule* que, podrían frustrar nuestro plan de navegar a Puerto Edén, en las barcazas que cada quincena hacían escala en Quellón, antes de seguir rumbo al territorio *kawésqar* de *Jáutok* que, abarcaba toda la banda continental de la isla Wellington, hacia la que no habría transporte hasta pasado el año nuevo.

Lo que, implicó quedarme varios días en la casa del viejo Anselmo que, durante aquel lapso me atiborró de anécdotas de un joven Iván Kramarenko -*El Bagual*-, y de sus andanzas por los prostíbulos y cantinas de la capital Magallánica, en una etapa venturosa que sucumbió con el asesinato de Mikel Soria-Galvarro, en manos de sicarios alemanes que consecutivamente los acecharon a ellos, forzándolos a la clandestinidad en el subterráneo de *El Olimpo*, aguardando la ocasión para evadirse en la motonave del tío *Vladi*, al inaccesible refugio de un extranjero llamado Anton Mijailovic que, era el nombre falso con que el tío Mikhail se encubrió por décadas, para despistar a sus perseguidores encabezados por Friedrich Poltz.

Con todo, lo que más me impactó de las infidencias de don *Chemo*, fue la de tener un medio hermano: Yeike -fuego en *Aónikenk*- que conocería al llegar a nuestro destino, juntamente a Soorken, su madre.

- ¿Entonces, ella fue su primera esposa? -. Deduje, la tarde cuando me contó que mi papá tuvo otra familia.

- No se casaron, pero convivieron varios años -. Me aclaró enseguida con su sonsonete característico. - ¡Eso sí! Soorken no fue su primer amor -.

- ¿Cómo? ¡Sí dijo que fueron pareja antes de conocer a mi mamá! -.

- ¡Y así fue, *pibe*! Pero, en Punta arenas ya se había enredado con una protegida de *Minerva*: Alicia Appel, *La Cariño malo* -. Confesó, rascándose con una mano su escasa pelambreira cana, mientras con la

otra sostenía el mate que sorbeteó sonoramente.

- ¡Con una prostituta! ¡Ufff! - . Abominé espontáneamente.

- ¡No era una *trola*, como *decís lengualarga*! -. Me corrigió, haciendo un gesto torvo. - Era una *papirusa* descendiente de alemanes -.

- ¿Y cómo fue que se enamoraron? -. Quise saber de inmediato.

- Nadie lo supo bien, muchacho. Exceptuando a *El Vasco* que, le tapaba sus escapadas a la ciudad para encontrarse con la damisela, con quien tu papá incluso maquinó una escapada a Valparaíso...-.

- ¿Y por qué no se fueron? -. Lo interrumpí. - ¿Ella se arrepintió? -.

- Porque *La Cariño malo* se esfumó... El mismo día en que secuestraron a *El Vasco* y un paisano de Iván que, fueron ejecutados con un par de tiros cruzados en la mollera -. Evacuó con su arrugado rostro contraído.

- ¿*La Cariño malo* los mató así? -. Exclamé horrorizado y don *Chemo* lo puso en duda.

- No lo creo. Pero, por lo menos fue cómplice la traidora esa -. Y, resoplando perturbado por los amargos recuerdos, me aseguró que Alicia fue una agente de la *Germanenorden* que, tuvo el rol de propiciar la captura de su amante.

- ¿Cómo? ¿No se suponía que estaba enamorada? -. Protesté.

- Al final, sí. Porque, de hecho, se reencontraron años más tarde -.

- ¿Y en qué época fue eso? -. Lo interpele, calculando la posible infidelidad a mi mamá.

Mas, en aquella coyuntura el otrora ovejero se retrajo, negándose a escarbar ese tema y cualquier otro que, involucrara a la secta de asesinos germanófilos, hasta que lo abordé durante la preparación del asado de año nuevo, en el quincho bajo un arrinconado cobertizo en el patio que, nos permitió separarnos lo suficiente de los familiares de su

esposa, como para retomar la conversación pendiente sin testigos.

- Ya pues don *Chemo*, dígame por qué mi papá fue a ver a *La Cariño malo*, aun sabiendo que lo había delatado -.

- El amor es así, muchachito...-. Trascendió, suspirando. - Pero, además creo que, tu *taita* estaba hastiado de todo ese *quilombo* con los alemanes. Y, para cuando empezó a visitar a la *papirusa* esa por el año 32, ya le daba lo mismo si *Thule* o como se llamen ahora salía a cazarlo -.

- Escupió triste, removiendo las brasas de la hoguera.

- ¿Y, por qué cree que ya le daba lo mismo? -.

- Porque *El Bagual* sabía que tarde o temprano sus enemigos lo matarían si no entregaba los pergaminos de ese Ingvar -. Me contestó, revelándome así que supo de aquellos arcaicos correos.

- ¿Y usted, vio esos manuscritos alguna vez? -. Lo interrogué en el acto, soslayando su nostalgia remojada en tinto.

- ¡No, que va! -. Descartando de plano saber siquiera su contenido. - Por lo demás, a los pocos meses Kusanovic me sacó *Edéngrado* para traerme aquí, a Chiloé.

- ¿Y, *vos podràs* leer esas *escrituras* si las tuvieras a mano? -. Me sondeó, astutamente. - Porque mi amigo Iván si podía y hasta hizo una copia -.

- ¡Con un libro que hay en mi casa podría intentarlo! -. Respondí, reteniendo que existía un duplicado de *Las Cartas de Ingvar*.

-*Hácete* la idea. Pues, de lo contrario, las muertes de tus mayores perderían sentido -. Me advirtió muy serio.

Y luego de girar el espetón, para que la carne se asara por el anverso, el viejo reanudó la exhumación del pasado reciente, a partir del asesinato de mi tío-abuelo.

- Su cuerpo fue hallado a la semana por sus hijos, roído por carroñeros y

con los consabidos balazos cruzados en la cabeza -.

- ¿Entonces *Thule* tenía agentes en la isla Wellington? -. Inferí.

- No. Los que mataron a *Misha* fueron los alemanes del río Baker -. Me rectificó. Aseverándome que, su base era un aserradero cerca de caleta Tortel, desde la cual merodeaban el canal Messier y ocasionalmente, traspasaban *Angostura Inglesa* hacia *El Paso del indio*.

- Allí, al sur de bahía Edén, por isla Crossover, se vio a los *Bakerinos* toparse con un buque de su país. ¡Exactamente el día en que desapareció Mikhail! -.

- ¿Un buque de guerra? -. Inquirí atolondradamente.

Enterándome que, fue una fragata que, aparentaba ser una expedición científica con quien se cruzara, ya fuesen pescadores, canoeros nómades o la escampavía de la marina que los fiscalizó en *Paso del Abismo*.

- ¡Pero de científica nada, carajo! Y apuesto mis cojones a que, se confabularon con los *Bakerinos* para la asechanza -.

- ¿Y qué fue de ese navío, don *Chemo*? -. Seguí tras una breve pausa.

- Nadie los volvió a ver. Y ni la armada pudo dar con ellos -.

- Claro. Ya había pasado una semana desde el homicidio -.

- La verdad, algunos días más que eso, muchacho. Porque tus primos o lo que sean, no informaron a las autoridades. Sino que fue un *kawèskar* de los alrededores.

- ¿Y por qué tanta demora? -. Cuestioné con extrañeza.

- No lo sé con exactitud. Y sospecho que tus parientes quisieron esquivar las pesquisas...-.

-...Para evitar que averiguaran la verdadera razón del crimen -. Ensamblé, consensuando lo acertado de esa decisión.

- En todo caso...-. Siguió Anselmo. -...el cabronazo de *Misha* se llevó el secreto de los manuscritos a la tumba. Puesto que, ni Vassily su hijo

mayor, sabe dónde se encuentran.

- Lo imaginaba. Pero, hay algo que no entiendo -. Discurrí, agregando piezas en el rompecabezas que estábamos armando. - ¿Y es la razón por la que durante tantos años *Thule* dejó en paz a mi papá? Si desde que tengo memoria, vivimos en la misma casa y con nuestro verdadero apellido. ¡Era muy fácil dar con nosotros! -.

- Quizás, los alemanes creyeron que *El Bagual* desconocía la ubicación de esas *escrituras* -. Teorizó don *Chemo*. - Así que, no valía la pena perseguirlo, sobre todo, al informarse del quiebre con su tío y de ambos con *La Guardia del Dragón* -.

- ¿Y eso cuándo ocurrió? -. Proferí atónito.

- El de ellos dos, fue al volver del cónclave de Punta arenas el año veinticinco... Ya al regresar venían distanciados.

- ¿Y con la *Okhrana*? -.

- La primera vez en la misma reunión, en la que Iván acusó a *Minerva* de usurpadora. Y la definitiva, unos años después de partir de Puerto Edén -. Declarando acongojado que, el motivo por la que mi padre fue proscrito de *La Guardia*, había sido rehusarse a matar a *La Cariño malo*.

En ese instante, convulsionado por lo que acababa de escuchar, contuve mi arrebato y farfullando le pedí que continuara.

- No sé cómo *Minerva* averiguó que, cada dos o tres meses visitaba en Valdivia a Alicia, a quien más tarde le ordenaron matar... Y al negarse, cayó en desgracia, quedando sin protección ni amigos a excepción de *Kusanovic* -.

- ¿Y por qué debía eliminar a *La Cariño malo*? -.

- ¡Bueno, *ché!* ¡venganza! ¡Que era una soplona de la *Germanenorden!* Y por su culpa mataron a *El Vasco* y al pobre *Akim* ...-.

- ¡Sí, sí, sí! -. Lo atajé exasperándome. - ¿Pero, por qué tenía que ser precisamente mi papá y no otro? -.

- Eso fue un capricho de la *doña* que, nunca le perdonó a *El Bagual* la pérdida del *Vasco* -.

- ¿Y por qué no la mató ella misma? -. Resoplé enrabiado, causando con mi indignación que, don *Chemo* sonriera melancólicamente antes de contarme que, eso fue exactamente lo que mi papá le dijo a la *Betancourt*.

JETARKTÉTQAL

PUERTO EDÉN EN LA ISLA WELLINGTON, PRINCIPIOS DE ENERO DE 1942.

De las cuatro jornadas de navegación, la primera fue la peor de todas, conque vacié el vientre por la borda por horas, soportando las burlas de don *Chemo* y de los otros pasajeros que, al pasar los días fueron desembarcando en recónditas radas, desde cuyas arenas grises se despedían a gritos de la barcaza que, viraba aguas adentro para perseverar curso al sur, en un periplo que finalizó una mañana brumosa, perfilando la ribera occidental de *Paso del Indio* que, al norte de bahía Edén se abrigaba de un archipiélago de islotes que, conformaban un estrecho por el que nos adentramos disminuyendo la velocidad. En dirección del fondeadero de una curvada península, adonde se habían ido congregando los *kawésqares* de las tolderías próximas, entretanto, los canoeros de *Jetarktétqal* cruzaban la ensenada en sus *hallef*⁴², para trocar comida, alcohol y ropa usada a cambio de sus preciadas pieles que, ya nos ofrecía una pequeña multitud apostada en el atracadero, o a lo largo de la playa colindante en la que distinguí a mi parentela, tanto por su peculiar aspecto como por su estoica actitud que, desentonaba con la ansiosa algarabía de los canoeros que, nos daban la bienvenida a grandes voces y aspavientos.

- ¡Son ellos, muchacho! ¿Los ves? -. Me ratificó don *Chemo*, apuntando a las seis siluetas húmedas por la llovizna que caía. - Ahí está Xoshem con sus tres hijos: Vassily, Boris y la menor que, creo se llama Kaltenk;

⁴² Canoa en lengua *kawésqar*.

al lado de Soorken, la prima de tu tía con su hijo Yeike, tu medio hermano -.

Entonces, escudriñé a las tres espigadas mujeres de distintas edades, pero igualadas en las gruesas trenzas con que se adornaban, en sus vestidos y en los capotes de pieles con que se cubrían, similares a los del trío de hombres que las secundaban, más altos que ellas, de tupidas barbas y con guedejas de pelo manando de sus capuchas que, chorrearon el relente de un repentino chubasco que, me forzó a desviar la atención a mi heredada valija, para protegerla del salpicadero de agua que rebotaba en la cubierta. Entorpeciendo las maniobras de atraque, para escorar la barcaza al muelle colmado de indígenas que, ayudaron al amarre de los cabos y a fijar el tablón sobre la escollera que, con el beneplácito del capitán cruzamos cargando nuestro equipaje, para abrimos paso entre la muchedumbre a tierra firme, yendo al encuentro de los “Mijailovich” que se habían quedado solos en la orilla, esperándonos en una silenciosa inmovilidad que fue rota por la mujer mayor, quien a poco de llegar a ellos nos hizo una venia que, Anselmo correspondió deteniéndose para saludarla y presentarme a viva voz.

- Él es Iván Dragomir Andrade. El *yahamel* chileno de *El Bagual* -.

- Lo podemos ver, *Mochó* -. Reconoció Xoshem. - Su *kee* es el de su *anko*⁴³-.

- ¡Bienvenido, Iván *chico*! -. Pronunció solemne.

Invitándome a acercarme para que estrechara sus manos extendidas que, entrelacé con las mías en una efusiva salutación que, luego repetí con Soorken y con la más joven, - Kaltenk -, muy parecida a su madre excepto por la nariz recta y sus pupilas azul-gris que, sondearon mi

⁴³ En lengua *Aónikenk* la palabra *yahamel* significa hijo, *kee* es cara, rostro y *anko* es padre.

alma por unos eternos segundos, antes de ceñir la áspera diestra de Vassily que, tendría unos treinta años y que como su hermano menor y Yeike, se cruzaba un fusil enfundado detrás del largo abrigo que, con los pantalones de cuero embutidos en las botas, les conferían el atemorizante aspecto de bandoleros patagónicos que, inevitablemente equiparé con los personajes novelescos de Julio Verne o Emilio Salgari. - ¡Eres igual al tío *Vania*, *Xwanito*! -. Celebró, comparándome con mi papá, a quien recordaba con cariño.

Al revés de Boris que, se eximió diciéndome que era muy pequeño cuando se marchó, al sacudirme con un recio apretón de manos que, se contrapuso a la fría indiferencia de mi hermanastro que, solo me ofreció un leve gesto con la cabeza, sin despintarle el ojo a la añosa valija de nuestro padre que, tampoco había pasado desapercibida para Xoshem y Soorken que, la miraban de reojo con un aire de resignada fatalidad que, suponía cierta noción de lo que antaño contuviera mi maleta que, un enjambre de niños *kawésqares* me intentaron quitar jugando, al traspasar su campamento de rucas ovas para alejarnos de la línea costera. Hasta alcanzar la ladera de un cerro trasero que, remontamos en hilera para ganar una estrecha meseta rocosa, desde la que observé a Yeike abajo en la pendiente, quitándose la capucha para liberar su melena al sol que, emergía de las nubes revitalizando el oropel de sus mechones y las doradas hebras de su barba que, refulgían contrastando con el cobre de su tez curtida, iluminada por las pupilas azul-agrisado de los Dragomir.

- ¡Mira para acá, Iván *chico*! -. Me llamó de pronto Xoshem, atrayéndome al borde oeste de la cresta, para mostrarme una pequeña

base de aviadores⁴⁴ al otro lado de la bahía.

- Por eso los canoeros se fueron asentando aquí -. Aportó Vassily, girándome del brazo al norte.

Para que, viera la ancha cuenca que navegaríamos, hacia el margen interno de la gran isla Wellington, cuyos macizos nevados se reflejaban en las prístinas aguas que, cruzamos en dos turnos a bordo de una chalupa que, mis primos encallaron en la playita pedregosa donde la volcaron, antes de seguir a Boris al pie de un escarpado rastro, encubierto por la frondosidad que revestía el paredón que debimos trepar, para encumbrarnos al perfil más elevado de península *Oldfield* que, dejamos atrás por una sinuosa trocha que, siempre al norte culebreaba surcando matorrales, helechos y pasto alto. En una caminata que, en unos veinte minutos nos condujo a un bosque de ñirres, arrebajado en una hoya regada por un arroyuelo que, transpusimos por un puente de troncos unidos por traviesas, para seguidamente ascender a un claro guarnecido de peñascos que, apuntalaban varias edificaciones de rollizos de madera, centradas en torno al caserón principal adosado a un risco, al que también se apegaba una chimenea de piedra que, sobresalía de la techumbre musgosa de dos aguas que, se prolongaba con un cobertizo sostenido por gruesos postes que, eran utilizados para colgar herramientas, sogas, lámparas y aperos. Asemejándose a una versión austral de las cabañas del lejano oeste que, se replicaba en un rancho contiguo perteneciente a Soorken y Yeike, como me indicó Kaltenk al franquear un portal verdoso de líquenes, en el que aún se podía leer un bajorrelieve en cirílico: Эдемгород -*Edéngrado*,

⁴⁴ **Puesto aéreo de Puerto Edén:** El 7 de enero de 1937 se inauguraba con los hidroaviones Sikorsky S-43, denominados “Chiloé” y “Magallanes”, el servicio aéreo regular y experimental de pasajeros entre Puerto Montt y Punta Arenas que tuvo una posta o escala intermedia en las inmediaciones de Puerto Edén, en donde se procedía a reabastecer de combustible a estas aeronaves.

marcando los límites entre selva fría y aquel minúsculo asentamiento que, incluía una bodega, una letrina, un establo y un corral techado, del que salieron a recibirnos la esposa de Vassily y sus hijitas *Annezka* y *Masha* que, se abalanzaron corriendo a los brazos de su padre que, nos las presentó jubiloso junto a Micaela, su mujer. Quien, sin demora nos remitió al saledizo, para que dejáramos allí los abrigos y botas mojadas que, cambiamos por el calzado con el que entramos a la casa grande, para disfrutar de un opíparo festín de recibimiento que, fue inaugurado con unos tragos de un turbio aguardiente, mientras la dueña de casa, su hija menor y su nuera le iban pasando a Soorken y a Boris, los azafates de carnes de caza y mariscos hervidos, papas cocidas y ensalada de repollo, acompañados con pan amasado caliente que, con don *Chemo* empezamos a mordisquear apenas ocupamos nuestros puestos en la mesa. Incapaces de esperar, a que Xoshem diera por iniciada la comilona que, con su aprobación comenzó en unos minutos, amenizada por el intercambio de novedades familiares que, me granjeó la oportunidad de inquirir por la subsistencia en aquellas soledades que, Vassily definió de imposible sin la dos pequeñas naves que, fondeaban en un seno aledaño llamado *K'eltéja-jetowána-ase*, desde el que salían por bahía *Jetarkté* al *Paso del Indio*, para navegar por el canal Messier al norte, más allá de Tortel y la desembocadura del Baker, para trapichear harina, petróleo, velas y otros abastos que, no conseguían suficientemente del trueque con las barcazas.

- ¿Y con los aviadores no tienen contacto? -.

- Nosotros no, *Xwanito* -. Respondió lacónicamente *Vicho*, como le decían a Vassily sus hermanos.

Interviniendo Boris, para explicarme que se evitaban mutuamente, a raíz del asesinato del tío Mikhail.

- No nos creyeron que, los madereros del Baker mataron a mi *anko* -.
Un dato que no me pasó inadvertido, porque encajaba con lo que me había contado don *Chemo*, máxime, si el distanciamiento con el personal aéreo permanecía vigente.
- Pero, hay que reconocer que la vida de los canoeros ha mejorado con su llegada -. Continuó, aludiendo a los víveres y suministros que, traían los hidroaviones que amarizaban en Edén.
- Igual que la de nosotros, *Chito* -. Se entremetió su hermana, reprochándole la omisión de la antena del pequeño puesto militar, gracias a la cual podían captar noticias por radio.
- ¿Tienen radio aquí? -.
- En la motonave -. Preciso Yeike en una esquina de la mesa.
- Por lo que, estamos al tanto de la retirada de los nazis de Moscú -. Retomó Vassily, refiriéndose al fracaso del asedio de la capital de Rusia. - “Se está dando vuelta la tortilla”, *Xwanito* -. Preconizó contento, pidiéndome que confirmara la contraofensiva rusa que, había roto el cerco y se enfrentaba en numerosos combates a las tropas *hitlerianas*.
- Así es...Pero, no hay que cantar victoria todavía -. Apunté, advirtiendo del peligro que entrañaba para nosotros que, Rusia no lograra vencer a los invasores o pactara una tregua.
- ¿Por qué dices eso? -. Se interpuso Kaltenk, alarmada.
Desviándome a explicarle que, si Hitler consolidaba su ventaja se voltaría a Sudamérica, apoyado por las prolíficas colonias germanas del cono sur.
- ¿Y tú crees que eso pasará aquí? ¿tan lejos de todo? -. Objetó mi prima con sarcasmo.
- Apostaría a que, el sur de Chile y la Patagonia serían el primer

objetivo de los nazis -. Afirmé con gravedad. - Ya que, este país alberga la mayor emigración alemana del continente que, se concentra en la misma región en la que abundan avistamientos de submarinos del *Reich*, especialmente en las costas cercanas a Valdivia, Puerto Montt y Chiloé -.

Entonces mi medio hermano, que escuchaba indiferente, dio un respingo en su silla y atarantadamente exclamó: ¿Por allá también se divisan? -.

...Y todos nos quedamos callados, porque esa pregunta fue el inesperado reconocimiento, de que los *O-Boote* rondaban los canales adyacentes, como nos comprobó Yeike al contarnos que, un año atrás navegando al norte de *Jáutok*, se toparon con las canoas de unos *kawésqares* errantes que, les dijeron haber visto emerger a unas *ballenas de metal* en el canal Adalberto.

- Pero, no les creímos hasta que, vimos un submarino en las cercanías de isla Knorr, en la boca de canal Fallos -.

- Tuvimos suerte de que no nos pillaran -. Agregó Boris que, a reglón seguido, narró la peripecia de la huida al canal Messier.

- Pero meses después, los avistamientos siguieron -. Empalmó Vassily, explicándome que, esos azarosos tropiezos eran el comidillo en los tendales de *Jetarktétqal* que, *Kal*, como le decían a mi prima, corroboró garantizándome que, todo Puerto Edén sabía de las apariciones de los sumergibles alemanes.

- ¿Y qué dicen los aviadores de esto? -.

- Nada, al menos por radio -. Dijo *Chito*, admitiendo que interferían la frecuencia del puesto aéreo, los hidroaviones y de las escampavías de la armada.

Y que, asimismo interceptaban las ondas emitidas por naves extranjeras

que, en el caso de los supuestos submarinos eran inaudibles, por los chirridos y ecos remotos que, de igual modo les fueron útiles para detectar la trayectoria de los dos o tres *O-Boote* que, transitaban regularmente de norte a sur y viceversa.

- Seguramente, tienen la misión de amagar el comercio marítimo de los aliados en todo el Pacífico, desde el canal de Panamá al estrecho de Magallanes -. Conjeturé en voz alta. - Y eso, quiere decir que requieren de una estación para reabastecerse -.

- ¿Y qué mejor que el sur de Chile, adonde cuentan con miles compatriotas y sus descendientes deseosos de ayudarlos? -.

Asoció Vassily, redoblando su apuesta con que, si los *O-Boote* disponían de una base en la región, aunque fuera pequeña les serviría de punto de partida, para la exploración y posterior conquista de un enclave, en la casi deshabitada región de Aysén, o, en los archipiélagos de la Patagonia que, en un principio serían poblados por colonos chileno-germanos, quienes ya registraban el precedente de colaboración con el mítico *SMS Dresden*⁴⁵ que, a fines de 1914 escabullera por los canales australes, huyendo de las naves británicas que aniquilaron a su escuadra en las Islas Malvinas.

- Y como ingleses no pudieron dar con el escurridizo *Dresden* -. Rememoró mi tía-abuela. - Prometieron una gran recompensa a quien les proporcionara su ubicación -.

- ¿Y dónde estaba? -. Indagué, intrigado por aquella desconocida fase de la odisea del crucero alemán.

- En territorio de pesca *kawésqar* -. Contestó Xoshem. - Pero, los canoeros no delataron a los prófugos, porque los ingleses trataron de engañarlos, ofreciéndoles solo pan en lugar del dinero prometido -.

⁴⁵ Nota histórica N°8.

- ¿Y qué pasó con el *Dresden*, *ane*? -. Le preguntó *Kal* a su madre.

- Ahí fue cuando el cónsul inglés de Punta arenas buscó a *Kusanovic* -. Desembuchó, sorprendiéndonos, con la participación del tío *Vladi* en esa épica trama que, se alargó con las circunstancias de su arribo a Edén, para que su marido intermediara con los canoeros de *Jetarkté* que, acabaron por abordar la antigua motonave *Dalmacia I*, para acompañarlos a verificar la posición del navío fugitivo que, había sido guiado por el práctico chileno-alemán *Harry Rothenburg*, a una desconocida abra de la Isla Santa Inés, adonde recibía periódicamente aprovisionamiento desde Punta arenas, a cargo del célebre “capitán *Chucu-chucu*”, *Albert Pagels*⁴⁶.

- ¿Eso indicaría que, mi *anko* cobró la recompensa? -. Inquirió *Boris* entusiasmado.

- No, hijo. Puesto que, al irse acercando, los vigías del *Dresden* los descubrieron, zarpando a toda máquina a una nueva guarida que, les había encontrado el capitán *Harry* en el fiordo de *Quintupeu*, en *Chiloé* continental -.

A cuyo amparo, me fui enterando, repararon las calderas y el sistema de propulsión, con la vital asistencia de los inmigrantes germanos de *Puerto Montt* que, establecieron una línea de abastecimiento intermitente que, les suministró a los escapados los repuestos necesarios, toneladas de combustible, alimentos frescos y variadas muestras de repostería alemana, para felicidad de la sufrida marinería del crucero que, inclusive fue agasajada una fiesta de despedida con orquesta, discursos y baile, al llegarles la orden de partir a las lejanías del Pacífico.

- ¿En serio?... No fue Chile neutral en esa guerra -. Argüí incrédulo.

⁴⁶ **Harry Rothenburg y Albert Pagels:** Nota histórica N.º 9.

- El país, quizás, lo fue -. Vaciló Xoshem. - Pero, los alemanes *achilenados* hicieron todo lo que pudieron para que su madre patria ganara esa guerra... Así como ahora lo hacen en esta -.

- ...Cosa que nunca nos importó hasta que mataron a mi *anko* -. Recapituló Vassily pesaroso. - Porque, no tenemos duda de que los culpables son los alemanes del Baker -.

- ¿Y ustedes saben por qué lo hicieron? -. Arrojé deliberadamente, inquietando a don *Chemo* con mi urgencia por ir al meollo del asunto.

-...Por la misma causa por la tu padre y este argentino loco llegaron aquí de jóvenes -. Manifestó la matriarca crípticamente, en un juego de palabras que, me desafió a comenzar a mostrar mis cartas.

- Algo sé de eso, por los documentos que hallé en el despacho de mi papá -.

- ¿Qué documentos, Iván *chico*? -. Arremetió Xoshem sorprendida.

- ¡Los que cuentan la verdad de nuestra familia! -. Revelé de sopetón, gatillando que me preguntara por lo que había descubierto que, enumeré a grandes rasgos prescindiendo de cualquier alusión de la *Drakonya Okhrana* y sus secretos.

- Eso sí, no encontré nada sobre los alemanes del Baker -. Deslindé al terminar, revirtiendo el centro de interés al misterioso aserradero, que bien podía ser la base de reaprovisionamiento de los *O-Boote*.

- ¿Han ido para allá alguna vez? -.

- Nunca, a pesar de querer ir a vengar a mi *anko* -. Refunfuñó Vassily. Lanzándole un reproche a su madre que, fundamentó su oposición a esa fallida incursión, contándome que los días posteriores a la muerte de su esposo, arribaron a la base aérea unos pescadores chilotes para denunciar que, bordeando el canal Messier casi chocaron con una moderna lancha a motor que, persiguieron hasta una factoría en el

estuario del Baker que, resultó ser un verdadero fuerte con altos muros de troncos y un grueso espigón de rocas, vigilado por un guardia desde una torrecilla con ametralladora que, les vació algunas ráfagas para espantarlos.

- Hubiera sido un suicidio ir a enfrentarlos ahí - Complementó Kaltenk.

- “En la cancha se ven los gallos”, *Kal* -. Le retrucó Boris molesto

- *Gallos* con tres fusiles y una pistola, *Chito*-. Desestimó desdeñosa, echándole en cara la clara desventaja de su exiguo arsenal. - Además, parece que se te olvidó que, los pescadores dijeron que ese aserradero era una fortaleza -.

- Y con una gran antena -. Les refrescó Xoshem. - Para pedir ayuda por radio si era necesario -.

- ¿Imagino que, han intentado captar las ondas que emiten desde el Baker? -. Me entrometí en ese justo momento.

- Tratamos -. Fue la escueta negativa de Vassily que, repasó las pocas veces que pudieron interferir unos telegráficos mensajes en clave. - Y más encima en alemán, así que no entendimos ni una palabra, salvo que el jefe era un tal *Fritz Poltz* -.

- ¿Quién? ... ¡A ver repite ese nombre! -. Le demandé a mi primo que, al satisfacerme suscitó que, me conectara con un dato registrado en mi cuaderno que, inmediatamente fui a buscar ante la estupefacta mirada de todos que, me vieron hurgar en mi maleta hasta encontrar la bitácora que, llevé a la mesa anunciando que, entre las notas paternas, había hallado un apunte que sindicaba a Poltz como el cabecilla de los *Wehrwolfs* en la Patagonia y Magallanes.

- ¿Y quienes son esos? -. Preguntó *Kal*, dándome la oportunidad de explayarme sobre la historia de los *Lobos* y su persecución a mi padre que, comenzó con la violación de su correspondencia en 1916.

- De eso me acuerdo perfectamente -. Atestó *don Chemo* que, se retrotrajo a la época de la gran guerra, para relatarnos que los agentes germanos habían infiltrado la mayoría de las instituciones públicas, incluyendo la oficina postal. - Ahí fue donde le abrieron la carta a *El Bagual* -. Remató.

- Esto implicaría que, los *Wehrwolfs* pudieron interceptar los correos de nuestros padres por años -. Infirió Vassily contrariado. - Y, fueron atando cabos hasta que, tras localizar a mi *anko*, Poltz envió a los alemanes del Baker para matarlo -.

- Es lo más probable -. Intervino Boris que, notoriamente consternado nos alertó de que, quizás los *Wehrwolfs* sabían todo acerca de nosotros.

- ¡Todo, no! -. Trascendí misterioso. - Puesto que, el verdadero mensaje de las cartas no era “visible” para nuestros enemigos...-.

- ¿Cómo es eso? -. Acometió *Kal* extrañada.

- ...Es que, *la oscuridad de los secretos se revela a la luz de la verdad* -. Declamé gozando de su perplejidad.

- No entiendo -. Bufó molesta.

- Es así como te digo -. Le respondí, explicándole que, las cartas provenientes de Rusia disfrazaban mensajes invisibles que, solamente se podían ver a trasluz.

- ¿Supongo que, habrás traído alguna para demostrarlo, Iván *Chico*? -. Interfirió Xoshem suspicazmente.

- ¡Claro que sí! -. Y, anticipándole que, justamente había traído la carta con la amenaza, me devolví a mi valija para sacarla y exhibirles el sobre amarillento que, abrí con cuidado para mostrarles la primera carilla que, contenía las palabras circuladas con tinta azul que, unidas configuraban la frase que traduje en un, “*Nunca saldrás de esta ciudad*”. Para luego, anteponer la misma hoja contra la luz de una vela que, traslució el texto

subyacente del *Código de Nóvgorod* que, transliteré trabajosamente narrando los acontecimientos que, antecedieron a la muerte del líder en el Volga de la *Drakonya Okhrana*, el Pope Semyon Kramarenko, quien fuera mentor de mi padre y guía espiritual de nuestra familia rusa, hasta su aleroso asesinato perpetrado por los *Lobos* que, posteriormente sufrieran la venganza de los *Drakony* capitaneados por Iván *El Sonriente* que, sucedió al sacerdote al mando de *La Guardia del Dragón*, cuya importancia para nuestra estirpe reseñé brevemente.

- ¿Y quién era ese Iván...sonriente? -. Me apremió Kaltenk.

- Nuestro bisabuelo, pero cayó en combate hace aproximadamente veinte años, como lo informaran los abuelos en una de sus postreras cartas -.

- ¿Y, desde cuándo no hay noticias de esos abuelos? -. Terció Vassily.

- De finales de 1922 -. Puntualicé, indicándole que, por lo tanto, *La Guardia* había quedado diezmada y sin jefes.

- ¿Oye, escuche bien o dijiste que, todos los Dragomir fueron parte de esa *Guardia...la Okhrana*? -. Continuó mi primo mayor que, quería saber si su padre había pertenecido a esa cofradía.

- Eso es lo que escribió el Pope Semyon en su carta rara -. Aseveré.

- ¿Estás hablando de ese “acordeón” de hojas pegado a dos estampitas?

-. Especificó Xoshem, evidenciando haberla visto en el pasado.

Y asintiendo, saqué de un bolsillo del pantalón mi billetera que, abrí para extraer la curiosa misiva plegada que, presenté exponiendo ambas caras de la desteñida imagen de San Jorge que, encerraban los abanicados pliegues escritos en cirílico que, leí a modo de preludeo azuzado por mis primos que, sin darme respiro me acercaron un mechero encendido, para que a su lumbre tradujera el mensaje invisible:

- “*Mi buen Vania: Si es que estás leyendo este mensaje, es que*

recuerdas como descifrar el código que hemos utilizado por siglos, para resguardar el enigma que protegemos desde hace más de ochocientos años, consagrados como Drakony de la “La guardia del Dragón”, a la que han pertenecido todos los varones de tu familia, para preservar el legado de vuestro remoto antepasado Ingvar Eymundrsson de Uppsala. Llamado “El señor de los Barcos-Dragón” por los paganos sarracenos, y “El que ha ido más allá” o “El Viajero” por su gente, –los hombres del norte-, en honor a sus incursiones a los confines del mundo y más allá. Pues Ingvar, traspasó las fronteras de la realidad, a través de un poderoso y arcano conocimiento, cuyo hallazgo describió en las cartas que le envió a su señor el rey Yaroslav de Kiev, durante la etapa final de su viaje a lejano oriente...”

Y viendo que mis primos y Yeike me escuchaban totalmente embobados, me prolongué en la epopeya de *El Viajero* que, en definitiva, concluí con el retorno del Pope a la época actual:

“...Como ya supondrás, el principal propósito de La guardia es proteger “Las Cartas de Ingvar” de lo que hoy es la Germanenorden y sus seguidores, que creen que aquellos antiguos manuscritos les otorgará la omnipotencia que cambiaría el curso del mundo para siempre, permitiéndoles fundar la gran Germania que incluye la anexión de la región del Volga que, sería perpetrada por los Wehrwolfs que nos han ido acorralando desde antes de la guerra, obligándonos en el ayer a enviar a la Patagonia a tu tío Mikhail, para protegerlo del grave peligro que amaga a los descendientes de “El que ha ido más allá” y el secreto que trajo del Este...”

Continuando la dificultosa descryptación que, me hizo perder la noción del tiempo y del entorno que, se fue envolviendo de una creciente oscuridad que, se iba colando a través de los ventanucos de la

estancia, en donde mis familiares permanecían sentados en trance, asimilando una verdad que rompía los límites de su realidad.

- ¡Es increíble! -. Musitó Vassily de repente, trizando el hechizo que poseía al resto al ponerse de pie.

- ¡Aprovecha de ayudar a acostar a las niñas, *Vicho!* -. Lo reconvino su madre, al ver que *Mica* también se levantaba para ir a despertar a sus hijas que, dormitaban sobre unos pellejos lanudos cerca de la chimenea.

- Tus nietas pueden caminar solas a la pieza, *ane-*. Le replicó, apuntando a su mujer que, se las llevaba de la mano al interior de la casa, en el intertanto que él iba a la cocina a buscar otra botella de aguardiente, haciendo oídos sordos a las quejas maternas que, le recriminaban su afición por el licor que imputaba a la herencia genética de los Dragomir.

- Porque a tu papá no quien le impidiera tomar cuando quería -. Acusó Xoshem, para enseguida enrostrarle a don *Chemo* sus borracheras con su marido y su sobrino que, con su evocación provocaron una nueva ronda de brindis, antes de volver a los misteriosos entresijos de la *Okhrana*.

- Bueno, por lo que entendí...-. Principió Boris a sintetizar. -...Nuestros padres, así como todos los miembros de nuestra familia, han sido parte de esa cofradía o lo que sea que, protege unas cartas escritas hace mil años por un antepasado que, en sus viajes halló algo que afectaría el destino de la humanidad -.

- Es más, o menos así -. Concordé, subrayando que, *Las Cartas de Ingvar* contendrían el secreto que salvaguarda *La Guardia del Dragón*.

- ¿Y sabrás que dicen esas cartas? -. Masculló un achispado Yeike. - ¿O, a dónde están? -.

- No, aún. Pero, todo indica que están en esta isla y, por eso traje un

mapa que podría servirnos para dar con esos pergaminos -.

Y, fui por el cilindro de cartón que preservaba el plano que, extendí en la mesa una vez que estuvo despejada, para enseñar el trazado manual de ocho líneas punteadas que, recorrían la carta geográfica de la isla Wellington y sus canales.

- En su mayoría, estas rutas se dirigen a lugares frecuentados por mi *anko* y el tuyo -. Reconoció Vassily de un vistazo.

- ¿Y qué son esos dibujos en las puntas? -. Preguntaron al unísono sus hermanos, refiriéndose a las runas en el extremo de cada derrotero.

- Son unos antiguos signos que, parecieran simbolizar la utilidad de cada recorrido -. Expliqué, añadiendo que, los caracteres rúnicos podían ser claves para hallar los manuscritos, puesto que en el mapa existían otras sendas menores esbozadas sin esas marcas.

- ¿Pero, por qué estás tan seguro de que esas *Cartas de Ingvar* estarían aquí? -. Me discutió Kaltenk, apelando a que ni nuestros abuelos ni el Pope lo habían revelado en sus mensajes invisibles.

- ¿Y adonde más podrían haberlos escondido? -. Le retruqué, callándome que hubo partes de esas cartas que no les leí.

- ¡En algún lugar de Rusia o de Europa, supongo! -.

- ¿Entonces, para qué enviaron a tu papá tan lejos? -. Contraataqué, recordándole que, el pope escribió que habían enviado al tío Mikhail a la Patagonia para protegerlo a él... y al *secreto que trajo del Este...*" -.

- Es verdad, *Kal* -. Intercedió Boris. - Eso decía al terminar ese cura -.

- Bueno, *Xwanito*... ¿Y qué quieres que hagamos nosotros? -. Se interpuso Vassily, evitando que dilatáramos la controversia.

- ¡Quiero que me ayuden a encontrar esos manuscritos! -. Le contesté, exaltando que, teníamos que anticiparnos a los planes de *Thule* que, intentarían apoderarse de *Las Cartas de Ingvar* a como diera lugar...-.

- ¿Qué es *Thule*, *Xwanito*? -. Me detuvo Vassily.

- Son los continuadores de la *Germanenorden* -. Expuse, asociándolos al crimen del tío Mikhail que, perpetraron por medio de Poltz y sus *Wehrwolfs* del Baker. - ¡Que asaltaran *Edéngrado* tarde o temprano! -. Advertí dramáticamente, para que mis primos aquilataran la gravedad del riesgo que, provocó su decidido compromiso conmigo al envés de Yeike.

- ¡Yo no iré a ningún lado! ¡Menos, si se trata de las locuras de mi papá!-. Protestó con rabiosa determinación, generando la imprevista intervención de Anselmo.

- ¡Irás *pibe*! -. Vociferó, golpeando la mesa con el puño. - ¡Sos un Dragomir y cumplirás la misión por la que murieron tu *taita* y tu tío! -. Estremecidos por esa violenta reprimenda, presenciamos como Yeike lo fulminó con una mirada iracunda, alegándole enronquecido que su padre desapareció en su niñez, espantando a Soorken con los cuajos podridos de su alma que, vomitó en una larga retahíla que don *Chemo* aguantó estoicamente, hasta que mi hermanastro se calló bufando agitadamente, dándole la oportunidad a *El Viejo* de esclarecerle que, su amigo Iván jamás quiso abandonarlo, y que era muy feliz con su él y su madre.

- ¿Y por qué nos dejó? -. Renegó con el rostro escondido bajo su melena.

- *La Guardia* le exigió partir, para salvarlos de los *malandras* que les *afanarían* esos famosos manuscritos. ¡Eso fue lo que pasó, muchacho! .

- Por eso zarpó con Kusanovic -. Adicionó Xoshem con pena. - Se fue convertido en un cebo para que los alemanes lo persiguieran -.

- ¡Es cierto, *Quique*! -. Refrendó Soorken con voz llorosa. -Tu papá no quería irse -.

- ¡Nunca me dijiste nada de esto, *ane!* -. La criticó su hijo confundido.
 - Fue lo mejor que pude hacer, para evitarte los peligros de la verdad hasta que fueras adulto -. Se excusó abatida.
 - ¡Creo que ya estoy grandecito! -. Le espetó irritado, increpándola por hacerle creer que fueron abandonados.
 - Con tu tía ya estábamos por contarte -. Se justificó afligida. - Pero, al enterarnos de que Iván *chico* vendría, decidimos esperar su llegada para sacar todo a la luz -. Espiró con un sollozo que, indujo a que Yeike la abrazara, para consolarla susurrándole algo que la tranquilizó, reestableciendo una cierta armonía de la que se valió Xoshem, para preguntarme que haría para encontrar “*Las Cartas de Ingvar*”, mirando con el rabillo del ojo a Vassily rellenar los vasos.
 - El plan es sencillamente, seguir una de las rutas del mapa. Pero, no sé cuál elegir -.
 - Yo creo que, primero deberíamos explorar la más lejana - Planteó Kaltenk, suscitando la tajante oposición de *Vicho* que, su hermana contrarrestó alegando que no podía prohibirle nada.
 - ¡Métete en la cabeza que no te llevaré, *chulenga!* -. Ladró Vassily, tachándola despectivamente cría de guanaco.
- Un insulto que mi prima no dejó pasar, trabándose en un rudo altercado que, rápidamente ameritó la mediación de su progenitora que, dirimió la disputa en favor de su hija afirmando que nos sería útil.
- *Kal* ya no es una *talenke* -. La respaldó, recalcando que el legado de su *anko*, era de todos sus hijos por igual. - Así que irá con ustedes -.
 - ¡Si está tan grande, ya debería casarse! -. Enlazó Boris maliciosamente.
 - ¿Y con quién quieres que me case? -. Saltó *Kal* encolerizada. - ¿Con un canoero? Porque aquí no hay nadie más, aparte de los aviadores que

son muy viejos para mí -.

- No creo que los *kawésqares* te repudien, aunque seas una *yemma* -. Ironizó su hermano. A sabiendas de que, los indígenas locales no se mezclaban con otros pueblos.

- Perdón, pero ¿Qué significa *yemma*? -. Consulté tímidamente.

- ¡Extranjeros, en lengua *kawésqar*! -. Me ilustró Vassily, repartiendo los vasos llenos para brindar por nuestra aventura que, muy a su pesar entrañaría la inclusión de Kaltenk.

- ¡Hagamos un *salud*, mejor! -. Nos alentó Boris para superar la discordia.

- ¡Salud! -. Brindó. - ¡Porque hallemos *Las Cartas de Ingvar*! -.

Y todos echamos un trago, incluyendo a Xoshem que, acto seguido demandó el mapa para orientarnos.

- Ponlo en la mesa -. Me sugirió Yeike, limpiando un sector de la superficie con Soorken, para que extendiera la rayada carta geográfica, cuyos circuitos fuimos analizando acuciosamente, hasta llegar a la inexorable conclusión de que, como mínimo tendríamos que batir tres de los ocho trillos que, por diferentes razones nos parecieron relacionados con el tesoro de Ingvar.

- Eso les llevará semanas de ir y venir -. Nos previno mi tía-abuela.

- ¿Cuánto nos demoraríamos en llegar aquí, por ejemplo? -. Tanteé, indicándole uno de los tres senderos seleccionados

- Dos días y medio -. Se adelantó Vassily preocupado.

-Eso, si hay buen clima -. Observó *Chito* que, sobreponiéndose a su incipiente ebriedad, nos hizo ver que solo tendríamos una oportunidad para explorar, sin correr el riesgo de ser hostigados por los alemanes.

- Así que, necesitamos saber adónde exactamente iremos -.

- Pero, para eso, habría que descubrir la razón por la que cada ruta

termina con una runa -. Le repliqué.

- ¡Creí que sabías que significaban esos dibujos! -. Me fustigó *Kal* decepcionada.

- ¡Claro que lo sé! Pero, no tengo idea de la conexión que hay entre cada runa y el lugar que marcan -. Me excusé, pidiéndole paciencia para desentrañar la incógnita que, nos entregaría la certeza del camino a elegir.

- ¡Y eso no será hoy, hermanita! -. Ultimó Boris, para proponer otro brindis que, fue el principio de la borrachera que, aquella noche amenicé con los enigmas de los archivos paternos que, nos extraviaron por un laberinto espacio- temporal que, en la madrugada me evacuó de vuelta al presente, yaciendo entumecido sobre unas pieles en el suelo.

NOTAS HISTÓRICAS.

-Nota histórica N ° 8: Crucero ligero de guerra SMS *Dresden*: Botado en Hamburgo el 1 de octubre de 1907, y después de varias operaciones fue enviado en 1914 a México, para proteger los intereses alemanes en ese país, al que arribaron en plena revolución acompañado del *Hertha* y el *Bremen*, para anclar en el puerto de Veracruz y más tarde Tampico, donde dieron refugio a los ciudadanos alemanes y de otros países, que huían del asedio de las tropas de *Pancho Villa* con todas sus riquezas, que dejaron a resguardo en el buque tras ser desembarcados en Kingston, Jamaica, ya que el *Dresden* había recibido la orden de regresar a Alemania. Pero, la **primera guerra mundial estalla** y llega la contraorden de permanecer en aguas americanas, que significó la confirmación como comandante del crucero del capitán Fritz Emil Lüdecke, escoltado entre otros oficiales por el teniente **Wilhelm Canaris** (futuro director de los servicios de inteligencia del III *Reich*), quienes dirigieron al *Dresden* en la persecución y hundimiento de varios barcos enemigos, con el apoyo de un carbonero, una cañonera y varias naves auxiliares, antes de atravesar el Estrecho de Magallanes para unirse en la Isla de Pascua a la escuadra del vicealmirante Maximilian Graf Von Spee. Bajo cuyo mando triunfaron en el **Combate naval de Coronel frente a las costas chilenas**, previamente a ser derrotados en las **Islas Malvinas** en el Atlántico sur, en un desastre del cual solo pudo escapar el *Dresden* gracias a la potencia de sus turbinas, que les permitió volver a cruzar el Estrecho para perderse en los canales de la Patagonia chilena, seguidos por una flota Británica que los obligaba a un derrotero cambiante por los remotos parajes australes, hasta que asistidos por los alemanes vecindados en Punta arenas **Harry Rothemburg y Albert Pagels**, recalaron en el arrinconado fiordo de Quintupeu, en el golfo de Ancud, para efectuar reparaciones y abastecerse con la ayuda de los alemanes locales y sus descendientes de Puerto Montt, Calbuco y de Punta arenas, quienes les proporcionaron los repuestos que necesitaban, mecánicos, víveres, carbón y hasta les llevaron un saco de correspondencia proveniente de Alemania, que incluyó una carta y un paquete con un chaleco con cuello de piel, enviado por la madre del joven *corneta* del buque Otto Hunger. Además, durante el periodo de las reparaciones, el crucero fue visitado en su escondite por la numerosa sociedad germánica de la región, que confraternizó con la tripulación en fiestas y verbenas previo al zarpe, que fue **precedido por la botadura a las profundidades del canal de un**

misterioso cajón concretado y sellado con brea, que supuestamente contendría al tesoro mexicano que ya no podían arriesgar en la aventura que emprenderían por el Pacífico, que en definitiva concluyó en la bahía Cumberland en la entonces llamada *Isla de Más a Tierra* del archipiélago de Juan Fernández, donde el 14 de Marzo de 1915 el solitario *Dresden* fue emboscado por la armada Británica, que tras un breve intercambio de disparos de cañones dejó en claro que el crucero alemán no tendría salvación. Por lo que, el capitán Lüdecke ordenó hundir la nave, mientras los tripulantes se acogían a la playa de la isla, en la que ulteriormente fueron capturados para ser transportados a la Isla Quiriquina, en la que permanecieron en internación hasta el final de la guerra, en excelentes condiciones y provistos de muchas libertades, como las salidas dominicales de los oficiales a Talcahuano y Concepción, que fue aprovechada por el teniente Wilhelm Canaris para fugarse y viajar al sur en tren, provisto de un pasaporte falso que le proporcionó la colonia alemana, que lo ocultó en la Mansión de la familia Von Geyso en Osorno, con anterioridad a enviarlo al fundo de los Eggers en Puyehue, desde donde cruzó a la Argentina alcanzando Buenos Aires para embarcar hacia Europa.

Al acabar la contienda mundial con la derrota de Alemania y sus países aliados, unos 60 marinos germanos del *Dresden* se quedaron en Chile para siempre, uniéndose a la comunidad germánica sureña, empleándose en diversos oficios y formando familias que perduran a más de un siglo.

El tesoro mexicano del *Dresden* no ha sido encontrado aun, pese a todas las expediciones que han escarbado los canales patagónicos, y en especial el fiordo de Quintupeu.

Nota histórica N.º 9: Albert Pagels Phnke: Nació en Rugen, región de Pomerania, Alemania, en la última década del siglo XIX. Y tras su paso por la armada de su país y luchar en la guerra de los *Boxers* en China, viajó por varios países antes de asentarse en Punta Arenas en el año 1903, para desempeñarse como buscador de oro y trampero, con lo cual reunió dinero para comprar un bote que lo transformó en el primer lanchero a motor de la ciudad, cuyo sonido “chuc-chuc” motivó que la comunidad apodara a su dueño como el capitán “Chucu-Chucu”.

En el año 1912, a los 33 años, se casó con Augusta Berndt, hija de colonos alemanes radicados en Llanquihue, de cuyo matrimonio nacieron 16 hijos, 8 de los cuales llegaron a edad adulta.

A fines de 1914 y principios de 1915, paralelamente al práctico Harry

Rothenburg y a la familia Oelckers de Puerto Montt, asistió y guio al buque de guerra alemán *Dresden*, siendo en vano las amenazas que sufrió para delatar su ubicación, asimismo la recompensa de 2.500 libras esterlinas que le ofrecieron los ingleses, a quienes rechazó con la frase: “no hay oro en el mundo que pueda comprar a un patriota alemán”.

Por sus servicios socorriendo al *Dresden*, fue condecorado con la Cruz de Hierro y, en 1939, en pleno apogeo de la Alemania Nazi, viajó a su madre patria donde fue recibido como héroe, pasando a colaborar en el esfuerzo de la guerra, dictando conferencias a los jóvenes soldados en el frente de batalla.

Regresó a Punta Arenas a bordo del vapor Arauco en 1951.

Albert “Chucu-Chucu” Pagels, falleció en Punta Arenas el 20 de Julio de 1966 y sus restos se encuentran sepultados en el cementerio municipal de esta ciudad.

-Harry Rothenburg: Fue un práctico de canales y empresario aurífero alemán radicado Punta Arenas, que antes de la primera guerra mundial tuvo la valentía de acusar a Julius Popper de ejecutar un genocidio contra los Selknam.

Años después, entre fines de 1914 y comienzos de 1915, a bordo del *Sierra Córdoba*, Rothenburg guio al SMS *Dresden* desde bahía Snug al seno Martínez, por el canal Magdalena y el seno Keats, evitando que la nave encallara a través de los canales, despistando al enemigo y llevándolos por la costa hacia el norte, donde les encontró refugio en el fiordo Quintupeu. Posteriormente, luego de reparaciones de las calderas y sistema de propulsión del SMS *Dresden*, con el concurso de la familia de armadores Oelckers de Puerto Montt, ayudó a la nave a salir a mar abierto, dejándolos en la ruta de Oceanía, hacia el archipiélago de Juan Fernández. El capitán Harry murió en 1926, cuarenta años antes que Pagels.

K'ELTÉJA-JETOWÁNA-ASE

PUERTO EDÉN EN LA ISLA WELLINGTON,

PRINCIPIOS DE ENERO DE 1942.

Faltaba poco para mediodía, cuando desperté asediado por *Masha* y *Annezka* que, me escalaban sobre el manto con que alguien me había tapado.

- ¿Y don *Chemo*? -. Pregunté al no verlo alrededor, con una voz de ultratumba que espantó a las niñas.

- ¡Fue con los hombres a la caleta! -. Me informó *Soorken* desde la cocina, donde pelaba un cerro de papas con *Micaela* que, añadió que su marido obligó al *Viejo* a acompañarlos, para alistar una de las embarcaciones que poseían.

- Levántate, porque *Kal* te va a llevar allá -. Me impelió *Xoshem* a su vez. Tentándome con el desayuno que, me servirían después de que me aseara en el cobertizo trasero, al que salí para lavarme semidesnudo en una cuba, tiritando al refregarme con el agua fría la cara, el torso y las axilas, para luego secarme a toda prisa con un lienzo de paño, mirando distraído el anodino cielo nublado y sin viento que, auguraba el día despejado que sería propicio para la navegación, hacia donde sea que fuéramos con mi hermanastro, mis dos primos y *Kal*, quien sorpresivamente apareció llamándome a comer.

- ¡Ho...la! -. Tartamudeé, cubriéndome con un pudor vano que, causó una franca carcajada de mi prima.

- Parece que no estas acostumbrado a que una mujer te vea sin ropa -. Me toreó, meneando coquetamente las trencitas de su larga cabellera.

- Es cierto -. Reconocí turbado, agarrando mi camisa. - Es que, en mi casa, mi mamá y mis hermanas van al baño por separado -.

- ¿Tienes hermanas?, ¿Y por qué anoche no las mencionaste? -. Me reprochó divertida, intensificándose la claridad de sus pupilas.

- Ayer, al almuerzo, les conté que éramos cinco hermanos -. Me justifiqué, recapitulándole algunas señas de Tatiana e Irina, con las cuales mantenía una relación de amor y odio que, resumí entretanto me vestía lo más rápido que pude.

- Es parecido a lo que me pasa aquí -. Comparó sonriendo, al describir sus problemas con Vassily, Boris y a veces con Yeike. - Sin contar encontrones con mi *ane* -.

Reproduciéndome un par de sus altercados que, competían con los desencuentros con mi madre que, por añadidura me hacía responsable de las barrabasadas de Mazor y del pequeño Oleg.

- Mi mamá piensa que, por ser el mayor tengo que encargarme de ellos .

- Aquí es al revés -. Embromó, contrastándome su odisea con mis primos que, la fastidiaban porque no tenía novio y tampoco la dejaban tenerlo.

Riéndonos de buena gana de “La maldición de los hermanos”, con tanto alboroto que, Soorken se asomó por la puerta para que me apurara, porque debía mudar mi vestimenta citadina por algo más adecuado al terreno y a la veleidosa meteorología local.

- Ayer no tuve inconvenientes con esta ropa -. Contrapuse.

- Es que vinimos por el lado bueno y casi no llovió -. Se entrometió Xoshem, viniendo a entregarme unos atavíos de náufrago, antes de llevarse a su hija y prima adentro de la casa, para dejarme a solas cambiándome mis pantalones de cotelón por unos de piel curtida que, embutí en unas botas de cuero de lobo marino.

- Me parezco a Robinson Crusoe -. Mascullé, poniéndome una pelliza con capucha, cuyas mangas todavía me ajustaba al entrar al comedor, donde fui el hazmerreír del trío de mujeres que, solo cesaron de burlarse de mi al ir por la maleta.

- ¿No me digas que vas a llevar al mapa? -. Objetó mi tía-abuela, mirándome sacar el tubo. - No ves que se puede mojar si llueve -.

- Es que, voy a aprovechar la caminata para cotejar si las distancias son reales -. Le respondí, justo cuando reaparecía Kaltenk vestida como yo.

- Eso nos podría servir, *ane* -. Me secundó oportunamente. -Ya que, no sabemos nada de la largura de los senderos ni de los dibujitos que los bordean -.

- Ojalá tengan razón -. Dudó su madre, mandándola por algo para proteger el cilindro de cartón.

- Ahora, siéntate a comer Iván que, se van a enfriar las *churrascas* -. Me instó Micaela, llenando de agua caliente un tacho con mate que, me dejó sobre la mesa a un lado de las tortillas que, engullí escuchando los vaticinios de la lluvia que vendría.

- Pero, si hace un rato el cielo estaba abriéndose - Rebatí, dándole los últimos sorbos al mate, porque *Kal* venía con un bolso para el mapero.

- Yo estoy lista para partir - Me urgió, guardando el tubo ella misma para que yo terminara de comer.

Tras lo cual, me puse de pie cruzándome el morral, para despedirme y correr detrás de mi prima que, había salido al cobertizo para alejarse hacia el portal que, dividía el caserío de la hirsuta maraña del bosque.

- ¿Por dónde nos vamos? -. Le grité a sus espaldas.

- ¡Por el norte, *shotel*⁴⁷! -. Murmuró, al emparejarme en la musgosa arcada que, traspasamos para desviarnos por una huella retorcida que,

⁴⁷ Ojo de guanaco en *Aonikenk*.

recorrimos en subida avanzando por turberas, pastizales y arbustos, hasta ganar la cima de un promontorio arbolado que, sin tardanza descendimos al oriente para adentrarnos a un ceñido soto de enormes coigües, lengas y ñirres, a cuyos pies las rocas y la tierra endurecida se tapizaban de líquenes rojos, púrpuras y de un dorado lustroso que, contrastaban con los helechos reverdecidos por el rocío neblinoso que, nos iba empapando la ropa y despertando los sentidos.

- Mi papá debió haber andado muchas veces por aquí -. Conjeturé, compartiéndole a *Kal* mi suposición que aceptó sin detenerse.

- ¿Entonces no lo recuerdas? -.

- Yo no, pero sé que mi *ane* y *Vicho* lo extrañan -. Me dijo dándose vuelta.

- ¿En serio lo echan de menos? -.

- ¡Sí! Y, además, siempre dicen que, él jamás le hubiese permitido a mi *anko* ir solo adonde lo mataron -.

- ¿Y dónde fue eso? -. Requerí sorprendido.

- En las inmediaciones de Punta Graves -. Señaló con amargura. - A varias horas navegando al sur -.

- ¿Cómo? ¿No entiendo? -. Repuse. ¿Por qué fue sin compañía tan lejos, sabiendo que los alemanes podían emboscarlo? -.

- No lo sabemos, Iván... Pues, al irse, avisó que iría a cazar cerca...por *Sariékte-qtal* -. Vació atribulada y enfiló por la trocha dejándome atrás.

- ¿O sea, fue a un sitio diferente al que les dijo? -. Insistí siguiéndola por un trecho, hasta que se detuvo otra vez para admitir que, su padre les había mentado innecesariamente.

- Porque, de todos modos, nunca fue a Punta Graves con nadie aparte del *Terco* -.

- ¿Quién? -. Exclamé extrañado.

- Así le decía mi *anko* al tuyo -. Me clarificó, clavándome sus ojos azulencos. - Y parece que lo que se hereda no se hurta -.

- ¿Es de familia, ¿no? -. Condescendí, levitando por un tris en el universo de sus pupilas.

- ¡Por tu lado será así! -. Contrató. Y echó a caminar precipitadamente para esconder su cara sonrojada.

- ¡Oye! ¿Pero, por qué el tío Mikhail fue solo a ese lugar? -. Le reiteré alcanzándola. - ¿Qué hay allí que lo hizo arriesgarse tanto? -.

- Únicamente sé que hay un *æjamas*, al que los *kawésqares* prohíben entrar -.

- ¿Ese *æjamas* es como una zona tabú? -. Especulé y *Kal* sin dejar de andar, me explicó que era un territorio vedado para los canoeros que, lo evitaban para no sufrir el castigo que acarrearía su profanación.

- ¿Y es muy difícil llegar ahí? -.

- Queda cruzando el estrecho de la isla Crossover -.

- ¡Veamos si está en el mapa! -. Le propuse, adelantándome para que se detuviera en un mañío, bajo cuya voluminosa fronda desplegué el plano.

- ¡Mira! ¡Acá se ve la isla que te dije! -. Me mostró, guiándome con su índice por el *Paso del Indio*, muy al sur de Puerto Edén.

Y siguió deslizando su dedo por el margen occidental del canal, para apuntar una ensenada al amparo de Punta Graves, señalada con el nombre *kawésqar* de *Tajowákstai*, desde donde se internaba una raya punteada al poniente que, terminaba con la marca rúnica ᚱ más allá de unas lagunas.

- ¿Y esa R qué significa? -. Inquirió *Kal*, al confundir aquella letra del alfabeto latino con el signo de *Raidho*.

- Era la runa que simbolizaba *El Viaje* para los antiguos nórdicos -.

- Ya entiendo *Sabelotodo*. Pero ¿Por qué el tío *Vania* marcaría el final de esa línea, con esa runa y no otra? -.

- ¡Ya caigo! Ahora me acuerdo de que, uno de los apodos de Ingvar fue *El Viajero*...Por lo tanto, la runa de *El Viaje* esta obviamente relacionada con Ingvar -. Dilucidé, autoflagelándome por no haberme dado cuenta anteriormente que, *Raidho* podría señalar el escondite de las *Cartas de Ingvar*-.

- ¿Oye, Iván? ¿Y, si mi *anko* iba por esas *Cartas* cuando lo asesinaron?.

- Creo que es muy posible -. Coincidió al retomar la marcha, durante la cual consensuamos que, le propondríamos a sus hermanos incursionar aquella ruta que, era la más apartada de las ocho trazadas en el mapa que, nos fuimos imaginando hasta entrever una masa rocosa en la foresta.

- Pasando ese peñón está *K'eltéja-jetowána-asé* -. Me anticipó, llamando al seno del amarradero por su nombre en *aksánas*⁴⁸, cuyo significado me describió al acercarnos a la base del peñasco que, escalamos por una escabrosa vereda saturada de arbustos que, se encaramaba zigzagueando por la ladera del collado que, coronamos alcanzando el borde de una boscosa meseta que, comenzaba a empaparse con las gotas de una llovizna que, fue el preámbulo de la anunciada borrasca veraniega que, nos apremió a buscar refugio en un solitario alerce que, a unos treinta pasos se erguía encabezando una ceja de árboles.

- Este es un árbol sagrado -. Afirmó adelantándome.

Para arrimarse al enorme tronco, adornado con sartas de cuentas de vidrio, madera o de piedras de colores, plumas y amuletos que, colgaban de la corteza batidas por el viento, emitiendo una cadencia de

⁴⁸ Lengua *kawésqar*.

repiqueteos cristalinos que, armonizaban con el sordo percutir de la lluvia en el follaje, el pasto y la tierra fangosa, en una verdadera sinfonía al que se acopló la voz de *Kal*, entonando a ojos cerrados un melódico cántico indígena que, me fue embelesando lentamente en una hipnosis que, trasplantó mi conciencia a una dimensión paralela, donde entreví a mi padre muy joven con un barbón parecido a él; Y supe que era el tío Mikhail. Iban pasando felices frente al alerce que nos guarecía, coreando una canción que alborotaba a sus lebreles que, correteaban alrededor o se alejaban ladrando en dirección a la caleta, en una secuencia de imágenes difusas y recortadas que, reverberaban como si fuera una película proyectada a distintas velocidades que, a veces se detenía en un cuadro fugaz que, eternizaba la pretérita traslación de nuestros padres que, finalmente se esfumaron del augur del árbol vidente que, nos despertó del conjuro con una vehemente oscilación de su ramaje.

- ¿Qué me pasó? -. Gemí, apartándome, tambaleando del tronco.
- ¿Qué fue lo que viste? -. Me atajó *Kal* sosteniéndome de los brazos. Y yo le conté mi visión a duras penas, procurando sostenerme en pie.
- Esa fue la última vez que tu papá y el mío transitaron juntos por este lugar -. Empezó a decirme, sondeando mi reacción.
- ¿...cómo pudo suceder? -. Farfullé aturdido. -...si, estábamos...-.
- Por un conjuro, Iván -. Revelándome que, la salmodia que canturreó era un hechizo que, aprendió de su madre y ésta a su vez de una anciana chamán *kawésqar*, - una *owurkan* trashumante - quien en sus últimos años tomó a su *ane* de aprendiz, enseñándole a comunicarse con los seres de la naturaleza.
- ¿Me trajiste aquí a propósito? -. La cuestioné, sospechando que no era casualidad que nos cobijáramos en ese árbol.

- Yo no traje la lluvia -. Me respondió sonriendo irónica. - ¿O, crees que tengo ese poder? -.

Y abarcó con una mano el entorno, evidenciando la carencia de otro abrigo cercano que, nos escudara del chaparrón que ya escampaba, barriendo el paisaje con débiles cortinas de agua, entremezcladas con salvas de aire cálido que revolvían los colgajos resonantes.

- ¿Pero, fueron ustedes las que pusieron estos adornos, o no? -.

- Eso sí -. Me concedió, reconociendo que, cada dos o tres semanas reponían o arreglaban los ornamentos con Soorken, en el intervalo que Xoshem visionaba los postreros espejismos de su marido.

Lo que me llevó a preguntarle si su papá invocó al alerce en vida.

- Parece que, se te olvidó que los Dragomir fueron devotos cristianos ortodoxos -. Descartó, riéndose de mi ingenuidad antes de preguntarme si estaba bautizado.

- Mi mamá quiso que me bautizaran católico -. Le confesé, inquiriendo de vuelta por su propio bautismo que, ella repugnó categóricamente.

- ¿Y en qué crees, entonces *Kal*? -.

- Lo acabas de experimentar -. Me aseveró muy ufana, gatillando mi escepticismo con respecto a sus creencias provenientes de una *kawésqar*.

- Oye, pero no entiendo porque crees en supersticiones de canoeros, si eres mestiza de ruso y *Aònikenk* -.

Lo que rebatió molesta, declarando que, creía en la mecánica cósmica del universo. - Pero tú no percibes el alma de lo que nos rodea, ni en el cielo ni en la tierra -.

- Puede ser, pero eso no quita lo extraño que debe haber sido para los *kawésqares* de *Jetárkte* que, esa *owurkan* le transmitiera a tu mamá su sabiduría y no a ellos -.

- Es que *Tcelokwe* era una hechicera nómade -. Exhaló pronunciando su nombre, como pidiéndole su consentimiento para explicarme que, para los canoeros que aun vagaban por los canales, sus hermanos asentados en Edén habían renunciado a sus costumbres ancestrales. - Y por eso ya no sienten el *williwaw*; el llamado de los suyos -.

- ¿Y Xoshem, ¿sí? ¿No que ustedes son *yemma*? -.

- Para que sepas, mi mamá fue curandera mucho antes de conocer a mi *anko*, *Sabelotodo*-. Rehusándose a ahondar sobre las prácticas idólatras maternas que, tantas controversias suscitaron entre el tío Mikhail y su mujer.

- ¡Y también conmigo al crecer! -. Evocó. - ¡Lo hubieras visto! -.

Y se comenzó a reír, exhumando de su memoria las rabietas de su padre, entornando sus ojos azul-plateados al firmamento que, iba despejándose de nubes para dar paso al sol que, nos indujo a terminar el recorrido al embarcadero que, avistamos al retornar a la cresta del peñón que, a la postre descendimos por una accidentada cuesta que, nos volcó a la estrecha playa de la rada, por la que avanzamos hacia una escollera de troncos aserrados, en la que atracaba una motonave blanca de unos quince metros de eslora que, resultó ser la mentada *Zarina*.

- A la *Rossiya* no la vemos, porque está amarrada al otro lado del muelle-. Me participó, refiriéndose a una vieja lancha a motor en desuso que, vislumbré de reata al solitario desembarcadero.

- No veo a nadie -. Comenté al aire. -Tal vez ya volvieron a *Edéngrado*.

- ¡Están en la barraca! -. Refunfuñó, torciendo al talud del fondeadero, donde distinguí una estructura de madera camuflada en el bosqueje.

- ¿Cómo sabes que están ahí? -.

- ¡Están adentro! -. Me aseguró agriamente, mostrándome unas volutas de humo negro que, escupía un tubo de hojalata fijado en el techo.

Y al irnos acercando, comprendí su enfado al oír las voces destempladas y las risotadas de mis primos, mi medio hermano y don *Chemo* que, bebían con la puerta abierta en torno a una especie de estufa.

- ¡Otra vez lo mismo! -. Los increpó *Kal*, subiendo los tres peldaños que contrarrestaban el declive de la pendiente, para cruzar el umbral a confrontar a sus hermanos y a *Yeike* que, en vez de disculparse por no estar aparejando a la *Zarina*, estallaron en carcajadas burlándose de mi cambio de vestuario que, celebraron invitándome a beber con ellos.

- ¡Tómate un *buche*, primo! -. Me instigó *Vassily*.

E ignorando las amenazas de su hermana, me pasó un recipiente con destilado de calafate que, sorbí mientras *Kaltenk* nos exhortaba a planificar la búsqueda de *Las Cartas de Ingvar* que, iniciaríamos esa misma noche si el clima era favorable.

- Pero, para eso necesitamos que *Xwanito* nos diga por cuál de las rutas iremos -. Me emplazó *Boris*. - Ya que, es el único que entiende las anotaciones del mapa y esas runas -.

- ¡Creo que descubrimos por dónde empezar! -. Le respondí en voz alta, acallando a todos con el anuncio de que, teníamos que ir a Punta Graves.

- ¿Cómooooo? ¡Si eso es en *Tajowákstai*! -. Farfulló *Vassily*.

Y yo, lo contuve revelándole que, el delineado que partía en las cercanías de aquella península, finalizaba con la runa de *El Viaje o El Viajero* que, era el símbolo que identificaba a *Ingvar*.

- Así que, el escondrijo de las *Cartas* podría estar allá -. Sostuve.

- ¿Y por qué no nos dijiste esto ayer? - Interfirió *Boris* desconfiado.

- Es que, recién viniendo para acá supe que a tu papá lo mataron allí -. Repasé, descruzándome el tubo para mostrarles en el mapa que, el

comienzo de “La ruta de *El Viajero*”, coincidía con el paraje donde hallaron el cuerpo de su *anko*.

- Por lo que suponemos que, fue a Punta Graves a costa de su vida, para buscar o proteger las *Cartas* de nuestro antepasado -. Complementé, pidiéndoles a todos que miraran el plano que, había desenrollado para que constataran el trayecto de la senda que, nacía en el vértice de una retirada abra para internarse en el macizo de la isla, en pos de unos estanques u ojos de agua que, la línea rodeaba para seguir hacia una gran laguna que, era circunvalada por la ribera izquierda hasta su afluente que, el trazado serpenteaba al oeste para terminar en un valle que, en la medianía de su depresión exhibía el signo de *Raidho*.

- Es bastante lejos de la costa - Observó Boris, advirtiéndonos de que demoraríamos dos o tres días en llegar al punto señalado por la runa.

- Es el único indicio que tenemos y estamos contra el tiempo -. Le replicó Kaltenk, totalmente convencida de nuestro plan.

- Yo creo que, no perdemos nada con partir la búsqueda en *Tajowákstai* -. Nos apoyó Yeike. - Porque, por algo el tío arriesgó el pellejo yendo por ahí -.

- Tendríamos que zarpar de madrugada -. Accedió Vassily entre dientes.

- Así nos valemos de la bajamar y despistamos al centinela de la base -.

- ¿Qué tiene que nos vean los aviadores? -. Lo interpeleé, recelando de aquella precaución. - ¿Son espías de los alemanes, acaso? -.

Y Yeike se rio de mi sospecha, contagiando a mis primos que, lo dejaron esclarecerme que era al revés, ya que los madereros interceptaban la radio de la estación aérea.

- Y si el teniente Gaymer⁴⁹ reportó tu llegada y la de *El Viejo* en sus informes radiales. Ten por seguro que los alemanes lo saben y están

⁴⁹ **Teniente Gaymer:** Nota histórica N ° 10.

pendientes de nuestros movimientos -.

- ¿Y ustedes cómo se enteran de eso? -.

Entonces, me confesó que, con la radio de la *Zarina* solían entrometerse en la frecuencia de los aviadores, a través de la cual esporádicamente captaban interferencias procedentes del Baker.

- Por lo tanto, no podemos exponernos a que nos vean zarpar. Puesto que, si el teniente lo reporta por radio, los alemanes lo sabrían y nos irían a rastrear en *Tajowákstai* -.

- Por eso que, anoche *Chito* dijo que, tendríamos una sola oportunidad para salir a explorar -. Me recordó Vassily.

- Mmmm...Es verdad -. Admití. - Porque no creo que la prohibición del *æjámas* atemorice a los *Bakerinos* -.

- ¡*Parà* ! -. Prorrumpió don *Chemo* en ese instante. - ¿Qué es eso del “jamás” que *decís*? ..., ¿esos pagos están embrujados o qué carajo? -.

Pero, como no sabía más que lo que *Kal* me había dicho, la insté a profundizar en los enigmas del *æjámas* que, según ella estaba proscrito por las tinieblas de una ominosa leyenda que, era más antigua que los propios *kawésqares*, cuyos ancestros les transmitieron que hace miles de años que, cuando los primeros de su pueblo arribaron a Isla Wellington, se encontraron con los supervivientes de un clan vagabundo que, les precavieron la amenaza de los gigantes de *Tajowákstai*.

- *Los errantes*, les dijeron que, los vieron por primera vez en el transcurso de una partida de caza -. Continuó relatándonos. - Y que, aterrorizados se agazaparon para seguirlos a la distancia, llegando a un valle encajonado por grandes paredones que, albergaba una especie laberinto por el que se perdieron esos *Nosjthej* -.

- ¿Los qué...? -. Chilló *El Viejo*.

- Así llama mi *ane* a los gigantes creados por el dios de los *Aònikenks* -.
- ¿Y... alguien los ha visto alguna vez? -. Inquirí ansioso.
- Nadie jamás -. Me contestó Vassily. - Aunque mi *anko* decía que, ese laberinto existía, pero que estaba muy erosionado por la lluvia y el viento.
- Si te dijo eso fue porque estuvo ahí -. Evidencié, hilvanando que, el mitológico valle era el escondite de *Las Cartas de Ingvar*.
- Por lo tanto, solamente nos queda averiguar dónde exactamente queda ese valle -. Apuntó Yeike, haciéndonos ver que, lo representado en el mapa era insuficiente para encontrarlo, ya que no especificaba coordenadas ni kilometraje, ni otra seña que nos orientara en la inmensidad de aquel territorio virgen y absolutamente deshabitado.
- Porque, si nos perdemos no volvemos -. Remató Boris, quedándose pensativo unos segundos, antes de recurrir a su hermano mayor.
- ¡Oye *Vicho!*, ¿No te acuerdas de algo de esa vez que te llevaron por Punta Oriental? -.
- ¡Ah!, ¡Sí! -. Asintió Vassily inquieto, girándose para contarnos que, cuando tenía unos diez años, navegó con nuestros padres a una caleta en las proximidades de *Tajowákstai* que, los *kawésqares* llaman *Celàqta-at àlas àse*. - Adonde me dejaron a cargo de la *Zarina* para irse de cacería.
- ¿Habrán ido al valle del laberinto? -. Sondeé expectante.
- No dijeron ni una palabra al regresar tres días después... sin ninguna presa -. Me evadió, deslizando premeditadamente las últimas palabras, cuyo sentido don *Chemo* captó al vuelo.
- Si realmente fueron a cazar, no hubiesen vuelto con las manos vacías -. Apostilló *El Viejo* cazurro.
- Yo no dije que hayan regresado sin nada -. Insinuó ladinamente, preparándonos así para develarnos que, el verdadero botín fue una

bolsita de oro en polvo.

- ¿Entonces, el lavadero también está en *Tajowàkstai*? -. Conjeturó *Kal* escandalizada.

- Todo apunta a que sí, hermanita -.

- ¿Y, por qué te callaste esto hasta ahora? -. Lo criticó furiosa.

- Es que mi *anko* me hizo jurar que no se los diría -. Se dispensó, abatido por las imprecaciones de Yeike y Boris recriminándole su silencio.

- ¡Parece que ustedes no me escucharon bien! -. Los paró en seco, manifiestamente exasperado. - ¡No sé dónde queda el lavadero, ya que me dejaron cuidando a la *Zarina*! -.

- Pero, si nos hubieras contado, podríamos haber explorado el área para dar con el lecho -. Lo contrarió su hermano ásperamente, recordándole todas las penurias que pasaron por falta de recursos.

- Si, pero le hice un juramento a mi *anko* que, ninguno de ustedes se hubiese atrevido romper -. Se defendió.

- Pudiste decirnos algo después de su entierro -. Lo censuró *Kal* sin darle tregua.

- ¡Claro que hubiese podido! Sin embargo, mi *ane* no quiso, porque tuvo miedo de que cayéramos en una trampa si íbamos *Tajowàkstai* -. Opuso.

- ¿Ella te exigió que no nos contaras? -. Siguió *Kal* visiblemente turbada y *Vicho* se lo reiteró, enmudeciéndola por un soplo del que se valió Boris, para apostar que su madre tuvo que conocer el yacimiento aurífero.

- ¡Cuando volvamos le preguntaremos como llegar al lavadero! -. Nos manifestó determinado. - ¡Ya no nos podrá negar su existencia! -.

- No creo que quiera decirnos nada, hermanito -. Lo puso en duda

Vassily. - Menos, si queda dentro del valle donde está ese laberinto -.

- Si, pero ella todavía no se entera que, *Las Cartas de Ingvar* podrían estar ahí -. Alegué convencido. - Y puede que al saberlo nos ayude -.

- ¿Y si no? -. Arguyó *Kal* saliendo de su eclipse. - ¿Vamos a ir igual? -.

- ¡Partiremos de todas maneras! -. Le ratificó Boris, y Yeike lo avaló mirando a Vassily que, cedió a nuestra presión asegurando que, esa noche saldríamos con o sin la venia de su mamá.

- ¡Xoshem nos ayudará, muchachos! -. Nos reanimó *El Viejo* en ese momento. - No le va a gustar, pero lo hará por la memoria de sus *taitas*. Y tras beberse lo que le quedaba en su tacho, nos indujo a regresar de inmediato a *Edéngrado*, adonde apenas llegamos rodeamos a la matriarca que, terminaba de almorzar sentada en el comedor entre Soorken y Micaela que, se llevó a las niñas cuando comencé a exponer nuestras presunciones que, mi tía-abuela aprobó reconociendo que la runa de *El Viaje* marcaba la ubicación del lavadero de oro, en las entrañas del *æjamas* de *Tajowàkstai*.

- Está en un valle encerrado por unos barrancones llenos de cuevas y recovecos -. Reconstruyó con los ojos cerrados, sorbiendo un mate.

- La última vez que fui, llevamos a *Vicho* que era un niño de pecho -. Les dijo a sus hijos. - Después nació *Chito* y ya no pude ir más -.

- ¿Por qué te callaste esto, *ane*? -. La enfrentó *Kal* que, como sus hermanos, se habían estado conteniendo atentos a lo que me dijera.

- Es que, le juré a tu *anko* que preservaría el secreto -.

Y a continuación, nos sorprendió, con que el lavadero era posesión de *La Guardia del Dragón*, quienes levantaron un refugio en los adentros de una galería del *Laberinto* que, servía de alojamiento durante los periodos de explotación del yacimiento que, financiaba a la organización en la Patagonia, aparte, claro, de sustentarlos a ellos

mismos.

- ¿Y *Las cartas de Ingvar* estarán allí? Digo, porque su ubicación coincidiría con el dibujo de la runa de *El Viajero* -.

- Nunca supe eso, Iván *Chico* -. Descartó Xoshem. - Pero, creo que llegó la hora de mostrarles los otros “fondeos” de *La Guardia* -. Agregó inesperadamente, incorporándose de la silla para dirigirse a la despensa.

- ¡Vengan para acá! -. Nos impelió, al ver que la mirábamos confundidos.

Y la seguimos a la portezuela contigua a la chimenea que, abrió para entrar al depósito encendiendo una lámpara que, iluminó el cuartucho atiborrado de cajas, sacas de mate o harina, cestas con papas, tarros de parafina y fardos acumulados en el suelo tablado, o en unas burdas estanterías arrimadas a la pared del peñón, contra el que se sostenía aquella parte de la casa.

- ¡Pasen y corran esto a un lado! -. Nos ordenó, enfocando el haz de la farola a la repisa central que, con Vassily y Boris desocupamos de sogas, herramientas, latas, paquetes de velas y otros utensilios, previamente a desarmarla para dejar a la vista un tabique tapiando el fondo rocoso.

- ¡Ahora saquen los tablones! -. Indicó Xoshem, apuntando a las traviesas que, mis primos dismantelaron con un *diablito* y un mazo, para destrabar la entrada a una oquedad repleta de cajones sobrepuestos, oscurecidos con brea para repeler la humedad y el moho.

- ¿Y qué es todo esto? -. Exclamó *Kal* detrás de mí.

- Un arsenal de la *Okhrana* -. Le descubrió su madre que, anticipándose a una nueva disputa con su hija, le prometió que contestaría todas sus preguntas una vez que, sacáramos los embalajes para inspeccionarlos.

Así que, sin demora, Vassily y Boris se colaron al alijo con otra lámpara

que, irradió las sombras del ancho vano cavernoso que, almacenaba la pirámide de voluminosa cajonería que, fueron escalando por las salientes para alcanzar la cúspide, rematada con los bultos de menor tamaño y peso que, me fueron pasando para que se los entregara a Yeike, quien atravesaba la brecha de la tabiquería desmontada, para traspasarle la carga a Xoshem conformando una cadena humana que, se prolongaba consecutivamente con Don *Chemo* que, era el eslabón que entrelazaba la bodega con el umbral externo, donde *Kal* recibía los sucesivos bártulos embreados que, Micaela y Soorken acarreaban al medio del “salón”, sobrellevando el revuelo de las niñas que saltaban a su alrededor.

Empero, este procedimiento solo fue efectivo con los cajones más pequeños, porque los de tamaño mediano requirieron un esfuerzo conjunto para arrastrarlos afuera, siendo imposible remover los más grandes que, indudablemente se acopiaron con anterioridad a la construcción de los muros y la chimenea, frente a la cual nos reunimos posteriormente a presenciar la apertura de una de las cajas que, al destaparla reveló envueltas en fieltro cuatro relucientes pistolas *Tokarev*, idénticas a la que Vassily había heredado de su padre.

- Pero ¿cómo llegaron aquí? -. Proferí pasmado.

No obstante, ni siquiera Xoshem lo tenía claro, pues cuando llegó a vivir a *Edéngrado*, la chimenea y el armazón de la casa ya estaban erigidos, con un techo provisorio para que no se mojara el armamento embalado.

- ¡Revisemos que hay en los otros! -. Nos incitó Boris entusiasmado, eligiendo un alargado cajón en el que hendió la barreta, haciendo saltar la tapa de madera del receptáculo que, conservaba seis fusiles enfundados en tela calafateada, recubriendo unos pulidos fusiles Mosin-

Nagant que, en el cañón lucían el cuño del águila bicéfala imperial.

- Eran del ejército del zar -. Musité, observando los resabios de la guerra civil rusa.

- Son iguales a los que tenemos -. Se percató Vassily, comparándolos con el trio de rifles que utilizaban para cazar. - Eso sí, los nuestros no tienen la marca del águila -.

- Tu *anko* se las limó para evitar preguntas incómodas -. Acotó Xoshem.

Compeliéndonos a seguir revisando el bagaje restante, para seleccionar lo que necesitaríamos para la expedición, dividiéndonos en parejas para ir abriendo los embalajes que, en su mayoría almacenaban armas de puño, fusiles, municiones o instrumental cartográfico que, mis familiares se quedaron manipulando fascinados, en tanto con Anselmo volvíamos al lóbrego barretín, para registrar los arcones que no habíamos podido desplazar, cuyo maderaje fuimos descerrajando a la luz de un farol, para encontrarnos con un sinnúmero de pertrechos militares de campo, tales como binoculares, brújulas, cantimploras, capotes, mochilas, botas, cananas y una variedad de otros adminículos. Entre los cuales, se hallaban unas sofisticadas linternas *Pertrix*, con sus respectivos estuches y baterías eléctricas que, me puse a ensamblar sin darme cuenta de que *El Viejo* se había escurrido, acudiendo al llamado de mis primos para revistar la veintena de Mosin-Nagant que, habían alineado en el piso de la sala junto a ocho pistolas, una decena de bayonetas y sables, unos cincuenta recipientes metálicos para balas de diverso calibre, cuchillos de campaña y las piezas de una ametralladora Maxim, con sus pertinentes cintas articuladas de cartuchos que, tironeaban jugando *Masha* y *Anezzka*.

Y, sinceramente no sé si me perturbó más, el panorama de ese

verdadero polvorín o, la sosegada felicidad con que mi parentela examinaba y clasificaba las armas, escogiendo aquellas que llevaríamos al *Laberinto del æjâmas* de *Tajowâkstai*.

NOTA HISTÓRICA.

- **Nota histórica N.º 10: Sargento Gaymer, jefe del puesto aéreo de Puerto Edén:** En el artículo de Víctor Hernández publicado en el diario Magallánico *La Prensa Austral*, con fecha de 04 de abril de 2019, se señala, que: *“A fines de 1936 se nombró al sargento Carlos Gaymer como encargado jefe de la Radio Estación de Puerto Edén. Así comenzó a tejerse una larga historia humana entre los descendientes de la etnia kawésqar y los aviadores, que cobró mayor fuerza al dictar el presidente Aguirre Cerda la Ley de Protección Indígena para los habitantes del archipiélago. Miembros de la Fach se encargaron de distribuir víveres, entregar material de abrigo y habilitar viviendas. El sargento Gaymer y su esposa Raquel Verdugo llegaron a adoptar a dos niños llamados Carlos Edén Maidel y Ana Rosales Ulloa”.* (ambos niños eran primos).

En efecto, el sargento de la fuerza aérea chilena Carlos Gaymer Gómez, llegó en 1938 a tomar el mando de la Radio Estación en Puerto Edén y su puesto aéreo, en el que permaneció durante 13 años desempeñando sus tareas militares, y donde además fue bombero, alcalde de mar, ejerció como practicante, curaba enfermos y prodigó especiales cuidados hacia la etnia kawésqar, que lo apodó como *C’afpe* por sus largas barbas que semejaban los líquenes marrones de la zona.

- **Carlos Edén Maidel:** Según el propio testimonio, extraído de la entrevista realizada por el diario La Tercera del 21 de diciembre de 2018, su nombre de nacimiento *kawésqar* fue *Peteyem* y fue adoptado por el matrimonio Gaymer tras la muerte de sus padres cuando era muy pequeño. Hoy, a sus más de 80 años vive en Nueva York en Estados Unidos y es activista indígena.

- Mientras, su hermana adoptiva y prima, Ana Rosales Ulloa, fue internada en el colegio de monjas María Auxiliadora en Santiago, después de la muerte de la Sra. Gaymer, para más tarde ingresar al Convento de las Adoratrices de Viña del Mar.

Sobre el destino de Ana, Carlos Edén señaló que: *“...Años después conocí su trágica historia y su triste fin. Quedó embarazada, de un día para otro desapareció de la casa donde trabajaba como nana y tiempo después encontraron su cuerpo. Murió de hambre con su hijo recién nacido entre los brazos”.*

CELÀQTA-AT ÀLAS ÀSE

PENINSULA ELLIOT, CANAL PASO DEL INDIO.

PRINCIPIOS DE ENERO DE 1942.

No cumplía ni cuarenta y ocho horas desde que llegué a *Edéngrado* y, ya navegaba a bordo de la *Zarina* en medio de la noche austral, atravesando lentamente bahía *Jetárkte* con los fanales apagados, para evadir la vigilia de la guardia del puesto aéreo o de algún canoero desvelado que, nos avistara adentrándonos al canal que, comenzamos a surcar iluminados por las miríadas de estrellas que, demarcaban con sus destellos titilantes las coordenadas de la cartografía espacial que, orientaban a Vassily para fijar curso al timón, muy atento a las alertas que cada tanto voceaban Boris o Yeike, apostados a proa sondeando los traicioneros escollos. Hasta confluír a la corriente del *Paso del Indio*, por la que nos encauzamos al retirado seno de *Celàqta-at àlas àse*, situado a unas millas más al sur de la ribera de *Tajowàkstai* que, evitaríamos para no ofender a los nómades *kawésqares* que, deambulaban por las inmediaciones de isla Crossover o *Kuerwonák-kar* que, a eso de las tres de la madrugada rebasamos con la velocidad al mínimo, quedando a merced de unas marejadillas que zamarrearón el casco, despertándonos del letargo en que nos hallábamos sumidos Kaltenk, *El Viejo* y yo, recostados sobre los pertrechos acopiados en la sentina de la motonave.

-Ya falta poco -. Nos comunicó *Kal* desperezándose. Y don *Chemo* acomodando su colchón de mochilas, le preguntó qué cuánto.

- A lo más una hora -. Estimó.

- Cuando lleguemos aun estará oscuro -. Ponderé, preocupado por la

posibilidad de encallar que, mi prima desechó sonriendo capciosamente al decirme que, sus hermanos y *Quique* eran expertos en los anclajes nocturnos contrabandeando alcohol.

- ¿Entonces, desembarcaremos antes de que amanezca? -.

- No, Iván.... Suspiró y armándose de paciencia me dijo que, permaneceríamos a bordo esperando que hubiera suficiente luz, para trasladar con seguridad el equipo a la playa.

- ¿Y en esa playa habrá una choza o una barraca dónde dormir? -. Consultó Anselmo arrebujándose con unos trozos de velamen. - ¡*Mirà* que con este vaivén no se puede echar ni un *pestañazo*! -.

- Nada que yo sepa, don *Chemo*...No tendremos techo hasta llegar a “La madriguera” -. Le precisó, refiriéndose al refugio del lavadero como alguna vez lo bautizaron nuestros padres.

- ¡Ojalá que podamos encontrarlo! -. Anhelé, lamentando que, su madre no hubiese recordado el punto exacto para entrar al *Laberinto*.

- ¡Y Soorken tampoco! -. Añadí receloso.

- Ella no sabe mucho -. La exoneró *Kal*. - Porque llegó a vivir a *Edéngrado* para el nacimiento de *Chito* -.

Y estirando las piernas, me fue contando que *Xoshem* envió por su prima a su antiguo *aike*, para que la ayudase con el segundo parto y la crianza de sus retoños.

- ¿Qué es un *aike*? ...-. La atajé.

- Es un *lugar donde se vive* en lengua *Aónikenk* -. Definió, aprovechando de ilustrarme sobre su estirpe materna - el clan *Kelt* o “del témpano”- que, erraba al sur del lago San Martín allende la cordillera.

- Por allá se conocieron mis papás y se vinieron a vivir aquí -. Comentó. Atrapando mi interés que, se exteriorizó en un montón de preguntas

que, fue satisfaciendo una a una, salvo qué hacía el tío Mikhail tan al norte en la banda argentina, cuyo misterio nos mantuvo concibiendo diversas teorías que, se fueron disolviendo con el embotamiento del traspase que, nos fue acunando de a poco en una duermevela que, a la media hora fue bruscamente interrumpida por Boris que, se asomó por la escotilla apremiándonos a levantarnos, ya que habíamos rebasado Punta Graves y estábamos a minutos de anclar.

- ¡Vengan a cubierta! -. Nos conminó.

Y aferrándose al pasamanos de la escalerilla, subió al puente delante de nosotros que, lo seguimos resintiendo los crecientes embates de la marea que, iba atrayendo peligrosamente a la *Zarina* a las rocas costeras que, superamos indemnes gracias a la pericia marinera de Vassily que, en breve ejecutó una hábil maniobra de aproximación, para cruzar por la angosta boca de una ensenada, en donde apagó el motor y las luces adicionales, para avanzar con el impulso por las quietas aguas de la rada.

- ¿En qué parte está la orilla? -. Demandé inquieto, escudriñando las tinieblas más allá del relumbre del fanal de proa.

Y. Boris riéndose, me orientó al oeste, adonde distinguí una imponente mole oscura que, correspondía a las paredes del acantilado que, tendríamos que escalar por el repecho de un salto de agua que, *Vicho* recordaba como el utilizado por nuestros padres hace casi veinte años.

- ¿Adónde estará esa catarata, *Kal*? -. Murmuré, aguzando la vista hacia el renegrido murallón. - ¿Tú la ves? -.

- Debemos esperar el amanecer para verla. Así que no te esfuerces -. Me aconsejó, al irse a popa con su hermano que, me dejó asistiendo a Yeike en la quilla, para ir sondeando la profundidad del seno con una pértiga que, fuimos hundiendo sucesivamente en el estrato sumergido

de la caleta que, surcábamos cada vez más lento en pos de la cota ribereña.

- ¡Aquí está bien! -. Me avisó mi hermanastro, luego de varios tanteos. Urgiéndome para que bajara a la cabina para avisar que botaran el ancla, cuya cadena chirrió deslizándose hasta tocar fondo, tras lo cual volví a subir a la plataforma, en la que solamente vi a Boris y a Yeike enrollando unos cabos.

- ¿Y *Kal*? -. Largué, atisbando desde la trampilla para todos lados.

- Fue a despertar a *El Viejo* que se quedó durmiendo en la bodega -. Se rio mi primo, antes de que oyéramos el llamado de Vassily que, nos convocaba al puesto de mando para asignar las guardias que, unos momentos después distribuyó en turnos de una hora que, partirían con Yeike para seguir conmigo precediendo la ronda de don *Chemo* que, apareció trastrabillando soñoliento por la compuerta, protestando por serle asignado el relevo del alba.

- ¡Es que me voy a *recagar* de frío, por la *reputa madre*! -.

Pero, ni sus quejas ni lamentos fueron escuchados por mis dos primos que, se fueron a dormir al único camarote disponible, mientras yo me devolvía al compartimento a descansar lo que pudiera, acostándome como *Kal* lo hizo sobre los bultos de las carpas, con su mochila de almohada y una manta individual que, no evitó que más tarde despertara entumecido cuando Yeike me sacudió, susurrándome que ya pasaban las cinco de la mañana.

- ¡Te toca vigilar! -. Me repitió más alto y abrí los ojos, sobresaltado por el salpique de su capote verde que, era uno de los tantos elementos del equipamiento que, obtuvimos del pañol clandestino del tío Mikhail.

- Está llovisnando grueso -. Me informó riéndose, para que llevara mi impermeable que, al incorporarme saqué de un bolsillo de la mochila,

en el intertanto advertía que *El Viejo* dormía a pierna suelta, totalmente ausente a nuestro ajeteo al igual que *Kal*, cuyos cabellos trigueños desbordaban la frazada que, se henchía acompasadamente con su apacible respiración.

- ¿Vas a venir o no? -. Me emplazó Yeike, obligándome a reaccionar y acompañarlo a la cabina, donde tras ponerme el poncho de hule, me entregó la canana y el fusil que portaba.

- ¡No sé disparar! -. Le previne.

- El Mosin-Nagant está cargado y sin seguro -. Me espetó sin inmutarse. E, instruyéndome de apretar el gatillo si veía algo sospechoso, me aguijoneé para que trepara a la cubierta mojada, por la que comencé a deambular con el fusil al hombro, rezumando la nubada que cedía al sobrevenir de la aurora que, fue irradiando con sus pálidos halos la cresta del farallón, coronado por las difusas siluetas de los árboles y el nacimiento de tres delgadas cascadas que, me quedé escrutando un buen rato a costa de un enfriamiento que, me espoleó a repetir el monótono circuito por el puente que, al cuarto de hora suspendí para examinar el águila bicéfala grabada en el cañón de mi arma.

- Todo el arsenal oculto en *Edéngrado*, provino de Rusia para proteger algo muy importante aquí -. Discerní, reanudando el patrullaje al percibir al oriente que, una luz clarucha orlaba las cumbres Andinas al otro lado del canal, pintando su nevada blancura con pinceladas rosáceas y violetas que, admiré embelesado hasta que oí un ruidoso gorgoteo en el agua, hacia el que me volqué enristrado el fusil por la borda, para descubrir a unos patos que se alejaron graznando alborotadamente, espantando a un cuantioso cardumen que nadaba alrededor del casco, y más lejos, a las gaviotas que chillaron alzando el vuelo, alarmadas por el desplazamiento de los lobos marinos o, quizás

de las nutrias, zambulléndose en el estanque rebullente de vida de la ensenada.

- ¡Mira para allá! -. Escuché de pronto a *Kal* a mi costado.

Pidiéndome que no me moviera, para no asustar a un par venados adultos y una cría que, mordisqueaban yuyos en las aguas bajas del margen boscoso, indiferentes a los renacuajos y pececillos que buceaban entremedio de las ramas sumergidas y las hojas caídas que flotaban dispersas.

- ¡Al salir el sol podrás ver lo bonita que es esta caleta! -.

- ¿Entonces ya habías venido? -. Presupuse suspicaz. Y ella me aclaró sin mirarme que, la mayoría de las abras de la isla Wellington eran parecidas.

- ¿Y todas tienen tres caídas de agua como esta? -. Diferencié insidiosamente, señalándole la triada de saltos que, se descolgaban en distintos puntos atravesando la bóveda de la selva fría.

- Algunas más que otras -. Murmuró impertérrita. Y, dirigiendo su mano al reguero norte, me indicó que tendríamos que subir por ahí.

- ¡Nooo! ...Eso es una locura -. Rechacé, evaluando la altitud del escarpado que, al llegar no había podido ver por la negrura nocturna.

- Es la que *Vicho* dice que hay que subir -. Repitió.

Y, poniendo cara de circunstancias, intento consolarme con una escalada sin lluvia, como lo corroboré mirando al cielo humedecido que, se iba coloreando con el prisma de un resplandeciente arco iris que, nos quedamos contemplando hasta oír un creciente trajín debajo.

- Ya despertaron los demás -. Me alertó *Kal*.

Despabilándome con el llamado de *Vicho*, para ayudar a subir el bagaje a cubierta que, fuimos estibando en la chalupa que *Yeike* había soltado, para transportar a la playa una primera fracción de la impedimenta que,

mis primos descargaron y acopiaron al resguardo de un rocón, antes de volver por nosotros en dos tandas sucesivas, debido el lastre redoblado que significaban nuestros propios pesos, con las armas, municiones y las mochilas rellenas de provisiones y el equipo que, necesitaríamos en la correría que emprendimos tras repartirnos la carga, siguiendo a Boris rumbo a la cascadilla del extremo norte del fondeadero. Al pie de cuya rompiente nos sobrepusimos los capotes, ajustamos los correajes y nos cruzamos los fusiles enfundados, para iniciar el difícil ascenso sorteando la espesura que, se arraigaba en cualquier grieta de aquel escabroso paredón empapado, por el profuso chorreo desprendido del torrente que eludimos, alejándonos a la izquierda aferrados a un largo cordaje que, era afianzado a los ojetes de las varillas metálicas que, iba clavando *Chito* unos cinco metros más arriba de *Yeike* que, a su vez antecedía a *Kaltenk* en la hilada que se alargaba conmigo adelante de *El Viejo* que, repentinamente se atascó enredado con el ruedo del poncho. Provocando las risotadas crueles de *Vassily* que, al final de la ringlera lo instó a rajar el impermeable, para liberar sus cortas extremidades y proseguir la encumbrada que, al reanudarse me forzó a duplicar el ritmo de trepa, para alcanzar a *Kal* justo cuando gateaba por una laja que, con su verticalidad me regaló la perspectiva de sus nalgas inclinadas, colmando cada centímetro de sus pantalones de cuero que, me quedé mirando extasiado por algunos segundos. Hasta que, perdí el equilibrio y di un traspíe que, desencajó un pedrusco que rodó por el despeñadero, alarmando a don *Chemo* que intentaba esquivar las rachas que, habían empezado a filtrársenos por la abertura del cuello, humedeciendo la ropa del torso y la parte superior de las mochilas que, al aumentar su pesadez hizo más arduo el resbaloso avance que, de un instante a otro fue cegado con el surgimiento de una densa neblina que, bloqueó la

visibilidad en un diámetro de tres a cinco metros, dependiendo del espesor de las cortinas nubosas que, descendían desde la cima en oleadas intermitentes.

Por lo que, un invisible Boris nos llamó a detenernos, otorgándonos un descanso que agradecí jadeando, al desplomarme con la mochila puesta contra un árbol guarnecido de líquenes, adonde apoyé mi fusil para revisar el equipo externo que, guardaba en los bolsillos de mi chaqueta como la linterna *Pertrix* que, afortunadamente se hallaba seca y sin daños en su cartuchera, al igual que sus baterías y otros componentes que, fui palpando o desembolsando para verificar su estado. Entretanto, más abajo, Anselmo recuperaba el aliento agarrado a las raíces de una lenga, farfullando insultos a un imperceptible Vassily que, le gritaba groserías velado por las condensadas ondas que, envolvían a los coihues, tepas, mañíos y cipreses que, se erguían desafiando la gravedad con sus ramas extendidas, cobijando los trinos de choiques, teros, carpinteros patagónicos y otros pájaros que, *Kal* iba nombrando unos metros por encima de mi cabeza, sobreponiendo su voz al rumor del rápido que, se precipitaba a unos siete u ocho pasos a la derecha.

- ¡Mira! ¡Un colibrí! -. Observó encantada, apuntando a la avecilla que, sobrevolaba aleteando vertiginosamente las flores rojas de un notro. Cuyos aflautados pétalos quedaron temblando al desaparecer, con el retumbar de la llamada de Yeike que, nos descolgó una soga para remontar la angulosa pendiente que, remataba en un angosto andén que nos sirvió de apeadero, para tomar un respiro y desembarazarnos de nuestra carga que, mi medio hermano fue enganchando al garfio de una sirga que, desde lo alto Boris jalaba para irlos amontonando en la cúspide, para seguidamente lanzarnos la misma garrocha que, *Kal* agarró para encajar su bota izquierda a modo de estribo, como la

instruyó su hermano antes de izarla a tirones. En tanto ella, iba hincando el otro pie en el relieve calizo, o se agarraba de los arbustos con la mano libre, para hacer más fácil la ascensión hasta alcanzar la cornisa, donde aunó esfuerzos con *Chito* para subirme a mí que, una vez arriba me les uní para arriar al *Viejo*, a Yeike y por último a Vassily que, pesaba el doble por las latas de kerosene que cargaba en unas alforjas que, se descruzó apenas coronó el resalte del farallón, para derrumbarse junto a nosotros en la horizontalidad de una meseta neblinosa que, abandonamos a los quince minutos para internarnos hacia un corpulento árbol. Al que nos arrimamos para examinar el contenido de las mochilas que, aparte de hallarse algo humedecidas no habían sufrido percances, como asimismo las cananas con municiones, los cinturones abolsillados y las armas que, desfundamos para inspeccionarlas minuciosamente, previo a romper la marcha liderados por mis primos que, se adelantaron por el bosque abriendo una trocha a machetazos.

- La neblina se va esfumando -. Reparó don *Chemo* a mi zaga.

Disipando con una mano el vapor acuoso que, se iba acumulando a ras de tierra cubriendo la huella que, recorríamos enfilados al norte por la espesa arboladura, saturada de helechos gigantes y matorrales entrelazados con plantas trepadoras que, invisibilizaban la esponjosa turbera en la que hundíamos las botas que, destrabábamos con gran dificultad para seguir avanzando por las piedras o pisando las matas de pasto que, a veces lográbamos entrever en la bruma superficial que, recorrió su velo al llegar a la llanura de un amplio claro que, en aquel linde se hallaba diseminado de troncos yacentes.

- Ahí descansaremos -. Nos animó Vassily, sobrepasándonos hacia uno rollizos descascarados, donde se liberó de su cargamento con enorme

alivio, para sentarse a desayunar unas *churrascas* con charqui.

- Ya estamos cerca de los ojos de agua -. Articuló Boris resoplando, cuando se apegó a su hermano mayor que asintió con un gesto.

- ¿Allí es donde nos desviamos al oeste, por lo que entiendo? -. Inferí, descargándome apresuradamente de mi mochila para sacar mi comida.

- Es lo que dijo mi *ane* -. Masculló *Kal*, haciéndose sitio entre Yeike y *El Viejo* para comerse su tortilla.

- ¿Y, luego qué? -.

- Se supone que vamos a encontrar una laguna que, tenemos que circundar para llegar a su afluente que, remontaremos hasta la entrada al valle del *Laberinto* -. Resumió *Vicho*, zampándose un trago de su cantimplora que, en seguida le pasó a Boris que, tras saciarse me ofreció un buche de aguardiente que, acepté sin miramientos para contrarrestar el frío que, había empezado a calarme poco después de sentarme a comer.

- ¿Irá a despejar hoy día? -. Anhelé en voz alta, reanimado por el licor. Y Yeike, recibiendo la caramayola que me había pedido, pronosticó que a media mañana lo sabríamos.

- Me conformo con que no llueva -. Me esperancé oteando al cielo.

Ya que, nos restaban aproximadamente tres horas de caminata que, reanudamos pasado unos veinte minutos marchando por el surco que, mis primos iban hollando entre los pastizales de aquel llano, raleado de árboles solitarios y arbustos dispersos que, fueron densificándose a la altura del trío de estanques que, rodeamos por la izquierda para enrumbarnos al poniente, ascendiendo la ladera de un cordón de colinas bajas que, antecedieron a un altiplano guarnecido por una tupida ceja de bosque que, traspusimos para orillar la cuenca azul oscuro de un lago. Cuyas aguas ribereñas, se tornaron turquesa al despuntar el sol que,

iluminó la playa de guijarros grises poblada de aves que, alzaron el vuelo al echarnos andar al extremo occidental, adonde habíamos avistado el desaguadero del estuario que, se vaciaba por una marisma saturada de vegetación que, salvamos por los márgenes para converger con un manso cauce, bordeado de montículos de arenas claras salpicados de pozas que, reverberaban un sinfín de diminutos fulgores dorados que, evidenciaban la riqueza aurífera que drenaba el lecho que, recorrimos a contracorriente por un buen trecho, antes de divisar el hito de un gigantesco alerce. Encaramado en el vértice de un montecillo eriazo, al que nos encaminamos apurando el tranco, impelidos por la abrupta aparición de unos negros nubarrones que, en un santiamén oscurecieron el cielo batido por una ventolera que, zarandó el arbolaje y los macizos de matorrales orilleros que, traspasamos velozmente para ascender al pináculo del yermo lomaje, para guarecernos contra el tronco del titánico árbol que, oscilaba azotado por la furiosa borrasca que, abajo hinchaba el caudal ceñido a los faldeos, cuyas aguas según lo que nos había transmitido Xoshem, descendían del recóndito valle del *Laberinto* que, en su corazón albergaba el lavadero de oro, a los pies de un espolón rocoso.

- Xoshem también nos dijo que, ese risco señalaba el acceso al refugio de la *Okhrana* -. Recordé, especulando que, quizás el signo de *El Viajero* se hallaba grabado o pintado en alguna parte, mostrando el camino hacia “La madriguera”.

Y, me volví para compartir mi hipótesis con *Kal* que, estaba con los ojos entrecerrados acariciando la corteza del alerce, susurrando un ensalmo, totalmente abstraída del aguacero que, destilaba del follaje remojándonos las capuchas y la parte superior de los capotes.

- Él te saluda Iván Dragomir. Mira como mece sus ramas-. Me

transmitió, clavándome sus pupilas azul-grisáceas.

- ¡Tócalo!, ¡No tengas miedo! -. Me indujo y yo sonreí agitado, al palpar la dura hojarasca que, acorazaba al titán de madera con el que me enlacé, en un trance interrumpido por mis primos llamando a retomar la marcha.

Porque, justamente había comenzado a menguar la lluvia que, con su escamoteo nos permitió descender la acusada vertiente contraria que, con Kaltenk bajamos sujetándonos mutuamente de los brazos, replicando la técnica utilizada por sus hermanos y Yeike con el *Viejo* que, igualmente nos precedieron al vadear el crecido riacho, saltando por las piedras que sobresalían del cauce encajonado que, al fondo se hundía en la fractura de un portezuelo natural que, franqueamos por una especie de pasarela tallada en la roca que, nos condujo los arenales de un inmenso valle estriado de arroyos que, desde el occidente iban confluyendo hacia un encadenamiento de altos collados, notoriamente erosionados por siglos de ventarrones y tempestades provenientes del océano pacífico.

- ¡Está chispeando fuerte de nuevo! -. Exclamó *Kal*, alarmada por el aire cálido que presagiaba una tormenta.

Y, fustigándome para que apurara el paso, seguimos a los demás que progresaban en fila india por el silencioso secano, en dirección a los carcomidos contrafuertes del barranco, adonde Vassily y Boris querían llegar antes que rompiera a llover, para salvaguardarnos en terreno elevado de la segura inundación del erial que, de un momento a otro fue barrido por cálidas ráfagas polvorosas.

- ¿Tus hermanos? -. Inquirí, emparejándome a mi prima. - ¡No los veo!
- ¡Iban adelante! -. Voceó sin detenerse, preocupada por el arreciar de la llovizna. - ¡Ven! ¡Que, *Quique* nos está gritando! -.

Yendo al encuentro de mi hermanastro que, nos aguardaba a una treintena de metros con don *Chemo*, para guiarnos por el páramo hacia las estribaciones de un peñón que, trepamos a la carrera amenazados por el turbión que, en un suspiro anegó el baldío que acabábamos de cruzar.

- ¡Puff! ¡Por poco y no la contamos! -. Rezongó *El Viejo*, empinándose en una roca del terraplén circundante al espolón que, más atrás erguía su mole de paredes oblicuas, desde cuyos cimientos arbustosos *Vicho* surgió para llevarnos a una saliente, en la que habían arrumbado los pertrechos y armas para protegerlos del aguacero que se dejó caer.

- ¿Y *Chito*? -. Le demandó su hermana, al no verlo cuando llegamos al recoveco estilando.

- Se adentró por la cañada a explorar -. Le reportó, apresurándose por apoyar su espalda a la muralla de piedra.

- ¿Y por qué no nos esperó? -. Lo cuestionó *Kal*, sacándose su capote para desligarse de la mochila. - ¿Cuál era el apuro lloviendo así? -.

- Algo encontraron estos dos -. Tanteó *Yeike*, acechando a nuestro primo mayor que, le devolvió una mirada cómplice.

- ¿Creo que, descubrieron la runa...? -. Aposté, dando en el clavo.

Porque *Vassily* sonriendo se apartó del muro, para que viéramos la desgastada talla de una \mathbb{K} que había tapado con su cuerpo.

- ¡Sí! ¡Allí está! -. Chillé jubiloso,

- ¿Y, ¿cómo supieron que estaba acá? -. Lo escrutó *Kal*, acercándose a la incisión para tocarla con sus dedos.

- ¡Es que *Chito* vino a mear justo aquí! -. Le confesó su hermano, riéndose al mostrarnos el hilillo regado a sus pies.

- ¿Entonces, encontraron la runa por casualidad? -. Discurrí malicioso.

- ¡Aunque no me creas, así fue *Xwanito*! -. Ratificó, contándonos que,

al principio solamente buscaban un resguardo.

- ¡Tremenda suerte! -. Aplaudí, convenciéndome de lo providencial del hallazgo que, nos evitaría muchas horas rastreando el signo de *El Viajero*.

- En fin, y, ¿qué esperamos para buscar “La Madriguera”? -. Los alenté y la respuesta llegó desde lo hondo de la angostura.

EL LABERINTO DE TAJOWÁKSTAI

CANAL PASO DEL INDIO

PRINCIPIOS DE ENERO DE 1942.

- ¡Es aquiiiií! -. Oí y giré, advirtiendo a Boris aproximándose entre la lluvia, para avisarnos que existía un pasadizo que llegaba al refugio.

- ¡Agarren sus cosas y vamos! -. Nos ordenó *Vicho*, acomodándose la mochila en la espalda y los otros avíos, antes de calarse el capote.

- ¡Apúrense! -. Nos azuzó *Yeike* a su vez.

Pasándole su carga a *Chito* que, inmediatamente la tomó dándose vuelta, para guiarnos al fondo de la hondonada, adonde lo seguimos desafiando el tempestuoso aguaje que, en un abrir y cerrar de ojos colmó el raso de nutridas pozas que, se iban fusionando en una sola riada fluyendo al valle, en un lento y lodoso reverbero que fuimos eludiendo por los costados, hasta toparnos con el socavado antepecho del barranco, dividido por una ancha grieta cavernosa a la que corrimos, para escapar de la crecida arrasó la quebrada.

- ¡Uuuuf! ¡Por poco y no llegamos, *carajo!* -. Resopló con alivio *El Viejo*.

- ¡Menos mal que alcanzamos! ¡Si no, hubiéramos quedado atrapados en el murallón de la runa! -. Le correspondí, pero *Yeike* me contradijo señalándome el devastador rebalse del aluvión.

- El agua nos hubiese arrastrado al valle -.

-Y aunque nos salváramos- Intervino *Vassily*. - El equipo y la comida ya no servirían. Y eso es una condena de muerte por estos lares -.

- ¿Revisamos las mochilas? -. Sugirió *Kal*, replegándose la capucha.

Pero, sus hermanos prefirieron avanzar por la oquedad de la cueva que, iba estrechándose a través de sus veinte metros de longitud, llegando a los dos metros de ancho al empalmar con una angostura a rajo abierto, en la que volvimos a quedar a merced de la torrencial lluvia que, se iba apozando en el suelo del rectilíneo pasaje, emparedado de alisados muros de unos tres metros de alto, recubiertos de musgo, líquenes y matas de pasto asomadas por las resquebrajaduras.

- Demasiados ángulos rectos para ser obra de la naturaleza -. Pensé. Al ir progresando por aquel extenso corredor, cruzado por ramales diagonales que, en las esquinas aun exhibían vestigios de los biselados, pese a la abrasión del tiempo y los derrumbamientos de tierra y pedruscos que, deformaban aquellas desbaratadas bifurcaciones, tan encharcadas como la vía principal que, en definitiva nos enlazó a otra galería subterránea, por la que desembocamos a un espacioso ruedo al aire libre, delimitado por un círculo de puntiagudos peñones que, en su límite opuesto soportaba el armazón de una barraca. A la que nos abalanzamos fustigados por una repentina granizada que, con sus glaciales rachas nos encegueció y congeló las manos, entorpeciendo la apertura de la desvencijada puerta que, Vassily terminó por embestir a empellones hasta que, consiguió abrir un quicio que amplió a empujones, para introducirse en la oscuridad de “La Madriguera” que, iluminó con su linterna espoleándonos a entrar rápidamente, antes de cerrar el portalón para bloquear la gélida ventisca que, persistió por las rendijas que recubrimos con los ponchos que, colgamos a unos ganchos fijados en el dintel. Al mismo tiempo que, Boris encendía una de las lámparas que, con su fulgor hizo innecesarias las *Pertrix* que habíamos prendido, para dimensionar el habitáculo en el que nos encontrábamos que, a primera vista parecía amueblado únicamente por un sucio mesón

que, por fortuna se hallaba apartado del reguero de las goteras que, salpicaban por doquier el piso terroso de la estancia, construida con troncos en bruto superpuestos transversalmente que, fueron apuntalados a varios postes horizontales que, también sostenían las vigas del techo de turba y coirón apelmazado.

Y ya sea, por la irradiación de la segunda lámpara que encendió Yeike, o, porque mis ojos se comenzaron a acostumbrar a la penumbra, es que al volverme vislumbré un lienzo de piedra viva, untada con una capa de musgo pálido que, se diseminaba en dilatados manchones por el sombrío refugio, tapizando inclusive unas toscas banquetas, repisas y los tres catres que, con el mesón guarnecían los doce o catorce metros cuadrados de esa sección del barracón.

- Parece que hace muchos años que nadie venía por aquí - Le manifesté a Vassily que, aquilataba el daño del cobertizo con el ceño fruncido.

- Tenemos que taponar la techumbre -. Masculló, sin prestarme atención.

Ya que, viró en redondo para atender a su hermano que, le avisaba del anegamiento de “La Cocina” en el otro extremo, hacia donde mis primos se dirigieron portando algunas herramientas, dejando a Yeike a cargo de sellar los goterones del “comedor-dormitorio”, mientras con *El Viejo* y *Kal* rehabilitábamos las malogradas estanterías que, desocupamos para rasparles el moho y el polvo encostrado, cuyos residuos terminamos de refregar con unos trapos, para luego guardar en las repisas limpias nuestras las mochilas que, al llegar habíamos depositado en la rudimentaria mesa que, a continuación sacudimos y restregamos con esmero. A la par de los taburetes, en los que después nos sentamos a roer unas galletas, atentos a las reparaciones que permitieron el encendido del fuego que, desde “La Cocina” irradiaba el

calor que me atrajo al lúgubre “pasillo” que, conectaba ambos sectores del refugio rodeando un enorme escollo rocoso que, transpuse para ingresar al postergado cuchitril del fogón que, como toda “La Madriguera” sufría la desatada furia del vendaval que, remecía el envigado y una tiznada tubería sobrepuesta al hogar ardiente.

- ¿Oye, y no se irá a llover aquí? -. Expresé preocupado, acercándome a mis primos que se calentaban las manos en la lumbre.

- Ya no -. Me tranquilizó Boris, apuntando al tinglado recompuesto.

- ¿Y, a ras de tierra? -. Persistí, arrimándome a la hoguera. - ¿Podríamos inundarnos? -.

- ¡Imposible, *Xwanito!* -. Descartó Vassily. - No te fijaste que el declive va para el río -.

- ¡Es verdad! -. Asentí, coincidiendo.

- Estamos bien aquí -. Me reconfortó Boris a reglón seguido.

- Imagínate, cuantas tormentas han resistido estos pilares -. Avaló, destacando el entramado de vigas y puntales empotrados.

- ¿Entonces, no hay peligro de que la techumbre ceda? -.

- ¡No hombre! -. Bufó Vassily hastiado. - Si hasta ese peñasco aguanta al techo -. Agregó, indicándome la saliente que antecedió a “La cocina”.

- ¡Ahhhh! ¡Tienes razón! -. Exclamé, volteándome para constatar que, allí el cobertizo estribaba en el canto superior del bloque pétreo que, obstaculizaba el “pasillo” con su volumen semicilíndrico.

- Mirándolo bien, es parecido a los *menhires* de la Europa prehistórica -. Comenté distraídamente.

- ¿Un qué...? -. Inquirió, *Chito*.

Y, yo le describí esos milenarios monolitos que, solían emplazarse a campo abierto al revés del *menhir* del corredor que, recién ahí noté que se alzaba enfrente de una especie de gruta.

- ¿Saben qué hay allí? -. Pregunté.

- Un botadero de *cachureos* -. Lo catalogó *Vicho* indiferente.

Virándose para acomodar los leños húmedos y las astillas que, Boris roció con kerosene para avivar la combustión que, con su resplandor alumbró en oblicuo la *boca de lobo* del socavón, al que retrocedí empuñando un tizón llameante para verificar que, en “El rincón de los *cachureos*” se apilaban múltiples cachivaches oxidados, aparejos de minería e incluso una carretilla sin rueda que, languidecía reclinada contra el murete que cegaba el vertedero que, estérilmente escudriñé buscando trazas de algún compartimento o, una trampilla del alijo de *Las Cartas de Ingvar*.

- ¿Quién sabe dónde habrán escondido los manuscritos? -. Exhalé desalentado, yendo en busca de mi mochila al “comedor-dormitorio”. Para sacar el mapa y revisarlo nuevamente, a la luz de una lámpara que me acercó *Kal* que, contrarrestó mis vacilaciones afirmando que “La Madriguera” era el escondrijo perfecto, al enclavarse en el corazón de un *ajámas* que, solo era accesible navegando desde un remotísimo caserío indígena de la Patagonia.

- ¡Así que, *Las Cartas* tienen que estar aquí! -. Reafirmó, amarrándose sus trenzas a la nuca para ojear el plano que, yo iba desarrollando en la mesa.

- ¡Es cierto! -. Declaré con la convicción restaurada. - Pues, de lo contrario, la *Okhrana* no hubiese levantado esta rancha tal lejos del río. Volcándonos al mapa, para calcular la distancia entre refugio y el espolón que, a vuelo de pájaro tendría más de doscientos metros.

- Algo no calza aquí -. Colegí, observando la forma de la hondonada por la que entramos al *Laberinto*. - Porque, allá afuera la cañada parecía recta, pero en realidad se curva detrás del risco de la runa -.

- Puede que, no nos hayamos dado cuenta por el chaparrón -. Justificó *Kal*, sin darle importancia.

Instándome a seguir reacondicionando el “dormitorio” con Anselmo, en tanto iba con Yeike a cocinar el guisado de arroz con charqui y arvejas que, pasadas las tres de la tarde devoramos sentados en torno al fogón, disfrutando de calidez de las brasas sobre las que recalentamos las *churrascas*, con que rebañamos los platos de latón tras servirnos la “repetición” que, tragamos entre vivificantes dosis de aguardiente que, nos animaron a un ameno intercambio de impresiones de aquella jornada. En la que, habíamos logrado dar con el probable escondite de *Las Cartas* que, rastrearíamos en la mañana para contar con luz suficiente, ya que la tarde agonizaba en un prematuro anochecer que, con su renegrida cerrazón parecía traspasar las gruesas paredes, haciéndonos tiritar de frío a pesar del fuego ardiendo que, cebamos con más maderos y unos chorros de gasolina, para prolongar la tertulia etílica que nos unificaba, hasta que el cansancio acabó por doblegar al *Viejo* que, se despidió para ir a tumbarse al camastro que compartiríamos, llevándose un destartado brasero colmado de ascuas. Tal como lo hicieron Yeike y *Kal*, cuando cerca de las ocho se retiraron aperados con otro tacho, colmado de pavesas candentes para temperar “El dormitorio” que, aún estaba algo tibio al irme a acostar más tarde, ovillándome a espaldas de don *Chemo* tapado con mi manta que, ya en la madrugada *Chito* tiró con fuerza para despertarme. Ya que, debía relevarlo en la guardia final que, cumplí de mala gana apostándome de cara a la puerta, recubierta con los capotes que colgaban pesadamente, impermeabilizando la entrada de las ráfagas de la tormenta que, fue amainando para sumirnos en el silencio absoluto, al cesar el castigo de las inclemencias contra el techo que, empezó a sufrir el embate de una

helada glacial que, en cosa de minutos congeló el ambiente del “comedor-dormitorio”, obligándome a ir a recargar los braseros a la “Cocina”, a la que me dirigí adentrándome por el “pasillo para rodear el *menhir*, contra el que me apegué instintivamente al pasar frente al “rincón de los *cachureos*”. Antes de entrar al arrinconado tabuco del fogón, adonde se mantenía encendida una pequeña pira de rescoldos que, calentaron mis manos entretanto repasaba el diseño del refugio que, a lo largo era perpendicular a la articulación de corredores que, nos condujeron allí desde la embocadura de la hondonada, cuya comba disimulaba el desvío al este de la primera galería que, se iba acentuando imperceptiblemente en los siguientes pasadizos, en una permanente curvatura de la trayectoria que, extendía su línea invisible a través del claro, para penetrar “La Madriguera” exactamente a la altura del *menhir* y, por consiguiente de la boca del sumidero.

- ¡Lo encontré! -. Vociferé exaltadamente, sobresaltando a mis primos que, con Yeike acudieron a mí con las armas empuñadas.

- ¡Lo encontré! -. Les repetí alborotado, apuntando al “rincón de los *cachureos*”. - ¡Aquí escondieron *Las Cartas de Ingvar!* -.

- ¿En este hoyo? -. Cuestionó apáticamente *Vicho*, encendiendo su linterna portátil a mi costado.

- Pero, si este chiquero a veces sirve de letrina -. Desestimó Boris.

Debiendo explicarles con pelos y señales, el sustento de mi teoría de la proyección oblicua de los túneles, sin lograr persuadirlos como ocurrió con mi medio hermano que, me escuchó atentamente intercalando varias preguntas, en contraste con la actitud silente de *Kal* y Anselmo que, al únirsenos aguardaron el decisivo pronunciamiento de Vassily que, a la postre aceptó excavar el boquerón al despuntar el alba.

- Mejor preparemos el desayuno que, la faena será dura -. Nos sugirió

don *Chemo*.

Metiéndose a “La Cocina” a hervir el agua del mate que, después bebimos hablando de mi plan y del radical cambio de clima que, había pasado del torbellino a un horizonte de cielo radiante que, nos animó a abrir de par en par la puerta y los ventanucos, para renovar el aire viciado de nuestra guarida que, además se colmó de la luz natural necesaria para vaciar el vertedero que, *Chito* emprendió solo, indiferente a que aun estuviésemos masticando unas *churrascas* retostadas.

- ¡Los que estén listos, síganme! -. Nos exhortó Vassily en unos instantes.

Yéndose a desalojar la cárcava con su hermano, en un escandaloso ajeteo al que nos fuimos incorporando, para trasladar una colección de artefactos oxidados, herramientas rotas y la desvencijada carretilla que, sacamos arrastrando por el carril que habíamos despejado, para llegar al fondo del socavamiento que iluminamos con dos lámparas, para escrutar el regular cariz del muro de cascajo pedregoso.

- ¡Esto es raro! -. Evaluó Vassily, dándole pequeños golpes a la pared con un fierro viejo.

- ¿Por cómo resuena? -. Supuso Boris, aludiendo al sonido hueco que se oía con cada estacazo.

- Eso mismo. Y, fíjate que la capa se desmenuza al pegarle -. Demostrándoselo en el acto, con un fierrazo que hizo saltar un fragmento que, recogió para mostrarnos que era artificial. - Esto es argamasa de arena y mortero -.

- ¡Tenía razón! -. Aclamé aproximándome. - ¡Aquí encontraremos los manuscritos de Ingvar! -.

- Puede ser-. Me concedió Vassily sonriendo. - Pero, primero tenemos

que ver que hay al otro lado -.

Pidiéndole a Yeike que, trajera un chuzo y una picota de la rinconera, con que embistieron la falsa muralla que fue desmoronándose hasta que, un certero picotazo dejó al descubierto un tabique de rollizos.

- ¡Por la *puta madre!* -. Profirió don *Chemo*, alzando un candil hacia la empalizada. – ¡Esto es una barrera! -.

- Así es don *Mocho* -. Refrendó *Vassily*, tanteando el pútrido maderamen que, luego hachó fracturando los pilares reblandecidos para abrir un forado que, al ensancharse expelió una insoportable vaharada de fetidez.

- ¡Salgamos de aquí!-. Articuló *Vicho* penosamente, reculando al “pasillo”, para encabezar la estampida al exterior de “La madriguera”, donde inhalamos bocanadas de aire puro con desesperación, tosiendo y carraspeando para desintoxicarnos del efluvio ponzoñoso.

- ¿Qué se habrá muerto ahí? -. Farfulló *Boris* al recobrar el aliento.

- ¿Abrimos una de las puertas de infierno, o qué? -. Balbuceó sofocado *Anselmo*. - ¡Sí, eso era el tufo del mismísimo maligno! -.

- Tenemos que volver -. Expresó dificultosamente el mayor de mis primos, limpiándose los labios de vómito.

- ¿Quieres que muramos ahogados? -. Lo increpó su hermana respirando entrecortadamente.

- Vamos a encender antorchas para quemar la pestilencia -. Le esclareció.

Repasando como mitigaban las emanaciones del retrete en *Edéngrado* que, gatilló una andanada de bromas y comentarios soeces, sobre quien era el más hediondo de todos los *Dragomir* que, logró amortiguar en parte nuestro temor de reingresar al “comedor-dormitorio” que, sólo sería posible con la nariz y boca tapadas con unos trapos que, nos

mantuvieron a salvo durante la elaboración de varias teas, armadas con palos, estopa y arpillera de sacos embebidas en kerosene.

- ¿Quién me acompaña? -. Nos desafió Boris hachón en mano.

Y, sin esperar respuesta, se apretó el pañuelo que le cubría el rostro y blandió la antorcha que, encendió con su chispero para ir a arrojar al botadero que, se inflamó con un impresionante resplandor verdoso que, al extinguirse nos permitió allegarnos al “rincón de los *cachureos*”, adonde lanzamos otra asta llameante para suprimir el gas nauseabundo que, seguía brotando débilmente desde el vacío opuesto del boquete, dentro del cual mis primos embocaron una seguidilla de antorchas que, fulguraron violentamente por unos segundos antes de apagarse.

- ¡Vengan! -. Nos llamó Vassily. - ¡Ahora agrandemos la perforación! -. Nos movilizó, yendo hacia la cavidad, para ayudar a hachar los rollizos cuarteados que, fuimos abatiendo con el chuzo a la banda contraria, ampliando la brecha que posteriormente *Vicho* atravesó con un fanal.

- ¡Esto no es obra de la naturaleza! -. Exclamó con estupor, sosteniendo la lumbre en alto, para que husmeáramos el primer tramo de esa galería de unos tres metros de anchura que, decaía rectamente a las tinieblas.

- ¡Es un túnel barrenado! -. Tartamudeó *Chito*, apabullado.

- No creo que *La Guardia* lo haya hecho -. Murmuré detrás suyo.

- ¡Yo tampoco! ¡Pero, debemos entrar! -. Fue su lacónico razonamiento. Pasándome la picota, para que con Yeike desatascáramos las piltrafas de los puntales que, obstaculizaban la abertura que traspasaríamos una vez que, nos hubiésemos premunido de las armas y el equipo necesario que, los demás fueron a cargar en las mochilas excluyendo al *Viejo* que, se quedaría vigilando el refugio lo que demorara la exploración que, tras una media hora de preparativos dieron inicio Vassily y Boris, al internarse por el perfilado corredor fusiles en ristre, iluminados por una

lámpara y sus *Pertrix* colgándoles del cuello, cuyos destellos fueron alejándose en las profundidades que, se estremecieron con el retumbar de sus pisadas. Hasta que, en algún punto se devolvieron por nosotros, para guiarnos por aquella tétrica cavernosidad, por la que fuimos avanzando cautelosamente siguiendo a *Vicho* que, cada cierto trecho enfocaba la lámpara a las alisadas paredes que, remataban en impecables ángulos de cuarenta y cinco grados, tanto en el alto techo como en los vértices inferiores que, delimitaban los ribetes de la aplanada calzada cenagosa que, fue torciéndose al norte por más de un centenar de metros, para continuar por el declive de una pronunciada rampa que, nos impuso detenernos en su borde a preparar el cordaje para la bajada.

- ¿Quiénes habrán excavado esto? -. Cuchicheó Yeike, para que su voz no resonara en las honduras.

- Y, ¿cómo lo hicieron? -. Se preguntó Boris en sordina, desconcertado por las murallas carentes de muescas de trabajo con herramientas.

-...Este *Laberinto* lo construyeron los *Nosjthej* -. Nos repitió majaderamente *Kal*. - ¿Se acuerdan de que, antenoche mi *ane* también se los dijo? -.

- Si, pero, si alguna vez existieron esos gigantes, deben haber desaparecido hace miles de años -. Le rebatí, contraponiendo el buen estado de conservación de la galería que, distaba mucho de un abandono antediluviano.

- ¡Eso mismo quiere decir que todavía están vivos, *Sabelotodo*! -. Recordándome que, Xoshem nos contó que los *Nosjthej* se habían recluido en sus dominios subterráneos, para evitar ser vistos por las primigenias bandas de cazadores que, proliferaron por la Patagonia del deshielo.

- Sí, *Kal*. Pero, eso no significa que...-.

- ¡Bueno, ya está bien! -. Me contuvo Vassily, pasándome la lámpara para clavar una estaca al filo del repecho.

A la que su hermano afianzó una cuerda que, se quedó sujetando para que nos descolgáramos por la inclinada rampa que, descendimos procurando esquivar las venas fangosas que, se vertían perezosamente por la pendiente hasta un hundido plano que, resultó ser el atrio de un grandioso portal tallado, ante el cual nos fuimos reuniendo para esperar a *Chito* que, al agrupársenos quedó estupefacto por la magnificencia del frontispicio que, el resto admirábamos enmudecidos.

- ¿Qué hace esto aquí? -. Me interrogó azorado.

- No lo sé...pero, debe tener siglos -. Le respondí, enfocando mi linterna a las lisas de piedra carcomida.

- El vano de la entrada es más alto que ancho -. Notó Yeike a mi lado, ponderando su alzada en unos cuatro metros al dintel.

- Mucho para un ser humano -. Deslizó capciosamente *Kal*, en mi oreja. Rebasándome, para observar de cerca el umbral trapezoidal que, finalmente franqueamos con las armas amartilladas, irradiando con todas las luminarias un claustro de unos treinta metros cuadrados, dotado de una cisterna redonda en medio del enlosado que, mayoritariamente se hallaba encostrado de polvo petrificado.

- Parece que el pozo funciona -. Reparó Boris aguzando el oído. - Se oye agua corriendo debajo del piso -.

Arrebatándome la lámpara que portaba, para ir darle un vistazo al estanque del aljibe que, para su decepción estaba tan seco como el manto de tierra gravosa que, se superponía al embaldosado que pavimentaba el pabellón que, efectivamente contaba con una red de drenaje perimetral, cuyo canalizado horadaba los cimientos de los

paramentos laterales, para evacuar los riles en cuatro bocatomas esquineras, encubiertas por una pústula de légamo y piedrecillas que, Vassily fue a inspeccionar a un rincón del amurallado frontal.

- Por aquí, se cuele la aguada que se derrama por la rampa -. Observó arriscando la nariz. - Tiene el mismo mal olor -. Se quejó, removiendo con la bota los estratos gelatinosos que, cegaban las ranuras del desagüe.

- Por lo tanto, en la antecámara tendría que haber una esclusa receptora que, se comunique subterráneamente con las bocatomas internas -. Deduje. - Pues, de lo contrario todo esto estaría inundado -.

- Si, pero ese sería un alcantarillado -. Diferenció Boris a unos pasos.

Apostando a que, existía un acueducto paralelo para el agua limpia que, según él se conectaría con la cisterna central que, integraría un sistema de acopio acuífero abastecido desde un hipogeo que, formaría parte de un complejo arquitectónico de varios niveles que, en la horizontal se extendería más allá del portal antagónico que, nos aprestamos a cruzar en cuanto rellenáramos las dos lámparas, con el combustible enlatado que *Vicho* transportaba en su mochila. En la que volvió a guardar los recipientes semivacíos, al recomenzar la incursión transponiendo el vetusto pórtico, para salir a un pasadizo de similares dimensiones que el anterior, por el que avanzamos apartándonos de sus orillas acanaladas, desbordadas de los putrefactos fluidos que supuraban las paredes que, perseveraron encorvándose al norte por una centena de metros, antes de una brusca torsión al noreste del trayecto que, desde ahí decayó por un desnivel obstruido por varios derrumbes que, fuimos sorteando para llegar a una soberbia arcada desbastada en la roca viva que, trasparamos para irrumpir a un espacio de inconmensurable oscuridad.

- Que todos enciendan sus linternas -. Siseó Vassily sobrecogido,

apuntando su fusil a las sombras.

- Es una bóveda -. Mascullé, activando la *Pertrix* sobre mi cabeza.

- ¿Y dónde está el techo? -. Murmuró Yeike. - No lo alcanzo a ver -.

- ¡Enfoquemos juntos para arriba! -. Resolví, uniendo los rayos de los reflectores.

Logrando vislumbrar la cimbra de una cúpula, así como los arcos de aquel paraninfo intraterreno que, atravesamos rompiendo el silencio sepulcral con nuestras pisadas, hasta que estuvimos lo bastante cerca de un murallón de piedra, cuya colosal estructura sobrepasaba los veinte metros, en aquellos escasos sectores en que la sillería no se veía derruida, desencajada, o precipitada por una zanja central, mezclada con un aluvión de sedimentos resecos y cubos quebrados que, se acumulaban a los pies del gran surco, hacia el que enfilamos para explorar la base del paredón. Por el que, nos desperdigamos dejando las mochilas al cuidado de Yeike que, se quedó junto a un bloque abatido con una de las lámparas que, nos serviría de faro para no extraviarnos por los ciclópeos bastimentos que, fuimos recorriendo en busca de alguna pista de *Las Cartas de Ingvar*, valiéndonos del halo lumínico de nuestras linternas que, en mi caso iba enfocando a las megalíticas facies de piedra que, estaban tapizadas de cascarria y un tipo de cardenillo cristalizado que, en un momento decidí raspar con el filo de mi cuchillo, para develar la eximia cantería de una estela pulimentada que, se encajaba milimétricamente con las contiguas.

- No cabe duda, de que esto fue hecho por una civilización avanzada -.

Discurrí absorto, frotando el terso sillar de color rojizo que, con su perfección me hizo concebir la posibilidad de que, quienes levantaron esa verdadera fortificación fuesen los *Nosjthej* que, tal vez aun habitaban los confines del inframundo que, si era descubierto

reescribiría la historia de la humanidad, desbancando los preceptos de todas las religiones del planeta; - Quién sabe, si eso es lo que quiere *Thule* -, Concluí, despabilándome, con el llamado de Boris a reagruparnos, pues se había agotado el tiempo prefijado para el reconocimiento que, dimos por terminado retornando al punto de encuentro. Adonde Yeike atisbaba el regreso de Vassily que, había ido a sondear el empinado zanjón, al que me volteé para detectar a mediana altura unos centelleos que, iban descendiendo por el talud de losas destrozadas, ripio y polvo cuajado, desde donde mi primo nos impelió a cargar la impedimenta y alcanzarlo, llevando a mano las sogas y estacas para trepar la hendedura que, correspondía a la sepultada caja de una ruinoso escalinata que remontamos hasta una plataforma en la que hicimos una pausa, para dimensionar el volumen del altísimo domo, cuyos muros convexos se amplificaban sobre nuestras cabezas más allá de lo visible. Y, ciertamente, mucho más arriba del siguiente murallón que, luego escalaríamos aferrándonos de la cuerda que, Boris estacaba entre los desbaratados peldaños de la escalera que, ascendía un conjunto de cinco angostos andenes que, iban disminuyendo paulatinamente la elevación de sus contrafuertes, en pos de la cota superior del quinto y último pretil que, se abría a la intensa oscuridad de otra cámara abovedada que, acometimos activando las luces a su máxima potencia, para iluminar el polvoriento pavimento empedrado, por el que alcanzamos caminar unos cincuenta pasos, antes de que *Kal* entreviera unas ramificaciones esqueléticas que, caían por los intersticios de una agrietada techumbre cupular.

- ¡Son raíces de un árbol! -. Distinguió, apuntándolas con su linterna.

- ¡Y están vivas! -.

- ¡Eso no es posible! -. Rechazó Boris atrás. - Estamos muy hondo -.

- ¡Claro que puede ser, *Chito!* -. Lo contradije, girándome para exponerle que, la altitud de la “fortaleza” se equiparaba, aproximadamente, a todo lo que habíamos bajado desde la primera galería. - Por lo tanto, debemos estar a quince o veinte metros de la superficie -.

- ¿Y cómo sacaste esos cálculos? -. Me refutó con manifiesta incredulidad.

- Mentalmente -. Reconocí. Y, obviando su sarcasmo añadí que, nuestra trayectoria había ido arqueándose a la derecha constantemente.

- ¿Tal como el acceso al *Laberinto?* -. Se entrometió Yeike, retrotrayéndonos a mi teoría de la oblicuidad de los túneles.

- Sí, *Quique*. Pero, esta curvatura al norte se acentuó tras salir de la cisterna, para prácticamente doblar al noreste en ciento ochenta grados.

- Eso no me cuadra nada, *Xwanito* -. Desconfió, Vassily interviniendo.

- Puesto que, si consideráramos la distancia que hemos recorrido, significaría que retrocedimos en semicírculo hasta el mismo valle, o más lejos todavía.

- Y por ahí no hay árboles -. Me aportilló Boris, enrostrándome que, no habíamos visto ninguno desde el alerce del cerro.

- ¿Y, si estas fueran sus raíces, *Chito?* -. Lo confrontó *Kal*, infiriendo que, la loma donde el alerce se enraizaba, era el cascarón exterior de la cúpula bajo la cual nos hallábamos.

- ¡Eso es imposible, hermanita! -.

- ¿Bueno, vamos a continuar o no? -. Los refrenó Yeike inquieto, meneando una lámpara en la turbia lobreguez que nos rodeaba.

- ¡Sigamos mejor! -. Nos apuró Vassily, poniéndose a la vanguardia con Boris, para salvar la otra cincuentena de metros de esa gran cámara que, terminaba en un hemicírculo intercalado de hornacinas, entre las cuales

advertimos unas incisiones grabadas en la muralla, a la que nos apegamos para escudriñar los signos que, discerní como un tipo de escritura.

- ¡Es increíble! -. Exclamé alelado, direccionando mi *Pertrix* a una de las agrupaciones de símbolos.

- Al parecer se leen verticalmente -. Conjeturé *Kal*, deslizando sus dedos por una de las ristras que, sus hermanos admiraban boquiabiertos. Mientras tanto Yeike, se alejaba con una lámpara a la izquierda, hurgando en los sillares cualquier indicio de *Las Cartas de Ingvar*, cuya búsqueda mis primos y yo postergamos momentáneamente, para dilucidar el sentido alfabético de los “jeroglíficos” que, por un buen rato nos mantuvo ajenos a los esfuerzos de mi hermanastro que, ya estaba a una docena de metros cuando lo oímos llamándonos, para que viéramos una losa que se removía al presionarla.

- ¡Puede ser un sepulcro! -. Sospeché Boris, al irnos acercando a la estela.

- No la abramos -. Se opuso *Kal*, preocupada de ofender a los espíritus tutelares de la catacumba.

- ¡Aquí no hay nadie hace siglos, prima! -. La tranquilicé, desestimando las supuestas presencias espectrales.

- ¡Es que los percibo, Iván! -. Me retrucó asustada.

- ¡Yo también siento que nos vigilan! -. Admitió Vassily, pasándome su luminaria para amartillar la pistola.

- ¡Cálmense, por favor! -. Les exigí entre dientes.

Y soslayando sus temores, me aboqué a revisar la tapa y los cantos del nicho que, no tenían ninguna inscripción que nos guiara a *Las Cartas* que, decidimos buscar en parejas por el amurallado, dejando a *Kal* a cargo de la impedimenta y de ambas lámparas sirviendo de faros.

- *Quique* y tú van a la izquierda. Y yo con Boris nos vamos a la derecha
-. Determinó *Vicho*, al bifurcarnos por el hemicycle que, comenzamos a
explorar en busca de una seña orientadora o, la mismísima runa de *El*
Viajero que, por fortuna localicé en el centro de la losa de un nicho.

- ¡Eureka! -. Celebré, enfocando la linterna a la runa cincelada.

- ¡La encontraste! -. Aclamó *Yeike* a mi diestra.

Y acto seguido, se fue a avisarle a nuestros tres primos, abandonándome
a merced de una tenebrosa soledad que, intenté evadir examinando la
lápida cuadriforme que, al contrapesarla chirrió desplazándose una
pizca afuera, probando que no estaba empotrada al marco fijamente,
como quedó demostrado pasado unos diez minutos, cuando Boris y
Vassily la forzaron palanqueándola con los cuchillos, hasta conseguir
desacoplarla de la pared abriendo un quicio que, *Kal* irradió con la luz
de su *Pertrix*.

- ¡Hay un fardo en el hueco! -. Anunció exultante.

Corriéndose, para mostrarnos un bulto rectangular envuelto en tela
calafateada que, extrajimos cuidadosamente una vez desmontada la losa
que, fue sobrepuesta de cara al piso para depositar encima el enfardado,
cuyas ataduras de cuero fuimos desamarrando con prolijidad, para
retirar la doble cobertura embreada de un tosco arcón, guarnecido de un
cerrojo que reventamos para abrir la tapa que, al abatirla dejó a la vista
una cobertera remachada al armazón que, mis primos fueron
despegando con sus cuchillos, para remover el pellejo endurecido que
salvaguardaba un cubículo que, contenía una quincena de paquetes
enfundados en vitela.

- ¡*Las Cartas de Ingvar*! -. Proclamé emocionado. Aprehendiendo al
azar uno de los lios que sopesé maravillado, desentendiéndome de la
expectación de mis parientes.

- ¿Y bien, lo vas a abrir o no? -. Me reclamó *Kal* impaciente.

Impeliéndome a desenvolver un estuche de madera que, mediría tres centímetros de alto y ancho por cuarenta de largo, cerrado a la mitad con un broche de bronce, rotulado en cirílico medieval con la palabra *четыре*: *chetyre*; numerando a la cuarta de las arquillas, como traduje al intercambiarla por la primera de izquierda a derecha que, desenfundé soltando las tiras que la ajustaban, para descubrir la presilla troquelada con la cifra de Odín: *один*, el Uno ruso, glorificando al dios padre de los navegantes nórdicos.

- Aquí hay algo sumamente importante -. Previne, destrabando el pasador que, al ceder reveló un alargado cilindro dorado cifrado con el uno.

- ¡Es oro puro! -. Soltó Boris deslumbrado. - ¡Somos ricos! -.

- Es de la *Okhrana*, *Chito* -. Lo acalló *Kal* de cuajo.

- Las reliquias de *La Guardia* son intocables -. Ratifiqué, alzando aquella antigüedad que, especulé pudo fraguarse por orden de Yaroslav *El Sabio*.

- ¡Pero, si ese rey murió hace mil años! -. Me atajó Yeike receloso. - ¡Tú mismo lo dijiste antenoche -!

- Así es, pero la tipografía en el broche es de la edad media-. Le clarifiqué.

- ¿Cómo va a ser tan *reviejo*? -. Insistió. - Si el tubo ni siquiera está oxidado -.

Es que, el oro es inoxidable y contrarresta los efectos del calor, la humedad y la mayoría de los agentes corrosivos...-.

- ¡Oye, *Xwanito*! ¡Abre esta cosa de una buena vez! -. Me exigió Vassily exasperado.

Pero, no pude hallar la traba del cartucho cilíndrico que, tras una

infructuosa búsqueda le entregué a *Kal* que, lo destapó sin problemas al presionar un minúsculo botón que sobresalía en el centro.

- Es un mecanismo de gancho -. Farfullé sorprendido.

Recibiendo de vuelta el receptáculo, del que extraje un enrollado pergamino de bordes desgastados que, fui estirando lentamente a la luz de las lanternas, pues se trataba de un antiquísimo manuscrito de medio metro por treinta y cinco centímetros, atiborrado por ambas caras de rojizos caracteres rúnicos que, aun eran legibles a pesar de los diez siglos que, habían transcurrido desde que fuera escrita por *El Viajero*.

- ¿Lo puedes descifrar? -. Me sondeó Boris anhelante.

Decepcionándolo con mi negativa, ya que mis nociones del *futhark* eran tan escuálidas que, necesitaría los libros de mi padre y como mínimo unos meses, para traducir aquel pergamino que fui enrollando escrupulosamente, para recolocararlo en la cánula que inserté en su estuche que, prontamente enfundé para guardarlo dentro del arcón que, trasladaríamos de inmediato a la seguridad de “La Madriguera”, con el objeto de estudiar los códices con calma y mayor luminosidad.

- Son las diez y cuarenta y seis -. Puntalicé, dándole una ojeada a mi reloj. - Y, si todo va bien, podríamos volver a la *Zarina* en la tarde -.

- ¡Lo mejor es salir de aquí! -. Gruñó *Kal*, oteando perturbada alrededor.

- ¿Viste algo? -. Inquirió Vassily, esgrimiendo su pistola.

- No. Pero, intuyo hostilidad acechándonos -. Confesó atemorizada. Adelantándose a reponer la cobertera para cerrar el cofre que, arrastró a un lado para despejar la losa que, sus hermanos levantaron para tapar el nicho. - Déjenla tal cual estaba -. Les advirtió trémula.

Exhortándonos a que con Yeike agarráramos el baúl, mientras ella recogía del suelo su envoltorio calafateado que, dobló para llevárselo antes de suplicar que huyéramos a la “Fortificación”, hacia la que nos

precipitamos aventajados por mis primos que, nos fueron iluminando el camino hasta que, al aproximarnos a las raíces nos quedamos inesperadamente a oscuras.

- ¿Qué les pasó a las lámparas? - Grité asustado al detenernos.

- Se apagaron solas -. Fue la azorada respuesta de Boris.

- ¡Enciendan sus linternas portátiles! -. Nos urgió Vassily.

Y los cinco activamos las *Pertrix*, en el preciso instante en que un horrendo sonido reverberó en el espacio insustancial que nos envolvía.

- ¿Qué fue eso? -. Proferí espantado, soltando con Yeike las asas de nuestra carga, para descruzarnos los fusiles que apuntamos al vacío.

- ¡Viene de atrás! -. Chilló Boris aterrorizado. - ¡Del ala derecha del mausoleo! -. Virándonos a las postrimerías de la cámara que, despreció la amenaza de nuestras armas con un espeluznante clamor que, resonó largamente erizándome los pelos y paralizando mis instintos.

- ¡Tenemos que escapar! -. Chapuceó *Kal* despavorida. - ¡Enfurecimos a los *Nosjthej*!... los *Nosjthej* -. Reiteró quedamente, señalándonos un débil destello que, provenía del subsuelo del extremo derecho del hemiciclo que, retumbó nuevamente con un escalofriante ulular.

- ¡Vienen por nosotros! -. Gimió horrorizada, zamarreando a sus hermanos para que despabilaran.

- ¡Corramos! -. Expectoró Vassily reaccionando.

Y pusimos los pies en polvorosa, alcanzando en un soplo la devastada escalera que, descendimos a toda prisa aferrándonos a los cordajes, tratando a toda costa de mantener intacto el baúl que, sin embargo, sufrió algunos golpes y roces en el tramo inferior del surco, por el que convergimos a la base de la “Fortaleza”, a cuyo amparo percibimos un relumbre fosforescente que, iba expandiéndose desde la cornisa de la plataforma superior, por el éter inanimado de la inmensa bóveda.

- El resplandor nos quiere atrapar -. Entendí, intentando moverme, para alejarme de la creciente órbita verdosa. Porque, a la sazón, el pavor me agarrotaba, haciendo más difícil asir el arcón que, era sacudido por los violentos espasmos de Yeike que, parecía hipnotizado por maléfica fluorescencia que, *Kal* exorcizó murmurando un sortilegio en *Aónikenk*, para conjurar las vívidas ondulaciones fulgurantes que, ya se cernían sobre el contrafuerte del tercer andén.

- Se está acercando -. Susurré. Tirando del asa para que Yeike se acoplara.

Pues, había cesado de convulsionar y retrocedió separándose de *Kal* que, sin perder ni un segundo se antepuso a sus hermanos, para reproducir el ensalmo que los rescató del influjo de la luminiscencia que, nos acechaba como si tuviera conciencia propia.

- ¡Corramos a la salida! -. Vociferé trastornado.

Lanzándonos en una carrera desbocada por la explanada del paraninfo que, atravesamos a toda velocidad espoleados por un terror sibilino, hasta llegar a la arcada que nos conectó con la galería de los derrumbes que, esta vez remontamos zigzagueando los cúmulos de escombros, para ganar la antesala de la cisterna, en donde nos agruparnos en torno al estanque.

- ¿Cómo... está el baúl, *Xwanito*? -. Jadeó Boris.

- Un poco machacado, y... con algunas raspaduras -. Le reporté recuperando el aliento.

- ¿Y las lámparas? -. Requirió Vassily resoplando, al percatarse que, la batería de su *Pertrix* agonizaba como todas las otras.

- Las perdimos en los andenes...Al igual que, las sogas y sus estacas -. Lamentó Boris, que aprovechó de indagar si teníamos baterías de repuesto.

- Ya las ocupamos, *Chito* -. Deploré.

- ¡Entonces, hay que llegar al refugio cuanto antes! -.

E íbamos a reanudar la marcha, pero *Kal* nos retrasó entonando una salmodia invertida al soportal trasero, para neutralizar el mal que nos perseguía.

- “Ellos” tienen las cosas que dejamos. Así que, saben quiénes somos -. Nos participó, al abrir los ojos, menguados por una sombría expresión de desconsuelo.

- ¡Tenemos que irnos rápido! -. Resolvió su hermano mayor.

Tomándola de un brazo, para salir con ella a la antecámara, adonde los seguimos para subir la resbaladiza rampa que, trepamos por turnos agarrándonos de las cuerdas engarzadas que, ulteriormente Boris fue recuperando al finalizar la escalada, con que ganamos el peralte del último corredor que, nos condujo al boquete abierto al fondo del “Rincón de los *cachureos*” que, mis tres primos traspasaron primero para recibir el arcón que, depositaron contra los fundamentos del *menhir* del “pasillo”, sobre el cual colgaba un solitario fanal encendido.

LOS SECRETOS DE LA DRAKONYA OKHRANA.

LABERINTO DE TAJOWAKSTAI.

PRINCIPIOS DE ENERO DE 1942.

- ¡Lo hicimos! -. Celebró Yeike, al verse sano y salvo en el perímetro interno de “La Madriguera”.

- ¡Y trayendo *Las Cartas de Ingvar* y quizás que más! -. Agregué. Felicitándonos con un abrazo que, replicamos con mis dos primos que, agradecían haber escapado de los engendros del tártaro que, *Kal* se quedó atisbando por la penumbrosa brecha que, luego nos rogó tapiar para obstruirle el paso a los *Nosjthej* que, vendrían a raptarnos o algo peor que no fue capaz de expresar, pero que la trastornó tanto que Vassily tuvo que calmarla, logrando persuadirla de salir a respirar aire puro y ver el sol, entretanto cegábamos el hueco con ayuda de *El Viejo*.

- ¡Oye! ¡Pero, don *Mocho* no está! -. Se dio cuenta Boris en ese momento.

- Debe haber ido al claro -. Lo tranquilicé, apelando al inquieto carácter de Anselmo para justificar su ausencia.

- ¿Y por qué abandonaría su guardia? -. Reprobó molesto mi primo.

- Yo creo que se tentó y fue al río a “pescar” oro -. Insinuó Yeike.

- Eso puede ser -. Convine, animándolo a llevar el cofre al mesón del “comedor-dormitorio”, para volver a tapar la abertura con los mismos despojos desmantelados que, reforzamos con varias traviesas clavadas.

- Creo que está bueno -. Aprobó Boris, tras media hora de trabajo.

- Ni se nota el hoyo con la oscuridad -. Acepté, convenciéndome.

- Parece que terminamos cuando Vassily ya viene de vuelta -. Nos alertó Yeike asomándose a la puerta, hacia donde se acercaban mis

primos con don *Chemo* que, al revés de lo que pensábamos no había ido a lavar oro, sino que a vigilar el acceso a *El Laberinto* con unos prismáticos.

- ¿Dónde están los legajos? ¡Quiero ver las cartas de ese Ingvar! -. Nos demandó *El Viejo* apenas entró a la ranca.

- Siéntese y le cuento lo que descubrimos -. Lo condicioné para contenerlo.

- ¡Si ya sé lo de las ruinas, muchacho! -. Contrapuso impaciente. - Que, *Vicho* se fue de lengua viniendo para acá -.

- ¿Y de lo que nos persiguió allá abajo? -. Saltó Boris ceñudo. - ¿También se lo dijo? .-

- No le he contado eso aun, *Chito* -. Lo interrumpió su hermano sujetando a *Kal* que, a su diestra decaía con la mirada extraviada. - Esperaba a que ella estuviese mejor -.

- ¿Pero de qué carajo hablan? -. Exclamó intrigado don *Chemo* que, con mucha reticencia aceptó sentarse junto al mesón, para escuchar del infernal acoso de la fosforescencia y de los horripilantes ululares de los *Nosjthej*.

- ¿Y los vieron? ¿vieron a esos “nostel” o, lo que sea? -. Expelió con la mandíbula desencajada.

- Ninguno los vio -. Musitó *Kal*, venciendo su alienación para advertirle que vendrían por nosotros. - Los *Nosjthej* están furiosos por la profanación de sus dominios -.

- ¡Salgamos de aquí, por las *reputamadre*! -. Vociferó despavorido *El Viejo*, contagiado por el terror de *Kal* que, nos rogó partir inmediatamente a la caleta para zarpar en la *Zarina*.

A lo que Vassily se resistió, subrayando que pasaba la una de la tarde.

- Porque, así de cansados como estamos, con suerte avistaríamos el

farallón al obscurecer. - Y, no nos arriesgaremos a descenderlo de noche.

- Conque, se nos cae el baúl, quedaría hecho trizas en las rocas -. Asoció Yeike, consintiendo pernoctar en la barraca.

- Es preferible quedarse y mañana al alba nos vamos -. Se unió Boris.

- Por lo demás, todavía no hemos revisado todas *Las Cartas*. Ni tampoco sabemos que hay debajo del receptáculo de las arquillas -. Apunté. Reavivando la desmedida curiosidad de Anselmo que, enseguida se levantó de su taburete, para ayudarme a destapar el arcón y retirar la cubierta protectora que, dejé en la mesa para tomar uno de los alargados paquetes que, desenfundé para mostrarle el estuche de madera que, a su vez desabroché para exhibirle el tubo de oro que, lo impresionó tanto o más que, el pretérito correo del gran Ingvar que puse frente a los ojos.

- ¿Sabés que dice? -.

- No mucho -. Le contesté, redundando que podría traducir algunas palabras sueltas, pero nada más.

Y, con un gesto resignado, me vio reestablecer el pellejo apergaminado en sus protecciones, para reponerlo con las otras catorce arquillas en la primera gaveta que, continuación desacoplamos del armazón para encontrarnos con otra separata de cuero, cuyo grosor me llamó la atención al desencajarla, antes de pasársela a Boris para examinar la división subyacente que, contenía alineados cinco bultos enfundados de medio metro.

- Ocupan toda la horma del cajón -. Estimó Yeike, empujando a *Chito* para ver mejor.

- Encajan a la perfección a lo ancho y a lo largo -. Coincidió. - Lo que entraña que fue hecho a la medida -.

- Y con tablas de ciprés de las Guaitecas -. Reconoció Vassily, por el color grisáceo del maderaje exento de podredumbre.

- Eso supondría que fue fabricado en la Patagonia -. Indiqué.

- ¡Pudo haber sido en cualquier parte, *Xwanito!* -. Descartó.

Inclinándose para extraer uno de los fardeles que, equilibró sobre las palmas de sus manos ofreciéndomelo, justo cuando un exaltado juramento de Boris me paralizó, con el anuncio de que la segunda cobertera, la misma que recién le había pasado, era el tapadillo de una carpeta que alzó triunfante.

- ¿Cómo te diste cuenta? -. Quise saber.

- Es que, al apoyarme encima algo crujió en el centro -. Desembuchó agitadamente. - Así que, tanteé las costuras hasta que encontré un pliegue... Y, ¡ta!, ¡tán! ...-. Remató radiante, cediéndome el honor de revisar el cartapacio que, en su anverso tenía una inscripción repujada en cirílico medieval.

- ¿Esto sí lo podrás descifrar, Iván? -. Me retó *Kal*, visiblemente rehecha de sus padecimientos.

Y sonriendo le dije que sí, traduciendo el enunciado de *Los Anales de La Guardia de los Hombres-Dragón*.

Para acto seguido, aflojar las correas de las tapas que, al desplegarlas revelaron unos añosos folios de vejiga que, recopilaban los registros de diversos acontecimientos históricos, protagonizados por los descendientes de Ingvar y los guardianes de sus correos.

- ¡Es la bitácora de nuestros antepasados! -. Anuncié, acomodándome en un banquillo para leer la relación inaugural que, según su epígrafe fue escrita en Nóvgorod en el año cristiano del mil noventa y seis: “Yo,

Iván Ivanson Dragoman. Primogénito de Iván Ingvarson de Nóvgorod

y nieto del príncipe Yngvar Eymundrson de Uppsala, llamado “El Viajero” o “El que ha viajado más allá”, escribo mi testimonio como caudillo de La Guardia de los Hombres-Dragón, para dar luz a mis descendientes de la misión en la que perpetuarán sus vidas, encomendada por el último monarca de Kíevan Rus que permaneció fiel a los antiguos dioses...”

- ¡Así empezó todo! -. Exclamé electrizado.

Y, tuve que tomar aire varias veces, para poder proseguir con la lectura de la crónica de Iván Ivanson que, había sido investido *Jarl* de *La Guardia* al suceder a su padre, un hombre muy principal de la ciudad de Velikyí Nóvgorod, que fuera envenenado por sus enemigos a la venerable edad de cuarenta y siete años; narrando luego que, el renombre con que era honrada su familia -*Dragoman* u *Hombres-Dragón*-, se engendró en la fama de los guerreros comandados por su ilustre abuelo que, en oriente fueran llamados así por los sarracenos, en alusión a los dragones tallados en las proas de sus *Drakkars*.

Seguidamente, el acta describía las peripecias de *El Viajero*, durante su travesía hacia el mar Caspio y su derrotero hasta la mítica Bagdad, desde donde nunca regresara como tampoco la mayor parte de su escuadra, cuyos sobrevivientes retornaran posterramente a los reinos nórdicos, salvo Thorir *Dientes rojos* -un *Berserker* consagrado a Odín-, quien cumpliendo el mandato de Ingvar arribó a Kiev, para entregarle al rey Yaroslav un compendio de cartas de su señor que, registraban los secretos de la epopéyica expedición al este, además de *Los mapas del tiempo* que usurparan en Jazaria que, develaban mundos ajenos a la cartografía terrestre.

- ¿Y qué pasó con *Toro*? -. Interfirió Don *Chemo*, haciéndonos reír con su equivocación.

- Es Thorir -. Lo corregí. Y traduje lo que venía.

Tras unas semanas en Kiev, Thorir se escabulló navegando el Dniéper a la norteña Nóvgorod, para transmitirle a la familia de Ingvar la verdad de su muerte, y, prodigarles las copias de su inconcebible legado que, varios años más tarde su hijo Iván Ingvarsson ofrendara a los viejos dioses, al consumir su peregrinaje al templo de Gamla Uppsala en la vieja patria, obedeciendo las instrucciones póstumas de su padre.

Culminando aquella introducción con una pausa que, generó la consternación de mi pequeño auditorio que, me escuchaba embelesado a pesar de mis yerros en la lectura.

- ¿Y cómo sigue la historia? -. Me compelió Vassily, para que retomara la traducción de la segunda parte esa *Prima crónica*.

-...Dice que, el rey Yaroslav ocultó todo lo que le enviara Ingvar el resto de su vida. ...Y que, el año 1054 se llevó a la tumba el enigma de su escondite, por lo que tanto sus cartas como los mapas estuvieron perdidos por décadas -. Esclarecí, al descifrar esa última palabra difuminada.

Hasta que, en el año 1078, en el monasterio de Perchersk Lavra en Kiev, los monjes Kresymir y Néstor hallaron *Las Cartas de Ingvar* y los extraños mapas, acompañados por un edicto escrito por el propio Yaroslav *El Sabio* que, desde ultratumba les ordenaba trasladar la totalidad de los documentos a Yúriev, a un claustro fundado por él a cinco kilómetros de la ciudad de Nóvgorod, en donde su patriarca debía reunir a los escasos descendientes de Ingvar, para que con algunos

*hieromonjes*⁵⁰ constituyeran una guardia juramentada que, custodiara los manuscritos de sus numerosos enemigos cristianos y paganos.

Sin embargo, previamente a cumplir la voluntad del fallecido monarca, el archimandrita de Perchersk Lavra dispuso que, primero se transcribiera una copia de los inescrutables correos que, el viejo fray Kresimyr y su discípulo Néstor tradujeron del arcaico *futhark* al cirílico eclesiástico, al igual que las notas consignadas por Ingvar en los márgenes de *Los mapas del tiempo* que, los monjes escribas prefieran renombrar *Mapas de los mundos ajenos*, para evitar que sus proyecciones intraterrenas y cósmicas fuesen confundidas, o, peor aún, comparadas con la imaginaria cristiana del cielo y el infierno.

Y, por esa razón y otras, retuvieron los códices de “El que ha ido más allá” que, reprodujeron y estudiaron en el más absoluto hermetismo, empero, transcurridos dos años, el avance de los nómadas kumanos contra la capital del reino, obligó al patriarca Nikon a ejecutar la orden *post-mortem* de Yaroslav, enviando al hermano Néstor al monasterio de Yúriev, con los correos originales de Ingvar y sus planisferios subterrestres y celestes que, ya en esa época la orden de caballería de *La Legión Aureata*, pugnaba por apoderárselos con el beneplácito del Papa romano.

Reglón seguido, Iván Ivanson *Dragoman*, ultimaba la carilla inicial de su prefacio, elogiando al patriarca de Yúriev por instituir *La Guardia de los Hombres-Dragón*, conformada por los mejores de sus monjes-guerreros, unidos a los hijos, nietos y otros descendientes del gran Ingvar que, preservarían su herencia esperando que la raza humana evolucionara, y estuviese preparada para conocer la evidencia que

⁵⁰ **Hieromonjes:** "sagrado-monje" en el cristianismo ortodoxo oriental y en el catolicismo oriental.

demolía catastróficamente todas sus creencias.

- Aquí termina esta plana -. Le avisé a mis oyentes, dilucidando que, a la fecha del escrito, el nieto de Ingvar tuvo que haber sido un anciano.

- Tal vez, fue su última actuación al mando de *La Guardia* -.

- ¿Y qué dice al reverso? -. Me apremió Vassily.

- Hay una cronología de las escaramuzas contra *La Legión Aureata* -.

Le informé, girando el anal para mostrarle el índice de los combates, con sus incidencias y la lista de los caídos en ellos.

- ¿Y más adelante, *Xwanito*? -.

- Viene una etapa de cierta paz -. Respondí, pasando al segundo folio que, correspondía al reporte de Iván Ivanovich *Dragoman*, bisnieto de Ingvar y segundo *Jarl* de la *Okhrana Drakona* que, resaltaba el fracaso de los caballeros *Aureatos* que, terminaron por abandonar sus incursiones en Rusia, desalentados por la férrea resistencia de los *Drakony*.

- ¿Dice cuánto duró esa tregua? -. Consultó *Kal*, acicateándome a revisar las siguientes crónicas que, fui hojeando en busca de nuevos ataques registrados, saltándome varias páginas para llegar al año 1242.

- Aquí, se inscribe el asalto al monasterio de Yuriév, por parte de un destacamento de caballeros Teutónicos que, eran la vanguardia de la cruzada para someter a Nóvgorod, para imponerle el catolicismo y el dominio del Vaticano⁵¹-.

- ¿Y quién ganó? -. Demandó Yeike entusiasmado.

- ¡Los nuestros derrotaron a los invasores! -. Proferí, festejando la gesta

⁵¹ **Cruzada contra la Iglesia Ortodoxa Rusa y la gran batalla de los hielos:** En el año 1237, el papa Gregorio IX promulgó una bula contra los finlandeses, que se habían rebelado contra el catolicismo, y para convertir a los rusos ortodoxos que le presentaron batalla a la Orden Teutónica enviada por el Vaticano para someterlos. Pero, los caballeros germánicos tras varias derrotas fueron vencidos definitivamente por Alejandro Nevsky en 1242, en la superficie helada del lago Peipus.

victoriosa que, lamentablemente costó entre otras muchas vidas, la del sexto *Jarl* de *La guardia*.

- Con todo, la victoria en Yúriev fue solamente el prelude del gran triunfo de “La batalla de los hielos” -. Enlacé. - Adonde las fuerzas rusas de Nóvgorod capitaneadas por el príncipe Alexander Nevsky, vencieron a la caballería católica y los obligaron a retirarse al mar Báltico -.

- ¿La *Okhrana* luchó en esa batalla? -. Irrumpió Boris expectante.

- ¡Así fue y se colmó de gloria! -. Pregoné enardecido.

Vertiendo a viva voz los pormenores de la matanza de los cruzados alemanes en el congelado lago Peipus, descrita con especial esmero por parte del séptimo *Jarl*, recién entronizado al suceder a su padre muerto en el combate del monasterio.

- ¿Y cómo se llamaba ese comandante? -. Interfirió Vassily.

- Iván Ivanovich *Dragoman* -. Recité, notando que, este *Jarl* eslavizó el patronímico Ivanson por el de Ivanovich.

Después de lo cual, me permití un receso, para beber un poco de agua y despejarme, antes de proceder a la traducción de las hojas faltantes de esa bitácora que, ventilaba la acusada preocupación de los *Drakony* supervivientes, por la permanente hostilidad de los cruzados, polacos o de los nómades de la estepa que, determinaron el éxodo de la estirpe de Ingvar a Moskovia, hacia donde se trasladaron el año 1244 llevándose los pergaminos y los mapas, escoltados por un grupo selecto de *hieromonjes* que, los protegieron y ayudaron a establecerse dentro del *kremlin*⁵² de esa ciudad, en la que rusificaron el honorífico *Dragoman* a Dragomir que, desde entonces adoptaron de apellido.

- O sea, nuestro apellido tiene casi setecientos años de antigüedad -.

⁵² **Kremlin:** En ruso antiguo, ciudad fortificada o sector amurallado de una ciudad.

Presumió *Kal* pavoneándose.

- Parece que me perdí -. La interceptó Yeike confundido. - ¿Cuál sería el verdadero apellido de los hijos de Ingvar? -.

Recapitulándole que, el apellido de *El Viajero* era Eymundrson, que quería decir “Hijo de Eymudr” y que su hijo mayor se llamó Iván Ingvarson, o sea “Hijo de Ingvar” y que, por eso su propia prole se apellidó Ivanson: “Hijo de Iván”, acorde a la costumbre nórdica.

- Y, fue este Iván Ivanson. Proseguí. -El primero de los *Jarls* de *La Guardia*-, el que adoptó el honroso renombre de *Dragoman* que, al cabo de más de un siglo y medio su descendencia cambió a *Dragomir*, para asimilarse con ese apellido a la sociedad moskovita -. Complementé, esperando que Yeike asimilara la evolución.

- ¿Y por qué harían eso? -. Escarbó curioso.

- Porque eran extranjeros tratando de no llamar la atención -.

- ¿Dijiste extranjeros? -.

- ¡Sí, *Quique!* En el siglo XIII, Moskovia pertenecía a un reino distinto al de Nóvgorod. Y, era regido desde su propia capital en Vladimir -.

- ¡Increíble! ¡Es que lo sabes todo! -. Me alabó *Kal* fascinada.

- ¡Es que de niño estudié los libros de mi padre! -. Reaccioné ruborizado.

Y esquivando las pupilas fúlgidas de mi prima, agaché la cabeza y reanudé la traslación al castellano de los siguientes anales que, resumían doscientos años de choques con la caballería tartárica, kumana o las esporádicas asonadas de destacamentos católicos que, no implicaron riesgos para *Las Cartas de Ingvar*, hasta que en el siglo XV la ciudad fue acechada por los tártaros de Kazán que, fueron repelidos cuatro veces por el ejército del principado que, alistaba en su filas a una partida de *Drakony* que, se lucieran en el sostén del sureño frente

estepario.

Con posterioridad, las crónicas de los subsiguientes comandantes de la *Okhrana*, se refirieron a las intrigas políticas de la nobleza local, así como a las fratricidas luchas internas que, eclosionaron el año 1547 con la coronación de Iván IV-*El Terrible*-que, fue el último gran príncipe de Moscú de la dinastía *Ruiríkida*, y, el primer monarca ruso entronizado con el título de zar, con el cual expandió su poderío al Volga gracias a un ejército de más de cien mil soldados, divididos en caballería, artillería y mercenarios cosacos que, en el bienio de 1570 a 1572 se enfrentaron a las grandes incursiones mongolas. Logrando rechazarlas en las mismas murallas de Moskovia, con el linaje de Ingvar integrando la milicia defensora que, salvó a la urbe y por consiguiente a los preciados pliegos de “El que ha ido más allá” que, milagrosamente llegaron intactos a los albores del siglo XVII, superando el caótico interregno del “Periodo tumultuoso” que, precedió a la investidura de Mijail I de la dinastía Romanov que, desgraciadamente para los intereses de *La Guardia del Dragón*, comprometió un inusitado acercamiento diplomático con occidente que, se cristalizó con la apertura de varias embajadas en el núcleo del *kremlin*. Entre las que, se incluyó una legación del vaticano que, con su instauración provocara la alarma de la *Okhrana* que, en ese período era acaudillada por el vigésimo octavo *Jarl*, -Iván Ivanovich Dragomir -*El del cabello ardiente* o *El rojo*-, quien, con el archimandrita de Yúriev decidieran la evacuación de los códices al sur del imperio, a una pequeña y apartada *stanitsa* cosaca llamada Krasnoy, emplazada en la comarca de Tsaritsyn en la cuenca del Volga.

- “...*Así la rueda del destino giró, invirtiendo el tiempo-espacio,*

puesto que fueron los propios herederos de Ingvar, los que repatriaron los mapas Jázaros al territorio en que su antepasado los usurpara...” -. Leí lentamente, un par de veces, sin captar el sentido de la frase.

No obstante, lo dejé pasar, pensando que más adelante podría hallar luces sobre ese asunto, continuando con el relato de los preparativos de los Dragomir, para dar curso a la nueva emigración liderados por *El de rojos cabellos* que, fuera asesinado por agentes germánicos en algún punto del tránsito a Krasnoy, al burlar la vigilancia de los monjes-guerreros que custodiaban la caravana, como fue rememorado por su hijo mayor Iván *Pugach: el que asusta*. El que, consecutivamente pereciera atacando a los tártaros de Crimea en 1630, conforme a lo registrado por su sucesor Iván *Upyr* en la ancianidad, en un extenso informe que nos conmovió con una secuela de semblanzas, acerca de lo que pensaba y sentía luchando contra la alianza polaco-lituana, en la que se destacó por su feroz arrojo en batalla que, le otorgó una endemoniada fama entre sus pares que, llegó a rozar niveles míticos al resucitar tras el asalto a Lvov de 1654.

- ¿En serio volvió de la muerte? -. Me detuvo Yeike, dudando. - ¿Y cómo fue qué sucedió? -.

- Esa respuesta debería estar aquí -. Le retruqué, mostrándole el hatajo de cuartillas comprimidas entre mi índice y el pulgar. - Pero, es mucho trabajo traducirlas y estoy cansado -.

Advirtiéndoles a todos que, solo echaría un vistazo a las bitácoras restantes que, fui pasando de una a otra sin reparar en nada que valiera la pena, pues intermedió un pacífico ciclo de doscientos años que, finalizó con el registro perteneciente a Iván *El Peregrino*, quien cayera

guerreando a los turcos en 1878.

- ¡Y con esto se acabó! -. Concluí, enderezándome para elongar los brazos.

- Oye, *Xwanito*. ¿Quién escribiría el registro *El Peregrino* si murió en la guerra? -. Controvirtió Vassily perspicazmente. - ¿O, también resucitó como el *Upyr*? -.

- ¡Tienes razón, *Vicho*! -. Accediendo a buscar al autor de los párrafos finales que, para mi sorpresa había sido firmado por Iván *El Sonriente*.

- ¡Fue nuestro bisabuelo! -. Largué arrebatado, viendo su nombre y firma a pie de página. - ¡Mi papá me dijo muchas veces que a su abuelo le decían así! -.

- ¡Mi *anko* nos contó lo mismo! -. Me secundó Boris. - Y que, lo de *sonriente*, era por una cicatriz que le cruzaba una mejilla -.

- Por lo tanto, siguiendo la costumbre el bisabuelo ultimó la crónica de su padre, emulando lo que habían hecho otros Dragomir en el pasado -. Reseñó, inquiriendo en el acto las memorias de *El sonriente*.

- No están aquí, *Chito* -.

- ¿Cómo qué no? -. Me interpeló desconfiado. - ¿El bisabuelo fue *Jarl* de *La Guardia*, o no? -.

- Debe haberlo sido, ya que firma el anal de *El Peregrino* -. Especulando que, acaso, *El sonriente* no pudo plasmar su historia en *Los Anales de la Guardia*, porque ya habían sido enviados a Chile con su hijo Mikhail.

- O, Puede que su bitácora esté en Rusia -. Supuso *Kal*.

- No tenemos cómo saberlo -. Argüí. - *El Sonriente* sucumbió en la guerra civil y el abuelo Iván *Bolshoi*, desapareció en 1922 -.

- Por ende, seríamos los únicos sucesores de los *Hombres-Dragón* -. Discernió Vassily, evocando la nombradía que forjó nuestro apellido.

- Y poseedores de *Las Cartas de Ingvar* -. Agregué.

- Y, de esos cinco bultos que no hemos abierto -. Aludió *Kal* asertivamente, aproximándose al arcón. - Estoy segura de que son *Los mapas del tiempo* o de *Los mundos ajenos*, como quiera que se llamen -.

- ¡Sí, tienen que serlo! -. Coincidió Boris, ayudándola a depositar los paquetes en el mesón -.

Al que nos arrimamos, para desnudar los cinco elongados embalajes que, desenvueltos presentaron un diseño idéntico al de las arquillas, incluyendo el broche central numerado en cirílico que, destrabamos para sustraer el quinteto de esplendentes cilindros dorados que, fuimos alineando a sus respectivos estuches de madera.

- Empezaremos por el que tiene grabada una **A** en el pasador -. Dije, tomando la primera de las cápsulas de oro.

- ¿Por qué empiezas por ese, *Xwanito*? -.

Explicándole a *Vassily*, en tanto buscaba el mecanismo para destapar la vaina que, la letra **A** fue el actual número 1 en la vieja Rusia, hasta que el occidentalizado zar -Pedro el *Grande*-, reemplazó el anticuado sistema de numeración por el arábigo.

- ¡Ya está! -. Solté, accionando el dispositivo.

Liberando del interior del tambor cilíndrico, un lienzo enrollado de un material extraño, parecido al hule y suave como la seda que, al desplegarlo exhibió un deslumbrante horizonte sideral, integrado por diversas constelaciones de planetas, estrellas u otros cuerpos celestes, entrelazados por líneas que configuraban perfiles humanos, seres fantásticos o extravagantes íconos zodiacales aparejados a epigramas de “jeroglíficos”, idénticos a los que vimos intercalados a los nichos.

- Estos signos implicarían que, los constructores del *Laberinto* fueron los creadores de este mapa -. Relacionó Boris estupefacto.

- ¡Imposible! -. Rechacé. - Porque, este es uno de los mapas que Thorir le entregó al rey Yaroslav, por orden de Ingvar -.

- ¿Y cómo se podría explicar que esta escritura, o lo que sea, se encuentre en un mausoleo subterráneo en la Patagonia? -.

- ¡No lo sé, *Chito!* -. Mascullé apabullado. Y, nos volvimos a Vassily que, eufóricamente demandaba nuestra atención.

- ¡Miren! ¡Esa es la constelación de Orión! -. Destacó a todo pulmón, señalando uno de los sistemas estelares reflejado en la carta astronómica. - ¡Y esa es *Sirio!* -. Continuó, colocando su índice debajo de la imagen de una brillante estrella.

Abstrayéndonos en la observación de aquella y otras zonas celestes de la vía láctea que, con su majestuosa vastedad nos silenció por un lapso que, finalmente fue roto por un conmocionado Boris.

- Oye Iván...Si esto lo halló Ingvar, quiere decir que tendría mil años -. Cotejé incrédulo, remachándonos que, en ese tiempo ni la más avanzada civilización humana pudo elaborar aquel plano galáctico que, restituí en su tubo para examinar el marcado con la letra B que, a primera vista replicaba las dimensiones del anterior y las notas con los incompresibles símbolos, destacando los eventos de un sistema solar de once satélites, cuyas plateadas parábolas orbitales contrastaban con el añil del espacio.

- ¡Fíjense!, ¡Este planeta se parece a la Tierra! -. Comentó Yeike, refiriéndose al tercero de los mundos que, se distinguía de los otros diez por el azul predominante en su esfera.

- Pero, la tierra tiene solo siete continentes -. Descarté, aludiendo a los nueve grandes y apretados cuerpos continentales del astro.

- Tampoco tiene luna -. Reparó Vassily espabilándose.

- ¡Aun así, es igualito a nuestro *uishkekar*⁵³! -. Suspiró *Kal*, invitándonos a aceptar las diferencias, previo a hurgar el tercer cilindro numerado con Γ que, guardaba un atlas planisférico de dos caras de un orbe azulino.

- ¡Es el planeta azul! -. Lo identifiqué. Pidiéndole a mis primos que, desenrollaran de nuevo la segunda carta estelar para compararlos.

Y, con ambos en paralelo, certifiqué que, el mapa bifaz era una ampliación del anterior, con tal cantidad de similitudes con la conformación terrestre que, o, en el universo existía un planeta semejante al que habitábamos, o, estábamos ante una proyección cartográfica de nuestro mundo, anterior a la fractura de las placas tectónicas de Gondwana que, hace cientos de millones de años gestaron la separación Sudamérica y África que, en el cuarto rollo aún permanecían unidas parcialmente, en una de las siete esferas bidimensionales que secuenciaban al globo terráqueo.

- ¡Definitivamente es la Tierra! -. Dirimí rotundo.

Desatando un acalorado debate referente a la data, el origen y la verosimilitud de los mapas que, didácticamente iban progresando desde la posición espacial de nuestro planeta, hasta la representación de la separación de las masas continentales.

- ¡Miren, esta debería ser la Patagonia! -. Murmuró *Yeike*, sobreponiendo un dedo en el vértice austral de Gondwana, graficada en la sexta de las facetas del cuarto mapeo.

- ¡Y estas son siluetas humanas! -. Reconoció *Boris* pasmado, señalándonos diversas agrupaciones humanoides de color blanco, diseminadas por todo el actual cono sur.

- Pero eso, equivaldría a la coexistencia del hombre con los dinosaurios

⁵³ Mundo en Aònikenk.

- . Controvertí turbado.
- ¿Y qué serían para ti estas formas, *Sabelotodo*? -. Me cuestionó. - ¿No ves que todas tienen cabeza, tronco, piernas y brazos? -.
- Y diferentes tamaños -. Entremetió *El Viejo*, haciendo patente la disparidad de estaturas de las figuras antropomorfas.
- ¿Quizás son los *Nosjthej*? -. Se aventuró *Kal*, maravillada con la posibilidad de una prueba irrefutable de la existencia de esos gigantes mitológicos y sus hijos.
- O, a lo mejor, los más grandes son los *Nosjthej* y los chicos son seres humanos -. Imaginé Yeike, incrementando nuestra perplejidad con el descubrimiento de unos desvaídos signos trapezoidales, apenas visibles a un lado o detrás de cada grupo de siluetas.
- Es el símbolo de un portal o algo así -. Deduje, buscando uno que, aproximadamente coincidiera con nuestra ubicación hasta encontrarlo.
- ¡Oye, la isla Wellington aparece aquí unificada al continente! -. Objetó Vassily al compartirle mi hallazgo.
- En esa edad todavía no existía el canal, *Vicho* -. Le aclaré, para enseguida pedirle a todos que miraran el trapecioide concordante con el *Laberinto*.
- ¡Iván, “La Madriguera” es un umbral! -. Evacuó *Kal* alucinada, posando su mano sobre los seres blancuzcos que rodeaban el portal.
- O sea, que la *Okhrana* ocultó el cofre dentro de uno de los sitios señalados por los mismos mapas -. Infirió Yeike.
- Exactamente -. Aprobé sonriendo.
- ¡Hey! ¡Miren hacia acá! -. Nos reclamó Boris abruptamente, para que volcáramos nuestra atención al norte, a una lejana mancha azul enclavada en los Andes centrales que, en sus extremos lucía los esquemas de los umbrales, comunicados entre sí por un eje lineal con

directriz sureste-noroeste.

- Creo que, estos portales están en el lago Titikaka, en lo que hoy es Bolivia -. Supuse.

- Eso significaría que, sus constructores se expandieron por las profundidades de media Sudamérica -. Ponderó Vassily. - Porque hay otras *puertecitas* dibujadas desde Tierra del Fuego al Ecuador -.

- Y, también están en las otras seis caras del planisferio -. Abonó Boris, concibiendo un entramado mundial de complejos subterráneos, similares al que habíamos explorado

- Bueno, ya sabemos lo que busca *Thule* -. Resolvió *Kal*, regresándonos al objetivo de nuestra misión. - Y, únicamente nos falta comprender, cómo esto ayudaría a los nazis a ganar la guerra -.

- Esa respuesta podría hallarse en el tubo que no hemos abierto -. Le manifesté, cogiendo el quinto estuche grabado con el número *€*.

El que, a diferencia de sus antecesores contenía un plano bifronte, en cuyo anverso se desplegaban dos grandes perspectivas esféricas que, representaban las entrañas planetarias surcadas por una red de galerías que, se interconectaban con alegorías de ciudades, fortalezas y puertos a orillas de un mar, iluminado por su propio sol flotando en el cielo del intramundo que, nos quedamos admirando extasiados por un buen rato.

- Esta es la comprobación de la teoría de la tierra hueca -. Observé asombrado, refiriéndome a la ficción de una tierra cóncava, compuesta por varias esferas concéntricas, en las que subsistían los resabios de civilizaciones eclipsadas hace eones, a causa de los grandes cataclismos prehistóricos.

- ¿Esa teoría tiene pruebas, muchacho? -. Me preguntó Anselmo.

- No está aceptada por la ciencia. Ya que, se basa en leyendas y mitos de distintas culturas y religiones a través de la historia -.

- ¡Y bueno, ahora si *tenés* con que demostrarlo! -.
- Nadie nos creería, *Viejo* -. Negué escéptico. - Aparte de que, no podemos revelarle a nadie lo que ... -.
- ¡Mira Iván! ¡Un mensaje de Ingvar! -. Gritó *Kal* silenciándome de improviso. - ¡Es la misma letra de sus cartas! -. Siguió, enseñándome unas desteñidas anotaciones en *futhark*.
- No sabemos si esto es de Ingvar -. Trepidé, poniendo en tela de juicio la autoría del descolorido párrafo rúnico que, destacaba en el reborde derecho del *Mundus Subterraneus*. - Y, bien pudo haber sido escrito por Yaroslav, Thorir o los monjes...-.
- ¡Bueno, bueno! ...¿Pero, lo podrías leer? -. Me emplazó ansiosamente. Algo de lo que era incapaz, aunque fuese un erudito runólogo, por la lividez de la tinta rojiza de los caracteres, alternados de vacíos y borrones difusos.
- Habría que restaurar las frases, primero -. Alegué fatigado. Prometiéndole que lo intentaría en su casa, para que me dejase reanudar el análisis del panóptico que, se circunscribía específicamente a la región sur Andina y Patagónica, en donde localizamos el pórtico de “La Madriguera” que, se conectaba por el trazado de un túnel a una fantástica ciudadela, soterrada a varios kilómetros bajo el lecho de *Paso del Indio*, y, que, a su vez, se comunicaba por un dédalo de galerías al oriente continental, excepto por un corredor desviado rectamente al noreste que, acababa en un majestuoso volcán de cuatro picos, enhiestos cerca de la costa norte del canal de Moraleda⁵⁴.
- Al reverso debe aparecer lo que hay debajo del volcán -. Largó Vassily impresionado, apurándome para que volteara el mapamundi intraterrestre.

⁵⁴ **Volcán Melimoyu:** En el que se situaría la mítica *Ciudad de los Césares*.

- ¡Epa! -. Me paró en seco *El Viejo*. - ¡Que aquí no más llevo yo! -.
- ¿Qué le pasa don *Mochó*? - Lo confrontó Boris, adelantándose a su hermano mayor.
- ¡Es que van a ser las cinco de la tarde! ¡Y no sé *vos*, que yo reviento de hambre! -.
- Pero, es que, solo nos falta el dorso -. Discrepé, exhibiéndole la representación de una grandiosa urbe volcánica.
- Déjalo para después de comer, *Xwanito* -. Me sofrenó Vassily. - Que todos estamos hambrientos -.

Partiendo con el veterano a “La cocina” junto con sus hermanos, para encender el fuego y preparar comida caliente, mientras con Yeike nos encargábamos de reintegrar los mapas en sus envoltorios que, repusimos cuidadosamente en sus respectivos compartimentos, antes de ir por más leña para cocer el guisado que, devoraríamos brindando con la infaltable dosis de licor casero, por la familia Dragomir y por el gran Ingvar.

- ¿Y qué harán con *Las Cartas* y esos retratos del averno? -. Silabeó entrecortadamente don *Chemo*, bebiéndose lo que le quedaba en su jarra. - ¿Se los llevarán a Edén? -
- Eso nos expondría a ser atacados allá -. Denegó Vassily.
- Ni se les ocurra que vamos a devolver el arcón al nicho -. Se anticipó *Kal*, rechazando con vehemencia la sola mención de aquella alternativa.
- No regresaríamos ni vivos ni muertos -.
- Pero, tampoco podemos dejarlo en esta barraca -. Disentí, previniendo que, si *Thule* daba con el refugio, perderíamos para siempre las cartas, los mapas y los anales.

Zanjándose la discusión con que, lo más sensato sería trasladar todo a *Edéngrado*, para esconderlo en el cuchitril de la chimenea hasta que, yo

regresara de Puerto Montt con los libros de mi padre que, me permitirían traducir los correos de Ingvar y las notas runoides del quinto planisferio.

- Y, al conocer lo que dicen los manuscritos, sabremos qué hacer con ellos, así como con *Los mapas del tiempo* -. Terminé, seguro de poder cumplir con eso.

- Y, ¿qué pasa, si no consigues volver? ¿O, si no logras descifrar las runas? -. Me planteó Boris.

- Tendríamos que pensar en donde esconder el baúl, *Chito* -. Despejó Yeike. - Porque no podemos resguardarlo en la despensa eternamente -. Proponiéndonos contactar a la *Okhrana* de Punta arenas, para solicitarles su apoyo y guía.

- Eso no le gustará a tu *ane* ni a la mía, *Quique* -. Precavió Kal nombrando a *Minerva*.

- Lo haremos si no hay más remedio, hermanita -. Impuso Vassily resueltamente.

Inmiscuyéndome para advertirles que, de todas maneras, era factible que los *Drakony* de Magallanes no existieran, pues habían transcurrido dos décadas desde la ruptura que, dividió a nuestros padres con la regenta de *El Olimpo* que, por otra parte, nunca acusó recibo del correo que le envié. - Así que ignoramos si podremos recurrir a ellos -.

- No se hagan más problemas, muchachos -. Nos recomendó don *Chemo* condescendentemente. - Que esto no lo resolverán aquí -.

Haciéndole un ademán a Boris, para que sirviera otra ronda, promoviendo un regado brindis por nuestros padres que, se repitió varias veces desencadenando la divagación sobre nuestro futuro, hasta que a eso de las nueve de la noche nos fuimos a acostar, confiándole a Yeike la primera guardia y la tarea de cebar el fuego, tanto del brasero

de la estancia como del fogón de “La cocina”, amén de las antorchas y lámparas que por insistencia de *Kal*, debíamos mantener encendidas en el “rincón de los *Cachureos*”, para repeler a las espectrales maldiciones de los *Nosjthej* que, afortunadamente no se manifestaron durante las vigiliass nocturnas. Y, menos en el turno del amanecer que, finalicé a las seis de la mañana despertando a los demás, salvo a mi insomne prima que ya hervía agua para el mate que, despachamos rápidamente para apagar el fuego y alistarnos a partir, distribuyéndonos las pocas provisiones sobrantes, las municiones y el remanente del equipo en nuestras semivacías mochilas que, nos cargamos en las espaldas al ir saliendo del refugio que, mis primos cerraron tapiando los ventanucos y aherrojando la puerta, con una gruesa cadena tan oxidada como el candado que, *El Viejo* había encontrado desechados en una de las repisas. Entretanto, con Yeike, envolvíamos el cofre con su lona embreada que, terminábamos de amarrar cuando Vassily nos conminó a romper la marcha, avanzando por el claro hacia la boca del encadenamiento de pasadizos que, sucesivamente nos condujeron a la comba de la hondonada, por cuya árida vertiente alcanzamos la mole del espolón rocoso, adonde paramos para enfundar los fusiles y calarnos los capotes, ya que un recio chubasco quebrantó la azulina serenidad del cielo, amenazando con anegar los vastos arenales del valle que, conseguimos atravesar indemnes pese al inesperado chaparrón que, fue declinando al llegar a los faldeos del cerro del alerce. Al que ascendimos dificultosamente, para tomarnos un respiro apegados a su colosal tronco que, *Kal* comenzó a palpar recitando un ensalmo de despedida, antes de bajar al riachuelo por el que desembocamos a la laguna que, luego orillamos por la playa con el sol resurgiendo al levante que, despuntó esplendorosamente al penetrar el bosque donde

nacía la trocha que, recorrimos velozmente gracias a lo ligero de nuestro bagaje, hasta que tras dos horas de caminata avistamos la cornisa del farallón, en cuyo borde nos detuvimos a descansar y a comer algo, preparándonos para el descenso que emprendimos más tarde. Antecedidos por mis primos que, fueron asegurando las sogas, estacas y una guía engarzada a una pequeña polea que, enganchamos a los sujetadores de los correajes del arcón, para descolgarlo por el despeñadero a los pies de la cascada, donde Vassily y Boris asieron nuestra valiosa carga que, alejaron a la ribera para verificar que no se hubiera filtrado, en el intertanto que *Kal, El Viejo* y yo bajábamos por el cordaje que, mi hermanastro fue retirando previamente a reunirnos alrededor del bote que, sin demora echamos al agua para remar hacia la *Zarina* que, abordamos con Yeike primero para izar el baúl al puente que, enseguida depositamos en la sentina con los otros pertrechos. Para devolvernos a cubierta, a colaborar con las maniobras de zarpe, con que abandonamos la caleta para rodear Punta Oriental que, rebasamos al norte para encauzarnos a la medianía del canal que, a eso de las once de la mañana se fue encrespando con la lluvia que, arreció fuertemente pasando *Kuerwonak-kar* o isla *Crossover* que, fuimos perdiendo de vista por culpa de una tupida nubada que, *Vicho* celebró golpeando con las palmas la rueda del timón, ya que disminuiría al mínimo la visibilidad del puesto aéreo, o desde los tendales de los canoeros de *Jetarktétqal* que, no se aventurarían a navegar con el horizonte cegado que, encubriría nuestro retorno a *Edéngrado* con *Las Cartas de Ingvar*, los mapas y las otras documentaciones de la *Okhrana*.

- Sería bueno ir pensando que le vamos a decir a mi *ane* -. Le dijo en un momento Boris a su hermano que, atisbaba el contorno del islote Toro a estribor.

- ¿Y qué quieres contar, *Chito*? -. Receló Vassily, frunciendo el entrecejo.

- Yo creo que, hay que contarles todo de cabo a rabo -. Se entrometió Yeike allegándose al gobernalle.

- ¡La aparición de los *Nosjthej* no podemos contarla, pues *Quique*! -. Lo censuró reflexivamente. - Imagínate el susto que se llevarían *Mica* y mis hijitas -.

- Eso es cierto -. Lo respaldé. - Y, por lo mismo, tampoco podemos mostrarles los mapas -.

- ¡Entonces, mejor digamos que no encontramos nada, *Xwanito*! -. Ironizó Boris molesto, trabándonos en una breve discusión que, *Vicho* aplacó para llamar a *Kal* y a don *Mocho*.

- Porque, incluso mi hermanita tiene que aprobar lo que acordemos -. Estableció enfurruñado, olfateando los problemas que tendríamos con *Kal* que, posteriormente se rehusó a vetar lo vivido en *El Laberinto*.

- ¿Están locos? ¡No podemos callarnos nada! -. Nos abominó indignada.

- Lo prudente sería que tu mamá, Soorken y *Mica* sepan lo menos posible -. Perseveré. - Para no arriesgarlas a un secuestro o, lo que sea, si llegan los alemanes -.

- Si atacan *Edéngrado*, no tendrán piedad con ninguno, con tal de obtener los manuscritos -. Me contrapuso y yo la rebatí, diciéndole que nos necesitaban vivos para interrogarnos.

- E, ignorar la existencia de *Los mapas del tiempo*, es justo lo que podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte -. Le advertí. Tratando de que entendiera que, *Thule* buscaba esencialmente esos planos. - Por lo que, eliminaran sin tapujos a quienes los hayan visto, para evitar que divulguen su contenido -.

Y hablándoles a todos, esboqué la idea de que, pactáramos omitir el

descubrimiento de los cinco mapas, hasta que volviera de Puerto Montt con la traducción de los correos de *El Viajero* que, quizás explicaran el origen y el propósito de los insólitos planisferios que, me comprometí a revelar a nuestras familiares a mi regreso, para conseguir el esquivo beneplácito de *Kal* que, condicionó su complicidad a mostrar la totalidad de *Las Cartas de Ingvar*, y a que leyera para su madre algunos *Anales*.

- Por ejemplo, la bitácora de Iván *Upyr* -. Sugirió solapadamente, sabiendo que, era la crónica que más me atrajo de las que habíamos revisado.

- En eso quedamos -. Farfulló Vassily, finalizando la deliberación. - Ya pasamos Isla Marta y pronto avistaremos *Jetárkte* -.

Instruyéndonos para bordear las islas exteriores de la bahía que, a la media hora circundamos con el motor al mínimo, amparados por la espesa cellisca que nos envolvía, mimetizándonos con las aguas cenicientas del canal embravecido que, con sus marejadillas entorpecieron el ataque en *K'eltéja-jetowána-ase*, en cuyo amarradero desembarcamos para trasladar el arcón a la barraca, en donde escondimos los mapas antes de recorrer la agreste senda a *Edéngrado*. Adonde llegamos rayando la una de la tarde, irrumpiendo en el cobertizo de la casa principal, para liberarnos de las mochilas, las armas y las cartucheras que, fuimos amontonando desordenadamente alrededor del cofre, para recibir la alborozada bienvenida de las tres mujeres que, nos fueron abrazando felices sin reparar en el fardo que, inexorablemente fue detectado por las hijas de Vassily que, se encaramaron encima llamando la atención de su abuela.

- ¿Qué traen ahí, *Vicho*? -.

- Entremos y lo sabrás, *ane* -. Rehuyó Vassily apartándose.

Y Xoshem comprendió que, enfrente de sus ojos estaba la causa de su viudez. - Pero ¿cómo se les ocurrió traer eso aquí? -. Le reprochó impotente, viéndolo cruzar la puerta con su familia y *Kal*.

- ¿Y tú *Chito*, estuviste de acuerdo? -. Alcanzó a recriminarle a su otro hijo que, se escabullía al interior de la casa a la zaga de Yeike y Soorken.

Quedándonos con don *Chemo* a merced de la matriarca que, al recomponerse nos indicó que entráramos el baúl enfardado que, raudamente dejamos adosado a la portezuela del almacén, para ir a arrimarnos a la chimenea con mis primos que, se reconfortaban sorbiendo el café tinto con aguardiente que, Soorken también nos sirvió preguntando por nuestra correría en *Tajowàkstai*.

- ¿Bueno, quien va a contar lo que pasó? -. Nos intimó Xoshem aproximándose. - ¿Y qué, es lo que hay en ese bártulo que trajeron? -.

Y viendo que no teníamos escapatoria, fiel a lo que habíamos tramado en la *Zarina*, revivimos nuestras peripecias en un relato compartido que, fue absolutamente verídico hasta el hallazgo del arcón que, dijimos haber encontrado en un nicho cavado en el “Rincón de los *cachureos*”.

- El hoyo de los trastos tenía un muro falso, *ane* -. Preciso Vassily.

Corroborándose esta versión con mi aporte y el de Boris que, a continuación le dio la palabra a Yeike, para que narrara la patraña del derribo del tabique que, enclaustraba la urna de *Las Cartas de Ingvar* que, fue lo que confesamos haber traído juntamente con los *Anales* que, describí a grandes rasgos como un compendio de diez siglos que, abarcaban los testimonios de todos los comandantes de *La Guardia de los Hombres-Dragón*, desde el nieto de *El Viajero* hasta un tatarabuelo apodado *El Peregrino*.

- ¡Mmmm...! ¿Y, supongo que ya saben lo que dicen los escritos de ese

Ingvar? -. Nos sondeó mi tía-abuela, sin mostrar ni el menor interés por las memorias de nuestros antepasados.

- No puedo descifrarlas -. Reconocí.

- Pero, al menos podremos verlas, Iván *chico* -. Solicitó imperativa.

Pidiéndole a sus hijos que acercaran el cofre, para despojarlo de la doble lona calafateada que, quitaron para abrir la tapa y desprender la cobertera que, protegía las quince arquillas enfundadas en sus escarcelas que, mis primos me animaron a desenvolver pasándome una cualquiera, para que exhibiera el acabado estuche de madera que, separé causando el deslumbramiento de Soorken, Micaela y las niñas, con la reluciente visión del cilindro de oro puro que, alcé para que se pudiera ver el mecanismo de abroche que, destrabé para vaciar la cánula del enrollado pergamino que, empecé a desplegar bajo la atenta mirada de Xoshem.

- Qué pena que no puedas traducir ni siquiera un poco, Iván *Chico* -. Machacó acremente, al verme restituir la carta a su receptáculo.

- Pero, *ane*, *Sabelotodo* puede leerte las historias de los Dragomir del pasado -. La intentó conformar *Kal*. - Te prometo que te gustará la de un tal *Upyr* -.

- Será después de almorzar -. Se interpuso Soorken.

Recibiendo la ovación de Yeike, Vassily y Boris que, prestamente se dirigieron al comedor remolcando a su madre que, había demostrado una curiosa apatía por todo lo que no fueran *Las Cartas de Ingvar*.

- La doña sabe mucho más de lo que aparenta -. Me advirtió don *Chemo*, reafirmando las sospechas que concebíamos desde el primer día en Edén.

Por lo que, convenimos vigilar sus reacciones durante la lectura de *Los Anales* que, a la postre, iniciamos al crepúsculo junto a la chimenea,

releyendo la crónica del primer *Jarl*: Iván Ivanson *Dragoman* que, suscitó innumerables preguntas sobre la *Okhrana* que, procuré responder al ir progresando cronológicamente por las bitácoras, hasta llegar a la del anciano Iván *Upyr* o *El Resucitado* que, desde un comienzo espantó a *Mica* con su panegírico de batallas, borracheras y saqueo.

- ¿Ahora si la leerás entera, Iván? -. Exclamó *Kal*, cuando su cuñada se levantó trémula llevándose a sus pequeñas.

Y yo sonriendo asentí;

LA HISTORIA DE IVÁN *UPYR*

REGIÓN DE PODOLIA.

MANCOMUNIDAD POLACO-LITUANA.

MAYO DE 1655.

Hace días que deambulábamos asaltando por comida, forraje y el ansiado festín del saqueo. - ¿No, es acaso, el derecho que nos conceden las leyes de la guerra? -, divagaba, dejándome llevar por mi caballo, a través de las callejuelas arrasadas por la masacre y el fuego que, progresaba por las techumbres amenazando con devorar las casas próximas, de cuyas ruinas repentinamente surgió el grito de una mujer que, se abalanzaba contra mí empuñando una azada que, desvié con mi sable al descargarle un tajo en el cuello, por donde brotó un chorro de sangre que salpicó el pecho de mi alazán que, luego se revolvió encabritado por los alaridos de los últimos soldados *panis*⁵⁵ que, eran pasados a cuchillo junto con sus paisanos que nos resistieron o, que, no alcanzaron a huir como las mujeres que eran violadas en plena calle o, incluso encima de los cadáveres diseminados por doquier que, habían sido cercenados por la huella implacable del acero, obedeciendo la consigna de matar a todos, no dejar a nadie con vida en aquella pequeña ciudad polaca.

- Tengo que reagruparme con mi *chota*⁵⁶ -. Me dije de pronto, sobreponiéndome al hechizo de la matanza, iluminada por los arboles de los incendios que, fui esquivando a lomos de mi fiel *Balalaika* que,

⁵⁵ *Panis*: Arcaico adjetivo despectivo con que los cosacos y rusos en general se referían a los polacos siglos atrás y en especial a sus señores feudales y grandes propietarios agrícolas.

⁵⁶ *Chota*: Pelotón de un destacamento cosaco de entre 10 a 15 hombres o *Sables*.

conduje a la plaza central para reencontrarme con mis hombres, de quienes me había separado para ir en persecución de un oficial polaco, que descubrí desgajándose de su retaguardia para cabalgar al norte, hacia el territorio dominado por las fuerzas de La Mancomunidad, cuyos comandantes serían alertados de nuestra presencia por el prófugo, para organizar un contrataque mientras celebrábamos la victoria.

Pero, ahora ese riesgo estaba conjurado. Y, al divisar a mi pelotón, me les acerqué alzando el yelmo del caballero *pani*, para ser aclamado eufóricamente por mis jinetes que, se embriagaban alrededor de los cuerpos exangües de tres muchachas semidesnudas.

- ¡Hey *Vania!*, ¿Quieres un poco de vodka? -. Me ofrece el gigantesco Nikolay Nikolayevich Zhloba, *El Oso*, al aproximarme al ruedo.

- ¡No estaría mal un trago! -. Acepté con una sonrisa cansada.

Antes de arrojarle el casco del polaco, para desmontar y asir la botella que me extendía mi amigo de infancia, para brindar por el triunfo que le ofrendé a la madre Rusia, engullendo el licor que abrasó mi garganta y fluyó por mis venas, reconfortándome, robusteciendo mi voluntad, aumentando la sensación de hermandad con aquellos guerreros que, rodeaban alborozados los despojos irradiados por las llamaradas.

- Si quieres usa alguna. Todavía no deben de estar muy frías -. Bromeó el viejo *Cuervo* de Kirill Vértov, señalando con su daga a las jóvenes degolladas.

- ¿Fueron ustedes? -. Inquiero con indiferencia.

- ¡No esta vez! -. Responde *El Cuervo* amoscado. - Las perdimos por esperarte al otro lado del pueblo -.

- ¡Te alejaste mucho, *Vania!* -. Me reprocha amistosamente *El Oso*. - Y, para cuando volvimos, otros escuadrones ya habían dado cuenta de todas las prisioneras.

- Había que matar a ese *pani* -. Me excuso. - De lo contrario, corríamos peligro de ser atacados por sorpresa -.

- ¡¡Ooooh!! ¡Escuchen todos! Otra vez, nuestro ejemplar líder nos enseña una lección del sentido del deber -. Se burla *El Cuervo*.

-...Y, dime Iván Ivanovich Dragomir... ¿Cuándo fue la última vez que tomaste una mujer? -.

- Cerca de Grodno -. Repliqué.

- Pero, eso fue hace dos meses, Iván. Y, eso es mucho tiempo para un hombre joven como tú que, no podrá disfrutar de estas regalías al volver a casa -. Me aconseja sarcástico.

- Eres extraño Kirill -. Le refuto, tras echar un buche de vodka. - ¿Por qué siempre quieres violar a otras que tienen la misma edad que tus hijas? -.

- Nada les pasará mientras yo viva -. Gruñó, acusando el golpe de mi insolencia.

- ¡Que dios quiera que así sea, *Cuervo*! -. Porque, si fueran deshonradas, ahí sí que te sería imposible encontrarles novio -. Contrataqué, apelando a las sabidas dificultades que tenía para casar a sus hijas, tanto por su poca gracia como por el temor que despertaba Kirill entre los mozos de Krasnoy.

- ¡Prefiero que mueran solteras a entregarlas a cualquier gandul, o, si es peor, a un forastero moskovita! -. Vómito iracundo, aludiendo directamente a mi familia que, había arribado a Krasnoy desde Moskvá⁵⁷ hace tres generaciones.

- ¡Entonces seguirán solteras para siempre! ¡Porque, aunque tus hijas fueran bellas, ningún hombre en su sano juicio querría tenerte de

⁵⁷ En ruso, *Москва*: capital de Rusia situada a orillas del río Moscova, con registros de existencia desde el año 1147.

suegro, viejo carcamal! -. Lancé, provocando un estallido de carcajadas que alivió la tensión, renovando los brindis entre bromas a Kirill que, siguió bebiendo con una sonrisa forzada.

En el intertanto, los incendios fueron uniendo sus lenguas de fuego al crepúsculo, que al descender difuminó en la oscuridad a los grupos embriagados, que apostaban a los dados la rapiña de la jornada, vociferando maldiciones o exaltadas invocaciones a la suerte, entremedio de ocasionales reyertas a puñetazos, que con *El Oso* azuzábamos desde el atrio de una iglesia, en cuyas gradas compartíamos una botija de vino dulce, brindando por los borrachos que se desplomaban por ahí, a veces, arriba de los cuerpos desparramados de sus víctimas.

Y, ya era casi medianoche, cuando al ir cesando la algazara y los esporádicos ecos de muerte, pude conciliar el sueño en una banca adentro del templo, que nos aisló del caos que imperaba en el exterior hasta que, al amanecer desperté entumecido y con las tan piernas agarrotadas, que tuve que frotármelas enérgicamente para poder incorporarme, y retomar mis deberes de suboficial a pesar de los calambres que, me hicieron cojear al abrirme paso entre los *sables* que aun dormían, para alcanzar el portón por el que me asomé a la madrugada neblinosa, que en un principio me dificultó distinguir las siluetas de los oficiales, que al otro extremo de la plaza ordenaban formar filas, azotando con sus fustas a los ebrios que se topaban.

- ¡De pie hijos de la gran bestia o los colgaré vivos del poste más alto, para que los cuervos les coman los ojos! -. Escuché que amenazaba nuestro capitán Ruslan Semionovich Gavrilov, pateando a los que yacían en torno a las ascuas de una fogata.

- ¡A los que no estén montados al salir el sol, los ataré a mi caballo para

arrastrarlos por toda esta pocilga de *panis!* -. Bramó a su vez el *khorunzhy*⁵⁸ Osmin que, de repente vi venir directamente hacia la iglesia.

Por lo que, reulé detrás del portal, para enseguida ir a buscar mis armas y pertrechos, intentando despertar en el trayecto a los demás que, seguían roncando acostados en piso o en las banquetas de la nave central, o alrededor del altar como *El Oso*.

- ¡*Nikita*, levántate que los oficiales están aquí! -. Le grité al llegar a él.

-¡¡Uuumm!! ¿Qué pasa perro maldito? -. Bufó Nikolai, al remover su enorme mole con la punta de mi bota.

- ¡Levántate y vamos por los caballos! ¡Que Gavrilov pasará revista ya mismo! -.

Logrando con esa frase que, *Nikita* abriera los párpados y se pusiera de pie de un salto, para agarrar sus arreos y correr conmigo a la sacristía, adonde estaba la poterna que salía al patio trasero del santuario, que anoche habíamos transformado en el corral de nuestras cabalgaduras, que comenzamos a ensillar atolondradamente al igual que otros jinetes, que una vez montados nos siguieron a la explanada al trote, para alinearnos en la incipiente formación de la *sotnia*⁵⁹, que en menos que canta un gallo estuvo en condiciones de presentar armas, sin embargo, algunos vacíos en las filas, además de los *sables* que apenas se sostenían en la montura. Pero, que respondieron a la cuenta del teniente, que concluyó con nueve silencios al llamado, correspondientes a tres heridos postrados y seis muertos: cuatro sucumbidos en el ataque, uno asesinado al disputarse una prisionera y otro ahogado en su ebriedad;

⁵⁸ *Khorunzhy*: Equivalente al rango de teniente de una unidad cosaca.

⁵⁹ *Sotnia*: Unidad militar cosaca compuesta por alrededor de cien *Sables*. Varias *sotnias* conformaban un *polk* o regimiento, no existiendo un número fijo de estas centurias para conformar una unidad, pues estaba determinado por la cantidad de soldados que existieran en la localidad de donde provenían.

todos los cuales serían señalados “caídos en combate” sin distinción, incluyendo a los que murieron después del asalto, para no avergonzar a sus hijos y asegurar la pensión a las viudas que, con posterioridad sólo sabrían de la gloriosa partida de sus esposos. Así como de los honores fúnebres que, más tarde les rindió todo el regimiento, que despidió un total de vientres *sables* durante las exequias, oficiadas en un cementerio de campaña en los extramuros de la ciudad, en donde nuestros monjes asistentes bendijeron las tumbas con oraciones, cánticos e incienso, que preludiaron la vibrante arenga del coronel Polichuk, que culminó con su orden de marchar al oeste, en filas de a cuatro en fondo, siguiendo a los oficiales y banderizos, que portaban los estandartes de guerra secundando la divisa azul, oro y grana de los hombres libres del río Volga. Cuyos colores, flamearon liderando la columna hasta desaparecer en la polvareda, que levantaban los cascos herrados de cientos de caballares, que avanzaban por la carretera terrosa y llena de baches, que rayando el mediodía se tornó insoportable por el calor y las nubes de polvo, que hacían el aire irrespirable y escocían mi garganta reseca, que clamaba por el agua fresca de algún arroyo, que por suerte los exploradores hallaron al final del valle, en el interior de un tupido bosque a la vera del camino. Adonde nos adentramos en pos del cauce, para rellenar las cantimploras y abreviar a los caballos que, al saciarse dejamos ramonear en los pastizales ribereños, que nos sirvieron de lecho bajo la sombra de los árboles, que nos regalaron el frescor de sus ramas mecidas por la brisa, hasta que pasada una hora un batidor nos alcanzó a matabalho, para alertarnos que la caballería *pani* nos perseguía a la distancia, con el probable objetivo de empujarnos a una emboscada caminera, que fue prevenida por varias patrullas que nos precedieron, internándose por los pajonales y sotos de ambos costados

de la ruta, que a la larga nos llevaría a una vasta llanura. Tapizada por océanos de doradas mieses que, por su altura y densidad eran perfectas para una celada, que evitamos desviándonos por una sinuosa bifurcación, que demoramos en recorrer todo el resto de la tarde, hasta que al crepúsculo avistamos un ancho río verdiazulado, a cuya orilla levantamos campamento y desensillamos nuestros corceles, para que pacieran y bebieran en el remanso de los márgenes, entretanto nos metíamos al agua para quitarnos la costra de tierra, o simplemente remojábamos los pies descalzos, en un agradable ocio que se esfumó con vozarrón del *khорunzhy* Osmin llamando a los *prikazny*.

Puesto que, los suboficiales quedaríamos a cargo de las guardias nocturnas, en una serie de puestos predeterminados en el radio circundante, a los que teníamos que aportar centinelas en dos turnos que, tuve que organizar antes de regresar al tendal de mi *chota*, para encontrarme con *El Oso* tratando de hacer fuego con un pedernal.

- ¿*Nikita*, tú crees que estemos muy dentro del territorio polaco? -. Le pregunté, sentándome a su lado en las brozas de hierba.

- ¡Claro!, ¿Por qué tú no? -. Me respondió extrañado, sin dejar de percutir la yesca encima de un manojito de pasto seco.

- No estoy seguro, porque la ciudadela que atacamos ayer, se parecía mucho a una de las nuestras -. Argüí, absorbo en las chispas que saltaban del pedernal.

- No te entiendo, Iván -.

- Es que no estamos tan lejos de la marca fronteriza -. Insistí y *Nikolay*, en vez de responderme, prefirió soplar las débiles llamas que iban brotando.

Mas, al añadir unas ramas secas para que se quemaran, me recordó los uniformes de los que habíamos matado.

- ¡Eran soldados de La Mancomunidad, *Vania!* ¡Y anoche tú mismo dormiste en una iglesia romana! -.

- Es verdad, *Oso*. Pero, también hay poblados ocupados por el enemigo, donde los templos ortodoxos fueron convertidos en católicos -.

- ¡Mira *Vania!* -. Si hubiese sido así como dices, los pobladores de la ciudad que asaltamos, no se habrían aliado a los soldados polacos y lituanos que enfrentamos.

- ¿Y si no tuvieron otro remedio que luchar? -. Le contrapuse.

- Siempre está opción de huir -. Me replicó, encimando unos leños cruzados en la nascente hoguera.

- Pero *Oso*, quizás, los soldados de La Mancomunidad los obligaron a combatirnos -. Seguí. - Ya que, después de todo, no pasaban de una centena de infantes sin cañones -.

- ¿Y, qué diferencia habría si fueron forzados o no, *Vania?* Conque, la orden de nuestro *atamán* Bogdan Jmelynstky, es matar a todo el que se nos oponga... ¿O, ya lo olvidaste? -.

- ¡Lo sé, lo sé, *Oso!* ...tengo bien presente que, como vanguardia de nuestro gran ejército, no podemos darnos el lujo de la piedad -.

- Exactamente -. Aprobó mi amigo. - Porque, las consecuencias de cualquier debilidad, la pagarían muy caro los otros regimientos que nos siguen, sin contar a las fuerzas del Zar -.

- ¡Los que curiosamente van en la retaguardia! -. Solté mordaz, levantándome para remedar el paso de marcha de la infantería zarista.

Y, *Nikita*, al cesar de reírse de mi martingala, escupió maldiciendo al zar y el pacto que nos exigía pelear sus guerras al sur y el oeste del imperio, a cambio de no pagar impuestos y vivir libres de acuerdo con nuestras costumbres.

- Si pudiera volvería feliz a Krasnoy, *Vania* -. Me declaró y sonriendo

confesó que, lo único que deseaba era retornar y casarse con Ludmila, su novia, la hija mayor de Márkov el tabernero.

- ¿Has visto los inmensos pechos que tiene? -. Exclamó con los ojos muy abiertos. - ¡Sí señor! ¡Esos senos alimentarán a mis hijos! De hecho, creo que alcanzará para mis nietos, ¡Je!, ¡je! -.

Y, con esa feliz visión de su futuro, montamos el trípode y colgamos la marmita, para abocarnos a preparar la comida que compartiríamos con Ostap y Maxim bajo la luna llena, que al oriente parecía un enorme farol iluminando el extenso campamento, que palpitaba en decenas de fogatas rodeadas de siluetas movedizas, que comían, reían, injuriaban y bebían vodka, esperando que los veteranos relataran sus pretéritas hazañas, como sucedió más tarde con los hombres de mi propia escuadrón, que se arremolinaron alrededor de Kirill para oír la narración de la expedición a Persia de 1647.

- ¡Vamos *Cuervo!*, cuenta lo que ocurrió en tierra de los infieles -. Lo animaba Nikón, un curtido guerrero de cabeza rapada, con una larga trenza pendiéndole de la nuca.

- ¡Cuéntanos las proezas de nuestros padres! -. Lo exhortó a la vez su sobrino, Artyom Borisovich Vértov, sin lograr que su tío se decidiera a comenzar, manteniéndose indiferente con la vista fija en las vigorosas brasas, quejándose de que su jarra de latón se hallaba vacía.

- ¡Toma viejo zorro! - Lo invitó el rechoncho Pavel, cediéndole su licor con una mueca. - Espero que sea suficiente para hacerte recordar toda esa campaña -.

Y, Kirill imperturbable bebió un largo trago, relamiéndose con la expectación que causaba hasta que, comenzó a contarnos, que en esa época nuestro regimiento se componía de siete *sotnias*, incluyendo a la centuria de Krasnoy que acudiera al llamado del *atamán*, para marchar

a Tsaritsyn y abordar la flota que soltó amarras para navegar río abajo, rumbo al mar Caspio, cuyas costas asolaran por varios meses con una racha de batallas y asedios, que describió largamente para satisfacción de todos, culminando con el regreso de la *voiska* con un fabuloso botín, anticipándose al congelamiento de las aguas por el frío invernal.

Ahí el viejo acalló su voz y se quedó estático, contemplando los tizones moribundos del fogón.

- ¿Y qué pasó después...alcanzaron el norte, *padrecito*? -. Clamó el enjuto Peresvet.

- Ya pronto lo sabrás, jovenzuelo -. Le contestó Kirill y prendió su pipa, a la que dio un par de lentas chupadas, que postergaron el desenlace de la incursión por unos instantes.

- No pudimos regresar a casa en aquella estación...-. Aflojó, por fin el viejo. - Puesto que, arribamos al delta del Volga con los primeros hielos, asentándonos en la isla Suina a esperar la primavera en el fuerte que construimos, donde resistimos la agresión de la armada persa, que derrotamos con la ayuda de nuestros hermanos de Astrakán, que hicieron una gran fortuna vendiendo a los prisioneros como esclavos....Con posterioridad, con el deshielo, remontamos el Volga en dirección a Tsaritsyn, en cuyos muelles desembarcáramos para cabalgar a Krasnoy, con las alforjas repletas de oro, plata y objetos preciosos, que en Suina nos habíamos repartido equitativamente, tras separar la parte correspondiente a las viudas, hermanas o madres de aquellos *sables* que fueran sepultados en tierra extraña -.

- ¡Que esos valientes se encuentren en la santa gloria de nuestro señor Jesucristo! -. Los ensalzó Kirill persignándose con los tres dedos.

Siendo imitado por una veintena de guerreros, que bendijeron las almas de los caídos en aquella legendaria expedición, antes de empezar a

disgregarse a sus tiendas, salvo unos pocos que permanecemos acompañando a *El Cuervo*, que rumiaba para sus adentros con los ojos entrecerrados, inclinados hacia las ascuas agonizantes en un trance, que solo me atreví a quebrantar cuando nos quedamos a solas, para indagar por la muerte de mi padre en la conquista de Rahst.

-Kirill, ... ¿Tu luchaste con mi papá en Persia, cierto? -. Solté a bocajarro.

- Iván *El Largo* no era de mi *chota*, muchacho -. Susurró levantando la cabeza. - Pues, los que vivían en los campos de Krasnoy se agrupaban en otro escuadrón -.

- ¿Pero, te acuerdas de él? -.

- Claro que sí-. Afirmó quedamente el viejo cosaco.

- ¿Y dime *Cuervo*, después tanto tiempo, crees que valió la pena que acabara su vida allí? -.

Ahí Kirill abrió los ojos, para mirarme de frente y manifestar que, caer en batalla era la mejor manera de entregarnos a Dios, colmando de honor nuestro nombre y de orgullo a nuestras familias. - ¿O, acaso, tu madre y hermanos reniegan de *El Largo*? -.

- ¡Nosotros nunca hemos renegado de mi padre! -. Rechacé. - ¡Pero, jamás ha sido honrado en las asambleas de *sables*! Y, sé que tú eres uno de los que impide ese tributo -. Expelí sin miramientos, enardeciendo a *El Cuervo*, que me rebatió aduciendo, que la mayoría del concejo de Krasnoy se negaba a honrar a un forastero, por muy valeroso que este hubiese sido.

- ¡Todavía nos señaláis por extraños, Kirill! -. Proferí indignado. - Sin importar, que mi propio padre y mi abuelo murieran en combate... -.

- Tu abuelo, Iván *El Rojo*, no cayó en batalla -. Me trabó tajante.

- ¿Cómo qué no? -. Repliqué perplejo.

- Él fue asesinado a las afueras del pueblo por desconocidos -. Me dijo. Impactándome con aquella inesperada revelación, que desmentía la versión oficial que nos hiciera creer, que mi abuelo había perecido rechazando a una banda de tártaros de Crimea al sur de Krasnoy.

-... ¿Pero, entonces, quienes lo mataron? ¿Y, por qué...? -. Balbuocéé, intentando sobreponerme.

Empero, *El Cuervo* se mantuvo impasible atusándose los mostachos, aguardando a que me calmara para decirme, que estaba seguro de que inevitablemente lo sabría.

- ¡Y ahora, me voy a dormir! -. Se despidió, levantándose pesadamente, para perderse renqueando en la oscuridad.

Dejándome en absoluta soledad, a merced de un raudal de interrogantes acerca del final de mi abuelo, que intenté desentrañar evocando las historias que me contaba mi padre, sobre los enemigos que acechaban a los Dragomir desde que emigraran de la lejana Moskvá, para radicarse en el confín meridional del imperio, adonde la guerra era tan cotidiana como las temporadas de siembra y la cosecha.

REGIÓN DE VOLYNIA

MANCOMUNIDAD POLACO-LITUANA

SEPTIEMBRE DE 1655.

Llevamos cinco meses de campaña, y si bien, emprendimos la marcha en los albores de la primavera, ahora el frío viento otoñal revuelve las banderas y gallardetes que, los portaestandartes alzan orgullosamente en la avanzada del *atamán*, que se adentra en los dominios de La Mancomunidad, encabezando a toda nuestra *voiska* en dirección a la importante ciudad de Lvov.

Y, debo admitir que, con el correr de las semanas, se ha ido desvaneciendo mi remordimiento por la sangre vertida, por los pasados cuchillo y los prisioneros ahorcados, cuyos últimos rictus de dolor ya me eran indiferentes, tal como la devastación y la masacre que diariamente perpetrábamos en una vorágine, que diluía la nostalgia por el hogar y los seres que se supone amamos;

Y, recién hoy, puedo comprender las borracheras tristes de nuestros mayores, quienes al regresar desde alguna guerra a Krasnoy, debieron reprimir su auténtica naturaleza revelada en la contienda, en el vértigo de una carga de caballería, en el resplandor de los incendios y del paroxismo de cegar la vida ajena, sin más límites que la catástrofe que anida en nuestros espíritus...

- ¡Iván! ¡Hey *Vania*! ¿Qué pasa amigo? ¿Piensas en las hembras que nos esperan en Lvov? -. Me grita *El Oso* acercando su caballo al mío.

Yo le sonrío, igualando el paso, para preguntarle si sabe por qué atacamos a los *panis*.

- ¡Uuuf! ¿Otra vez la misma cantinela? -. Me recriminó burlón.
- ¡Pero, contéstame *Oso*! ¿Sabes por qué luchamos? ¿Por qué matamos y morimos por un zar que está a miles de *verstás*⁶⁰ de distancia? -.
Entonces, redobló severo la monserga de siempre: luchamos porque somos cosacos y debemos prestar servicio en las guerras del zar, y eso nos permite ser libres y vivir bajo nuestras costumbre y leyes.
- ¿Lo has olvidado, *Vania*? -.
- No *Nikita*, no lo he olvidado. Sé muy bien quiénes somos, pero no sé por qué estamos aquí -.
- Estamos aquí por orden del *atamán* que nos guía a la victoria, a las mujeres y a la riqueza. ¿O tú crees que me importa el zar, *Vania*? -.
Luego, *Oso* me instó a no devanarme los sesos, y a que aceptase de una buena vez lo que vivíamos, ya que al volver a Krasnoy no tendríamos otro porvenir que trabajar como bestias para mantener a nuestras familias, sin contar con los entrenamientos con la *sotnia* y las patrullas fronterizas, sin otro descanso que las fiestas de la iglesia y los domingos.
- ¡A eso justamente me refiero, gran *Oso*! -. Convine con pesar, escudriñando entre la llovizna el motivo de la detención de las formaciones delanteras.
- Por eso Iván, te aconsejo que saques provecho del presente -. Me recomendó, refrenando abruptamente su tordo, al igual que todo el regimiento.
- ¿Qué habrá pasado? ¿Nos estarán atacando? -. Exclamé, aferrando instintivamente la empuñadura del sable, atisbando alrededor la repuesta al estancamiento, que a la postre vino cabalgando en sentido

⁶⁰ *Verstà*: Es una unidad de longitud rusa equivalente a casi 1.067 metros, actualmente en desuso.

inverso a la columna, con un mensaje del *atamán* ordenando establecer campamento, para celebrar urgentemente un consejo de comandantes, que supusimos tendría por propósito organizar el asalto de Breslov, una ciudad cercana que había sido fortificada por La Mancomunidad, para salvaguardar un ataque directo a Lvov por el sur, como nos confidenció el teniente al ordenarnos salir del camino embarrado. Para levantar las tiendas en una llanura colindante, atrás de nuestros carros de víveres e impedimenta, que se encarrilaban por la planicie para encadenarse a los vagones de otras unidades, conformando un alargado *Gulyay gorod*⁶¹ de cara al norte, entretanto la retaguardia quedaba resguardada por el río Pripyat, en cuyas riberas soltamos a los caballos para que abrevaran, vigilados por los centinelas que también fueron apostados rodeando el vivac, en medio del cual se plantó el pabellón el coronel, que antes de partir al concejo con su cuerpo de oficiales, despachó a cincuenta *sables* a batir la comarca. Para prevenir a los merodeadores polacos que, podían hostigar la periferia de nuestro gigantesco reducto, donde el hormiguelo de miles de hombres y bestias se fue apaciguando al atardecer, que fue decayendo tempranamente en el horizonte cenizo hasta que, la oscuridad tuvo que ser resistida por cientos de fogatas, junto a las cuales los integrantes de cada *chota* nos fuimos agrupando, para mitigar el frío y cocinar la cena, o sencillamente fumar nuestras pipas al calor del fuego, cuestionando la inusitada duración del consejo del *atamán*.

- ¡No sé qué es lo que tanto deliberan los oficiales, sí siempre es lo mismo! -. Criticó Pavel Grigorievich, echando una bocanada de humo a mi lado.

⁶¹ **Gulyay Gorod:** fortificación móvil de carros utilizada por el ejército ruso y los cosacos entre los siglos XVI y XVII.

- ¡Es cierto! -. Lo apoyó el calvo Onesim. - Para qué tanta cháchara sobre estrategia, si mañana como de costumbre, nos lanzarán a la carga tras el cañoneo -.

- ¡Quizás esta vez sea distinto! -. Apostó *El Oso*, haciendo hincapié en la sorpresiva interrupción del avance.

-Yo creo que se reúnen porque no saben que hacer -. Rumié. - Porque, ya viene el invierno y seguimos a campo traviesa -.

Prosiguiendo con especulaciones de todo tipo, hasta que entrada la noche el coronel regresó con los oficiales, que inmediatamente se dispersaron por los tendales convocando a un *krug*⁶², para que el regimiento decidiera su destino a orillas del río, en un amplio claro cercado por un bosquecillo de abetos, que fue iluminado por tres hogueras suficientemente separadas entre sí, para dejar un espacio en el que se situaría la plana mayor, cuando todas las *sotnias* estuviesen congregadas en el gran círculo, en cuyo centro se irguió más tarde Polichuk, pidiendo la palabra para transmitirnos el mensaje del *atamán*:

- ¡*Sables*, jinetes de nuestra amada tierra! Son incontables las victorias que le habéis ofrendado a la madre Rusia...Vuestro legendario valor y heroísmo será el legado de vuestros hijos y nietos, que contarán a las generaciones venideras las hazañas de sus padres, que ahora deben decidir el sino de este regimiento...-.

Entonces, la recia voz de nuestro jefe se apagó, desconcertando a nuestra numerosa hueste, que se convulsionó murmurando su inquietud, agitando decenas de antorchas y lámparas de aceite, que irradiaban los rostros ceñudos de los más viejos, que comenzaron a levantar la mano para hablar, provocando la intervención de los oficiales llamando al

⁶² *Krug*: (círculo cosaco), asamblea donde se debatían todas las cuestiones. En él podían participar todos los cosacos mayores de 18 años sin distinción de la posición social.

orden, para que oyésemos el anuncio del ataque a Breslov, y con esto, el posible final del avance de la expedición.

- ¡Hermanos, escuchadme! -. Gritó el coronel, para decirnos que, ante la proximidad del invierno, teníamos que resolver si nos quedábamos para intentar tomar Varsovia o, de lo contrario, nos devolvíamos a casa para retomar la campaña en la nueva primavera.

- ¡Queda en ustedes la palabra! -. Concluyó vibrante.

E, impávido al rumor sordo que suscitó su anuncio, se reagrupó con la oficialidad a sus espaldas, para sumarse con ellos al inmenso rueda de *sables*, que esperó en silencio que los guerreros más viejos hablaran, hasta que, un veterano de la *sotnia* de Volzhskiy llamado Yemelián Sergeievich Petrov, dio unos pasos al frente consiguiendo la atención de todos, que lo vieron plantarse en el centro del *krug* donde alzó su voz:

- Hermanos, bien hace el *atamán* en convocarnos según la costumbre, para que cada uno de nosotros pueda expresar su propia ventura. ¿Por qué para qué sirve ser un hombre libre, si no podemos decir lo que sienten nuestros corazones, si no podemos vivir según la tradición y si no podemos elegir la forma de morir? -. Terminando el preludeo con un gesto altivo de su cabeza, que hizo oscilar su encanecida trenza.

-...Hace unas semanas que vemos acercarse al invierno...-. Prosiguió Yemelián. - Y, aun así, avanzamos en territorio hostil, leales a nuestra misión y obedientes a las órdenes de los oficiales. ¡Y no cejamos en la lucha, hermanos! ¡No nos arredramos ante los grandes ejércitos de La Mancomunidad y sus decenas de cañones de bronce! ¡Y bien se conoce la fuerza cosaca en estas regiones, cuya tierra ha sido regada con la sangre de nuestros hermanos caídos! -.

A la sazón, mientras la multitud bramaba acicateada por su arenga, Yemelián calló alisándose la barba blanca, para enseguida girar hacia el

coronel y las jerarquías superiores del regimiento.

- Dime, Dmitry Borisovich Polichuk, que bien sabes que, si continuamos adentrándonos en Polonia, más difícil será retornar a orillas del Volga... ¿Qué podemos ganar si nos quedamos a luchar esta guerra del zar? Si ya nos hemos cubierto de gloria y riquezas... ¿Por qué razón deberíamos seguir al oeste, cuando arrecia la ventisca y los caminos se hielan? -.

Pero, el comandante no le contestó y Yemelián redobló su discurso enardecido, abarcando a las centenas de hombres que, como él, deseaban abandonar el servicio al monarca de Moskvá.

- Por eso, voto por volver a nuestras familias y campos...Y, si el zar Alexis quiere continuar esta guerra... ¡Pues, yo digo que venga a congelar su culo aquí, si quiere conquistar Varsovia! -.

- ¡Esa es mi palabra! -. Remató, aclamado por una ovación estruendosa, que se prolongó por varios minutos hasta que pidió la palabra Ylya Kishka, un *viejo creyente* de melena entrecana, que era un respetado *sable* de la *sotnia* de Krasnoslobodsk, que se adelantó santiguándose al eje de las fogatas, para exclamar su sentir con ronco vozarrón:

- ¡Hijos de dios, hermanos! Justo es lo que ha expresado Yemelián Sergeievich, pero yo pienso distinto... Conque por voluntad divina, nos hallamos luchando contra los polacos y esas sabandijas lituanas, que no son más que perros infieles que reniegan de la verdadera fe, aunque se digan cristianos...-. Y, persistió en su denuedo, tachándolos como peores que los tártaros o los turcos, ya que se apropiaban mañosamente de nuestros territorios, corriendo los lindes fronterizos dentro de la Rusia blanca, para agobiar a los campesinos con impuestos y mancillar los sagrados templos ortodoxos. -... ¡Los polacos son los hijos del diablo, hermanos! Ellos son los que durante años nos han asolado con

sus enormes fuerzas. Ellos son los que cada primavera han atacado nuestros puestos cuando se licua la nieve. Ellos son quienes han robado nuestras cosechas en sus invasiones...Pero, ahora su suerte ha cambiado y muerden el polvo de la derrota, embestidos por miles de *sables* desde el sur y el oeste, acaso por el norte con las tropas del zar en busca de su propia capital -.

Allí, el cazarro Ylya hizo una pausa, para aquilatar cuanto había calado su encendida predica, que coronó apelando a la memoria de los más antiguos de cada *sotnia*.

- ¡Hermanos, escuchadme!... ¡Tengo casi sesenta años, por gracia de dios! Y, como yo, los más viejos recordarán, que nunca habíamos llegado tan lejos en una campaña. ¡Jamás habíamos conquistado tantos pueblos y ciudades de la mancomunidad!, ¡Ninguna vez estuvimos tan cerca de acabar con el poder de los nobles *panis* para siempre! ...Y, por eso, digo que, ¡Tomemos Breslov al amanecer, y sigamos al norte, aplastando a quien se nos oponga, hasta clavar la cruz ortodoxa en la catedral de Varsovia! ¡Esa es mi palabra! -.

Al callar Kishka, fue vitoreado por una buena parte del regimiento, incitando el enojo de aquellos que querían regresar, que increparon amargamente a los que alentaban la ofensiva sin tregua, desencadenándose violentas discusiones que inclusive llegaron a los puños, agitando las agrupaciones de cada *sotnia* con las reyertas, que nos distrajeron de la presencia de un nuevo orador entre los fuegos, que apaciguó los clamores desatados al anunciar su nombre.

Era Mikhail Yurevich Korchaguin, el afamado “manco de Bereslavka”, que con su sola impronta consiguió restablecer la calma necesaria, para hacer oír su voz respaldando la repatriación invernal, que despertó la ácida resistencia de muchos de los cuales, también rechazamos la

propuesta de otro ilustre jinete, que planteó conquistar Lvov para acuartelarnos detrás de sus murallas, en vez de alentar el asalto final a la médula de la *República de las dos naciones*, que era por lo que pujábamos con la mayoría de mi *chota*, que sorprendí al avanzar hacia el corazón de la ronda, pidiendo la palabra con el brazo en alto.

- Hermanos, me llamo Iván Ivanovich Dragomir, *prikazny* de la *sotnia* de Krasnoy del regimiento de Tsarytsin -. Proferí con toda la fuerza de mi garganta sobre la algarabía.

Pero, nadie me prestó oídos, salvo el grueso de mi compañía. Así que, tuve que repetir mi llamada, soportando las burlas e insultos de un sinnúmero de *sables*, que se reían de mi osadía siendo un desconocido, que ni siquiera contaba con una edad venerable o era célebre por sus hazañas, que era lo único que generaba el respeto de aquella horda, que me negaban ser escuchado como dictaban nuestras leyes.

- Hermanos, sé que soy joven, mas, soy un *sable* con derecho a hablar en este *krug*...-. Troné, decidido, invocando a mi padre Iván *Largo* y mi abuelo Iván el *Rojo*, para afianzar el apoyo de algunos y el mutismo de otros, que me observaron tragar aire y coger valor, para pedir el beneplácito de los ancianos en reconocimiento de mis mayores.

- ¡Bendíganme *padrecitos* y solamente después seguiré hablando! -. E, incliné mi frente mirando al suelo, ignorando a los exaltados que reprochaban mi atrevimiento.

Sin embargo, los envejecidos cosacos fueron gritando su favor: - ¡Sí, conocimos a tu padre!, ¡sí, conocimos a tu abuelo! ¡Y eran buenos *sables*! -. Concordando en que tenía derecho a la palabra, que elevé firme al virar para que todos me oyesen.

- Soy un jinete, que ve como cada día penetramos más y más en los territorios sojuzgados por La Mancomunidad... ¿Pero hermanos, no es

acaso al revés? ¿No somos nosotros los que liberamos las comarcas usurpadas por los señoríos polacos? ¿No es acaso esta una reconquista para nuestra gente? ¿No es cada *verstá* que recuperamos un trozo de nuestra patria?... Y yo les pregunto, ¿De quién era en el ayer el territorio donde hoy se levantan nuestros pueblos y aldeas?, ¿No eran del *Khan* de los tártaros? ¡Sí, los tártaros! Que nuestros antepasados expulsaron en su marcha desde el norte, para entregar la cuenca del Volga a la santa fe cristiana para siempre...- ¿Y qué hacemos nosotros en el presente? Pues lo mismo hermanos. Avanzamos abatiendo a los que atacan a la sagrada fe ortodoxa, a los que vejan nuestras usanzas y más amadas costumbres...Porque todos queremos volver a casa, pero retornar ahora sería traicionar la memoria de nuestra sangre, sería abandonar a nuestros muertos sepultados en esta tierra, sería desertar de la carga infinita de nuestros ancestros...Y, por sobre todo hermanos, sería repudiar nuestra naturaleza, ya que somos guerreros, los dueños de la estepa y nuestro destino es cabalgar al horizonte, aplastando a quien se nos oponga, quebrantando las fortalezas enemigas hasta tomar Varsovia, en cuyos palacios y fastuosas mansiones invernaremos, aguardando a que la nieve se derrita con el sol de la próxima primavera...Y, si dios todopoderoso dispone que muramos en este empeño, lo haremos rogando con el último aliento, que nuestro señor Jesucristo y San Jorge nos concedan la victoria, en nombre de la santa madre Rusia. ¡Dejo aquí mi palabra! -. Concluí en trance, ungido por el rugir de la bestia de mil cabezas del *krug*, que se retorció clamando por la destrucción de la capital de los *panis*.

Entonces, sentí que se desvanecía la fuerza de mi transfiguración, y me tambaleé aturdido hacia la alineación de mi *sotnia*, desde cuyas entrañas salieron a mi encuentro *El Oso*, Nikón, Afanasi, y Bogdan, que me

abrazaron para acarrearne al seno del pelotón, que me apabulló de parabienes encabezados por Kirill, que me honró diciendo: - Bien dicho hijo, tu padre estaría orgulloso de ti -.

En el intertanto, como nadie más quiso hacer valer su palabra, el coronel propuso que tras capturar Breslov, cada *sable* decidiría libremente si regresar a su terruño, o, perseverar en la conquista de Varsovia anexados a otras unidades, que fue lo que aprobamos mayoritariamente dando por terminada la asamblea, para que Polichuk con sus lugartenientes se dirigieran al pabellón del *atamán*, a comunicarle de la voluntad del *polk* de Tsaritsyn, que se dispersó para aprestarse para la batalla, que se iniciaría al alba con la orden de romper la marcha, para estrechar la distancia que nos separaba de las murallas de la ciudad enemiga. Cuyo perímetro externo estaba protegido por un doble anillo de trincheras, provistas de baluartes para el emplazamiento de los cañones, servidos por un enjambre de artilleros de ocras uniformes, que contrastaban con las coloridas chaquetas de los cuerpos de infantería, que a lo lejos avistábamos corriendo a los parapetos semienterrados, para apostarse apuntando sus mosquetes a las avanzadillas de escaramuzadores, que se iban desgajando de los cuatro regimientos asignados para el ataque, que nos fuimos desplegando hacia las fortificaciones de Breslov. Confiando los flancos a los *sables* de Ostrov, que venían a la zaga con una *sotnia* del *polk* de Svetly Yar que, actuaría de enlace con su regimiento a cargo de custodiar el campamento, prácticamente vacío tras la partida de la otra mitad de nuestro ejército, que durante la víspera se había escabullido en la oscuridad en dirección a Lvov, valiéndose de la distracción que ofrecieron algunos destacamentos de fusileros, que se mantuvieron hostigando las posiciones adelantadas de La Mancomunidad, hasta que,

despuntó el amanecer cubierto de sombríos nubarrones, que se desplazaban por el firmamento arrastrados por el viento tibio, que henchía los estandartes y las banderas de mi regimiento, que se iba aproximando a la tierra de nadie bajo el estrépito de los truenos, que comenzaron a sacudir la bóveda del cielo al compás de nuestras baterías, que vomitaron furiosas andanadas de metralla y muerte, despedazando las crestas de los bastiones amurallado, o, abriendo anchos cráteres en las trincheras con cada explosión, que elevaba por los aires a los defensores convertidos en títeres desencajados.

En tanto, los obuses de los polacos reventaban a unos cien pasos de nuestra formación, encabritando a los caballos que relinchaban corcoveando, espumajeando por los ollares, pujando por arrojarse al campo de batalla, que empezó a humedecerse con las primeras gotas de lluvia, que en cosa de minutos arreció anegando la llanura, e inundando los agujeros abiertos por los bombazos del duelo artillero, que cesó cuando los empapados cañones de nuestra retaguardia callaron...

Esa era la señal y el coronel nos sobrepasó con sus oficiales, para ordenar el avance enarbolando sus aceros desnudos, azuzando a las diez *sotnias* a desenvainar los alargados sables curvos, que alzamos adelantándonos al trote por la planicie encharcada, que se estremeció con el aullido de más de un millar de centauros, que nos abalanzamos a galope tendido contra los parapetos del este, sin importar el intermitente cañoneo que abatió a muchos *sables*, cuyas monturas siguieron su carrera desenfrenada sin jinetes, contagiadas por el enloquecido ímpetu de la vanguardia, que ya alcanzaba los paramentos del primer anillo defensivo, donde la soldadesca *mancomunada* disparó una postrera salva de mosquetería, antes de desbandarse despavoridos a su segunda línea.

Pero, era tarde para huir, porque en un soplo, la descubierta hizo fuego con sus pistoletas, aniquilando a los que aún disparaban en las trincheras, que traspasaron saltándolas en persecución de las decenas de desertores, que fueron tajeando por la espalda entre el humo y las rachas de lluvia, mientras los que veníamos atrás nos encargábamos de los sobrevivientes, que se escondían o nos resistían en los recovecos de las zanjas, como el infante lituano que maté dentro de un pozo de tiro, adonde irrumpí con mi *Balalaika* para colarme al acceso del fortín principal, obstruido por un muro de sacos que acometí con otros *sables*...encontrándome con otro lituano que, en vez de dispararme, cruzó tardíamente su mosquete en el aire, para detener el sablazo con que le abrí el cráneo.

Luego, alcé la vista y giré sediento de sangre, vislumbrando en el repecho del *opornik*⁶³ a un grupo de *panis* acorralando a *Oso*, Pavel y otros camaradas, que no me vieron cargar por la estrechez de la fosa empozada, seguido por Nikòn y otros jinetes de mi *chota*, con quienes embestimos por detrás a la quincena de enemigos, que sableamos hasta convertirlos en un montón de piltrafas despanzurradas, que nuestras bestias pisotearon sin misericordia en el lodazal. Al espolearlas hacia la rampa del bastión que, debíamos remontar para tomar el reducto de artillería, guarnecido por media compañía de lanceros polacos, que erizaron sus largas *kopias* en el borde superior de la cima, formando una barrera de filosas puntas inclinadas cuesta abajo, que refrenaron el embate alanceando a nuestros frenéticos caballos, que defendimos con los sables en tanto las filas traseras recargaban sus pistolas, que en un par de minutos descerrajaron fulminando a cinco piqueros, que se

⁶³**Opornik.** Término utilizado antiguamente en Ucrania y el sur de Polonia para denominar a un bastión o punto fortificado.

desplomaron gimiendo entre la humareda de pólvora, que veló el terrible choque con que nos abrimos paso al terraplén de la batería. Adonde, los lanceros restantes habían retrocedido, para unirse a los artilleros en la feroz lucha por retener los cañones, que logramos capturar a costa de varias bajas incluyendo a Bogdan, que yacía cerca de una cureña, cosido al barro por una *kopia*, que su tío Kirill desensartó para cerrarle los ojos, santiguándose, antes de volver a montar bramando por la venganza, que emprendimos derramándonos por la pendiente posterior, para fundirnos con las miríadas de escuadrones, que se precipitaban galopando al segundo circuito defensivo, que iba siendo abandonado por las tropas de La Mancomunidad. Desahuciando la resistencia para huir a la ciudad, a excepción de algunos tramos que nos afrontaron organizadamente, como ocurrió con el sector de las trincheras que asaltamos, donde un oficial polaco nos plantó cara con unos cuarenta *panis* que, intentaron infructuosamente encender la yesca de sus mosquetes, calados por el chaparrón que recrudeció cuando les caímos encima, acuchillándolos a diestra y siniestra en el interior de la zanja, hasta que se nos unió el núcleo de nuestra *sotnia* capitaneados por Gavrilov, que ordenó finiquitar a los supervivientes para desmontar al abrigo del foso. Para protegernos de los cañonazos disparados desde Breslov, que despedazaban la tierra yerma entre las murallas y nuestra posición, anegada por los regueros que empantanaron el fondo de la trinchera, que a lo largo de su anillo fue acogiendo a las otras *sotnias* del regimiento, que junto a nosotros fueron testigos de la fracasada carga del *polk* de Yertzovka, que fueron acribillados por la guarnición del portal central, sufriendo graves pérdidas que los obligaron a replegarse, apoyados por el fuego de cobertura que alenté con mi escuadrón y otras

chotas. Para suprimir a los mosqueteros asomados por las almenas, que fuimos eliminando con las *bandalet*⁶⁴ que aún permanecían secas, con una serie de ráfagas que mataron o hirieron a varios tiradores, que se despeñaban por los muros berreando alaridos, que llamaron la atención de los *sables* de las otras *sotnias*, que nos imitaron disparando a discreción hacia los baluartes sitiados, que de un momento a otro apenas distinguíamos entre el turbión del temporal, que le impondría a ambos bandos la tregua de la pólvora mojada, que irremediamente nos inmovilizó en el parapeto inundado. Convertido en un canal de paredes lodosas, surcado por incontables cadáveres mecidos por las aguas, si es que flotaban, o, si eran pesados, sumergiéndose lentamente en la mortaja líquida, que inesperadamente comenzó a reverberar una progresión de ondas líquidas, que se estremecían con cada estampido proveniente de nuestra retaguardia, hacia la que me volví para entrever más allá de la humareda y la torva lluviosa, una secuencia de fognazos destellando a la distancia, que asemejaba una serpiente de fuego vomitando el hierro candente, que fue desmoronando los alcázares de las puertas que asediábamos, hasta que su abatimiento agujijoneó a muchos a subir a sus caballos, para reiniciar el ataque ignorando las balas que zumbaban, hiriendo o matando a varios *sables* como a mi amigo *Oso*, que se desplomó de su tordo para caer boca arriba a la apozada trinchera, que recubrió el agujero en el pecho que lo había fulminado.

- ¡*Nikita!*, ¡*Nikita!* -. Le grité, abalanzándome sobre su ciclópeo torso naufragado, que iba siendo rodeado por los camaradas de mi *chota* y otros jinetes de la *sotnia*.

- ¡Déjalo, *Vania*, está muerto! -. Exhaló *El Cuervo* con pesadumbre.

⁶⁴ ***Bandalet***: Carabina utilizada por los cosacos en el siglo XVII.

Alzándome de brazo, sin importarle que estuviera llorando de rabia, para obedecer el llamado del *khорunzhy* Osmin, que nos apremiaba a montar para salir a la superficie, por las rampas de madera que habilitaron los zapadores, que nos permitieron emerger rápidamente al ras del plano, para unirnos a la cabalgata infernal de todo el regimiento, cuyas primeras filas ya convergían en las ruinas del portal, que traspasaron avasallando a los oponentes que todavía quedaban en pie, para irrumpir en la urbe como una jauría sanguinaria, que se diseminó por las bocacalles adelante de nosotros, masacrando a los soldados derrotados que corrían por sus vidas, perdiéndose por un dédalo de callejuelas empedradas. Por donde nos internamos a toda velocidad, sableando o perforando a lanzazos a los fugitivos, si es que no eran aplastados por nuestros caballos desbocados, hasta toparnos con una improvisada línea de barricadas, que nos resistieron con explosivos caseros y fuego graneado de fusilería, forzándonos a reagruparnos en una de las calles anteriores, para organizar el contraataque con que destrozábamos esas defensas, ultimando a todos los polacos, lituanos y vecinos armados que nos confrontaron, que cayeron revueltos en un amasijo de cuerpos, que prontamente fueron despojados de sus objetos de valor, por aquellos *sables* que desmontaron para dar inicio al pillaje; simbolizando que la victoria era irreversible.

Aun así, la mayor parte optamos por seguir adentrándonos en la ciudad, llegando a una avenida disputada alrededor de unas barreras, contra las que cabalgamos desafiando el viento gélido y las balas, envueltos por el humo de los incendios mezclados con la incipiente nevisca, que fue recubriendo la posición que tomamos tras una breve lucha, para luego seguir a los portaestandartes del regimiento, que guiaban al *polk* hacia el fortificado centro de Breslov, que el coronel había ordenado asaltar

divididos en tres columnas, que se bifurcaron en el trayecto a la plaza mayor, que mi *sotnia* debía flanquear por el costado izquierdo. En una maniobra envolvente, que nos significó desviarnos por una torcida calleja lateral, que terminaba combándose en paralelo al último reducto de los *panis*, que se habían atrincherado por todo el contorno de la explanada, dominada por la torre de la iglesia poblada de francotiradores, que no nos detectaron al avanzar sigilosamente en hilera, apegados a los muros de las edificaciones por un largo trecho, hasta encontrar un pasadizo cercado entre dos casas, que derribamos para atravesar de dos en fondo el corredor, que desembocaba en el desgarnecido sector trasero de la plaza. Por el cual nos esparcimos cargando sobre los horrorizados polacos, que se daban vuelta para morir con la cabeza cercenada, los cuellos rajados, o, tumbados por nuestra devastadora avalancha, que hendió como un ariete la banda interna del atrincheramiento, cuyo frente era embestido por el destacamento del coronel Polichuk, reforzado por decenas de cosacos de otros regimientos, que se le unían en un creciente cauce para estrellarse en las barricadas, defendidas desesperadamente por una primera línea de soldados, secundados por milicias de ciudadanos equipados con viejas espadas, lanzas, herramientas de labor o pistolas, que disparaban sin ninguna puntería a los *sables* que saltaban de sus monturas a los parapetos. O, que, pujaban por desmoronar su base de sacos de tierra, adoquines y muebles, a fuerza de pechazos y coces de las cabalgaduras espoleadas, que sus jinetes azuzaron para abrir varias brechas a lo largo del bastión, al que penetraron arrollando a los menguados tercios que los enfrentaron, antes de expandir la brutal carnicería por la lisa del zócalo, que quedó cubierta de los guñapos ensangrentados de aquellos enemigos, que habían emprendido la huida para esconderse dentro del

templo, que estaba atiborrado por una muchedumbre de niños, mujeres y ancianos, que por orden del comandante fueron desalojados a fustazos por otra centuria. Para asediar a los tiradores de la torre, que fueron capturados tras una corta refriega en el campanario, desde el cual los prisioneros fueron lanzados al vacío, desatando el pánico de los civiles evacuados en el atrio de la iglesia, que sería instituida en cuartel general de la oficialidad de nuestra hueste, que a esa hora pululaba sin mando por las calles de la ciudad, entregados a la rapiña a la que también nos sumamos con mi *chota*, devolviéndonos a una barriada próxima que fuimos recorriendo al trote, rastreando la recompensa del licor, las mujeres y el botín que, no hallaríamos en la corredera de orfebres con la que dimos casualmente. Porque, ya había sido expoliada por otros *sables*, que dejaron un reguero de estragos en los talleres que, mis hombres se quedaron a remover en busca de escondrijos ocultos, mientras yo torcía en solitario por una callejuela aledaña salpicada de enseres destrozados, vestigios de lucha y restos mortales, que fui esquivando de uno en uno como si fuese un juego, para finalmente confluir a una calle empedrada de ricas casas, que merodeé constatando las evidentes huellas del saqueo, hasta avistar en un recodo a una elegante residencia de dos plantas, que a lo lejos, parecía haberse mantenido a salvo de la rapacería y de los incendios.

- ¡Este es mi día de suerte! - Celebré.

Y, tiré las riendas, para irme acercando al pórtico de la casona, frente al cual me detuve a escrutar el contorno, asegurándome de que no existía peligro para apearme de *Balalaika* que, enlacé a un pilar del umbral que forzaría a empellones, para colarme armas en ristre a un vestíbulo penumbroso, que comencé a recorrer con mis cinco sentidos alertas, atento a cualquier ruido o movimiento que delatara la presencia de

moradores, que no encontré ni allí, ni en un amplio salón contiguo y tampoco en la cocina, pese a que en su hogar aún ardían algunas ascuas, recalentando un caldero que exhalaba el fuerte aroma de un guisado.

- Quizás, esta es la comida de la servidumbre abandonada por sus amos. Deduje. Y, confiando en que, esos aterrorizados criados no se atreverían a enfrentarme, enfundé la pistola y sin soltar el sable cogí un cucharón para saciar mi hambre, engullendo vorazmente el potaje hasta que repentinamente oí un chasquido, a la par de un feroz golpe en la espalda que me encogió de dolor, dejándome por unos segundos a merced de mi agresor, que intentó asestarme otro estacazo que contuve en el aire, al voltearme cruzando mi sable contra el atizador del *pani*, del que logré destrabarme para descerrajarle un tiro a quemarropa, que le perforó el vientre con una horrible herida, derrumbándolo.

Exhausto, lo rematé de una estocada en el suelo, para de inmediato recargar mi arma atisbando al polaco muerto, que resultó ser un mozo vestido a la usanza de los burgueses, acaso uno de los hijos del señor de la casa, que no pudo fugarse, o, se quedó protegiendo algo muy valioso, que decidí buscar en la planta alta a pesar de mi adolorida espalda, que me fue atormentando en cada pisada que di hacia el salón, para retornar al vestíbulo en donde anteriormente había reconocido una escalera. A cuyos pies hice un alto, para escudriñar el rellano superior, que encañoné con mi pistola al ir subiendo los peldaños de madera, que con sus crujidos fueron anunciándome a quien estuviese arriba, escondido en cualquiera de las cuatro habitaciones repartidas por la antecámara, que traspuse para ir directamente a la puerta de la estancia central, que abrí de una patada para encontrarme con una joven arrodillada en un rincón, rezándole al pequeño altar de su virgen iluminada por varias velas, que irradiaban el dorso de la doncella *pani*, que prosiguió

balbuceando sus oraciones, ignorándome, sin embargo,irme acercando con extrema cautela a sus espaldas. Hasta que, de imprevisto se levantó y se arrojó sobre mí empuñando una daga, que relumbró al intentar asestarme la puñalada que esquivé, encajándole un culatazo en la sien que la desmayó al piso, adonde quedó tirada, totalmente ajena al deseo que me despertó su voluptuoso talle, que en unos instantes recogí contra mi torso embarrado y sangriento, para oler el fragante aroma de su cuello, su boca y sus mejillas, sin cesar de palparle los pechos y caderas encima del vestido, que comencé a arrancarle a manotazos suscitando la repulsión de la *pani*, que recuperando la conciencia me increpó con un hilo de voz. Lanzándome golpes sin concierto, que agitaron mi lujuria por su cuerpo semidesnudo, henchido de dones, que oprimí boca abajo en una mesilla contigua, para arremangarle la enagua por detrás mientras me bajaba los pantalones, para liberar mi miembro inhiesto entre sus nalgas contraídas que, se retorcieron con la forzada penetración de su vagina seca, que embestí cada vez más rápido insensible a la aspereza de su vulva, que se contrajo al vaciarle mi ira en su matriz desflorada.

Después, resoplando, desmembré la cópula y retrocedí, viéndola enderezarse apoyándose a duras penas en la mesa, que de repente apartó precipitándose al piso por la daga, que esgrimió apuntándomela con los ojos desorbitados, sin darme tiempo de reaccionar, ni de coger mis armas o subirme los pantalones, que agarré del cinturón echándome para atrás, pendiente de los movimientos de la enloquecida muchacha, que en vez de apuñalarme soltó una frase enajenada, volteó el cuchillo contra sí misma y se lo hundió en el pecho, inmolándose. Sin que pudiese impedir su agonía, que la convulsionaba a mis pies con los estertores de la muerte, que en un tris recubrió su fino rostro de una

palidez grisácea, que resaltó el colorido exánime de sus bellos ojos azules, que posteriormente cerraría antes de bajar a la primera planta, donde me quedé husmeando hasta encontrar una ladronera en una pared, que contenía unas cucharas de plata, monedas y variados objetos valiosos, como el estuche de cuero de un instrumento musical, que al salir de la casa guardé en las alforjas de mi *Balalaika*, que al igual que yo, estaba cubierto por una gelatinosa capa de lodo sanguinolento.

- En menos de tres horas oscurecerá -. Predije al montar, oteando en el cielo los pináculos ondulantes de las llamas, que surgían de la decena de incendios que consumían la ciudad, teñida de fulgores rojizos que se reflejaban en las charcas de la desierta callejuela, que recorrí sosegadamente en dirección al cruce con la vía principal, contemplando extasiado la caída de los primeros copos de nieve, que más adelante amortajaron con su albo manto a los despojos de humanos, caballos, carros despedazados y armas rotas.

- Será mejor que volvamos a la plaza -. Le susurré a mi potro, jalando las bridas para avanzar al trote.

Pero, al poco andar, vi un bulto estremeciéndose en la tierra helada y desmonté, desenvainando al aproximarme a la silueta nevada de un polaco herido, que acuchillé en el corazón para evitarle el sufrimiento de su agonía, como lo fui repitiendo con otros moribundos que iba descubriendo, sin importar que fuesen soldados o milicianos, mujeres, niños o ancianos, algunos de los cuales, a veces, suplicaban por vivir un poco más, aunque estuviesen desangrándose tajeados, baleados o mutilados, por aquellos mismos *sables* que me insultaban de lejos, gritando que era un maldito ángel de la muerte o un demonio. O, que, me evitaban al pasar rumbo a la iglesia, hacia la que me orienté por la torre del campanario, que sobresalía entre la bruma y el humo

señalando la explanada, adonde arribé por una calleja lateral opuesta a la comandancia, a la que enfilé por el corredor que me fueron abriendo los *sables* de distintas unidades, que se apartaban escrutando mi conversión en un engendro inhumano, fundido a mi corcel por el caparazón de cieno y sangre que, se había solidificado por el frío recubriéndonos completamente, salvo nuestras cuatro pupilas enrojecidas, que centelleaban en la lóbreguez asustando a los que no me conocían. Hasta llegar al frontis del templo, para presentarme a un oficial, que tras persignarse repudiándome, me informó de la reagrupación de mi *sotnia* afuera de la sacristía, a la que me allegué buscando entre las *chotas* a mi escuadrón, que avisté descansando apegados a los contrafuertes de la nave central, por cuyo costado me fui acercando al ruedo de mis hombres, que en un principio no me reconocieron cuando los saludé a unos metros. Por lo que, debí anunciarme, provocando asombradas exclamaciones por mi reaparición, que se mezclaron con las bromas por mi monstruoso aspecto, que varios compararon con los *Upyr* de las antiguas leyendas campesinas, por haber resucitado convertido en una aberración a lomos de mi caballo, que liberé de mi peso para llevarlo a unos toneles aledaños, donde lo dejé beber a sus anchas del mismo modo que yo lo hice, saciándome con la botella de vodka que me alargó *El Cuervo*. Quien, me puso al tanto, que nuestra *chota* se hallaba reducida a nueve *sables*, descontando a los dos muertos y los cuatro heridos que nos costó la toma de Breslov, que también cobró terribles bajas en todos los regimientos que asaltaron la ciudad, que por orden de los coroneles abandonaríamos apenas evacuáramos a los malheridos que, fueron acomodados en las carretas de un convoy hospitalario, que partió antecedido por el clamor de las trompetas, que convocaban a nuestras

montaraces tropas a replegarse a la plaza mayor. Para salir de las ruinas de urbe en una intermitente y dilatada columna, que en el trayecto a extramuros fue engrosándose con las bandas de jinetes, que fueron convergiendo a las filas lanzando gritos eufóricos, maldiciendo a La Mancomunidad o vitoreando los disparos sueltos, que retumbaban por doquier espantado a las aves de carroña, que se hartaban en los muertos escarchados del campo de batalla, que tuvimos que cruzar para refugiarnos en nuestro *Gulyay gorod*. En cuyo núcleo, adelante del pabellón de Polichuk, fueron alineados los cadáveres de una treintena de *sables*, entre los cuales yacían los cuerpos inmóviles de *El Oso* y Bogdan, que al igual que todos los camaradas caídos en combate, serían preparados para los ritos funerarios por los sacerdotes que nos asistían, quienes se quedarían velando a los muertos con sus oraciones esa noche, para que los vivos celebráramos la victoria hasta el amanecer, despidiéndonos de los que regresarían a la patria la jornada siguiente, como decidieran postreramente los sobrevivientes de mi escuadra, excepto yo, que continuaría la campaña por Varsovia a pesar de los consejos de Kirill, que cerca de la medianoche y transido por la ebriedad, cedió a mi tozudez ofreciéndose llevar las cartas para mi familia.

- ¡Prefiero que les haga llegar mi botín! -. Le contrapropuse y él aceptó, entrechocando su botella con la mía a la luz de las fogatas, que al otro día seguían humeando cuando le entregué una alforja con alhajas, una bolsita repleta de monedas de oro y plata, aparte del estuche del violín que robé del palacete de los jóvenes *pani*.

- Dáselo a mi primogénito -. Le pedí, sacando de su receptáculo el hermoso instrumento que cautivó al viejo.

- ¡Ah!, y, además dale al pequeño Iván mi pipa -. Exclamé, al oír la

llamada a formar de los que marchaban al este. - Ya me conseguiré otra -. Me justifiqué, esquivando la mirada recelosa de Kirill, que arrugando el ceño demandó saber si volvería a casa alguna vez.

Y me quedé mudo, escarbando en mi memoria retazos del pasado, de mi hogar con Olga y los niños, que hacía muchos meses no extrañaba.

- No puedo regresar, porque... ya no soy el mismo que partió a la guerra-. Solté al fin. Y *El Cuervo* asintió con tristeza.

- ¡Adiós *Vania!* -. Se despidió bendiciéndome. Y luego, se hizo a un lado, para que los demás fueran abrazándome uno por uno, quedando para el último el maltrecho Nikón, que, aunque su pierna había sido perforada por una lanza, tuvo arrestos para venir hacia mi rengueando con una sonrisa, bromeando con que no me desearía que volviera vivo a Krasnoy, porque como era un *Upyr* ya estaba muerto.

TERRITORIO DE GALITZIA.

MANCOMUNIDAD POLACO-LITUANA.

DICIEMBRE DE 1655.

Las jornadas de marcha eran arduas, avanzando todo lo que nos permitía la mezquina luz de un invierno duro, de esos en que la nieve sella el horizonte grisáceo a la tierra entumecida, que hollábamos cruzando por un sinfín de sementeras, graneros y aldeas quemadas por los propios polacos, para que no encontrásemos que comer ni refugio para el frío, que nos mordía con sus gélidas mandíbulas en la crudeza de la noche, acicateando el deseo de castigar a los perpetradores de nuestras penurias, siendo que éramos nosotros quienes arrasábamos sus ciudades, matábamos a sus seres amados y violábamos a sus hijas y esposas.

...A veces, me acordaba de la *pani* que forcé en Breslov, sin que me remordiera la culpa, o, sintiera algún resabio de repugnancia o reproche. Y, al contrario, me advertía cada vez más atraído a repetir la transgresión de su belleza, poseyendo el cuerpo de cualquier otra... Imponiéndome la urgente necesidad de sentir otra vez la energía del poder y muerte, que solamente podría satisfacer en al próximo poblado que saqueáramos. Porque tal vez, era cierto que me había transfigurado en un *Upyr*, en un resucitado del infierno, como me llamaban los camaradas de mi nueva compañía, con los que marché por casi una semana hasta el congelado río Bug, donde enfrentamos la fiera resistencia de una brigada enemiga que se apostó en la otra orilla. Sin embargo, con el apoyo de la artillería e infantería del zar doblémos a los polacos, que ofrendaron a mi acero la vida de tres de

los suyos, cuando tomamos la ribera contraria para asegurar el cruce de nuestro ejército, que se apoderó del campamento enemigo donde pernoctaríamos esa noche, festejando el buen augurio del triunfo alrededor de grandes fogatas, alimentadas con el bagaje de los vencidos que habían huido a la ciudad de Lvov, hacia la que nos encaminaríamos dos días más tarde sin oposición alguna, hasta divisar las grandes murallas de la joya de Galitzia, que bloquearíamos con un cordón de puestos de guardia, zanjas y empalizadas. Custodiadas por destacamentos zaristas, reforzados por un enjambre de nuestros escuadrones móviles, que patrullaron sin descanso aquella dilatada circunvalación, tanto para impedir el aprovisionamiento de la guarnición de “Las dos naciones”, como para evitar una arremetida de su caballería a través de sus defensas exteriores, conformadas por un triple aro de trincheras provistas de tal cantidad de cañones, que me hizo dudar de que pudiésemos romper aquel cerco, ya que nuestras fuerzas se habían reducido a la mitad, y los caballos estaban agotados y faltos de herrajes. Sin contar con el flagelo el frío y la escasez de municiones de la infantería, que en la víspera del ataque general se adelantó a hostigar a los sitiados, cubiertos por las descargas de nuestra artillería sobre las posiciones contrarias, que respondieron vomitando fuego por los cuatro costados, desencadenándose un duelo artillero que presencié con otros *sables*, metidos dentro del foso de uno de los nidos de centinelas, desde donde pudimos entrever en medio del humo y las rachas de nieve, que los dos primeros anillos defensivos que rodeaban la ciudad, estaban separados entre sí por intervalos de una centena de pasos, a diferencia del trecho que iba detrás del tercer anillo a los contrafuertes de Lvov, que parecía enteramente llano y del doble de ancho que los anteriores.

- ¡Allí apostarán a su caballería! -. Murmuré, encendiendo mi nueva pipa.

- Ya lo creo que sí, *Upyr* -. Coincidió uno de los guardias del puesto.

- ¿Pero, por dónde saldrán a campo abierto, si sus parapetos les impiden el paso? -.

Y, como no tuve respuesta, ambos aguzamos la vista a la nevada línea fortificada, sin distinguir ninguna abertura o poterna entre los *opornik*, resguardados por nutridos contingentes de mosqueteros lituanos, que respondían el acoso de nuestras avanzadillas agazapadas en los boquetes de las bombas o, encubiertos en las zigzagueantes zanjas cavadas por los zapadores, cuyo comandante se reunió al crepúsculo con las jefaturas de los regimientos, para entregarles las copias de los mapas que habían logrado trazar, marcando los puntos débiles del entramado de fortificaciones. Hacia los cuales, cada unidad comenzó a movilizarse de madrugada, encabezados por el propio *atamán* de la *voiska* del Volga, que con su plana mayor lideraron la columna de nuestra hueste insomne, que avanzó silenciosamente bajo el gris lechoso del amanecer, hasta que fuimos avistados por los vigías de la imponente plaza fuerte, que fue abriendo sus puertas para evacuar un torrente de húsares alados⁶⁵, que formaron delante de las murallas batiendo los plumajes del espaldar, enarbolando unas largas *kopias* alzadas sobre sus yelmos, que fulguraban como sus corazas con la fría luz de la aurora, que se iba propagando por la bóveda del cielo estremecida por las trompetas, que con su clamor pregonaron los estampidos de decenas de cañones, que encabitaron a nuestras

⁶⁵ **Húsares alados:** Eran un cuerpo de caballería pesada armada con largas lanzas, que puede considerarse como los últimos caballeros europeos, no solo por el equipamiento que utilizaban (armaduras, yelmo y lanzas), sino también por su apego a la tradición y su estructura organizativa, origen y formación. -Fuente revista *Despertaferro*, número virtual del 25 marzo, 2020 -.

exaltadas caballerías que bufaban corcoveando, pujando por lanzarse a galope tendido por la tierra de nadie. A la que, por fin nos adelantamos al acallarse la artillería, una hora después o quizás más, para desafiar a la engalanada *Hussaria* de La Mancomunidad, que atravesó las fosas de sus trincheras por unas rampas saledizas, para desplegarse en la planicie al alero del primer anillo, adonde esperaron que atacásemos paralizando cualquier tipo de maniobra, hasta que el tiempo pareció detenerse y las aves desaparecieron del cielo plateado, estático y sin la menor brisa que ondeara los gallardetes y estandartes, blandidos por las vanguardias de los ejércitos enfrentados, cuyos miles de jinetes contenían a sus bestias ansiando la batalla, que súbitamente los panis desataron con sus clarines marchando al paso.

Entonces, mi regimiento con otros de la cuenca del Volga, progresamos cautelosamente por el ala derecha de las líneas, en paralelo al avance por el centro de la horda de Zaporozhia y del río Don, lideradas por el mismísimo Bogdan Jmelynsky, quien había ordenado que los *polk* de Azov y Belogorsk marcharan por la izquierda, para abarcar por todo lo largo a las compactas *rotas*⁶⁶ de *towarzysz*, que fueron perdiendo cohesión por la indisciplina de algunos piquetes de húsares, que se desprendían de sus filas para provocarnos batiendo sus lanzas, vociferando insultos y maldiciones a la primera hilera de nuestros combatientes, que les respondían burlándose de sus alas emplumadas con abominables juramentos y pistoletazos.

Sonreí. Anhelando como miles de *sables* la señal para desenvainar, que sobrevino con el grito de los oficiales de acelerar el ritmo y cabalgar, emparejándonos en una línea con las otras *sotnias* del regimiento, para

⁶⁶ **Rotas:** Nombre alternativo de las unidades de entre 200 a 300 húsares alados polacos, también llamados *towarzysz* en el siglo XVII.

desbordarnos por la llanura escarchada en una ola creciente, que fue cuando me poseyó una epifanía ancestral que me unificó a mi padre, a mi abuelo -Iván *El Rojo*- y, a todos mis antepasados en el vértigo de la carga contra las brigadas enemigas, que mayormente se mantuvieron avanzando en apretados cuadros, acechando una brecha entre nuestras compañías por la cual embestirnos.

Empero, previendo el ardid de los polacos, el *atamán* elevó su enseña y un bramido infernal retumbó en el vacío, al abalanzarnos hacia la *hussaria* que se erizó de *kopias*, entremedio de las salvas de centenares de armas de fuego, que cobraron innumerables víctimas a segundos de la espantosa colisión, que fracturó en varias partes las *rotas* de la avanzada *pani*, que retrocedió dejando sobre el campo montones de cuerpos de bestias y hombres malheridos o muertos, que en un soplo desaparecieron bajo la rompiente de nuestra imparable marejada, como el húsar que maté de un tiro esquivando su martillo de guerra. O, al que, enseguida tajeé en una pierna, al hender su segunda formación con mi *sotnia*, transmutada en un torbellino de aullidos, sangre y metal, que prácticamente inmovilizó a la caballería pesada, cuyas formaciones delanteras fueron siendo exterminadas salvajemente, en una auténtica masacre que culminé al embestir el corcel de un oficial alado, que *Balalaika* desestabilizó con un furibundo pechazo, que torció el lanzazo que el noble *towarzysz* intentó asestarme, para evitar que lo rebasara por el flanco que acometí raudamente, para hundirle mi sable en su axila. Por el único hueco que desamparaba el blindaje de su coraza, que chorreó sangre por debajo de los faldones metálicos, manchando la silla del caballo que se escabulló con su jinete agónico, desertando de los quebrantados escalones de húsares restantes, que fueron salvados de la aniquilación total por el auxilio de sus refuerzos, que arremetieron por

la banda derecha hacia donde trinqué espuelas con mi escuadrón, para contener a los caballeros polacos con los que chocamos rabiosamente. Trenzándonos en una cruenta lucha para no ser rodeados, hasta que por encima del fragor del combate se oyó la estridencia de una carga, que antecedió a la irrupción de nuestra reserva por el ala izquierda, que forzó el repliegue del destacamento de *panis* alados, que perseguimos acuchillando, rajando y partiendo miembros sin piedad, poseídos por un odio duro, antiguo; que asoló aquel purgatorio de cadáveres desbaratados y heridos desahuciados, que expiraban ajenos a la orfandad de sus cabalgaduras, que muchas veces eran atrapadas por algunos *sables* desmontados, que también saltaban sobre la grupa de los caballares de los húsares que degollaban. Hasta que, las diezmadas *rotas* escaparon a la protección de sus fortificaciones, abandonando a sus maltrechos escuadrones rezagados, cuyo acorralamiento y sucesiva matanza me costó el sable, que quedaría incrustado en el yelmo de un espigado *towarzysz* que, maldije al apearme para recoger el arma de un camarada caído, que como otras decenas de buenos cosacos no acudirían a la llamada, que nos convocaba a reagruparnos para el ataque final, reforzados por la infantería y la artillería zarista que se había desplazado. Acercándose a los parapetos del primer anillo, que azotaron con una serie de andanadas, que las baterías de “Las dos naciones” replicaron con los cañones que aun tenían artilleros, enardeciendo con sus disparos a las *sotnias* de la descubierta, que sin esperar la orden se arrojaron nuevamente al asalto, cabalgando como rayos sobre la helada faz de la tierra, que temblaba sacudida por los herrajes de centenas de endemoniados aurigas, que se ofrendaban a la gloria vociferando primitivos gritos de guerra, que luego reprodujimos aquellos de nosotros que cedimos a la vorágine suicida, que acabó por decidir la

carga del grueso de nuestra hueste, que se precipitó galopando contra el destrozado cordón defensivo, que iba siendo desbordado por las escuadras más aventajadas.

Entonces, espoleé a *Balalaika*, que alargó sus remos cada vez más rápido, electrizado por mis alaridos invocando a la muerte; quitar otras vidas para tomar la mía, sacrificar la existencia por una brizna de luz cegadora...

...Entonces, la palidez de la bóveda celeste me anegó y me pude ver en el vientre de mi madre, me pude ver más allá de mi primer ancestro...

Y, entonces solté las armas y extendí mis brazos, cabalgando al encuentro de la libertad extrema, sintiendo la potencia silenciosa de lo irreversible...

Sólo un instante y me estrellaría. Y alcé los ojos al cielo cuando mi caballo saltó la barricada. Y alcé los ojos al cielo cuando quedé suspendido por el aire, en la cruel blancura de la eternidad.

